



**Edición crítica de los cuentos infantiles de
Ezequiel Fernández Santana:
“El Cura de Los Santos”.**

Página | 1



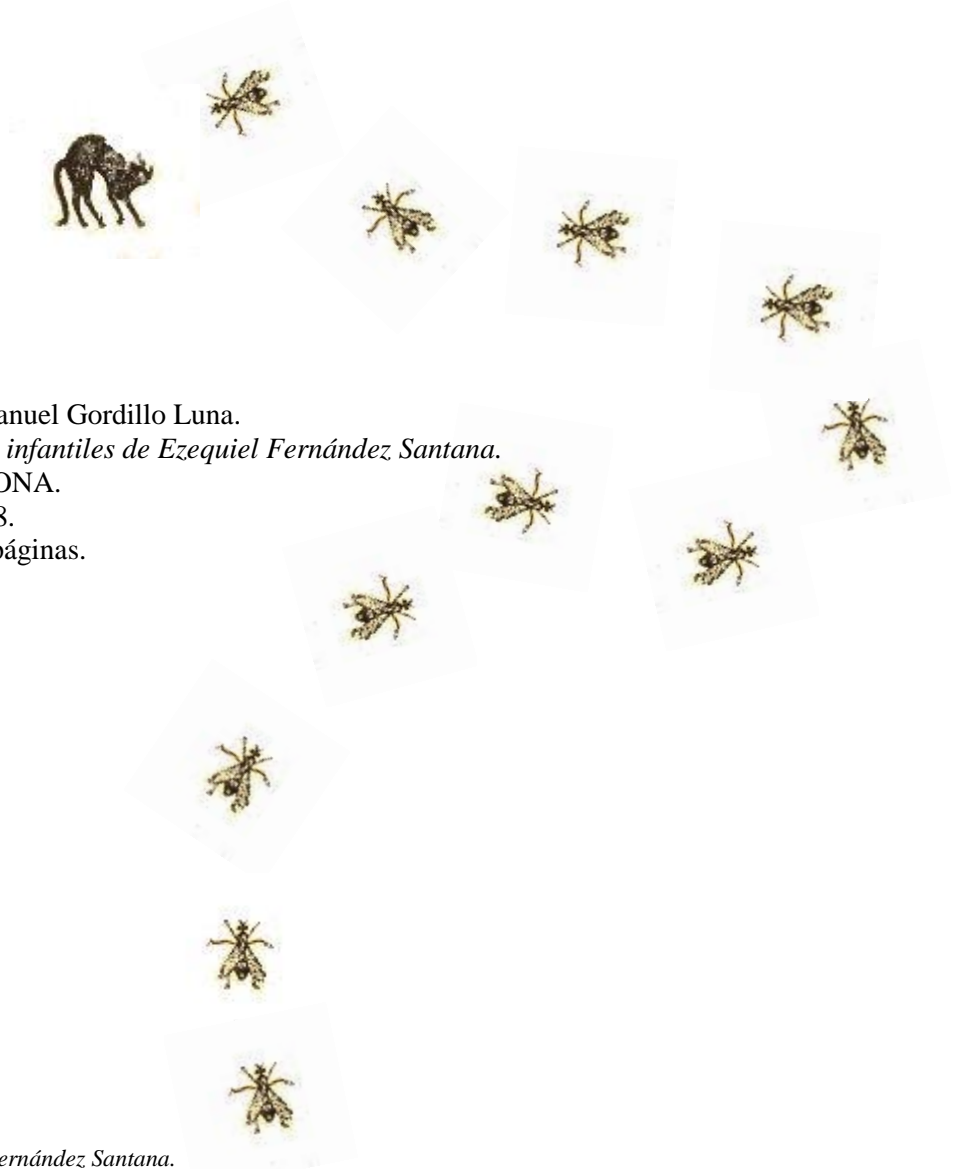
**Estudio, introducción y notas de José Soto Vázquez y
Juan Manuel Gordillo Luna.**



Esta obra está publicada bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.0, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra y crear obras derivadas siempre y cuando reconozca el crédito del autor, no haga uso comercial de la obra y divulgue cualquier obra derivada bajo los términos de una licencia idéntica a esta. Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es>



Autoría-Atribución: Deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. El nombre del autor/a y del traductor/a deberá aparecer reflejado en todo caso. No Derivados: No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.



José Soto Vázquez y Juan Manuel Gordillo Luna.
Edición crítica de los cuentos infantiles de Ezequiel Fernández Santana.
Edita: FUNDACIÓN MAIMONA.
Los Santos de Maimona. 2008.
CDU: 821.134.2-32-93. 280 páginas.

D. L.: BA-561-08
ISBN: 978-84-612-7269-3



Índice.

Índice.....	3
Introducción.....	6
I.- NARRACIONES APOLOGÉTICAS.....	7
1.- La aparición de Narraciones Apologéticas: datos editoriales y estructura externa.....	7
2.- Corpus de cuentos.....	11
2.1.- Datos editoriales de los cuentos de Ezequiel Fernández Santana.....	11
2.2.- Breve catalogación del corpus de cuentos.....	16
3.- Reposiciones y obras de otros autores.....	18
3.1.- Corpus de cuentos que se repiten.....	18
3.1.1.- Cuentos reeditados y reposiciones de primeras ediciones.....	20
3.1.2.- Primera publicación de los cuentos.....	22
3.1.3.- Cronología de las reposiciones.....	23
3.2.- Corpus de cuentos de otros autores.....	25
3.3.- Aspectos extraliterarios de edición y difusión de los cuentos.....	29
II.- CRITERIOS Y VARIANTES DE LA EDICIÓN CRÍTICA.....	32
1.- Transmisión de la obra.....	33
2.- Estudio ecdótico.....	34
2.1.- Cuentos sin variantes en el aparato crítico.....	34
2.2.- Cuentos con variantes en el aparato crítico.....	35
2.2.1.- Variantes prosódicas.....	36
2.2.2.- Variantes fónicas.....	38
2.2.3.- Variantes morfológicas.....	40
2.2.4.- Variantes sintácticas.....	43
2.2.5.- Conclusiones finales de las variantes.....	45
3.- Criterios de edición.....	47
III. EDICIÓN CRÍTICA DE LOS CUENTOS.....	49
Proemio.....	50
1.- Nut la egipcia.....	53
2.- El periódico impío.....	63
3.- Pecador y pecador nada más.....	68
4.- Caso de conciencia.....	72
5.- Un caso acerca de la lectura de novelas.....	78
6.- ¡Por eso sí que no paso!.....	81
7.- La justicia de Napoleón.....	86
8.- Cuento para el día de los difuntos.....	89
9.- No fue el frío.....	92
10.- Gustavo Bécquer.....	95
11.- Los siete domingos.....	98
12.- No me la escandalice usted.....	101
13.- Llegó a tiempo.....	106
14.- Como este hay muchos.....	108
15.- El zapatero remendón.....	111
16.- Buscando oficio.....	114



17.- Igual a doce capuchinos.....	116
18.- El abrigo de pieles.....	119
19.- Los libros que matan.....	123
20.- No le gustaba la moda protestante.....	127
21.- ¿Quién piensa en eso?.....	130
22.- El diablo vestido de máscara.....	135
23.- ¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!.....	141
24.- ¿Resucitaré Yo?.....	145
25.- ¿Comulga V. todos los días?.....	149
26.- Creo que existe Dios.....	154
27.- El tercero santificar las fiestas (I).....	158
28.- Que madre nuestra es.....	165
29.- Padre, ¡he perdido la fe!.....	170
30.- Uno y tres.....	174
31.- Sí, Jesús es el Mesías.....	180
32.- El tío “Candelas”.....	185
33.- Domine, non sum dignus.....	187
34.- Venid y vamos todos.....	189
35.- La Ascensión del Señor.....	192
36.- La Cigarra.....	194
37.- Yo tres y tú dos.....	197
38.- Santificado sea el tu nombre.....	201
39.- Menudencias.....	205
40.- Contrasentidos.....	208
41.- El examen de novios.....	212
42.- Siete, y no más que siete.....	216
43.- El Rosario del centinela.....	220
44.- Hermosa lección.....	222
45.- Murió sin asustarse.....	225
46.- El Santo Rosario.....	227
47.- Polito.....	229
48.- Un caso de conciencia.....	231
49.- Tiene V. razón, señor Cura.....	234
50.- El cabrerillo.....	237
51.- El tercero santificar la fiesta (II).....	239
52.- Joselín.....	241
53.- ¿Quién piensa en eso, Señor Cura?.....	243
54.- Hombres de antaño.....	245
55.- ¿Quién se lo había de figurar?.....	249
56.- ¿Pero no vas al baile?.....	251
57.- Quien da, se enriquece.....	254
58.- Juanillón.....	256
59.- Un milagro ruidoso.....	258
60.- El tío Farruco.....	261
61.- La camisa de Manolín.....	263
62.- La asunción de la Virgen.....	266
63.- El tío Gregorio.....	269
64.- Julita la hortelana.....	272

IV.- Bibliografía:.....	274
-------------------------	-----





Introducción.

El trabajo que presentamos se corresponde a una labor documental iniciada en el año 2000, que pretende complementar los trabajos previos que existen al respecto. La posibilidad del estudio y de su publicación se debe a las financiaciones que desde el año 2000 otorgó la Fundación Maimona al proyecto inicial, así como a la línea de investigación mantenida dentro del proyecto *Las escuelas del Ave María-Las escuelas nacionales* aprobado por la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Extremadura dentro del programa destinado a la financiación de proyectos de investigación sobre la historia de la educación en Extremadura, correspondiente al curso académico 2005-2006, y publicada en DOE de 3 de septiembre de 2005, página 12798, expediente nº 5. Cuya continuidad en proyectos de investigación posteriores nos ha permitido que podamos sacar la versión definitiva del trabajo en formato libro.

De este modo, esperamos sea del agrado e interés del lector la información que se incluye en el estudio, punto de partida de posibles investigaciones futuras que completen la singular obra del denominado *Cura de Los Santos*, así como de su producción bibliográfica.

No obstante, los autores queremos agradecer la ayuda que desde las instituciones mencionadas han hecho realidad este trabajo, sin cuya colaboración no hubiera sido posible esta publicación.



I.- NARRACIONES APOLOGÉTICAS.

1.- La aparición de Narraciones Apologéticas: datos editoriales y estructura externa.

Para comenzar el estudio de esta edición, señalamos que se editó en Los Santos, en la imprenta de los Hermanos Sánchez en 1916, con un total de 93 páginas. No incluimos más información relativa a este apartado debido a que solamente hemos podido consultar la obra mediante microfichas, ya que no se conservan ejemplares escritos, o al menos no los hemos localizado.

La edición apareció dedicada a Alfonso Pérez Muñoz –obispo de Badajoz-, según reza esta dedicatoria en la primera hoja del volumen¹:

Al publicarse este primer tomo de la colección de libros para nuestras escuelas parroquiales, que con la gracia de Dios me propongo editar, nada más justo en sí que dedicarlo a Vos, que sois en esta diócesis el legítimo representante de Dios.

Los Santos, 8 de Septiembre de 1916, fiesta de la Natividad de la Virgen.

Según consta en la contraportada de *Nuestra Escuela*, se vendía una obra titulada así en 1919 por el precio de 1,50 pesetas y se titulaba como “Cuentos para hombres”. En esa misma página se cita la colección *Narraciones Apologéticas* como el primer volumen de una colección de ejemplares que pensaba editar la escuela como textos para la misma, y esta edición ya estaba agotada en 1919 desde hacía tiempo según señala en dicha obra Ezequiel Fernández Santana².

¹ La dedicatoria de las obras católicas a personalidades relevantes de la Iglesia española suponían en las obras literarias católicas la garantía de su ortodoxia moral, como confirma Solange Hibbs Lissorgues (“Práctica del folletín en la prensa católica española”, pág. 52).

² Como señala Noël Salomón (“Algunos problemas de sociología de las literaturas de lengua española”, J.-F. Botrel y S. Salaün (Eds.), *Creación y público en la literatura española*, Castalia, Madrid, 1974, págs. 15-39, pág. 21), uno de los intereses del hecho literario en sí lo conforma el estudio de los aspectos externos a la creación literaria, circunstancia que nos permite descifrar la relación entre el autor y su producción o creación, así como reflejar si su obra tiene valor de “uso” o de “cambio”, sentidos ambos reflejados en la obra de nuestro autor. Pues como



Se trata de la primera colección de cuentos escritos por Ezequiel Fernández Santana, y la única realizada en vida, aunque se proyectó una segunda parte en la que se incluiría el resto de las obras. La tirada de este título, según una propia nota escrita en su margen, fue la siguiente:

La edición cuenta de quinientos ejemplares y se terminó en febrero de 1917³.

La obra se abre con un proemio escrito por el autor, el cual reproducimos como introducción a esta edición de sus cuentos, más la edición de diez cuentos que fueron editados en el “Boletín Parroquial”.

Tanto los cuentos que aparecen editados como su distribución, se disponen de la siguiente manera en el ejemplar consultado:

1	Proemio.	Págs. 1-9.
2	<i>Padre, he perdido la fe.</i>	Págs. 10-16.
3	<i>Uno y tres.</i>	Págs. 17-25.
4	<i>Creo que existe Dios.</i>	Págs. 26-32.
5	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>	Págs. 33-41.
6	<i>Que madre nuestra es.</i>	Págs. 42-50.
7	<i>¿Resucitaré Yo?</i>	Págs. 51-58.

veremos en su estudio, el contexto histórico acotado con anterioridad, así como la dedicación profesional de nuestro escritor fueron accidentes determinantes de su creación artística, que no se pueden desvincular de su obra.

Respecto al género del cuento dentro de la literatura católica, se consideró como un género menor frente a la importancia que llegó a adquirir la novela. Por ello se publicaron cuentos o leyendas entre 1888 y 1889, ya que la mayor parte de la prensa católica nacional prefirió dedicar más espacio al debate interno entre carlistas e integristas. En este sentido la autora más reeditada será Fernán Caballero, con mayor profusión en 1880, bajo pretexto de celebrar el tercer aniversario de la escritora (Solange Hibbs Lissorgues, “Práctica del folletín en la prensa católica española”, págs. 46-63 y págs. 51 y 53).

Por otra parte, todavía en la actualidad el cuento sirve como molde literario para acompañar las publicaciones académicas, dada su brevedad, tanto en la enseñanza primaria como superiores, sirva de ejemplo la compilación de cuentos realizada por Díez de Revenga sobre narraciones recogidas en la revista universitaria de Murcia “Monteagudo”, donde realiza una acertada reflexión sobre el género (Francisco Javier Díez de Revenga, *Antología de cuentos de Monteagudo*, Universidad de Murcia, Murcia, 1994, pág. 6).

³ Información extraída del ejemplar existente en la Biblioteca del Complejo Cultural “Santa Ana”, única edición posible hallada para este cotejo. Esta nota, tomada a mano, estaba escrita en la portada de dicho ejemplar.



8	<i>El Tercero, santificar las fiestas (I)</i> ⁴ .	Págs. 59-68.
9	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>	Págs. 69-75.
10	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>	Págs. 76-83.
11	<i>El diablo vestido de máscara.</i>	Págs. 84-90.

Cuentos que tuvieron su primera edición en el “Boletín Parroquial”, con fecha desde 7 de febrero de 1915 hasta 9 de enero de 1916. Aunque todos estos títulos aparecieron correlativamente en dicha publicación, para la impresión se invirtió el orden de los mismos. Para facilitar esta tarea los incluimos en el orden en que aparecieron publicados en el “Boletín Parroquial”, incluyendo el número del ejemplar y la fecha de impresión⁵:

Nº	TÍTULO.	FUENTE.	FECHA PUBLICACIÓN.
1	<i>El diablo vestido de máscara.</i>	B.P., nº 66.	7 de febrero de 1915.
		B.P., nº 67.	21 de febrero de 1915.
2	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>	B.P., nº 68.	7 de marzo de 1915.
		B.P., nº 69.	21 de marzo de 1915.
3	<i>¿Resucitaré Yo?</i>	B.P., nº 71.	11 de abril de 1915.
		B.P., nº 72.	18 de abril de 1915.
4	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>	B.P., nº 73.	Mayo de 1915.
		B.P., nº 74.	16 de mayo de 1915.
5	<i>Creo que existe Dios.</i>	B.P., nº 75.	6 de junio de 1915.
		B.P., nº 76.	20 de junio de 1915.
6	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>	B.P., nº 79.	1 de agosto de 1915.
		B.P., nº 80.	15 de agosto de 1915.
7	<i>Que madre nuestra es.</i>	B.P., nº 81.	5 de septiembre de 1915.
		B.P., nº 82.	19 de septiembre de 1915.
8	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>	B.P., nº 85.	7 de noviembre de 1915.
		B.P., nº 86.	21 de noviembre de 1915.
9	<i>Uno y tres.</i>	B.P., nº 87.	5 de diciembre de 1915.
		B.P., nº 88.	19 de diciembre de 1915.
10	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>	B.P., nº 89.	9 de enero de 1916.

Es nuestra pretensión realizar el estudio crítico de estos cuentos, junto a otros que hemos recopilado en la colección del “Boletín Parroquial” y que probablemente serían los que Ezequiel Fernández Santana pensó para las posteriores ediciones que nunca llegaron a

⁴ Dado que existe un segundo cuento con el título *El tercero santificar la fiesta*, hemos decidido denominar a este primer cuento con la numeración (I), para distinguirlo del posterior al que marcaremos como (II).

⁵ Parece obvio hablar de literatura por entregas según define el concepto J. F. Botrel (“La novela por entregas: unidad de creación y consumo”, pág. 119): *las que no llegan al lector o consumidor en una obra completa, sino por cuadernos o pliegos*. De esta manera se conciben los cuentos de esta primera colección y del resto, entendiéndola por tanto como una obra sujeta a modificaciones y variaciones en el proceso de la entrega.



imprimirse. Pues si consideramos que en la realización de la primera colección partió de cuentos redactados con anterioridad en el “Boletín Parroquial”, parece lo más lógico pensar que para una segunda edición partiese de ese mismo punto.

Muy relevantes son las apreciaciones que hace *El Cura de Los Santos* en el proemio, señalando de un lado una segunda edición de los cuentos que se estaba preparando:

*Si me dices los defectos que les encuentres, acaso pueda corregirlos en los de una segunda serie que ya se están publicando*⁶.

Por otro lado, reconoce algunos de los motivos que le han llevado a escribir estos cuentos, además de la finalidad que se persigue con ellos, como se aprecia en este comentario:

*Ya conoces, pues, porqué se escribieron y para qué se editaron estos cuentos para rellenar una sección en el Boletín, y para adoptarlos de textos en nuestras escuelas*⁷.

⁶ Ezequiel Fernández Santana, *Narraciones Apologéticas*, pág. 9.

⁷ Ezequiel Fernández Santana, *ibidem*, pág. 8. La crítica literaria actual (Marisa Borolussi, Andrés Amorós, Graciela Pericón o Juan Cervera) confirma la existencia de una literatura infantil propia con unas características de género literario. Los dos presupuestos de los que nace esta nueva afirmación crítica serán la presencia de rasgos literarios en las obras, unido a que tengan como destinatario el niño (Juan Cervera, *Teoría de la literatura infantil*, Ediciones Mensajero, Universidad de Deusto, Bilbao, 1991, págs. 10-14). Las continuas alusiones en la obra de Fernández Santana al niño y su mundo más cercano son una constante en sus cuentos, del grado de literalidad que goza su obra nos ocuparemos más adelante. De esta manera, consideramos que la obra narrativa de Fernández Santana será un ejemplo de literatura infantil didáctica y escolar, de alto contenido pedagógico. Igualmente, Juan Cervera (*Teoría de la literatura infantil*, pág. 15) confirma la importancia que tiene la escuela, como centro promotor de este tipo de literatura, en el desarrollo de este tipo de obras. La creación de este tipo de textos para dicho fin confirma la concepción de *Narraciones Apologéticas* como un ejemplo de literatura infantil. Sin embargo, derivado de este hecho, las delimitaciones entre literatura y pedagogía pueden llegar a mezclarse en la obra literaria de Fernández Santana, impidiendo crear una clara diferenciación.

Aseguran Seve Calleja y Xavier Monasterio (*La literatura infantil vasca*, Ediciones Mensajero, Universidad de Deusto, Bilbao, 1988, pág. 41) que uno de los rasgos que define la literatura infantil, sea de la lengua que sea, consiste en la adecuación entre el texto literario y el correspondiente nivel de comprensión de los lectores, rasgo que se apreciará en los usos léxicos y literarios utilizados por Fernández Santana, más allá de la mera alusión a los niños que se recoge en el comienzo de la obra.

Por otro lado, encontramos que la literatura por entregas, principalmente la novela de folletín, es un producto



2.- *Corpus de cuentos.*

Con el título de *Corpus de cuentos* pretendemos estudiar dos apartados necesarios y previos al estudio de los cuentos. En primer lugar, acotar el número de publicaciones literarias encontradas en nuestra búsqueda de cuentos, así como confirmar la fecha de publicación y lugar. En segundo lugar, confirmar la autoría de estos relatos y su intencionalidad.

2.1.- Datos editoriales de los cuentos de Ezequiel Fernández Santana.

En el aparato crítico de nuestra edición, incluimos datos relativos a la impresión de esos cuentos, con el fin de ofrecer al lector una visión de conjunto de cada uno de los títulos que hemos recopilado. Junto al título se incluye el número del "Boletín Parroquial" en el que se encuentra, la fecha de edición del mismo y las páginas en que aparece. En último lugar incluimos un apartado relativo a la rúbrica del texto, tanto de aquellos que fueron firmados por el autor, como de los que no. Su conjunto supone el *stemma* de la obra completa que presentamos como edición y recoge la primera edición del texto, la cual se completa en los epígrafes que siguen sobre sus reposiciones, donde se aporta la misma información que en este cuadro:

dirigido a capas sociales que recientemente han adquirido la alfabetización, un público para el que la lectura es algo reciente y excepcional (*vid.* J.-F. Botrel en "La novela por entregas: unidad de creación y consumo", pág. 121). Este mismo público es el que tendrá en sus escuelas Fernández Santana, donde los familiares del alumnado serán suscriptores de las revistas en las que se publican los cuentos. A su vez, a este tipo de lectores intentó recuperar la Acción Social española, alejándolo así de la novela aconfesional.

Encontramos ciertas similitudes entre el folletín católico de finales de siglo y las publicaciones de Fernández Santana. Afirma Solange Hibbs Lissorgues ("Práctica del folletín en la prensa católica española", pág. 49), que uno de los rasgos de estos folletines será la publicación concreta de las obras en un lugar determinado del periódico *en la parte inferior de las dos o tres últimas páginas intercalado entre diversos grabados, y precediendo a la sección bibliográfica (...) situándose después de la sección literaria que contiene recomendaciones a los lectores en materia de ortodoxia literaria*. Estos géneros periodísticos se incluyen entre los recogidos por Fernández Santana en su obra en prensa por lo que las concomitancias con los rotativos de tirada nacional son más que simples coincidencias.



Nº	TÍTULO.	PROCEDENCIA.	OBSERVACIONES.
1	<i>Nut la egipcia.</i>	<i>B.P.</i> , nº 18, 15 de diciembre de 1912, págs. 2-3. <i>B.P.</i> , nº 19, 5 de enero de 1913, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 20, 19 de enero de 1913, págs. 2-3. <i>B.P.</i> , nº 21, 2 de febrero de 1913, págs. 2-3. <i>B.P.</i> , nº 22, 16 de febrero de 1913, pág. 3.	Sin firma.
2	<i>El periódico impío.</i>	<i>B.P.</i> , nº 23, 2 de marzo de 1913, págs. 2-3. <i>B.P.</i> , nº 24, 16 de marzo de 1913, pág. 3.	Sin firma.
3	<i>Pecador y pecador nada más.</i>	<i>B.P.</i> , nº 25, 6 de abril de 1913, págs. 2-3.	Sin firma.
4	<i>Caso de conciencia.</i>	<i>B.P.</i> , nº 26, 20 de abril de 1913, págs. 2-3. <i>B.P.</i> , nº 27, 4 de mayo de 1913, pág. 3.	Sin firma.
5	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>	<i>B.P.</i> , nº 28, 18 de mayo de 1913, págs. 2-3.	Sin firma.
6	<i>¡Por eso sí que no paso!</i>	<i>B.P.</i> , nº 31, 15 de junio de 1913, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 32, 6 de julio de 1913, págs. 2-3.	Sin firma.
7	<i>La justicia de Napoleón.</i>	<i>B.P.</i> , nº 39, 19 de octubre de 1913, pág. 3.	Sin firma.
8	<i>Cuento para el día de los difuntos.</i>	<i>B.P.</i> , nº 40, 2 de noviembre de 1913, pág. 3.	Sin firma.
9	<i>No fue el frío.</i>	<i>B.P.</i> , nº 41, 16 de noviembre de 1913, págs. 2-3.	Sin firma.
10	<i>Gustavo Bécquer.</i>	<i>B.P.</i> , nº 43, 21 de diciembre de 1913, págs. 2-3.	Sin firma.
11	<i>Los siete domingos.</i>	<i>B.P.</i> , nº 44, 15 de febrero de 1914, págs. 2-3.	Sin firma.
12	<i>No me la escandalice usted.</i>	<i>B.P.</i> , nº 45, 1 de marzo de 1914, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 47, 5 de abril de 1914, pág. 3.	Sin firma.
13	<i>Llegó a tiempo.</i>	<i>B.P.</i> , nº 48, 19 de abril de 1914, págs. 3-4.	Sin firma.
14	<i>Como este hay muchos.</i>	<i>B.P.</i> , nº 49, 3 de mayo de 1914, pág. 3.	Sin firma.



15	<i>El zapatero remendón.</i>	<i>B.P.</i> , nº 51, 21 de junio de 1914, págs. 2-3.	Sin firma.
16	<i>Buscando oficio.</i>	<i>B.P.</i> , nº 52, 5 de julio de 1914, pág. 3.	Sin firma.
17	<i>Igual a doce capuchinos.</i>	<i>B.P.</i> , nº 53, 19 de julio de 1914, págs. 2-3.	Sin firma.
18	<i>El abrigo de pieles.</i>	<i>B.P.</i> , nº 54, 2 de agosto de 1914, pág. 3.	Sin firma.
19	<i>Los libros que matan.</i>	<i>B.P.</i> , nº 55, 16 de agosto de 1914, pág. 3.	Sin firma.
20	<i>No le gustaba la moda protestante.</i>	<i>B.P.</i> , nº 58, 4 de octubre de 1914, págs. 2-3.	Sin firma.
21	<i>¿Quién piensa en eso?</i>	<i>B.P.</i> , nº 61, 15 de noviembre de 1914, págs. 2-3.	Sin firma.
22	<i>El diablo vestido de máscara.</i>	<i>B.P.</i> , nº 66, 7 de febrero de 1915, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 67, 21 de febrero de 1915, pág. 3.	Sin firma.
23	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>	<i>B.P.</i> , nº 68, 7 de marzo de 1915, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 69, 21 de marzo de 1915, pág. 3.	Sin firma.
24	<i>¿Resucitaré Yo?</i>	<i>B.P.</i> , nº 71, 11 de abril de 1915, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 72, 18 de abril de 1915, págs. 3-4.	Sin firma.
25	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>	<i>B.P.</i> , nº 73, 2 de mayo de 1915, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 74, 16 de mayo de 1915, págs. 3-4.	Sin firma.
26	<i>Creo que existe Dios.</i>	<i>B.P.</i> , nº 75, 6 de junio de 1915, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 76, 20 de junio de 1915, págs. 3-4.	Sin firma.
27	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>	<i>B.P.</i> , nº 79, 1 de agosto de 1915, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 80, 15 de agosto de 1915, págs. 2-3.	Sin firma.
28	<i>Que madre nuestra es.</i>	<i>B.P.</i> , nº 81, 5 de septiembre de 1915, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 82, 19 de septiembre de 1915, págs. 3-4.	Sin firma.
29	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>	<i>B.P.</i> , nº 85, 7 de noviembre de 1915, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 86, 21 de noviembre de 1915, págs. 3-4.	Sin firma.
30	<i>Uno y tres.</i>	<i>B.P.</i> , nº 87, 5 de diciembre de 1915, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 88, 19 de diciembre de 1915, págs. 3-4.	Sin firma.



31	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>	<i>B.P.</i> , nº 89, 9 de enero de 1916, págs. 2-4.	Sin firma.
32	<i>El tío "Candelas".</i>	<i>B.P.</i> , nº 91, 7 de febrero de 1916, págs. 2-3.	Sin firma.
33	<i>Domine, non sum dignus.</i>	<i>B.P.</i> , nº 96, 30 de abril de 1916, págs. 3-4.	Sin firma.
34	<i>Venid y vamos todos...</i>	<i>B.P.</i> , nº 97, 14 de mayo de 1916, págs. 3-4.	Sin firma.
35	<i>La Ascensión del Señor.</i>	<i>B.P.</i> , nº 98, 28 de mayo de 1916, pág. 3.	Sin firma.
36	<i>La Cigarra.</i>	<i>B.P.</i> , nº 102, 23 de julio de 1916, págs. 3-4.	Sin firma.
37	<i>Yo tres y tú dos.</i>	<i>B.P.</i> , nº 103, 13 de agosto de 1916, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 104, 27 de agosto de 1916, pág. 3.	Sin firma.
38	<i>Santificado sea el tu nombre.</i>	<i>B.P.</i> , nº 105, 10 de septiembre de 1916, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 106, 24 de septiembre de 1916, pág. 3.	Sin firma.
39	<i>Menudencias.</i>	<i>B.P.</i> , nº 109, 12 de noviembre de 1916, págs. 3-4.	Sin firma.
40	<i>Contrasentidos.</i>	<i>B.P.</i> , nº 110, 26 de noviembre de 1916, págs. 3-4.	Sin firma.
41	<i>El examen de novios.</i>	<i>B.P.</i> , nº 118, 15 de julio de 1917, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 119, 19 de agosto de 1917, pág. 3.	Sin firma.
42	<i>Siete, y no más que siete.</i>	<i>B.P.</i> , nº 120, 23 de septiembre de 1917, págs. 3-4.	Sin firma.
43	<i>El Rosario del centinela.</i>	<i>B.P.</i> , nº 121, 21 de octubre de 1917, pág. 3.	Sin firma.
44	<i>Hermosa lección.</i>	<i>B.P.</i> , nº 124, 17 de febrero de 1918, págs. 3-4.	Sin firma.
45	<i>Murió sin asustarse.</i>	<i>B.P.</i> , nº 126, 7 de abril de 1918, pág. 3.	Sin firma.
46	<i>El Santo Rosario.</i>	<i>B.P.</i> , nº 134, 9 de octubre de 1921, págs. 2-3.	Sin firma.
47	<i>Polito.</i>	<i>B.P.</i> , nº 144, 29 de septiembre de 1929, págs. 2-3.	Firmado como <i>El Párroco</i> .
48	<i>Un caso de conciencia.</i>	<i>B.P.</i> , nº 145, 20 de octubre de 1929, págs. 3-4.	Firmado <i>E. Fernández</i> .
49	<i>Tiene V. razón, señor cura.</i>	<i>B.P.</i> , nº 146, 24 de noviembre de 1929, págs. 2-3.	Firmado <i>E. Fernández</i> .
50	<i>El cabrerillo.</i>	<i>B.P.</i> , nº 152, 26 de mayo de 1930, págs. 2-3.	Firmado <i>E. Fernández</i> .
51	<i>El tercero santificar la fiesta (II).</i>	<i>B.P.</i> , nº 153, 22 de junio de 1930, págs. 2-3.	Firmado <i>E. Fernández</i> .
52	<i>Joselín.</i>	<i>B.P.</i> , nº 154, 27 de julio de 1930, págs. 2-3.	Firmado <i>E. Fernández</i> .



53	¿Quién piensa en eso, Señor Cura?	B.P., nº 155, 17 de agosto de 1930, pág. 3.	Firmado E. Fernández.
54	Hombres de antaño.	B.P., nº 156, 7 de septiembre de 1930, págs. 2-4.	Firmado E. Fernández.
55	¿Quién se lo había de figurar?	B.P., nº 158, 16 de noviembre de 1930, págs. 2-3.	Firmado como E. Fernández.
56	¿Pero no vas al baile?	B.P., nº 161, 22 de febrero de 1931, págs. 2-3.	Firmado E. Fernández.
57	Quien da, se enriquece.	B.P., nº 166, 26 de julio de 1931, págs. 2-3.	Firmado E. Fernández.
58	Juanillón.	B.P., nº 167, 6 de septiembre de 1931, págs. 3-4.	Firmado E. Fernández. Los Santos, septiembre, 1931.
59	Un milagro ruidoso.	B.P., nº 172, 20 de marzo de 1932, págs. 2-3.	Firmado E. Fernández.
60	El tío Farruco.	B.P., nº 176, 8 de septiembre de 1932, págs. 2-3.	Firmado E. Fernández.
61	La camisa de Manolín.	B.P., nº 179, 1 de enero de 1933, págs. 3-4.	Firmado E. Fernández.
62	La asunción de la Virgen.	B.P., nº 184, 13 de agosto de 1933, págs. 2-3.	Firmado E. Fernández.
63	El tío Gregorio.	B.P., nº 185, 8 de septiembre de 1933, págs. 3-4.	Firmado E. Fernández.
64	Julita la hortelana.	B.P., nº 186, 3 de diciembre de 1933, págs. 2-3.	Firmado E. Fernández.

Podemos afirmar en este apartado que la concisión de las obras consultadas, nunca pasan de tres páginas, es uno de los elementos propios del género cuentístico, como ya han reseñado Anderson Imbert, Edgar Allan Poe o Federica Domínguez Colavita⁸.

⁸ *Teoría del cuento infantil*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1990, págs. 23-24. Del mismo modo estructura Juan Cervera (*Teoría de la literatura infantil*, pág. 65) su clasificación de los géneros literarios utilizados por la literatura infantil, en la que engloba como tales al cuento, la poesía y el teatro. Sin embargo, el cuento será el género más utilizado, llegando en ocasiones a incluir dicho sustantivo –*cuento*– en su título. En la obra de estudio se recogerá el sinónimo *Narración* como parte del título, un nuevo acercamiento a este tipo de literatura infantil.



2.2.- Breve catalogación del corpus de cuentos.

Como señalamos en el capítulo de *Nuestra Edición*, la recopilación de cuentos que hemos realizado sigue la publicación quincenal “Boletín Parroquial”, en particular de un apartado titulado *Variedades*, de manera que la cronología de esta revista influye de manera decisiva en la colección presentada. Como dato reseñable, cabe destacar que entre 1912 (B.P., nº 18) y 1921 (B.P., nº 134), lo que hemos considerado la primera etapa del “Boletín Parroquial”, se publica un total de cuarenta y ocho cuentos, el 73% del total. Nuevamente coincide esta primera etapa, hasta los años veinte, con la más prolífica de su producción.

Así, encontramos que entre esos primeros cuarenta y ocho títulos, los que van desde el número 22 al 31, se corresponden con los que se publicaron en la edición de *Narraciones Apologéticas* en 1916.

Otro dato reseñable de esta primera etapa en la producción cuentística de Ezequiel Fernández Santana sería la inexistencia de su rúbrica en todos ellos. Con todo, podemos indicar que probablemente todos sean suyos, pues cuando copia a otro autor suele constatarlo al final del relato. No obstante, tenemos ciertas dudas sobre la autoría de los títulos *Nut la egipcia*, *Cuento para el día de los difuntos*, *No fue el frío* y *No me la escandalice usted*, dado que aparecen laísmos que no son frecuentes en el resto de sus cuentos. Por ejemplo; *Dijola el niño sonriendo*; *¿Será que sus mades nos las enseñó el “Pade Nuesto”...* –en esta ocasión recrea el habla coloquial con lo que podría ser intencionado; *Una sensación de frío la ha hecho estremecerse*; o *hábalela con tiento*. Sin embargo, esperamos despejar estas primeras dudas en un análisis posterior, más adecuado a estas intenciones⁹.

⁹ Sin embargo, en ocasiones no se incluye el nombre del autor, dado que no se recoge éste en la publicación. No obstante, hemos de reseñar que, como bien apuntaba Bravo-Villasante (*Historia de la literatura infantil española*, pág. 123), la literatura infantil decimonónica y de comienzos del siglo XX contó con numerosas obras anónimas, ya que se concedió más importancia a la publicación del volumen que al reconocimiento intelectual del autor: *Por lo que se refiere a los autores, en los cuentos de Calleja reina el más absoluto anonimato. No sabemos quién escribe todas estas numerosas versiones que aparecen sin firma al cobijo de una entidad editorial*. Las posibles causas de este anonimato las encontramos en la valoración que se hacía de la literatura infantil a lo largo del siglo XIX y XX, en cuanto literatura menor e intrascendental. No faltan comentarios en este sentido, citamos la opinión que tiene Antonio Trueba (1819-1889), escritor de periódicos infantiles, de este género: *Creo impropio de un barbado el gastar tiempo contando cuentos (...) porque ésa es literatura cuyo monopolio debe dejarse a las madres de familia* (pág. 96). Crítica que sigue vigente en el siglo XX, pues confirma Bravo-Villasante que *la literatura infantil estaba considerada como un género de ínfima categoría y que casi siempre se ha tratado displicentemente al escritor que desciende a este bajo menester* (pág. 129). Este motivo pudo originar la poca importancia concedida por Fernández Santana a los primeros cuentos de la colección, cambiando este hecho tras su recolección de los títulos en un volumen conjunto. Juan Cervera (*Teoría de la literatura infantil*, págs. 13 14, 17 y 19) confirma la postura social que mantuvo el autor de obras infantiles en el siglo XX, donde se concibió como un subproducto literario, como un mero recurso didáctico o pedagógico, es decir, como un mero pretexto que permitía el acceso del niño a la cultura adulta, y no como un género con caracteres propios y definitorios. Actualmente se mantiene la polémica acerca del matiz “infantil”, según suscribe Román López Tamés (*Introducción a la literatura infantil*, Universidad de Murcia, Murcia,



Además, si tomamos como ciertas las palabras de Ezequiel Fernández Santana en su proemio a *Narraciones Apologéticas*, 1916, encontramos la siguiente intencionalidad literaria:

Hace ya tres años que publicamos el Boletín Parroquial, en el que aparecía indefectible una sección amena (...) esas variedades las íbamos entresacando de una y otra parte por medio de una cuidadosa selección (...) llegó un momento en que, obligados por la necesidad y acorralado por la urgencia de un número en prensa, sin saber a donde acudir, me puse a escribir el primero: "El diablo vestido de máscara".

De modo que si entendemos que éste fue su primer título, el número 22 de nuestra selección, los anteriores pudieran ser copia de otros autores. Con todo, al no estar firmados con el nombre de otra persona, ni haber conseguido localizar la posible autoría de los mismos, los presentamos hoy bajo el nombre de Ezequiel Fernández Santana, hasta que se desvele esa posible autoría.

Por otro lado, entre 1929 (B.P. nº 135) y 1933 (B.P. nº 186), solamente publica diecisiete cuentos, con la diferencia de que en todos ellos aparece al final el nombre de Ezequiel Fernández. E incluso en el del B.P. nº 167 –*Juanillón*– leemos este cierre:

E. Fernández. Los Santos, septiembre, 1931.

1990, pág. 15) no faltan autores que niegan la existencia de la literatura infantil, aduciendo que la edad no es un criterio suficiente para diferenciar el acto literario: *la literatura infantil sería la acomodación poco valiosa de las creaciones adultas a la mentalidad y experiencia insuficientes del niño*. La misma opinión es defendida por Lolo Rico (*Castillos de arena. Ensayo sobre literatura infantil*, Alambra, Madrid, 1986, págs. 8-9), quien se muestra contraria a las teorías de Bravo-Villasante asegurando: *Discrepo de la opinión de Bravo-Villasante, sobre todo si se tiene en cuenta que casi todas las obras maestras de la literatura infantil y juvenil están escritas para los adultos y adaptadas posteriormente de forma lamentable. / Creo que los libros que escribimos para los niños son el producto de una incapacidad y de su consiguiente frustración: no hemos sabido escribir para los adultos.*

Por similitud con la literatura infantil, debemos reconocer esa misma característica en la literatura por entregas de novelas de folletín y cuentos, en los que señala Andrés Amorós (*Subliteraturas*, Colección "Letras e ideas", Ariel, Barcelona, 1974, pág. 138), que no interesa el nombre del autor, ni su personalidad, sino la persona del protagonista, hecho que explica el alto grado de anonimato existente entre los escritores de este tipo de literatura. Para J.-F. Botrel ("La novela por entregas: unidad de creación y consumo", pág. 125), la autoría estaría en un plano secundario, ya que lo que interesa en sí es el propio texto, motivo por el que era olvidada la impresión del nombre del autor por parte de los editores, quienes los consideraban como "obreros literarios" al servicio de un industria, más allá de toda creatividad literaria. La supeditación del contenido a la forma y nombre del autor quedó patente en el proemio de Fernández Santana: *si algún día lo creyera necesario o útil para el bien espiritual de mis feligreses, poner hasta en forma de cuento el Álgebra o la Trigonometría.*



En nuestra búsqueda por las poblaciones que fundaron escuelas filiales de las escuelas parroquiales de Los Santos hemos intentado encontrar otras posibles publicaciones cuentísticas de nuestro autor, dado el carácter pedagógico que éstos tienen, pero bien por la temprana desaparición de las escuelas –así ocurrió en Valencia del Ventoso, su ciudad natal-, como por la quema de los archivos parroquiales en algunos de ellos –ponemos el caso de Zarza Capilla-, o el traslado de los archivos de las parroquias a los Archivos Diocesanos –como ocurrió con el archivo de la parroquia de San Mateo en Cáceres- no hemos encontrado ninguno más que los que hemos catalogado del “Boletín Parroquial” de Los Santos de Maimona.

3.- Reposiciones y obras de otros autores.

La siguiente intención perseguida en nuestro estudio parte de la propia idiosincrasia editorial de las narraciones. Por un lado, puesto que serán relatos que tienen varias reediciones, realizamos una descripción pormenorizada de cada una de esas reposiciones, y de las circunstancias externas que las rodean. Por otro lado, la extensa cantidad de cuentos procedentes de otros autores recogidos nos obliga a fijar los títulos repetidos, las fechas en que se editan, así como el nombre del autor, en la medida en que nos ha sido posible.

3.1.- Corpus de cuentos que se repiten.

Cuando “El Cura de Los Santos” se propone publicar sus cuentos en el “Boletín Parroquial”, publicación quincenal, es conocedor de las limitaciones temporales que tiene que solventar en cada entrega, de manera que, como ya había hecho con anterioridad, copiaba textos de colecciones que poseía en su biblioteca, según palabras del autor¹⁰:

¹⁰ La conexión entre el periódico y la literatura infantil en el siglo XIX y XX queda patente en la obra de Bravo-Villasante (*Historia de la literatura infantil española*, pág. 107). De esta manera, la literatura que pretende llevar a cabo Fernández Santana arranca de esa tradición española de publicar obras para niños y jóvenes en la prensa y este será el motivo por el que nos decidimos a recopilar las obras dispersas por nuestro autor en el “Boletín Parroquial”.



(...) esas variedades las íbamos entresacando de una y otra parte por medio de una cuidadosa selección puesto que al publicar el "Boletín", sólo intentábamos hacer un bien a nuestros feligreses y no sentar plaza de escritor ni de literato¹¹.

En este apéndice ofrecemos el catálogo de títulos en los que Ezequiel Fernández Santana anotó sus nombres, si bien, en ocasiones, no pasan de meras iniciales. Como en el apéndice anterior incluimos el número del boletín en el que pueden consultarse, la fecha de edición y las páginas de que consta.

Asimismo, hemos dividido este apartado en dos epígrafes menores, de una parte los cuentos que no son suyos y de otra parte aquellos que sí, y que aparecen reeditados en números posteriores, mostrando el boletín, fecha y número de página.

Además, en el caso de reposiciones de un mismo título, también anotamos los datos editoriales de esa reedición. E igual de importante nos parece señalar aquellos cuentos que fueron firmados en su reedición y que, sin embargo, no contenían su rúbrica la primera vez que se publican.

¹¹ Juan Cervera (*Teoría de la literatura infantil*, págs. 14 y 15), en su concepción de una teoría de la literatura infantil como género, insiste en la división de dos subgéneros que históricamente han tenido como destinatario al niño. De una parte alude a una literatura infantil más artística, frente a una literatura infantil escolar, con una clara vertiente pedagógica, llegando, en ocasiones, a eclipsar los contenidos literarios con un fuerte moralismo y didactismo. La obra de Ezequiel se inclinará por esa segunda vertiente, por otro lado modelo literario en el siglo decimonónico. Por otro lado, la obra del Arcipreste de Huelva (*Lo que puede un cura hoy*, Tip. de "El Correo de Andalucía", Sevilla, 1910) alentaba a los sacerdotes afiliados a la Acción Social y la Buena Prensa a sentar plaza de corresponsales literatos de los periódicos católicos, y cuando no pudieran hacerlo porque no reúnan las facetas y dotes necesarias, su labor será la de corresponsal, como bien ejerce en numerosas ocasiones nuestro autor: *No todos servirán para escribir artículos literarios, que en la vocación sacerdotal no entra la de ser literato; pero yo creo que todos podemos servir para comunicar de vez en cuando al periódico católico de la región el suceso culminante (...) todas aquellas noticias que puedan interesar a los lectores de otros pueblos y avalorar el periódico.*



3.1.1.- Cuentos reeditados y reposiciones de primeras ediciones.

El conjunto de cuentos que se publican en más de una ocasión son los siguientes:

Nº	TÍTULO.
1	<i>Pecador y pecador nada mas.</i>
2	<i>La Cigarra.</i>
3	<i>Gustavo Bécquer.</i>
4	<i>Doce capuchinos.</i>
5	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
6	<i>El Rosario del centinela.</i>
7	<i>Murió sin asustarse.</i>
8	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>
9	<i>El periódico impío.</i>
10	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
11	<i>Siete, y no más que siete.</i>
12	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
13	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
14	<i>Padre, he perdido la fe.</i>
15	<i>Uno y tres.</i>
16	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
17	<i>La Ascensión del Señor.</i>
18	<i>Los libros que matan.</i>
19	<i>Llegó a tiempo.</i>

1. ***Pecador y pecador nada más.*** B.P., nº 25, 6 de abril de 1913, págs. 2-3. REEDITADO B.P., nº 191, 14 de abril de 1935, págs. 3-4. Sin firma.
2. ***La Cigarra.*** B.P., nº 102, 23 de julio de 1916, págs. 3-4. REEDITADO B.P., nº 116, 27 de mayo de 1917, págs. 3-4. Firmado.
3. ***Gustavo Bécquer.*** B.P., nº 43, 21 de diciembre de 1913, págs. 3-4. REEDITADO B.P., nº 147, 22 de diciembre de 1929, pág. 2.
4. ***Doce capuchinos.*** B.P., nº 53, 19 de julio de 1914, pág. 3. REEDITADO B.P., nº 163, 26 de abril de 1931, con el título *Igual a doce capuchinos*, págs. 2-3. Sin firma.
5. ***El diablo vestido de máscara.*** B.P., nº 66, 7 de febrero de 1915, pág. 3. B.P., nº 67, 21 de febrero de 1915, pág. 3. REEDITADO B.P., nº 149, 16 de febrero de 1930, pág. 3. Firmado.



6. **El Rosario del centinela.** *B.P.*, nº 121, 21 de octubre de 1917, pág. 3. REEDITADO *B.P.*, nº 157, 5 de octubre de 1930, pág. 3. Sin firma.
7. **Murió sin asustarse.** *B.P.*, nº 126, 7 de abril de 1918, pág. 3. REEDITADO *B.P.*, nº 143, 28 de julio de 1929, págs. 2-3. Firmado.
8. **Un caso acerca de la lectura de novelas.** *B.P.*, nº 28, 18 de mayo de 1913, págs. 2-3. REEDITADO *B.P.* nº 135, 24 de febrero de 1929, con el título *La lectura de novelas*, pág. 2. Firmado.
9. **El periódico impío.** *B.P.*, nº 23, 2 de marzo de 1913, págs. 2-3. *B.P.*, nº 24, 16 de marzo de 1913, pág. 3. REEDITADO *B.P.*, nº 141, 23 de junio de 1929, págs. 2-3. Firmado.
10. **¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!** *B.P.*, nº 68, 7 de marzo de 1915, pág. 3. *B.P.*, nº 69, 21 de marzo de 1915, pág. 3. REEDITADO *B.P.*, nº 150, 23 de marzo de 1930, págs. 2-4. Firmado.
11. **Siete, y no más que siete.** *B.P.*, nº 120, 23 de septiembre de 1917, págs. 3-4. REEDITADO *B.P.*, nº 171, 28 de febrero de 1932, págs. 3-4. Firmado *E. Fernández*.
12. **Sí, Jesús es el Mesías.** *B.P.*, nº 89, 9 de enero de 1916, págs. 2-4. REEDITADO *B.P.* nº 111, 24 de diciembre de 1916, págs. 2-4. Sin firma. REEDITADO *B.P.* nº 159, 21 de diciembre de 1930, págs. 2-3. Sin firma.
13. **¿Comulga V. todos los días?** *B.P.*, nº 73, 2 de mayo de 1915, págs. 3-4. REEDITADO *B.P.*, nº 164, 31 de mayo de 1931, págs. 2-4. Firmado *E. Fernández*.
14. **Padre, ¡he perdido la fe!** *B.P.*, nº 85, 7 de noviembre de 1915, págs. 3-4. *B.P.*, nº 86, 21 de noviembre de 1915, págs. 3-4. REEDITADO *B.P.*, nº 165, 28 de junio de 1931, págs. 2-4. Firmado *E. Fernández*.
15. **Uno y tres.** *B.P.*, nº 87, 5 de diciembre de 1915, págs. 3-4. *B.P.*, nº 88, 19 de diciembre de 1915, págs. 3-4. Sin firma. REEDITADO *B.P.*, nº 168, 11 de octubre de 1931, págs. 2-4. Firmado como *E. Fernández*.
16. **El tercero santificar las fiestas (I).** *B.P.*, nº 79, 1 de agosto de 1915, pág. 3. *B.P.*, nº 80, 15 de agosto de 1915, págs. 2-3. Sin firma. REEDITADO *B.P.*, nº 169, 6 de diciembre de 1931, págs. -3-4. *B.P.*, nº 170, 6 de enero de 1932, págs. 2-4. Firmado *E. Fernández*.



17. **La Ascensión del Señor.** *B.P.*, nº 98, 28 de mayo de 1916, pág. 3. Sin firma. REEDITADO *B.P.*, nº 173, 1 de mayo de 1932, págs. 2-3. Firmado *E. Fernández*.

Página | 22

18. **Los libros que matan.** *B.P.*, nº 55, 16 de agosto de 1914, pág. 3. Sin firma. REEDITADO *B.P.*, nº 178, 27 de noviembre de 1932, págs. 2-3. Sin firma.

19. **Llegó a tiempo.** *B.P.*, nº 48, 19 de abril de 1914, págs. 3-4. Sin firma. REEDITADO *B.P.*, nº 182, 9 de abril de 1933, págs. 8-9. Sin firma.

3.1.2.- Primera publicación de los cuentos.

De entre los diecinueve títulos propios que reaparecen en el “Boletín Parroquial”, al menos siete pertenecieron a la obra *Narraciones Apologéticas* de 1916:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1916.	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
2	1916.	<i>¡Uf!, ¡Qué difícil es confesarse!</i>
3	1916.	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
4	1916.	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
5	1916.	<i>Padre, he perdido la fe.</i>
6	1916.	<i>Uno y tres.</i>
7	1916.	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>

Del resto de títulos tenemos siete cuentos que se publicaron con antigüedad a la fecha de *Narraciones Apologéticas*. Cuatro cuentos aparecieron en 1913:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1913.	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
2	1913.	<i>Gustavo Bécquer.</i>
3	1913.	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>
4	1913.	<i>El periódico impío.</i>

Y tres en 1914:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1914.	<i>Doce capuchinos.</i>
2	1914.	<i>Los libros que matan.</i>
3	1914.	<i>Llegó a tiempo.</i>



El resto, cinco cuentos, aparecen entre 1916 y 1918. De 1916 serán:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1916.	<i>La Cigarra.</i>
2	1916.	<i>La Ascensión del Señor.</i>

Página | 23

Publicados en 1917:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1917.	<i>El Rosario del centinela.</i>
2	1917.	<i>Siete, y no más que siete.</i>

Finalmente de 1918 es:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1918.	<i>Murió sin asustarse.</i>

3.1.3.- Cronología de las reposiciones.

Podemos establecer dos partes bien diferenciadas. Durante la primera etapa del boletín únicamente aparecerán reeditados cuentos en dos ocasiones. El primero será *Sí, Jesús es el Mesías*, que fue impreso en enero de 1916 y que se repone en diciembre de ese mismo año. El segundo caso que hemos podido localizar será el del cuento *La Cigarra* que se recogió por primera vez en julio de 1916 y se repone en mayo del año siguiente. El resto de títulos aparecerá ya en la segunda etapa del "Boletín Parroquial".

De esta segunda etapa tenemos en 1929:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1929.	<i>Gustavo Bécquer.</i>
2	1929.	<i>Murió sin asustarse.</i>
3	1929.	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>
4	1929.	<i>El periódico impío.</i>



En 1930:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1930.	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
2	1930.	<i>El Rosario del centinela.</i>
3	1930.	<i>¡Uf!, ¡Qué difícil es confesarse!</i>
4	1930.	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>

Página | 24

Seguidamente en 1931:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1931.	<i>Doce capuchinos.</i>
2	1931.	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
3	1931.	<i>¡Padre, he perdido la fe!</i>
4	1931.	<i>Uno y tres.</i>
5	1931.	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>

De 1932:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1932.	<i>Siete, y no más que siete.</i>
2	1932.	<i>La Ascensión del Señor.</i>
3	1932.	<i>Los libros que matan.</i>

Y para terminar, entre 1933 y 1935:

Nº	AÑO.	TÍTULO.
1	1933.	<i>Llegó a tiempo.</i>
1	1935.	<i>Pecador y pecador nada más.</i>



3.2.- Corpus de cuentos de otros autores.

Entre los títulos que aparecieron editados en el “Boletín Parroquial” de autor conocido o de los que Ezequiel Fernández Santana indica alguna anotación sobre la procedencia, contamos con los siguientes:

Nº	TÍTULO.
1	<i>Examen de conciencia.</i>
2	<i>Aventuras de un jilguero.</i>
3	<i>¡Demasiado tarde!</i>
4	<i>Héme aquí.</i>
5	<i>Una Caja de caudales.</i>
6	<i>El eterno Constructor.</i>
7	<i>La morfina.</i>
8	<i>Boda a todo trapo.</i>
9	<i>El poder del Rosario.</i>
10	<i>Los apuros de una tacaña.</i>
11	<i>Labrador, si tú quieres...</i>
12	<i>La Rata Sabia.</i>
13	<i>¿Bailo, tío?</i>
14	<i>¡Quita-penas!</i>
15	<i>En la paz del sendero.</i>
16	<i>Remedio Probado.</i>
17	<i>La carta.</i>
18	<i>Quien da, se enriquece.</i>
19	<i>¡Esos curas!</i>
20	<i>La elección de una cruz.</i>
21	<i>Lo peor de Judas.</i>
22	<i>¿Con lápiz rojo?...</i>
23	<i>¡Carlos!</i>
24	<i>De la morfina a la eternidad.</i>
25	<i>Recuerdo de una ordenación “in sacris”.</i>
26	<i>El Rosario de la Aurora.</i>

Las rúbricas con las que se pone cierre a la publicación de estos cuentos serán las que siguen:

AUTOR O LUGAR DE PROCEDENCIA.	TÍTULOS.
Pierre L’Hermite/ Pierre L’Ermite.	<i>Examen de conciencia. ¡Demasiado tarde! Una Caja de caudales. El eterno Constructor. La morfina. Boda a todo trapo.</i>



	<p><i>¿Con lápiz rojo?...</i> <i>¡Carlos!</i> <i>De la morfina a la eternidad.</i> <i>Recuerdo de una ordenación "in sacris".</i></p>
Fr. Manuel Sancho.	<p><i>Mercedario.</i> <i>Aventuras de un jilguero.</i></p>
J. L. Brun.	<p><i>Héme aquí.</i> <i>En la paz del sendero.</i></p>
"Boletín Parroquial" de Zarza Capilla.	<p><i>El poder del Rosario.</i> <i>Los apuros de una tacaña.</i></p>
Bajo las iniciales "H. D." de Ciudad Rodrigo.	<p><i>Labrador si tú quieres.</i></p>
O. Festivo.	<p><i>La Rata Sabia.</i></p>
José M ^a . Castillo.	<p><i>Quita-penas.</i> <i>Remedio Probado.</i></p>
Traducción de <i>La Voix des Cloches de Bourslon.</i>	<p><i>La Carta.</i></p>
X.	<p><i>¡Esos curas!</i> <i>La elección de una cruz.</i></p>
Micaela Peñaranda.	<p><i>"H. M".</i> <i>Lo peor de Judas.</i></p>
Ángel Verdemar.	<p><i>El Rosario de la Aurora.</i></p>
J. J. Nissen / A. C. Nissen.	<p><i>¿Bailo, tío?</i></p>
De autor desconocido (Ignotus).	<p><i>Quien da, se enriquece.</i></p>

Estas son las fuentes y autores de los que saca textos para incluirlos en el "Boletín Parroquial". Además, llega incluso a repetirse el autor y el mismo cuento¹².

¹² Como indica María Motserrat Sarto (vid. "La literatura para niños en lengua castellana" dentro de la obra de Bettina Hürlimann, *Tres siglos de literatura infantil europea*, 2ª edición, Trad. de Mariano Orta Manzano, Editorial Juventud, Barcelona, 1982, pág. 293), el retraso en la producción de una obra literaria infantil española de grandes dimensiones editoriales no se produjo en España hasta el siglo XX, debido a que buena parte de la literatura infantil española que se consumía estuvo plagada de traducciones extranjeras, lo que retrasó la publicación de títulos por autores españoles. Como podemos observar por la obra de Fernández Santana, el propio párroco santeño utilizó esos textos traducidos en sus publicaciones periódicas con cierta asiduidad.



Nº	TÍTULO.	PROCEDENCIA.	OBSERVACIONES.
1	Examen de conciencia.	B.P., nº 1, 7 de abril de 1912, pág. 3. B.P., nº 2, 21 de abril de 1912, pág. 3. B.P., nº 136, 10 de marzo de 1929, págs. 1-2. B.P., nº 137, 24 de marzo de 1929, pág. 3.	REEDITADO En esta reedición sin firmar, posiblemente porque falta parte del último párrafo según hemos comprobado al releer ambos cuentos. Sin embargo en la primera edición aparece como autor Pierre L'Ermite.
2	Aventuras de un jilguero.	B.P., nº 3, 5 de mayo de 1912, pág. 3. B.P., nº 6, 16 de junio de 1912, pág. 2. B.P., nº 7, 30 de junio de 1912, pág. 3. B.P., nº 8, 21 de julio de 1912, págs. 2-3. B.P., nº 9, 4 de agosto de 1912, págs. 3-4.	Fr. Manuel Sancho, <i>Mercedario</i> .
3	¡Demasiado Tarde!	B.P., nº 10, 18 de agosto de 1912, pág. 3. B.P., nº 12, 15 de septiembre de 1912, pág. 3.	Pierre L'Ermite.
4	Heme aquí...	B.P., nº 14, 20 de octubre de 1912, págs. 3-4. B.P., nº 160, 25 de enero de 1930, págs. 2-3. B.P., nº 187, 28 de enero de 1934, págs. 3-4.	REEDITADO REEDITADO J. L. Brun.
5	Una Caja de caudales.	B.P., nº 15, 3 de noviembre de 1912, pág. 3. B.P., nº 16, 17 de noviembre de 1912, pág. 3.	Pierre L'Ermite.
6	El eterno Constructor.	B.P., nº 17, 1 de diciembre de 1912, págs. 3-4.	
7	La morfina.	B.P., nº 33, 20 de julio de 1913, pág. 3. B.P., nº 34, 3 de agosto de 1913, pág. 3.	Sin firma.
8	Boda a todo trapo.	B.P., nº 35, 17 de agosto de 1913, pág. 3.	
9	El poder del Rosario.	B.P., nº 59, 28 de octubre de 1914, págs. 2-3. B.P., nº 60, 1 de noviembre de 1914, pág. 3.	Esta pieza estaba tomada del "Boletín Parroquial" de Zarza Capilla, según explica en una nota final.
10	Los apuros de una tacaña.	B.P., nº 64, 2 de enero de 1915, págs. 3-4. B.P., nº 65, 17 de enero de 1915, págs. 3-4. B.P., nº 183, 18 de junio de 1933, págs. 2-4.	REEDITADO Sin firma. En la primera edición se explica que fue extraído de la hoja parroquial de Zarza Capilla, según una nota final
11	Labrador, si tú quieres.	B.P., nº 84, 17 de octubre de 1915, págs. 3-4.	Extraído de las iniciales "H. D." de Ciudad Rodrigo, posible Hoja Dominical.
12	La Rata Sabia.	B.P., nº 90, 23 de enero de 1916, págs. 2-3. B.P., nº 175, 7 de agosto de 1932, págs. 2-3.	REEDITADO. Extraído del "O.



			Festivo” en ambas ocasiones.
13	¿Bailo, tío?	<i>B.P.</i> , nº 92, 27 de febrero de 1916, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 139, 5 de mayo de 1929, págs. 1-2. <i>B.P.</i> , nº 140, 29 de mayo de 1929, págs. 1-2.	Cuento de J. J. Nissen. REEDITADO. Ahora aparece firmado por A. C. y no J. J. Nissen como en el anterior.
14	¡Quita-penas!	<i>B.P.</i> , nº 93, 12 de marzo de 1916, pág. 3. <i>B.P.</i> , nº 180, 15 de enero de 1933, pág. 3.	REEDITADO. En ambas José M ^a Castillo.
15	En la paz del sendero.	<i>B.P.</i> , nº 94, 26 de marzo de 1916, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 162, 29 de marzo de 1931, págs. 3-4.	REEDITADO. J. L. Brun, como se anota al final de ambas.
16	Remedio Probado.	<i>B.P.</i> , nº 95, 16 de abril de 1916, pág. 3.	José M. Castillo, según reza al final.
17	La carta.	<i>B.P.</i> , nº 107, 8 de octubre de 1916, págs. 3-4. <i>B.P.</i> , nº 108, 22 de octubre de 1916, pág. 3.	Se trata de una traducción de <i>La Voix des Cloches de Bourlon</i> como indica D. Ezequiel Fernández Santana al final del texto.
18	Quien da, se enriquece.	<i>B.P.</i> , nº 112, 28 de enero de 1917, págs. 2-3. <i>B.P.</i> , nº 166, 26 de julio de 1931, págs. 2-3.	Se explica que es un relato de autor desconocido, mediante la palabra: <i>Ignotus</i> . REEDITADO Firmado I*.
19	¡Esos curas!	<i>B.P.</i> , nº 113, 25 de febrero de 1917, págs. 3-4.	Al final del mismo se incluye la letra “X”.
20	La elección de una cruz.	<i>B.P.</i> , nº 114, 25 de marzo de 1917, págs. 3-4.	Al final se incluye la letra “X”.
21	Lo peor de Judas.	<i>B.P.</i> , nº 115, 29 de abril de 1917, págs. 2-3.	Micaela Peñaranda, H. M.
22	¿Con lápiz rojo?...	<i>B.P.</i> , nº 130, 6 de octubre de 1918, págs. 2-4.	Pierre L’Ermitte.
23	¡Carlos!	<i>B.P.</i> , nº 174, 15 de mayo de 1932, págs. 2-3.	
24	De la morfina a la eternidad.	<i>B.P.</i> , nº 177, 23 de octubre de 1932, págs. 2-3.	
25	Recuerdo de una ordenación “in sacris”.	<i>B.P.</i> , nº 181, 19 de febrero de 1933, págs. 3-4.	
26	El Rosario de la Aurora.	<i>B.P.</i> , nº 189, 21 de octubre de 1934, págs. 2-3.	Ángel Verdemar.

Del conjunto de cuentos, un total de veinticuatro títulos, solamente ocho de ellos se editan en más de una ocasión, y en todos ellos se da la circunstancia de que esa reposición se hace en la segunda etapa del “Boletín Parroquial”, nunca en la primera. Los cuentos que se repiten en 1929: *Examen de conciencia* de Pierre L’Ermitte; *¿Bailo, tío?* de J. J. Nissen; En 1930:



Heme aquí... de J. L. Brun. En 1931: *En la paz del sendero* de J. L. Brun; *Quien da se enriquece* de autor desconocido. En 1932 *La Rata Sabia* extraído del O. Festivo. En 1933: *Los apuros de una tacaña* extraído del “Boletín Parroquial” de Zarza Capilla; *¡Quita-penas!* de José M^a Castillo. Y por último en 1934 se imprime por tercera vez la obra *Heme aquí...* de J. L. Brun.

De entre el conjunto de autores y libros que copia Ezequiel Fernández Santana, especial importancia debió tener para él Pierre L’Ermitte, del que copia ocho cuentos e incluso reedita en la segunda etapa del “Boletín Parroquial”¹³. Y por último, frente al resto de autores, la “Hoja parroquial” de Zarza Capilla¹⁴ y el escritor francés J. Le Brun también tienen dos títulos cada uno.

3.3.- Aspectos extraliterarios de edición y difusión de los cuentos.

La obra cuentística que analizamos en nuestro trabajo tuvo un primer germen en *Narraciones Apologéticas*, editada como libro en 1916. Esta publicación cumple con aspectos esenciales de la literatura moral y religiosa: dedicatoria a un obispo -en este caso concreto al de la provincia, Alfonso Pérez Muñoz-, a la vez que se imprime con censura eclesiástica, lo que asegura el valor doctrinal del conjunto de cuentos publicados.

¹³ La única obra de Pierre L’Ermitte que hemos podido localizar será *Cuentos*, Trad. de Alfonso Péres Nieva, Apostolado de la Prensa, Madrid, 1946. Es una reedición de los cuentos originarios de 1910, y por el prólogo de la obra, págs. 5-7, sabemos que es un seudónimo de un autor del catolicismo francés, sacerdote de profesión -como ocurre con nuestro autor-, cuya principal obra será *La Grande Amie*. Reseña en el prólogo Pérez Nieva sobre el autor: *es un apologista de la verdad católica, y busca la fuerza de la literatura para propagarla*. Las similitudes entre este autor y nuestro escritor se hacen patentes con estas afirmaciones. La obra ensayística de L’Ermitte se divulgó a través de *La importancia de la prensa*, Gustavo Gili, Barcelona, 1907, en la que el francés realizó una apología de la misión del sacerdote como difusor de la homilía a través de la prensa escrita, por ser un medio de mayor difusión y rapidez: *Cuando uno no es de la prensa, no puede figurarse la resonancia de un artículo, el revuelo y el movimiento que puede producir, las almas desconocidas que puede tocar*.

¹⁴ Contemporáneo de D. Ezequiel F. S. fue el sacerdote D. Federico González Plaza, quien desarrolló una importante y reconocida Acción Social en la localidad de Zarza Capilla durante 1909-1915. En 1913 crea la *Hoja de Zarza Capilla* (vid. José Muñoz Rubio, *El Estado de Capilla*, Grafisur, Los Santos de Maimona 1985, págs. 398-400). La inclusión de narraciones procedentes de la “Hoja de Zarza Capilla” en el “Boletín Parroquial” de Los Santos evidencia la existencia de relaciones entre ambos autores, pero no hemos podido comprobar a qué nivel cooperaron, ni si se llegaron a incluir narraciones de D. Ezequiel F. S. en la “Hoja de Zarza Capilla”. Los archivos municipales y parroquiales de dicha localidad quedaron completamente destruidos durante la Guerra Civil, lo que ha impedido dicho cotejo.



Igualmente, retoma principios básicos del folletín y de la literatura de la Buena Prensa, por ello fue una obra de bajo coste, 1,50 pesetas, con una tirada muy escasa y limitada de 500 ejemplares, que se concibió como un primer ejemplar de una biblioteca más amplia que nunca llegó a editarse.

Página | 30

Ese primer volumen recogió diez de los cuentos editados en fecha cercana en el “Boletín Parroquial”, entre febrero de 1915 y enero de 1916, por lo tanto tuvo una doble difusión, primeramente como literatura por entregas en la prensa santeña y posteriormente como ejemplar libresco. La edición nació con la particularidad de formar parte de las lecturas de las Escuelas Parroquiales, por lo que se puede considerar como literatura infantil y juvenil.

Sin embargo, el conjunto cuentístico de Fernández Santana supera a esos diez primeros cuentos, motivo por el que hemos recopilado toda su producción en nuestro estudio. De esta forma, el total de cuentos que hemos recogido suman 64 títulos diferentes, que abarcan desde diciembre de 1912 hasta diciembre de 1933.

Aunque los consideramos como obras originales de *El Cura de Los Santos*, hay que matizar la posibilidad de readaptaciones y traducciones en algunos títulos muy tempranos de los cuales no indica su autoría nuestro escritor. Así, los recogidos en *Narraciones Apologéticas* tampoco incluían ninguna matización sobre su autoría, la cual es reconocida en el proemio de la obra. Este hecho nos ha inducido a atribuirle cuentos anteriores a Fernández Santana, ya que no se matiza la posibilidad de estar tomados de otras colecciones. No obstante, su producción original entre 1929 y 1933 es claramente propia ya que se incluye su nombre al final de las publicaciones.

Respecto a la temporalización de las obras, se observan dos etapas claramente diferenciadas en su obra cuentística. Una primera muy productiva, la cual coincide con los años de más actividad en las escuelas santeñas, que va desde 1912 a 1921 y donde se escribe la mayoría de los cuentos -46 en total-, y una segunda que se inicia en 1929 y culmina en 1933, coincidiendo con los años finales de la dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la Segunda República, en la que se publican 18 títulos.

Junto a la producción propia, insuficiente para completar las publicaciones periódicas, nuestro autor utilizó dos tácticas editoriales: bien la publicación de cuentos de



otros autores que le ayudaran a cerrar las ediciones de sus periódicos, bien la reposición de títulos propios, especialmente entre 1929 y 1935.

Los cuentos tomados de otras publicaciones religiosas se concretan en un corpus de 26 obrillas de diferente autoría, si bien destacan autores extranjeros como Pierre L'Ermite, Nissen o J. L. Brun, junto a plumas nacionales, aunque desconocidas, como Manuel Sancho, José María Castillo o Micaela Peñaranda. Otros procedieron de publicaciones católicas nacionales como fueron el "Boletín Parroquial" de Zarza Capilla, la "Hoja Dominical" de Ciudad Rodrigo y extranjeras como "La Voix des Cloches de Bourlon". O bien, se desconocía su procedencia como ocurre con las publicaciones marcadas como "X" o "Ignotus".



II.- CRITERIOS Y VARIANTES DE LA EDICIÓN CRÍTICA.





Con este apartado presentamos el tipo de edición textual elegida, y las peculiaridades que la misma ofrece. Para ello, hemos dividido en dos partes principales el capítulo.

Un primer epígrafe sobre la transmisión de la obra, que se completa con los criterios de edición en sí, es decir, el tipo de aparato crítico. Las denominaciones designadas a cada variante, así como la información adicional aportada por el aparato en cada uno de los cuentos editados.

El segundo epígrafe ofrece un listado de las variantes lingüísticas registradas en nuestro trabajo y clasificadas en prosódicas, fónicas, morfológicas y sintéticas. De manera que podamos tener una visión de conjunto de las principales variedades anotadas en toda la edición, así como de los rasgos que aportan esas notas.

1.- Transmisión de la obra.

Narraciones Apologéticas se compone de diez títulos que recogemos en el apartado bibliográfico. En ella deja abierta la posibilidad de continuar con otras colecciones de cuentos que estaba preparando. De esta manera, cotejamos los cuentos que aparecieron en dicha recopilación con los que se editaban quincenalmente en el “Boletín Parroquial”.

Como testimonio de edición, conseguimos *Narraciones Apologéticas*. Sin embargo, en nuestro estudio hemos recopilado los cuentos que aparecen en el “Boletín Parroquial” de Los Santos de Maimona, cotejándolos con esa primera publicación de *Narraciones Apologéticas* cuyo único ejemplar hemos localizado en la biblioteca del Complejo Cultural “Santa Ana” de Almendralejo. Por otro lado, hemos visitado aquellas parroquias que estuvieron en conexión con la de Los Santos, como son las de Valencia del Ventoso, Bodonal de la Sierra, Fregenal de la Sierra, Fuente del Maestre, Parroquia de San Mateo en Cáceres, Zarza Capilla... sin frutos, pues en ninguna hemos encontrado cuentos que aparecieron en Los Santos. Así, nos propusimos realizar una edición crítica de los localizados.



2.- Estudio ecdótico.

Con este epígrafe se pretende mostrar una visión de conjunto de todo el aparato crítico. Organizando la información en torno a cinco ejes fundamentales. En primer lugar aparecen aquellos cuentos en los que el aparato crítico no registra ninguna variante –excepto los datos editoriales propios del texto.

En segundo lugar, se incluyen las narraciones que sí ofrecen variantes en el aparato crítico. Esa colección de cuentos se organiza de manera lingüística, atendiendo al tipo de variante mostrada. Para ello, se ordena la información atendiendo a si es una variante que afecte a rasgos prosódicos del texto, bien a rasgos fónicas, acerca de la morfología de las palabras, o de la estructura sintáctica de las oraciones.

2.1.- Cuentos sin variantes en el aparato crítico.

Existe un conjunto de relatos que no presentan modificaciones. El grupo lo forman veintidós relatos, que como característica común ninguno sufrirá una reposición. Además, más del 50 % se escribirán en los años treinta, al final de la vida del autor, lo que dificulta dicha posibilidad.

CUENTOS SIN MODIFICACIONES.	
Número.	Título del cuento.
6	<i>¡Por eso sí que no paso!</i>
7	<i>La justicia de Napoleón.</i>
14	<i>Como este hay muchos.</i>
16	<i>Buscando oficio.</i>
18	<i>El abrigo de pieles.</i>
33	<i>Domine, non sum dignus.</i>
34	<i>Venid y vamos todos...</i>
37	<i>Yo tres y tú dos.</i>
40	<i>Contrasentidos.</i>
44	<i>Hermosa lección.</i>
47	<i>Polito.</i>
49	<i>Tiene V. razón, señor Cura.</i>
50	<i>El cabrerillo.</i>
51	<i>El tercero santificar la fiesta (II).</i>
55	<i>¿Quién se lo había de figurar?</i>



56	<i>¿Pero no vas al baile?</i>
57	<i>Quien da, se enriquece.</i>
59	<i>Un milagro ruidoso.</i>
60	<i>El tío Farruco.</i>
62	<i>La asunción de la Virgen.</i>
63	<i>El tío Gregorio.</i>
64	<i>Julita la hortelana.</i>

En *Caso de conciencia*, por otro lado, recogemos una nota en el texto con el siguiente contenido:

Así llaman familiarmente en París al ferrocarril metropolitano, subterráneo en su mayor parte, que enlaza diversos barrios de la gran ciudad (Nota del e).

Lo cual nos hace cuestionarnos la autoría, ya que sería una nota del editor.

2.2.- Cuentos con variantes en el aparato crítico.

Respecto a los cuentos que sí ofrecen variantes en su aparato, la clasificación se organiza con un orden preestablecido para todos los cuadros de contenido. Se explica el tipo de fenómeno lingüístico observado, se incluye un ejemplo del original y de la modificación, así como el título del cuento en el que se ha localizado dicha variante. Las principales modificaciones siguen los esquemas propuestos por Alberto Blecua¹⁵, a los que sumamos los que se deducen de errores editoriales subsanados en ediciones posteriores, los más abundantes y significativos. La primera columna la integran las lecturas erróneas, la segunda columna incorporan las correcciones y modificaciones posteriores.

Por último, se incluye un breve análisis de las variantes localizadas, y de los motivos que han podido ocasionar su aparición.

¹⁵ *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia, 1983, págs. 20-30. En las que se alude a variantes producidas por adición, omisión, alteración y sustitución, y las cuales hemos designado con este mismo nombre en los cuadros creados. Blecua afirma en esta obra que uno de los errores más habituales en las ediciones de cuentos durante el siglo XX será la precipitación en la entrega de originales a la imprenta, así como la obligación de acomodar el texto a un espacio determinado en la publicación. Alberto Blecua, *ibidem*, págs. 227-228.



2.2.1.- Variantes prosódicas.

Las variantes prosódicas registradas atienden a aspectos extraliterarios. Hemos localizado variantes que obedecen a la tipografía del texto: uso de mayúsculas, desarrollo de abreviaturas, incorrecta división de palabras, uso de cursiva o división mediante asteriscos del texto. La aparición de estas variantes confirma una intencionalidad del autor por buscar formas de expresión que aludan a la lectura pública del texto, o bien, a la dicción del fragmento en cuestión. Además, estas variantes afectan a la entonación, intensidad y pausas de la lectura.

Otras variantes ofrecen una división textual distinta, es decir, modifican la estructura oracional originaria.

Finalmente, encontramos variantes que manifiestan una oscilación entre la acentuación actual y la predominante a principios de siglo, así como el uso de formas literarias frente a usos hablados.

VARIANTES PROSÓDICAS.			
Tipología	Ejemplo.	Modificación.	Titulo del cuento.
Vacilación en la acentuación.	serviría	serviría	<i>Proemio.</i>
	vió / quedóse / ó / Qué / valgame	vio / quedose / o / Que / válgame	<i>Nut la egipcia.</i>
	subvencionáis / prestáis / escandalizáis / alimentáis / traves	subvencionais / prestais / escandalizais / alimentais / través	<i>El periódico impío.</i>
	á	a	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>
	fútiles	futiles	
	Angela	Ángela	<i>Cuento para el día de los difuntos</i>
	són	son	<i>Igual a doce capuchinos.</i>
	sér	ser	<i>Uno y tres.</i>
Vacilación en el uso de	Kilómetro	kilómetro	<i>Nut la egipcia.</i>
	No	no	



mayúsculas ¹⁶ .	CURA	Cura	<i>El periódico impío.</i>
	Iglesias	iglesias	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
	padre	Padre	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>
	noche Buena	Noche Buena	<i>Gustavo Bécquer.</i>
	padre	Padre	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	Creo, creo	Creo, Creo	<i>¿Resucitaré Yo?</i>
	sociedades, congregaciones, misa.	Sociedades, Congregaciones, Misa.	<i>Murió sin asustarse.</i>
	doctora	Doctora	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	afirmaron: No es	afirmaron: no es	<i>Creo que existe Dios.</i>
	repitió	Repitió	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
	horas	Horas	
	teología	Teología	<i>Que madre nuestra es.</i>
	medianera	Medianera	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	padre	Padre	
	altísimo	Altísimo	
	padre	Padre	<i>Uno y tres.</i>
dioses	Dioses	<i>Joselín.</i>	
agosto	Agosto		
Divisiones de palabras.	al rededor	alrededor	<i>Los siete domingos.</i>
	diez y siete	diecisiete	<i>No me la escandalice usted.</i>
	aun que	aunque	<i>Joselín.</i>
Uso de cursiva (introduce estilo directo).	y cuando vas a cumplir con el precepto pascual,	y cuando vas a cumplir con el precepto pascual,	<i>Igual a doce capuchinos.</i>
	considerando / resultando / decretamos	CONSIDERANDO / RESULTANDO / DECRETAMOS	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	No basta para salvarte	No basta para salvarte	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
Uso de cursiva para resaltar el texto.	asustar, asustarse	asustar, asustarse	<i>Murió sin asustarse.</i>
	arrastraao	Arrastraao	<i>Creo que existe Dios.</i>
	soldao	“soldao”	<i>Uno y tres.</i>
Desarrollo de abreviaturas.	P.	Padre	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	V.	usted	<i>Creo que existe Dios.</i>
			<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
		<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>	
Diferente uso de abreviaturas.	D.	Dn	<i>Joselín.</i>
Uso de asteriscos para dividir el texto.	-----	División en asteriscos.	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i> <i>¿Resucitaré Yo?</i> <i>¿Comulga V. todos los días?</i>

¹⁶ El conjunto de variantes registradas en esta tipología nos mueve a pensar en las diferentes dotaciones instrumentales con las que pudo contar la precaria imprenta en la que se editaron los textos.



			<p><i>Creo que existe Dios. El tercero santificar las fiestas (I). Que madre nuestra es. Padre, ¡he perdido la fe! Uno y tres. Sí, Jesús es el Mesías.</i></p>
Diferente puntuación.	severo, severo para	severo. Severo para	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	Juan, vio que empezó	Juan. Vio que empezó	
	a fraile. Porque	a fraile, porque	<i>Creo que existe Dios.</i>
	que, además	que además	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
	criados, después	criados después	
	. Es Dios	, es Dios	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	. Es la súplica	, es la súplica	
	tu fe las alas	tu fe, las alas	
	,acaso,	acaso	
mucho más. Juanillón	mucho más. Juanillón	<i>Uno y tres.</i>	

2.2.2.- Variantes fónicas.

Las variantes que afectan al plano fónico del texto se agrupan en dos grandes aspectos lingüísticos. De un lado, las variantes que afectan a la entonación de la oración en la que aparecen, en especial las de tipo exclamativo e interrogativo.

De otro lado, las que afectan a la composición de la palabra, bien por la diptongación de una sílaba, la colocación errónea de un fonema por otro, la supresión de un fonema en la palabra, o la disposición tipográfica incorrecta de los significantes de la palabra. En buena medida, este tipo de incoherencias creemos pudieran deberse a las precarias condiciones editoriales en las que se publicaron los cuentos editados.

VARIANTES FÓNICAS.			
Tipología	Ejemplo.	Modificación.	Título del cuento.
Diptongación¹⁷.	Encantamento	Encantamiento	<i>Proemio.</i>

¹⁷ La aparición de este fenómeno en un único relato nos hace suponer la posibilidad de tratarse de la omisión de un fonema, más propio de un error tipográfico que de un uso incorrecto de un diptongo, ya muy extendido para la época.



VARIEDADES

Sustitución de fonemas.	vasayo / pudiendo / dejeron / dondo / Extranjeros / lo	vasallo / pudiendo / dijeron / donde / Extranjeros / la	<i>Nut la egipcia.</i>
	Vívora / pretesto / corraje	Víbora / pretexto / coraje	<i>El periódico impío.</i>
	los	dos	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
	llebaba	llevaba	<i>Caso de conciencia.</i>
	ofrecer	ofrecer	<i>Un caso acerca de la lectura de novelas.</i>
	Infeilz	infeliz	<i>Gustavo Bécquer.</i>
	catalpesia	catalepsia	<i>Llegó a tiempo.</i>
	ordenaza	ordenaba	<i>El zapatero remendón.</i>
	com	con	<i>Igual a doce capuchinos.</i>
	es	en	<i>No le gustaba la moda protestante.</i>
	saltó	soltó	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	calóse	colóse	
	lijera	ligera	<i>El tío "Candelas".</i>
	le	lo	<i>La Cigarra.</i>
	desmartelada	desmantelada	
	cansándome	causándome	<i>Santificado sea el tu nombre.</i>
	araciones	oraciones	<i>El examen de novios.</i>
	mafferlan	macfarlan	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	manigero	manijero	<i>Creo que existe Dios.</i>
	líbido	lívido	
	Amaya	Anaya	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	Lino	Lirio	<i>Siete, y no más que siete.</i>
	cauce	cruce	<i>El Rosario del centinela.</i>
	bolsito	bolbillo	
	dovotísimo	devotísimo	<i>Juanillón.</i>
	extrañera	extrañara	
Omisión o síncopa de un fonema.	pemitía	permitía	<i>Nut la egipcia.</i>
	borarse	borrarse	<i>El periódico impío.</i>
	a haracas	alharacas	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
	vuestra carnes llagadas	vuestras carnes llagadas	<i>No fue el frío.</i>
	enconraron	encontraron	<i>Gustavo Bécquer.</i>
	pesto	puesto	<i>Igual a doce capuchinos.</i>
	obscura	oscura	<i>Los libros que matan.</i>
	desgaire	desaire	<i>¿Quién piensa en eso?</i>
	de	del	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	Magetad	magestad	
	importunamente	inoportunamente	<i>¿Resucitaré Yo?</i>
	destuye	destruye	
	obscuridad	oscuridad	<i>Menudencias.</i>
	algría	alegría	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	oscuro	oscuro	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
	esse	es	
	sermón	sermoan	<i>Siete, y no más que siete.</i>
	contantemente	constantemente	<i>El Rosario del centinela.</i>



	dos desconocido	dos desconocidos	<i>El Santo Rosario.</i>
Alteración del orden de los fonemas.	ivda	vida	<i>El Santo Rosario.</i>
	extenida	extendía	<i>Hombres de antaño.</i>
No inicia exclamación.	<i>La dulce paz</i>	<i>¡ La dulce paz</i>	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
Uso incorrecto de interrogación.	¿Pero si yo estoy seguro de que tú lo sabes?	¡Pero si yo estoy seguro de que tú lo sabes!	<i>Uno y tres.</i>
Cambio de inicio de interrogación.	Tú ¿qué recuerdas	¿Tú que recuerdas	<i>Siete, y no más que siete.</i>

2.2.3.- Variantes morfológicas.

Las modificaciones advertidas en el plano morfológico se agrupan respecto a los morfemas de género y número, la supresión de conjunciones y preposiciones, la omisión o modificación de palabras, y en especial a las alteraciones verbales.

En los morfemas de género destacamos una mayor oscilación en el género femenino, pues no hemos registrado ninguna variante sobre el género masculino. En lo concerniente al número son especialmente significativas las conversiones del singular al plural en la mayoría de las reposiciones.

En cuanto a las supresiones es significativo el gran número de eliminaciones de preposiciones y conjunciones frente a otro tipo de palabras, de ahí que le dediquemos una fila aparte. Respecto al sentido de las modificaciones, todas son de tipo enfático.

La tendencia que se observa en los cambios de formas verbales, sustantivos..., obedece a diferentes razones. Algunas variantes pretenden corregir una errata anterior (*místicos* por *míticos*). Otras persiguen la elevación del personaje al que se refieren (*Alcalde* por *médico*). Las más sutiles persiguen un matiz de significado más concreto (*libreto* por *libro*), prefiriendo el término español. Respecto a las formas verbales las modificaciones aportadas aluden al número o aspecto verbal por encima de otras matizaciones.



VARIANTES MORFOLÓGICAS.			
Tipología	Ejemplo.	Modificación.	Título del cuento.
Omisión de una preposición o conjunción.	De	-	<i>Nut la egipcia.</i>
	juego ironías	juego de ironías	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
	an el altar	ante el altar	<i>Los siete domingos.</i>
	miles ocasiones	miles de ocasiones	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	confesarse aquel año	confesarse en aquel año	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	No le convencieron	Y no le convencieron	
	Se acercaba el momento	Y se acercaba el momento	
	Llegó el día	Y llegó el día	
otra, que	otra, y que	<i>Uno y tres.</i>	
Vacilación en uso de morfema de género.	una alma	Un alma	<i>Nut la egipcia.</i>
	la sirvientas	las sirvientas	<i>El periódico impío.</i>
	una arma	un arma	<i>Caso de conciencia.</i>
	mal hora	mala hora	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
Incrementos adjetivos.	gran	grande	<i>Nut la egipcia.</i>
	gran	grande	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
Adición de adverbios.	que hubiera	que no hubiera	<i>El periódico impío.</i>
	por eso preguntaba	por eso no preguntaba	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
Usos de tratamientos.	lleva	llevas	<i>El periódico impío.</i>
	nos ha criado	nos has criado	<i>El examen de novios.</i>
	con Juan	con D. Juan	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
Omissiones de palabras.	tomó la pluma diciendo	tomó la pluma y papel diciendo	<i>El periódico impío.</i>
	con un gruñido	con un aplastante gruñido	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
	aún menos	aún cejaba menos	
	mando le prepararan	mando que le preparan	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	por respeto humano	por el respeto humano	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	Juan, vio que empezó	Juan. Vio entonces que el Padre empezó	
	cuando un vocinglero	Cuando un prolongado y vocinglero	<i>¿Resucitaré Yo?</i>
	días de frío	días de frío y hasta macfarlan para los días de	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	contarse por lustros	contarse ya por lustros	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>



	determinar la forma	determinar por la iglesia la forma	
	deseo santo necesario	deseo santo y necesario	
	se ha apiadado de mí	Dios se ha apiadado hoy de mí	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
Sustitución de palabras.	médico de Lille	Alcalde de Lille	<i>Llegó a tiempo.</i>
	fresco vergel	frondoso vergel	<i>Los libros que matan.</i>
	con que	vió que	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	le pareció	le parecía	
	su domicilio	sus dominios	
	por la palabra malas, dañosas y podridas	por su palabra malas dañadas y podridas	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	con unas tijeras y todo-	con unas tijeras -sin y todo-	
	al revés	del revés	
	llevando el propósito	llevando un firme propósito	<i>¿Resucitaré Yo?</i>
	míticos	místicos	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	quisiera	podiera	<i>Creo que existe Dios.</i>
	libro	libreto	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
	corriente eléctrica	Descarga eléctrica	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	conocer la verdad	conocer toda verdad	<i>Uno y tres.</i>
	entregar	llevar	
	había, no obstante,	Era preciso, no obstante	
	el estanque o el río	el estanque y el río	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
	fingida y almibarada	fingida y acibarada	
	que entonces	que ahora	
	y convulso en su espíritu	y aún más en su espíritu	
tantos años	tantas veces	<i>Siete, y no más que siete.</i>	
fuere al Santo	fuere del Santo		
todos sus miembros	todos los miembros	<i>El Rosario del centinela.</i>	
Sustitución de número.	beatíficas meditaciones	beatífica meditación	<i>Llegó a tiempo.</i>
	cuanta obra	cuantas obras	<i>Igual a doce capuchinos.</i>
	su domicilio	sus domicilios	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	pueda crecer	puedan crecer	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	lo reunirá	Los reunirá	<i>¿Resucitaré Yo?</i>
	envolvía	envolvían	<i>Menudencias.</i>
	luchaba	luchaban	
	la fiesta	las fiestas	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
	sin haberlo estudiado	sin haberlos estudiado	<i>Uno y tres.</i>
	tú lo sabes	tu los sabes	
	en esencia	en esencias	
	cuánta	cuántas	



	brotada	brotadas	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
	esta cosa	estas cosas	<i>Siete, y no más que siete.</i>
	darles	darle	<i>Nut la egipcia.</i>
Sustitución de formas verbales.	abonándose	abonados	<i>El periódico impío.</i>
	disparaba	disparataba	<i>Pecador y pecador nada más.</i>
	necesitan	necesitaban	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	Tiene poder	Debe tener poder	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	que obligen	que obligan	
	haberse acusado	acusarse	
	seguía	siguió	<i>La Ascensión del Señor.</i>
	resucitadas	resucitando	
	regaló	regalaste	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	responder	responderos	<i>Que madre nuestra es.</i>
	profesamos	profesábamos	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	premia	premie	<i>Uno y tres.</i>
sabía explicar	sabía explicarse	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>	

2.2.4.- Variantes sintácticas.

Para concluir con el apartado dedicado a las variantes del aparato crítico, clasificamos aquellas que obedecen a un plano superior al de la palabra y que hemos denominado sintáctico, por ser la mayoría de las variantes encontradas de este tipo, ya sea por la omisión de una oración –o parte de una oración- en un mismo cuento, ya sea por la modificación del tipo de oración mostrada, o bien sea por la disposición en el texto de la oración, persiguiendo en estas ocasiones un hipérbaton lingüístico.

Sin embargo, además de las variantes estrictamente sintácticas hemos agregado a este apartado las que aluden al uso de formas pronominales átonas, por desempeñar una función sintáctica concreta en el texto, así como las que aluden al tratamiento de alguno de los personajes.

VARIANTES SINTÁCTICAS.			
Tipología	Ejemplo.	Modificación.	Título del cuento.
Adición de formas pronominales.	no te agradezco	no te lo agradezco	Proemio
	os explique	os la explique	<i>Gustavo Bécquer.</i>
	toda sencillez	toda la sencillez	<i>Igual a doce capuchinos.</i>
	con que	con las que	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	artículos de fe	artículos de la fe	<i>¿Resucitaré Yo?</i>
	Nuestra Santa Madre Iglesia	Nuestra Santa Madre la Iglesia	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	A quien consultaban	A quien se consultaban	



	o tercero	o el tercero	<i>El tercero santificar las fiestas (I).</i>
	de prodigios	de los prodigios	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	con sencillez	con la sencillez	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
	con que Dios	con el que Dios	
	no llegaron	no me llegaron	<i>El Rosario del centinela.</i>
	oficiaba	la oficiaba	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
Omisiones de oraciones.	-----	los últimos (...) y los penúltimos	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	-----	Algunos retazos del capuchón y algunos	
	-----	ni por parte del hombre al quien revela	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>
	-----	a la parroquia más cercana. Allí le dijeron que no podía ser en aquella parroquia, sino en la de San Pedro. ¿Qué más dará?, decía él; y allá se encaminó.	<i>Uno y tres (en este cuento se elimina fragmentos aún más extensos que el expuesto, y por su tamaño no lo incluimos en este apartado).</i>
	-----	Serían las cinco de la tarde cuando el magnífico automóvil de D. Rosendo Escabel y Perezarca, conde de Pinofies	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
Sustitución de oraciones.	dispuesto a coger un catarro	no quería coger un catarro	<i>El diablo vestido de máscara.</i>
	y llamo enseguida	y para asegurarse llamó enseguida	
	pues había	y que había	<i>¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!</i>
	sino para serlo	Sino que comulgo para serlo	<i>¿Comulga V. todos los días?</i>
	casa grande, y se le obligaría a renunciar	casa grande, que se le obligara a renunciar	<i>Creo que existe Dios.</i>
	pero antes es Dios	porque antes es Dios	
	es naturaleza y persona	es naturaleza y es persona	<i>Uno y tres.</i>
	templo. Entre acostarse	templo, y entre acostarse	<i>Sí, Jesús es el Mesías.</i>
	Mariquita era un disco	Mariquita que era un disco	<i>Siete, y no más que siete.</i>
Alteración de orden sintáctico.	y no con poca sorpresa	y con no poca sorpresa	<i>Que madre nuestra es.</i>
	el medio más usual para el hombre de conocer la verdad?	el medio más usual de conocer la verdad para el hombre?	<i>Padre, ¡he perdido la fe!</i>



2.2.5.- Conclusiones finales de las variantes.

La exposición de todas las variantes recogidas en los cuentos motivos de estudio nos muestran unos problemas de edición propios del tipo de literatura en el que se enmarcan. Por ello, el bajo coste de estas publicaciones será uno de los factores que justifica el alto número de variantes de todo tipo que muestran los cuentos de Fernández Santana. La necesidad de vender las colecciones muy por debajo de los costes de creación, de modo que puedan ser adquiridas por lectores de diferentes niveles sociales, suele ir unido a una edición poco cuidada.

Igualmente, la inclusión de estos títulos en prensa semanal obligaba al autor a escribir un cuento para cada número, este hecho, unido al volumen de trabajo que tuvo que realizar como director de las escuelas, así como párroco de la localidad y editor de los cuentos, nos induce a pensar que los cuentos no se cuidaron excesivamente. Además, también inherente al género y expresado por *El Cura de Los Santos* en su "proemio", los autores católicos de novelas populares, históricas, de folletín y cuentos, concedieron especial importancia al contenido de sus obras, así como a la exposición clara y ordenada de las enseñanzas que pretendían transmitir. De esta forma, el estilo literario así como la búsqueda de tópicos o fórmulas innovadoras, no se encontró entre sus prioridades. Por otro lado, las variantes fueron modificadas mínimamente en reediciones posteriores, lo que prueba una preocupación por la revisión de su obra.

La amplia casuística de variantes, tanto tipológicas como morfemáticas, sintácticas, etcétera, refuerza la hipótesis planteada anteriormente, si bien, cabe realizar matizaciones específicas para cada tipo.

De esta manera, la vacilación en la acentuación de palabras es una tendencia más frecuente en los primeros títulos, entre 1912 y 1915, e igual ocurre con la disposición errónea de fonemas. Por ello, podemos deducir que los primeros cuentos tuvieron una edición menos cuidada, con la evolución de su obra editorial y social, las variantes, aunque son constantes en todos los cuentos, fueron modificándose, afectando en mayor medida a aspectos enfáticos, antes que a meros errores editoriales.



Por otro lado, muchas variantes recogidas, en especial las que afectan al uso de abreviaturas, separación mediante asteriscos u omisiones de oraciones, están estrechamente relacionadas con la idiosincrasia de los cuentos. Su publicación en la prensa santeña obligaba al autor a incluir un número determinado de líneas en cada número del rotativo. Así, el propio espacio físico fue un elemento más a tener en cuenta en las publicaciones por entregas de principios de siglo, por lo que en los cuentos de mayor extensión, que ocupan dos entregas, se observa con mayor frecuencia el uso de estas variaciones.

Otras tienen un valor connotativo, por ejemplo, la disposición tipográfica de mayúsculas y minúsculas, la división de palabras o la modificación del “modus” oracional de ciertos títulos, van encaminadas a destacar ciertos elementos del relato. En este sentido, el uso de mayúscula sirve para ofrecer una lectura especial de ciertas palabras que pretende ensalzar, en especial términos relacionados con la terminología religiosa como “Padre”, “Misa”, “Congregaciones” o “Teología”, tendencia que se repite en abreviaturas como “Padre”.

El editor de la literatura religiosa, numerosos ejemplos incluimos en la poética de la Acción Social, buscó en sus publicaciones subrayar algunos elementos que le permitiesen atraer la atención del público, hecho que imitan los cuentos de nuestro autor. Igualmente, la tendencia de ofrecer una única interpretación válida de su lectura, será otro de los recursos que motiva la inclusión de este tipo de variantes en los cuentos del santeño.

Este apartado es, por tanto, un ejemplo de los problemas editoriales, así como de la transmisión textual de principios del siglo XX en una publicación local. La división en columnas mediante cajas de escritura se observa en la disposición original, ya que las principales modificaciones se deben a la disposición errónea de alguna letra que modifica de esta manera el sentido del texto, en igual medida se atribuyen las alteraciones y modificaciones de palabras, que obedecen a errores editoriales antes que a recursos estilísticos. En un plano superior, la misma explicación tiene la omisión de oraciones completas que, por ser prescindibles en el significado del texto, se suprimen sin más. Sin embargo, cuando se decide cambiar de orden algún elemento oracional no se ve alterado el conjunto de la oración, por lo que debemos considerarlas como una medida ornamental más que un recurso de estilo.

En menor medida se incluyen variantes que afectan al “modus” oracional, en especial a oraciones que aportan una mayor expresividad –exclamativas e interrogativas-. Cuando esto



ocurre, dado su valor entonativo, son alteraciones que buscan la complicidad del lector, y le orientan en la interpretación del texto.

3.- Criterios de edición.

En la presente edición, hemos seguido los ejemplares impresos del “Boletín Parroquial”, entendiendo esta edición como el *codex optimus*, de manera que reseñamos en nota a pie de página al comienzo del cuento de qué número, fecha y páginas está extraído, con el fin de informar al lector en ese momento concreto de dichos aspectos. De igual manera, en un apartado anterior se aportan todos los datos de publicación referentes de los mismos, tanto de la primera edición, como de posibles reediciones (ponemos por ejemplo el cuento *El diablo vestido de máscara* impreso en el “Boletín Parroquial”, nº 66 de 7 de febrero de 1915 <pág. 3> y en el “Boletín Parroquial”, nº 67 de 21 de febrero de 1915 <pág. 3>, asimismo, se vuelve a imprimir en el “Boletín Parroquial”, nº 149, 16 de febrero de 1930 <pág. 3>), con la pretensión de agilizar una consulta general de todas las composiciones.

La impresión del “Boletín” es muy amplia ya que los primeros cuentos editados aparecen en 1912 con *Nut la egipcia* y termina en 1935 con *Pecador y pecador, nada más*. De modo que podemos encontrar dos etapas, una primera que va desde 1912 hasta 1921 en la que las publicaciones se hacen con regularidad, y una segunda desde 1929 a 1935, de menos actividad literaria, ya que en esta parte son frecuentes las reposiciones, copias de otros autores...

Respecto a los cambios de grafía, junto a los cuentos originales hemos incluido algunas modernizaciones y actualizaciones con el sistema actual, siguiendo las normas que marca la Real Academia de la Lengua en su ortografía.

Hemos unificado el uso de mayúsculas siguiendo la costumbre actual, ya que en ocasiones aparecen antropónimos y topónimos en minúscula, e igual ocurre con las fórmulas de tratamiento referidas a Dios, que suelen ir en minúscula (*señor, hijo*). También las iniciales en posición absoluta o en oraciones interrogativas y exclamativas presentan este tratamiento.



Puesto que la acentuación es oscilante a lo largo de los textos, y en ocasiones parece inexistente, regularizamos este hecho siguiendo los criterios actuales de acentuación. Igualmente ocurre con los rasgos prosódicos del lenguaje, tales como la coma, punto, punto y seguido o dos puntos, usos de paréntesis....

El aparato que hemos elegido es negativo¹⁸. Al tener una única fuente de las obras en nuestro aparato incluimos las diferencias que se aprecian en el texto entre su primera aparición y su reposición.

Llamamos **A** al primer ejemplar de la obra por orden cronológico de aparición, **B** al siguiente, etcétera. Denominamos **A** para la primera aparición en alguno de los Boletines Parroquiales; **B** a su reedición; y **C** a los títulos publicados en la obra *Narraciones Apologéticas*. Cuando la lectura correcta se corresponde a la primera fuente únicamente se indica la letra **A**, sin embargo, cuando es de una reposición se incluye la letra **B** junto al número del boletín, verbigracia, **B 123**, bien la letra **C**, si se trata de un cuento procedente de *Narraciones Apologéticas*.

De esta forma, nuestro aparato tiene un primer apartado en el que aparecerán las notas críticas del texto, tanto de cambios de letras, omisiones, elipsis, erratas.... de cada uno de los documentos.

En la segunda parte, incluimos los datos editoriales del texto, junto a notas aclaratorias respecto al contenido del cuento que por tratarse de aspectos locales dificultan la comprensión de la obra. De igual manera, hacemos hincapié en los términos que han quedado anticuados o que se consideran arcaísmos en la actualidad en el estudio previo, e igual ocurre con las alusiones a criterios filológicos.

Finalmente, hemos intentado ilustrar la obra con fotogramas de las escuelas y vida cultural de Los Santos que pudieron servir de fuente del texto y que seguramente influyeron en su creación. De igual forma, estas imágenes ayudan a representar el texto y sirven de apéndice fotográfico del cuento, como otra materia narrativa más.

¹⁸ Alberto Blecua, *op. cit.*, págs. 147-152.



FERNÁNDEZ SANTANA

III. EDICIÓN CRÍTICA DE LOS CUENTOS.

... luego, en fin, un
... esfuerzo.

... practicar este pro
... nosotros que aún
... tando el gráfico n
... n la escuela granac
... nientes de que, dad
... lo de mayor dificu
... n parte del año el
... peraturas impiden
... de ser fijos todos lo
... studio muy deficien
... idad lo haría inútil
... mapa trazado con
... mos reemplazado
... de tela, como el q

... alumnos necesitan te
... gión cuyo mapa y
... no de ellos ha de tr
... de reinos o provin

... tiene además la gra
... cualquier sitio, au

Ante la pequeña reproducción del país que quiere estudiar y que tiene a la vista, el alumno se orienta perfectamente, recorre realmente y señala sus límites, toca los cabos, pasa de una a otra región, anda por donde pasa el cauce de

... caso, cosa no despreciable en una región como
... que no siempre es posible dar las lecciones al aire
... clemencia del clima y el poder utilizar un mis
... para hacer en él sucesivamente los diversos mapa

También en esta forma es factible darle a los

... na es factible darle



Proemio

No te asustes, lector benévolo, si te digo que entre tus manos pecadoras tienes un libro de cuentos, que ha sido milagrosamente hecho, puesto que ha sido escrito por mí, que ni soy cuentista, ni literato, ni llevo camino de serlo.

Ya te oigo decir que más que un milagro es una osadía esto de meterse en camisa de once varas, el que con sólo dos tiene bastante, o de empeñarse en andar por un berenjenal el que en camino llano apenas puede dar un paso, y acaso tengas razón, pero creo que me disculparás en parte cuando sepas el porqué y para qué se escribieron estos insulsos cuentos.

Hacía ya tres años que publicábamos el “Boletín Parroquial”, en el que aparecía indefectiblemente una sección amena, que venía a ser como el cebo necesario para que pudiera pasar el anzuelo de las verdades eternas por las descontentadizas tragaderas de una sociedad tan frívola como refinada de gusto.

Esas variedades las íbamos entresacando de una y otra parte por medio de una cuidadosa selección, puesto que al publicar el “Boletín”, sólo intentábamos hacer un bien a nuestros feligreses y no sentar plaza de escritor ni de literato.

Y no creas, lector amable, que era tan fácil como te imaginas hacer una acertada selección, pues llegué a temer vehementes sospechas de que no faltaban quienes se comían el cebo sin tragar el anzuelo, puesto que, leídas las variedades, arrojaban de sus manos el “Boletín”.

Necesario era, pues, envolver esas mismas verdades entre el follaje del cuento, y vestir las con el ropaje mismo de la amenidad, y cuentos de esta clase no era muy fácil hallarlos, pues no es corriente pasar en ellos del ligero entretenimiento o a lo sumo de un fin moral, muy bueno en sí, pero insuficiente para lo que en el “Boletín”, hacía falta.

Y como tú sabes, caro lector, que, según el antiguo refrán académico: *intellectus apretatus discurrit qui rabiatur*, llegó un momento en que, obligado por la necesidad y acorralado por la urgencia de un número en prensa, sin saber a donde acudir, me puse a escribir el primero: “El diablo vestido de máscara”, el cual, ciertamente, como el burro de la fábula tocó la flauta por casualidad.

Ya sé yo que alguno dirá que son demasiado serios, y que vienen a ser como la *Suma* de Santo Tomás puesta en forma de cuento, al cual le responderé, que sí, que realmente son muy poco amenos y muy indigestos, pero que, poco serios, muy amenos y nada indigestos, los hay donde quiera, y que, si he llegado a poner la *Suma* de Santo Tomás en forma de cuento,



todavía no he llegado adonde llegó Carulla, que puso la Biblia en verso, pero que lejos de arrepentirme de ello, tengo propósito firme y decidido de, si algún día lo creyera necesario o útil para el bien espiritual de mis feligreses, poner hasta en forma de cuento el Álgebra o la Trigonometría.

Y aquí tienes, lector amable, el porqué se escribieron estos cuentos.

De esto te creo ya convencido, pero sé que asalta a tu mente una nueva dificultad, que quiero resolver amablemente, pues tú comprenderás que tengo que proponerme en este preámbulo catequizarte y convertirme en amigo, para que seas indulgente en tu crítica.

Concedido generosamente, dices, que se escribieron, mas valiendo tan poco como valen ¿para qué han de editarse?

Pero ya verás, ya verás, como aún de aquí, a donde tú vienes por lanas, vas a salir trasquilado.

Tú sabes, y si no lo sabes te lo digo yo, porque no conviene que lo ignores, que aquí en Los Santos, tenemos nosotros una Escuela Parroquial de más de cuatrocientos alumnos de primera enseñanza, y en varios puntos existen otras filiales que suman otros tantos.

Tú no ignoras, si entiendes algo de asuntos pedagógicos, y si no entiendes te lo digo yo, aunque entiendo menos que tú, que no hay materia más amena para la lectura de los niños pequeños que el apólogo y el cuento. Por eso no suelen faltar uno y otro en las escuelas, y desde luego no faltan en las nuestras.

Pero he de decirte con toda ingenuidad que después de hojear y de adoptar uno tras otro varios autores, apenas he podido salir de *Periquito*, *El Hijo del Rey*, *El Encantamiento*¹⁹, *El Hada Hechicera*, etc, etc, los cuales si alguna vez son convenientes para niños pequeños, no lo son casi nunca para los mayores, ya que si no les perjudican, tampoco les favorecen.

Éstos, en cambio, podrán siempre convenirles a unos y a otros, ya que encontrarán en ellos algo de la amenidad del cuento y mucho de las verdades que más les importa saber.

Ya conoces, pues, por qué se escribieron y para qué se editaron estos cuentos para llenar una sección en el "Boletín", y para adoptarlos de textos en nuestras escuelas.

Prevenido así y avisado con este preámbulo, ya puedes empezar su lectura.

Sólo un favor te pido, y es que me digas o que publiques en la prensa, o donde quieras, los defectos que les encuentres, pero que te calles lo bueno que halles, si es que hallas algo, y te daré la razón de mi ruego.

¹⁹ *El Encantamento C*



Si me dices los defectos que les encuentres, acaso pueda corregirlos en los de la segunda serie que ya se están publicando, y, por tanto, me haces un gran favor; pero si me dices lo bueno que tengan, no te agradezco²⁰, en primer lugar, porque no es mío, sino de Dios, y en segundo lugar, porque de nada me servirá²¹ el saberlo, pues aunque intentara ponerlo en otro, no lo conseguiría, ya que, no te quepa la menor duda, si toqué, toqué por casualidad, como el burro de la fábula.

El Cura de Los Santos.



²⁰ no te lo agradezco C

²¹ serviría C



1.- Nut la egipcia²².

Heliópolis, ciudad del sol, estaba de enhorabuena aquel verano, y se engalanaba fastuosamente porque la princesa Nut, que significa *misterio del cielo*, hija primogénita del Faraón, había anunciado a sus vasallos²³ que todas las tardes, a eso de la puesta del sol, saldría de su magnífico palacio, acompañada de lucido cortejo y se dirigía a los baños del Nilo para refrescarse en sus olas; por consiguiente, permitía²⁴ bondadosamente a todo el pueblo que pudiese mirarla al rostro durante su paso por las calles y extramuros de la ciudad; de ese modo satisfacería los deseos de cuantos anhelaban admirar su belleza que, según lenguas, superaba a la de todas las reinas y princesas orientales.

¡Y, vaya si era verdad! Su hermosura era como su nombre. Eran un misterio aquellos ojos negros como los del Cnagro de la Arabia; un misterio aquella cara ovalada, resplandeciente de majestad, a que daban mayores encantos las rosas del pudor sobre las bronceadas mejillas; un misterio las formas perfectísimas de su belleza que se adivinaban entre los pliegues de su túnica de seda multicolor, rameada de oro y sujeta a la cintura con un ancho ceñidor lleno de jeroglíficos que expresaban la historia de sus antepasados; un misterio la pompa y cortejo de que siempre iba rodeada, pues mientras unos esclavos la llevaban en andas de marfil, las esclavas flabelíferas agitaban alrededor de su cabeza grandes abanicos de plumas de avestruces, y otras la envolvían en nubes de inciensos y timiamas.

Era, pues, muy grande la expectación y curiosidad de todos los ciudadanos por ver a la bellísima princesa, y desde las primeras horas de la tarde en que había de empezar sus paseos al río, tenían ellos tomadas todas las aceras de las calles, las graderías de los templos, los miradores y terrazas de los edificios públicos para verla con comodidad y vitorearla frenéticamente como futura heredera del reino.

Llegó, por fin, el deseado día. Los vasallos del²⁵ Faraón pudieron persuadirse por sus propios ojos de que, al menos en aquel caso, la belleza de Nut correspondía a la fama que la había pregonado por todo el reino. Hasta el mismo monarca se había asomado a uno de los miradores de su palacio para contemplar con orgullo de padre a aquella preciosa y joven hija que Dios le había dado. La vio pasar, sentada en su trono llevado a hombros de fornidos

²² B.P., nº 18, 15 de diciembre de 1912, *Nut la egipcia*, págs. 2-3. B.P., nº 19, 5 de enero de 1913, pág. 3. B.P., nº 20, 19 de enero de 1913, págs. 2-3. B.P., nº 21, 2 de febrero de 1913, págs. 2-3. B.P., nº 22, 16 de febrero de 1913, pág. 3.

²³ *vasayo* A

²⁴ *pemitía* A

²⁵ *De* A



esclavos, por entre dos muros de carne humana, que la vitoreaban y arrojaban flores y esencias aromáticas sobre sus vestidos.

-Estoy satisfecho -decía Faraón-, no hay en el mundo una princesa como mi hija. Se llama Nut, y la verdad es que el cielo y ella son un misterio de belleza, Isis y Osiris me la guarden de todo mal.

Página | 54

Siguiendo la costumbre del país, Nut llevaba en sus manos un pájaro amarillo cuyo finísimo plumaje acariciaba suavemente, no tanto por el gusto que en ello tuviera, cuanto por dar movibles reflejos al magnífico diamante que tenía en una sortija, y que brillaba como una estrella cada vez que algún rayo de sol hería sus facetas. La princesa apreciaba mucho aquella joya, no sólo por ser regalo de su padre, sino porque no había otra en el reino que tanto embelleciese sus manos; finísimas y torneadas como si estuviesen hechas de nácar. Los reflejos de tan magnífico diamante causaron indecible asombro a la gente, no acostumbrada a ver un astro engarzado en oro para adornar los dedos de una mujer.

Llegada la regia comitiva fuera de la ciudad, los guardias arqueros dispersaron a la muchedumbre, mientras la princesa apeándose de las andas, se internó acompañada de varias esclavas favoritas por un frondoso jardín que terminaba a la orilla del río.

Muy cerca se hallaba ya del baño cuando vio²⁶ pasar, no muy distante de ella, un hombre joven, como de unos treinta y cinco años, acompañado de un niño que no debía pasar de siete. Ambos debían ser extranjeros al juzgar por su indumentaria tan diferente de la egipcia y por sus rasgos fisonómicos distintos de los que tienen las razas habitadoras de las márgenes del Nilo. El hombre gastaba turbante blanco, túnica parda y manto de color canela; su fisonomía era simpática, su mirar afable, sus modales cultos y todo su porte distinguido. El niño, aún expresaba más, mucho más que aquel hombre que, a la cuenta, parecía su padre. Llevaba la cabeza descubierta ostentando los cabellos anillados y de color de oro cayéndole sobre los hombros y formándole graciosísimo marco a su cara, blanca como la espuma de la leche y con sendos claveles en las mejillas. Sus ojos, de un azul profundo como el mar visto de lejos, revelaban no sólo la inocencia del niño sino también la inteligencia de la precocidad. Era aquel niño, una figura bellísima, delicada, seductora; una figura de esas que asombran a los hombres, y ante las cuales los labios de la mujer se ponen impacientes y no saben resistir...

Al verles la princesa quedose²⁷ como extática contemplándoles, sobre todo, al niño, del cual no podía apartar los ojos; sentía que la belleza de aquel niño la arrebatava el alma, y que no podía dominar el vehemente deseo de verle más cerca.

²⁶ vió A

²⁷ quedóse A



-¿Queréis que le llame? -la preguntó una esclava adivinando el capricho de su señora.

-Sí, llámale; ve, deprisa antes que él y su padre se pierdan detrás de aquellos árboles.

La esclava corrió a llamar a los dos extranjeros...

Momentos después presentábanse ambos delante de Nut, a la cual el hombre hizo una inclinación de cabeza en señal de reverencia, y esperó en silencio a que la ilustre princesa le hablase... Entre tanto, el niño había avanzado tres pasos hacia la hija de Faraón, ante la cual, con los bracitos cruzados y la cabeza derecha, parecía un reyecito pequeño, superior a ella y custodiado por un gran general que tras él quedaba.

Página | 55

²⁸El primer instinto de Nut, fue aproximarse al niño para besarle, pero, sin saber cómo, flaquearon sus piernas, se sintió dominada de un gran²⁹ respeto y cayó de rodillas sin poder hablar.

-Habla Nut -díjola el niño, sonriendo.

-Señor -contestó ella, dándole instintivamente este título-, Señor, ¿cómo os llamáis?

-Jesús -respondió él.

-¿Tenéis padre y madre?

-José y María se llaman.

-Por vuestro traje y fisonomía veo que sois extranjeros.

-Somos judíos de nación.

-¿Y por qué os halláis en Egipto?

-Porque siendo yo recién nacido quiso Herodes quitarme la vida, y entonces nos vimos precisados a salir de nuestra patria.

-¿Cuál es vuestro oficio?

-Mi padre es carpintero, y cuando yo sea mayorcito y tenga fuerzas le ayudaré en el trabajo.

-¿Y adónde ibais ahora?

²⁸ B.P., nº 19, 5 de enero de 1913, pág. 3.

²⁹ grande A



-A pescar al río... ¿Ves? Mi padre lleva las redes al hombro. Cogemos algunas libras de pescado, lo venderemos luego y su importe lo entregaremos al recaudador de tributos públicos.

-¿Queréis que yo os exima de pagar tributos al rey?

-Nosotros, oh Señora, siempre damos a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Gozaba indeciblemente la princesa hablando con el Divino Niño, cuya voz, dulce y sonora, como el ruido de un saltador de agua, sonaba deliciosamente en su oído, admirando a la par la precisión y sabiduría de sus respuestas, y embelesándose con aquella mezcla de gravedad y viveza que formaban el sello especial del hijo de la Virgen.

Continuado hubiera su conversación con él si ya no fuera atardeciendo demasiado, y al despedirse ambos, le dijo ella, deseosa de complacer a su Divino interlocutor:

-Desde hoy quedáis exentos de pagar tributos a Faraón, porque veo sois muy pobre; decídselo a vuestros padres para que se alegren; así lo quiere la princesa Nut para aligerar un poco el peso de vuestro destierro.

-Os quedo muy agradecido, Señora, y mis padres igualmente... En verdad, en verdad os digo que recompensaré vuestra caridad, dándoos el ciento por uno en este mundo y después la vida eterna.

³⁰Los dos improvisados pescadores subieron más de un kilómetro³¹ río arriba en busca del remanso, en donde, según les habían asegurado pescadores de profesión, solía haber mucha y sabrosa pesca. Al llegar, un barquero ofreció su lancha al Santo Patriarca para facilitarle el trabajo, cosa que él aceptó gustoso creyendo que con ella podría recorrer todo el remanso y echar las redes en todas direcciones. Al subir en la barquilla, mandó al Divino Niño que le esperase en la orilla, desde la cual le vería remar y ejecutar la tarea de echar y sacar la red, llena de peces. No quería, no, el casto esposo de María que Jesús entrase en la lancha, primero, porque ésta era pequeña, y luego para no exponerle a cualquier imprevisto riesgo.

Empuñó, pues, los remos el Santo Patriarca y comenzó a empujar la barquilla en dirección al remanso que distaba trescientos pasos del sitio en que el Niño Jesús se había quedado esperando. Como en aquel punto del río no había corriente, paró San José la lancha, y tomando la red la lanzó al agua describiendo una parábola en el aire. A poco la sacó del fondo del río, y ¡Oh desencanto! no traía en sus mallas ni un miserable barbo. Hizo entonces avanzar la lancha algunos metros hacia la derecha y volvió a tirar la red al agua. ¡Nueva

³⁰ B.P., nº 20, 19 de enero de 1913, págs. 2-3.

³¹ Kilómetro A



desilusión! La red volvió vacía a la nave. No obstante, aún la echó dos veces más en distintos sitios, pero siempre inútilmente. El Divino Niño le gritó entonces desde la orilla:

-Padre, ¿ha cogido usted ya muchos peces?

-Ni uno siquiera, hijo mío -contestó desde la barca.

-Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

-Esperar que salga la luna. Puede que entonces no viéndome los peces se dejen

coger.

La luna no se hizo esperar. Sólo transcurrió media hora cuando empezó a subir por el horizonte como un globo encarnado, pues se iba plateando a medida que tramontaba el firmamento. Enviando sus rayos oblicuamente a los cañaverales y árboles gigantes que festoneaban la orilla del Nilo, hacía proyectar su sombra sobre la superficie del agua. San José se amparó a aquella suave oscuridad para hacerse invisible a los habitantes del río. Echó al momento la red confiado en que entonces no vería defraudada su esperanza. Pero, fue en vano. Seguramente los peces tenían candiles en vez de ojos, y en cuanto veían al Santo Carpintero mover la red para lanzarla, hurtábanle el cuerpo y huían como estrellas fugaces.

Repitiendo inútilmente la suerte varias veces, disponíase ya a regresar descorazonado a la orilla, cuando oyó la argentina voz de Jesús que le decía:

-No vuelva usted, padre mío, eche antes la red hacia el centro del remanso.

Aunque ya lo había echado dos o tres veces en aquel sitio, no dudó un instante en obedecer a su Divino Hijo, y creyendo con más fe que Abraham que podría copar donde no había pesca, contestó estas palabras de los Apóstoles:

-In nómine tuo laxabo rete. Lanzaré la red en nombre tuyo.

Así lo hizo, en efecto, pero al sacarla del agua advirtió que pesaba extraordinariamente. ¡Tantos eran los peces prisioneros en las traidores mallas! Hacía el Santo Carpintero hercúleos esfuerzos para arrancar la red del fondo del río, y no pudiendo³² lograrlo, quiso llamar en su ayuda a Jesús, pero al ir a pronunciar su Nombre, vióle venir tranquilo y sereno por encima de las aguas, como si él fuese espíritu o³³ el líquido elemento se hubiese solidificado debajo de sus divinos pies. Lleno de pavor el Santo Patriarca, hubiese gritado si su palabra no fuera atajada por la voz dulce y amorosa de Jesús, que le decía:

³² *podiendo* A

³³ *ó* A



-No temáis, padre mío; soy yo.

Subió diligente en la barquilla y tomando la red con sólo tres dedos, con los mismos tres dedos que sostienen en el aire la máquina del universo, la sacó del agua llena de peces, de todas clases y tamaños, que saltaban dando fuertes coletazos, y sacaban la cabeza por entre las mallas deseando en vano escabullirse. No pudiendo contener la barquilla tanta pesca fue menester devolver al agua la mitad de ella que escapó río abajo con la velocidad de las chispas eléctricas.

Regresaron luego a la orilla, y al entregar la lancha al barquero, y juntamente la mitad del pescado cogido, para recompensarle el favor que le había hecho, el barquero dijo a José:

-¿Sabes, extranjero, la desgracia que acaba de ocurrir a la princesa mientras se bañaba en el río?

-¿Cuál? -contestó el Santo Patriarca, sorprendido de la noticia.

-Pues sabed que se le ha caído al agua una riquísima sortija que en el dedo llevaba. Sortija de oro fino en la cual el mejor artifice de Egipto había montado un diamante que resplandecía como la estrella de la mañana...

-¡Todo sea por Dios!- exclamó contristado el Patriarca.

-La princesa llora inconsolable -añadió el barquero-, y sus esclavos más nadadores échanse al agua a buscarla con la esperanza de un gran premio.

-¿Y no hay esperanza de encontrarla? -repuso el Santo Patriarca.

- Ninguna, por desgracia -contestó el barquero.

A lo cual repuso Jesús:

-Ve, y di a la princesa que tenga fe en la Providencia del Padre Celestial, pues en verdad te digo que recobrará la joya, porque todas las cosas son posibles al que cree.

³⁴Hacia el sur de Heliópolis había una casita de paredes muy blancas casi oculta por una parra que la festoneaba por sus cuatro puntos cardinales, y sombreada por varias palmeras de tronco torcido e inclinado sobre el tejado de la casita como si pretendieran ponerla a cubierto de la escarcha en invierno, y del sol en el verano. Vista de lejos parecía una paloma posada sobre alfombra de oloroso césped y semicubierta de follaje.

³⁴ B.P., nº 21, 2 de febrero de 1913, págs. 2-3.



¿Que³⁵ quién vivía en aquella casita?

Si el lector hubiese entrado en ella al día siguiente de la noche en que se hizo la pesca en el Nilo, y viera a sus moradores, habría exclamado, sin poder contener la admiración:

¡Jesús, y qué hermoso Niño!

¡Válgame³⁶ Dios, qué mujer!

¡Poder de Dios, y qué santo!

¡Jesús, María y José!

Página | 59

Sí, esta trinidad terrena era la que en aquella casa vivía. San José se ocupa en labrar sus maderas, la Virgen Santísima en limpiar el pescado que había de servirles de comida a medio día, y el Divino Niño iba y venía al río, que estaba muy cerca, trayendo agua a su madre. Así lo expresa una copla explicando la laboriosidad de la Sagrada Familia:

San José le da al cepillo,
la Virgen limpia el pescado,
y el Niño Dios va a la fuente
con un cántaro en la mano

Ocupada la Virgen en tan honesta tarea, preguntó a su Hijo:

-Dime, Hijo mío, ¿qué te pareció la hija del rey?

-Es buena mujer. Yo la quiero desde que se mostró tan caritativa con nosotros.

-A mí me pasa lo mismo -repuso la Virgen-, la quiero de veras porque se mostró cariñosa contigo.

-Y yo digo lo mismo, María -añadió San José, levantando la vista del trabajo

-quien a vosotros os quiere, a mí me quiere.

A continuar iba la Santa Virgen cuando exhaló una repentina exclamación de sorpresa.

³⁵ Que A

³⁶ Valgame A



-¿Qué pasa? -dijeron³⁷ simultáneamente Jesús y su padre adoptivo.

-Mirad, mirad que³⁸ sortija tan hermosa -dijo la Virgen, mostrándoles una de oro con un diamante grande como una almendra.

-¿Dónde encontraste eso, María? -preguntó el Santo Carpintero, contemplando asombrado tan rica joya.

-La hallé en el vientre de este pescado; mira, mira el sitio donde³⁹ estaba -decía ella mostrando abierto el pescado.

-Esa es la misma sortija que perdió Nut en el río -repuso Jesús tomándola en la mano para admirar mejor sus vivísimos reflejos que parecían haces de luz.

-Es preciso devolverla hoy mismo a la princesa en nombre de la Familia a quien ella eximió de pagar tributos al monarca -repuso el Padre putativo de Jesús.

⁴⁰Mientras así hablaban los tres, vieron venir hacia ellos al barquero de la noche anterior, que al ver reunidos a los tres miembros de la Sagrada Familia los saludó afablemente, diciendo:

-¿Dios os guarde extranjeros⁴¹?

-Venga usted con Dios, amigo -contestó el Patriarca-, ¿qué nuevas traéis?... No han encontrado todavía la sortija que perdió en el río la princesa, ¿no⁴² es verdad?

-Así es, extranjero⁴³... y es lástima que no se encuentre, porque Faraón ha prometido a quien la encuentre hacerle gran señor en su corte, casi príncipe, y darle⁴⁴ muchos honores y riquezas.

-¿Conocería usted la joya si la viese? -preguntó al barquero el Niño de Dios.

-Sin duda, porque la vi muy cerca en el dedo de la princesa.

³⁷ *dejeron* **A**

³⁸ *qué* **A**

³⁹ *dondo* **A**

⁴⁰ *B.P.*, nº 22, 16 de febrero de 1913, pág. 3.

⁴¹ *Extrangeros* **A**

⁴² *No* **A**

⁴³ *extranjero* **A**

⁴⁴ *darles* **A**



-¿Es esta? -Le preguntó el Divino Niño, mostrándosela radiante de luz, en la palma de la mano.

-¡Oh! ¡esa es! -exclamó estupefacto el barquero, y añadió: -¿cómo la habéis encontrado vosotros?

-La tenía un pescado en el vientre -contestó San José.

-¡Raro prodigio! -repuso el egipcio maravillado.

-En efecto -añadió Jesús-, lo ha hecho el Padre Celestial para premiar la caridad de Nut.

-Y también para premiar su fe, añadió el barquero, -porque cuando yo la dije en vuestro Nombre que si tenía fe recobraría la joya, contestó: -Dí al hermoso Niño extranjero que creo en su palabra.

-Si eso dijo -repuso Jesús-, toma la sortija y ve a llevársela tú mismo de parte nuestra. ¡Qué alegría tan grande tendrá la pobre princesa cuando la vea!

Loco de alegría el barquero con la honrosa misión que le encargaba Jesús, tomó la⁴⁵ riquísima joya de manos del Sagrado Niño, y se alejó, camino del palacio de Faraón, diciendo:

-¡Ah! ¡Felices vosotros a quienes nuestro rey hará grandes en su corte! No os olvidéis de mí cuando seáis poderosos, pues si yo no os prestara mi barca, no tendríais tan buena suerte.

Al día siguiente, muy de mañana, un príncipe real, al frente de una legión de soldados, y de un lucido cortejo de esclavos que llevaban tres magníficas literas, atravesaban las calles de la ciudad en dirección de la casita de la Sagrada Familia, a la cual; por orden de Faraón, habían de llevarla al palacio real para recibir las dignidades, honores y riquezas prometidas.

Un concurso inmenso del pueblo seguía al cortejo real ávido de conocer a los afortunados extranjeros que encontraron milagrosamente la sortija y que, por su honradez en devolverla, iban a ser elevados a los primeros puestos del reino.

Pero ¡Oh sorpresa! ¡Oh inesperado desencanto!...

Al llegar el príncipe a la casita de la Sagrada Familia la encontró cerrada, y un hombre llorando sentado en el umbral de la puerta.

-¿Quién eres? -Preguntó el príncipe contrariado.

-Soy el barquero que llevó ayer la sortija a la princesa real.

⁴⁵ lo A



-¿Y qué pasa aquí?... ¿por qué está cerrada esta casa?... ¿dónde están los extranjeros?...

-No los busquéis, señor; se marcharon esta noche pasada a su país...

-¡Cómo es eso! -dijo estupefacto el príncipe.

-El ángel del Señor apareció en sueños a José, que es el jefe de la casa, y le dijo: - Levántate y toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel; porque muertos son los que querían matar al Niño.

Levantándose José, tomó al Niño y a su madre y se fue para la tierra de Israel.

-¿Y cómo sabes tú esas cosas?

-Pasaba yo casualmente por aquí cuando ellos se marchaban y me lo contaron todo. No pudiendo detenerles, ni resignándome por otra parte a perder tan buenos amigos, me senté en este umbral donde he llorado toda la noche.

¿Quiere saber ahora el curioso lector qué fue luego de la princesa Nut, tan enamorada de la belleza del niño Jesús, y tan caritativa con la Sagrada Familia?

Pues la bellísima hija de Faraón, si ha existido y es cierto cuanto os he contado, debe estar en el Cielo, porque lo mismo Jesús que sus santísimos padres aseguraron que la querían mucho, y cuando esas tres sagradas personas se empeñan en querer a un⁴⁶ alma, bien puede ésta decir que la ha caído una verdadera lotería...



⁴⁶ una A



2.- El periódico impío⁴⁷.

-Entre usted, señor, y tome asiento.

Un hombre robusto, de semblante colorado y bien parecido, se sentó en el sofá, que al decir estas palabras le señalaba el bondadoso señor cura⁴⁸ de la parroquia. Página | 63

-Padre, ¿usted no sabe que me ha puesto el alma en un vilo?

-¿Cuándo y cómo? -replicó el sacerdote.

-Con el nuevo mandamiento que usted nos ha inculcado el domingo pasado.

-¿Mandamiento?... No sé a qué se refiere usted.

-¿No habéis dicho a los fieles, bien recalcado, algo parecido a esto: “Los padres y madres de familia abonados⁴⁹ a periódicos antirreligiosos están en pecado mortal?”

-¿Pecado mortal?... ¡Segurísimo!... Que supriman la suscripción o no hay perdón posible, y no se puede absolver a los que no tengan firme propósito de borrarse⁵⁰.

Mientras esto decía el señor cura, los colores iban y volvían al semblante de su feligrés.

-¿Es que... usted sabe? Yo soy...

-¿Abonado?

-Verá usted lo que sucedió: me han enviado el periódico gratis durante seis meses...

-¿Y usted ha continuado?

-Necesariamente.

El señor cura dirigió una mirada compasiva a su interlocutor y le dijo:

-¡Qué falta de sentido común!... ¡O qué cobardía y descuido el de estas almas de católicos!

⁴⁷ B.P., nº 23, 2 de marzo de 1913, *El periódico impío*, págs. 2-3. B.P., nº 24, 16 de marzo de 1913, pág. 3. Aparece repetido este relato en el B.P., nº 141, 23 de junio de 1929, págs. 2-3.

⁴⁸ CURA B 141

⁴⁹ abonándose B 14 1

⁵⁰ borarse A



Entretanto, el buen señor esperaba la decisión de su vicario, jugando nerviosamente con sus guantes.

-El remedio es sencillo: no hay más que dejar el periódico si malo es ⁵¹ e impío.

-Sin embargo, yo no veo claro el mal que cometo al estar suscrito... y me cuesta trabajo creer que en eso cometo un pecado mortal.

-¡Qué mal y qué gran pecado!... Que estáis ayudando con vuestro dinero a destruir la fe... la moral... las buenas costumbres... la Iglesia... el Papa... los sacerdotes... Sois cómplices de la condenación de muchas almas y subvencionais⁵² a vuestros mayores enemigos...

-¡Veinte pesetas al año! ¡Vaya una fortuna!

-¡Multiplicad por 10.000 y serán 200.000 pesetas! Os aseguro que si todos los católicos suscritos a ese periódico se retiraran, estaría herido de muerte.

Después de un breve momento de pensar y de reflexión, dijo el señor:

-Sí... comprendo que esas veinte pesetas que cooperan a una obra mala son un pecado mortal... pero voy a dar cuarenta para obras buenas y reparar así mi falta...

El vicario le interrumpió:

-El dinero no es aquí lo principal. Además del apoyo financiero que prestais⁵³ a esa canalla, les dais apoyo moral con vuestra suscripción, aprobando sus disparates... escandalizais⁵⁴ o dais mal ejemplo a vuestros vecinos... alimentais⁵⁵ vuestra alma con el veneno antirreligioso... tropezaréis con inmundicias del cuento o de la novela...

-Pero yo salto por encima de ellos a pies juntillas.

-Usted puede ser... Pero ¿vuestra mujer? ¿vuestra hija? ¿vuestras sirvientas?...

-Nadie lee el periódico en casa más que yo.

-¿Estáis seguro de ello?

-Absolutamente seguro.

-Entonces ni vuestra esposa, ni vuestra hija, ni vuestras sirvientas son del linaje de Eva...

⁵¹ malo es **B 141**

⁵² subvencionáis **A**

⁵³ prestáis **A**

⁵⁴ escandalizáis **A**

⁵⁵ alimentáis **A**



-Señor cura -dijo en tono serio el visitante- yo vigilo mucho; el periódico no sale de mi despacho, nadie entra allí por que lo tengo prohibido, y si alguno se atreve...

-No os lo dirán.

-¡Pero lo vería!

-Creedme, señor. Suprimid la suscripción. Así como no permitiríais que hubiera⁵⁶ estricnina sobre la mesa donde coméis, no tengáis el mal periódico sobre vuestra mesa de trabajo. Ése será el único medio de tranquilizar vuestra conciencia y cumplir vuestro deber de verdadero católico.

-Gracias, señor cura... ya pensaré despacio sobre ello.

Y levantándose se despidió cortésmente, pensando allá en sus adentros:

-Estos curas hacen mal en exagerar tanto las cosas... así rodean a la religión como de una valla de espinas infranqueable...

Entretanto el cura también pensaba:

-¡Que dé de comer a la víbora⁵⁷: tarde o temprano le morderá!

⁵⁸Apenas el dueño de la casa acababa de salir para tener la entrevista que acabamos de relatar con su Párroco, una de las⁵⁹ sirvientas⁶⁰, mujer de poca edad, algo casquivana y muy curiosa, advirtió que el señorito salía o se disponía a salir. Con pretexto⁶¹ de limpiar el polvo de la sala contigua al escritorio, dirigió hacia allí sus pasos, escoba y plumero en mano. Hizo una mueca al pasar por delante del espejo, y llamó suavemente a la puerta del escritorio para convencerse de que su amo realmente había salido. Nadie contestó y adentro se va de rondón... Dirige sus pasos hacia la mesa en busca del periódico, a cuya lectura era aficionadísima, y al poco tiempo de revolver por todas partes, lo encuentra debajo del pisapapeles.

Lo coge, toma asiento en el sillón, con el plumero debajo del brazo, y empieza a escudriñar con avidez los títulos de cada suelto... *La excomuni3n de un modernista...*

⁵⁶ que no hubiera B 141

⁵⁷ víbora A

⁵⁸ B.P., nº 24, 16 de marzo de 1913. También comienza aquí el B.P., nº 142, 14 de julio de 1929, págs. 2-3.

⁵⁹ la A

⁶⁰ sirvientas B 142

⁶¹ pretesto A



Después de haber devorado las líneas encabezadas por este epígrafe, hizo ella el comentario siguiente:

-¡Pobre Pío X!... ¡Aquí le dan una buena descarga!... ¿Por qué tendrá la manía de oponerse a la ciencia?... Ya comprendo, y aquí está bien explicado. ¡Tiene miedo y claro está, se defiende a tiro de...*excomuni3n!*... Voy a contar esta historia a la cocinera, la vieja Bernarda... se va a incomodar, como siempre... pero después de todo, se ríe una un poco...

Página | 66

Sigue leyendo, y por último, llega al folletín de la novela que ella sigue con tanto interés. He aquí las últimas palabras que el novelista pone en boca de la protagonista del cuento:

“Ya ves, querido amigo, que soy completamente dichosa: soy joven, bonita, no tengo obligación que me estorbe, me respetan y me alaban. No hay nada como el amor libre.”

Estas palabras entusiasmaron a la lectora, que aplicándolas a sí misma no pudo contenerse sin saltar del asiento y repetir:

-Yo también soy joven... bonita...

En aquel momento se abre la puerta y aparece el señor, que volvía de su entrevista.

-¿Qué haces ahí?... -le preguntó con severidad el dueño de la casa.

Ella, sin saber qué hacer y con el periódico en la mano, que no había tenido tiempo de soltar, no pudo articular palabra; mas su actitud respondía claramente a la pregunta de su amo.

-¿No tengo prohibido el entrar aquí y leer ninguno de mis papeles?... – insistió indignado el señorito, que acababa de asegurar al cura que nadie leía el periódico en su casa.

Para salir de aquel apuro se le ocurrió a la doncella la siguiente respuesta:

-Señorito: venía a enterarme del precio que hoy tienen los granos, porque mi padre es hortelano.

Y diciendo esto se retiró avergonzada; y ya repuesta del susto, pensaba en su interior:

-Después de todo, no puede decirme nada... ¿acaso hice mal en leer un periódico que lee un católico como él?... ¡Si no es malo para él, tampoco será para mí!...

* * *



El señor se sentó en su despacho, y lleno de coraje⁶² tomó la pluma y papel diciendo⁶³:

-¡Estos curas tienen ojos que ven a través⁶⁴ de las paredes!

Escribió al director del periódico encargándole suprimiera la suscripción desde aquel mismo día, y al poco rato llamó a la sirvienta y le dijo:

Página | 67

-Ahora mismo llevas⁶⁵ esta carta al correo. Desde hoy en adelante no entrará en mi casa ningún mal periódico.



⁶² corraje **A**

⁶³ tomó la pluma diciendo **B 142**

⁶⁴ traves **A**

⁶⁵ lleva **B 142**



3.- Pecador y pecador nada más⁶⁶.

Todas las noches, indefectiblemente, matemáticamente, así que terminaba la pobre cena, su mujer le hacía la misma pregunta:

-¿Vas a cumplir mañana?

Él, unas noches respondía con un aplastante; las más con un gruñido⁶⁷; otras, con un *no* rotundo, con un juego de ironías⁶⁸ y de frases punzantes y burlonas.

Y hasta el día siguiente no se oía una palabra en aquella modesta habitación de obrero.

¡Cómo! Él, un obrero consciente, un hombre ilustrado, sabedor de lo que hay en todas esas cosas de curas y de iglesias⁶⁹, lector de hermosos libros de maestros redentores, ansioso de conquistar la vida –conquistar la vida, entiéndase bien, la vida con todos sus derechos-, ¡él confesarse!

Y sin embargo, su mujer, sin hacer caso de todas esas nobles dotes de su espíritu libre, sin hacer caso de ellas, le disparaba⁷⁰ todas las noches la misma afrenta:

-¿Vas a cumplir mañana?

¡Si no fuera por lo que la quería!... Sólo así podía aguantar su pesadez.

* * *

Desde mitad de cuaresma, aquella mujer se puso inaguantable.

-Perico, mañana, San José... Ya sabes.

-Perico, Domingo de Pasión...

-Perico, La Virgen de Marzo...

-Mañana, Viernes de Dolores...

⁶⁶ B.P., nº 25, 6 de abril de 1913, *Pecador y pecador nada más*, págs. 2-3, repetido en B.P., nº 191, 14 de abril de 1935, págs. 3-4.

⁶⁷ Con un aplastante gruñido B 191

⁶⁸ con un juego ironías B 191

⁶⁹ Iglesias B 191

⁷⁰ disparataba B 191



-Estamos en Domingo de Ramos, Perico...

-¡Mujer! -Saltaba él furioso. -¡Pelma! Pareces un calendario...

Ella no cejaba. Y ante Dios... ¡ante Dios aún cejaba menos⁷¹!

-¡Señor, que se confiese!... ¡Señor, que vaya a Vos!...

Página | 69

Una tarde, al salir del trabajo, Perico, harto de su mujer, se atrevió a entrar en una iglesia; mas salió de ella como había entrado.

¡Qué dirían sus compañeros si lo supiesen! Además, ¡qué aprecio hacía de todo aquel rico bagaje de ideas que llevaba en su cabeza, si así, en un momento de cobardía, las arrojaba por la borda!

-No, y no –se dijo.

Y aquella noche riñó con su mujer.

Y a la media hora estaban en paz otra vez, y él, muy mimoso, le preguntaba:

-¿Cuándo descansas hoy?

-Hoy no descanso.

-¿Por qué?

-Hoy velo por tí; esta noche velo por tu alma, que se pierde... que se pierde...

* * *

Por fin, el hondo cariño a su mujer, el tenerla tranquila, fue el hilo conductor que le llevó a la iglesia.

Y así, sólo por eso, sin visiones terribles, sin temores de la muerte o del juicio, sencillamente, marchó Pedro una mañana, muy temprano, a cumplir con la parroquia.

Su conciencia de hombre libre rezongaba un poco.

-¡Adelante! ¡adelante!

Y entró en la sosegada iglesia parroquial.

⁷¹ aun menos B 191



¡Oh! ¡La dulce paz de las misas tempranas en los días de trabajo!⁷²; ¡la devoción de las pobres viejas!; ¡la fe de los hombres!... Todo paz, todo plegarias y lumbre de misterio...

Pedro sentíase poco a poco sumergido en ese ambiente amable y sosegado; dejaba que su alma –su alma, tan empeñada en luchas- reposase, sin pensar ya en nada, sin desear nada, quieta, muda ante el inmenso y dorado retablo, apenas alumbrado por las llamas temblorosas de dos⁷³ cirios.

Pasaba el tiempo; era preciso confesarse... Y se veía tan tranquilo, manso, que le parecía que no era él, que era otro el que, con paso resuelto, se acercaba a Dios.

-Vamos, hijo mío... ¿Cuánto tiempo hace que no te has confesado?

* * *

Perico ya está en gracia.

Perico, ya en la calle, respira con todo el ansia de sus pulmones. De tal manera le ha entonado la confesión, siente tan confortada su alma, que la sensación le parece física. ¡Verdaderamente que hay una virtud perceptible, casi intangible, en el sacramento de la Penitencia!

Se ve muy otro; no encuentra en su cerebro nada de lo que antes era su orgullo. En cambio, ¡cómo brilla su frente con el carisma de hijo de la gracia!

Alegre en su interior, un poco parado de expresión, entra en su casa y dice a su mujer:

-Ya ves de qué nos servirá la libertad a los hombres mientras haya mujeres en el mundo...

-¡Qué libertad ni qué niño muerto! -contestó ella riendo.

-¡Qué "inteligencia redimida" ni "hombre libre"!... Pecador y pecador, nada más. Eso es todo.

Luego añade:

⁷² *La dulce paz de las misas tempranas en los días de trabajo!* no estaba abierta la exclamación, y se introducía en minúscula. En 191 sería todo el texto sin exclamación al final, por lo que diferiría de la transcripción que hemos incluido nosotros.

⁷³ Los B 191



-Y cuando el alma se descarga en el confesionario, todas esas a haracas⁷⁴ se van, se disipan los humos de las cabezas, se apagan los fuegos del corazón... "¡Arrea!" ¡Que Dios te bendiga! ¡A almorzar y a trabajar que ya es tarde!



⁷⁴ Alharacas 191



4.- Caso de conciencia⁷⁵.

Una de estas últimas noches, a cosa de las ocho me sentaba a la mesa de unos excelentes amigos míos.

Todos conocéis esos singulares minutos que siguen al comienzo de una comida... ¿Es el apetito excitado con la presencia de manjares y que reclama imperiosamente que se le dé satisfacción?... ¿Es que los comensales no han entrado aún en contacto, por entonces, con sus respectivos vecinos de mesa?... Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que esos minutos a que me refiero suelen ser de gran silencio, turbado solamente por el ruido de las cucharas hiriendo cadenciosamente el centímetro escaso de sopa fría que caracteriza a comidas chics.

En esa sazón, cuando todos callaban, fue cuando mi vecino de mesa, dándome con el codo, me dirigió la palabra:

-¿Señor Cura?...

-¿...?

-Parece como que me remuerde la conciencia.

La señora de la casa levantó la cabeza:

-¿Que te remuerde la conciencia?...

-Sí, señora.

-Entonces, ¡confiésese! Sacerdote tiene aquí con quien hacerlo, y él verá si puede absolverle.

* * *

Mi vecino comenzó de esta suerte:

⁷⁵ B.P., nº 26, 20 de abril de 1913, *Caso de conciencia*, págs. 2-3. B.P., nº 27, 4 de mayo de 1913, pág. 3.



-Para venir aquí esta noche, tomé el metro (1)⁷⁶ en Passy. Enfrente de mí, equivocándose probablemente de clase, se sentaron tres obreros, tres peones de los que suelen trabajar en el movimiento de tierras. Con sus rostros morenos, sus cabellos crespos, sus anchos pantalones de pana terrosa, sus cinturones rojos y sus blusas negras eran mirados por mí con interés, dispuesto a intervenir en su favor si les pedían los veinte céntimos suplementarios.

Era el aire de los peones regocijado y burlón, y, no obstante, parecían un tanto acobardados, como quien se encuentra fuera de su elemento habitual, y como si echasen de menos, entre sus manos callosas, las palas y picachones del oficio.

Inopinadamente, uno de ellos levantó las rodillas; acababa de sentir que bajo la recia suela de sus claveteados borceguíes había algo... Inclínose, y, a tientas recogió del suelo un librito usado, con cubiertas de cartulina gris...

Lo recogió enseguida... Era un Catecismo.

* * *

¿Por quién había sido olvidado...?

¿Por aquella señora de blancos cabellos, vestida de luto, que se había bajado para tomar tal vez el camino de un barrio obrero...?

¿Por el estudiantillo de segunda enseñanza, que un momento hacía, se sentaba a mi lado...?

Quienquiera que fuese su dueño. Allí estaba ahora el pobre catecismo en los torpes y gruesos dedos del peón, que trabajosamente volvían sus primeras hojas bajo las miradas de sus compañeros.

De pronto, el peón de en medio, dándose palmadas en los muslos, exclamó:

-¡Muchacho...! ¡No hay duda... es un Catecismo...!

* * *

⁷⁶ (1) Así llaman familiarmente en París al ferrocarril metropolitano, subterráneo en su mayor parte, que enlaza diversos barrios de la gran ciudad (*Nota del e*).



Estas palabras hubieran podido despertar en aquellos pobres hombres dulces y luminosas memorias.

Un Catecismo...es el libro que guarda entre sus hojas nuestros más remotos recuerdos...; el hogar que hemos abandonado...; la aldehuela donde nos hemos criado...; la abuela tan piadosa, que nos lo hacía repetir, al amor de la lumbre...; el anciano señor Cura, que, de muchachos, nos llevaba⁷⁷ a su huerto, y allí, entre las flores, bajo la bóveda azul del cielo y enfrente de la montaña cuyas líneas nos eran familiares, nos enseñaba a conocer y amar a Dios.

El catecismo hubiera debido traer a la memoria de aquellos obreros el recuerdo del tierno día de su primera Comunión, cuando, a vista de todo un pueblo dulcemente conmovido, recibieron a Dios y sintieron por vez primera su materialidad, algo así como el escalofrío de lo infinito.

Un Catecismo es libro por experiencia del pobre... en él es donde se cuenta la sublime historia del primer obrero...; donde se da razón del porqué del dolor y del padecer...; donde, para endulzar estos sufrimientos, se nos muestra la visión del descanso, de la luz y de la paz...

Pero en el caso de hoy, la voz "Catecismo" no produjo en modo alguno esta impresión.

* * *

⁷⁸Y asistí a una escena triste..., tristísima.

El de más edad de los peones tomó el libro en sus manos, lo abrió con gestos necios e hizo ademán de bendecir a sus compañeros.

-¿Quién es Dios Nuestro Señor?... Vamos tú, Crespo, a ti te pregunta: ¿Quién es Dios Nuestro Señor?

Y el Crespo se reía neciamente, con esa risa tonta que la cobardía pone en los labios y detrás de la cual no hay ni una idea.

-¡Ah!, no sabes... ¿quién es Dios...? Veamos entonces otra pregunta: ¿Para qué fin ha creado Dios al hombre...? ¡Cómo!... ¿no sabes tampoco esto?...

Bueno; yo te lo enseñaré... ¡cara de tonto!...

⁷⁷ Ilebaba A

⁷⁸ B.P., nº 27, 4 de mayo de 1913, pág. 3.



Y soltó una indecencia. Luego, volvió las hojas, y las cosas más santas, desde las que se refieren a la Santísima Virgen hasta las que atañen a la Extremaunción, pasaron por los labios del obrero, manchadas con la inmundicia de sus groseros chistes.

Las demás personas que iban en el coche, mirábanles.

Entre esas personas había una madre con su hijita, señoras, hombres...

Y los obreros no leían el desprecio, la compasión en los ojos, en el encogerse de hombros, en el frunce de ciertos labios.

No... Y proseguían su tarea, como bestias..., burlándose de los dogmas cristianos, cuando la irreligión ha hecho de Francia la nación decaída, la taberna del mundo, donde tales cosas son posibles...

¡Seguían con su labor!... ¡Y tal vez tuviesen hijos que aquella misma noche aprendiesen, en el mismo Catecismo que ellos escarnecían!, *¡qué es honrar padre y madre!*

Lo repito: aquello partía el corazón.

He aquí ahora mi pecado, si lo hubo.

Cuando todo esto pasaba, pensaba yo si no sería cosa de decir algo..., de formular una protesta... ¡Y aún quién sabe!... de despertar acaso un remordimiento en algunas de aquellas almas oscuras...

Podía yo, por ejemplo, intervenir y decir sin enfadarme:

-Yo he aprendido el Catecismo y me lo sé de memoria: cuatro hijos tengo que lo están aprendiendo aún; ¡me molesta que ustedes insulten como lo están haciendo a un libro que es el libro de mi fe!

Temí echar leña al fuego...

Temí yo, el Bachiller, Licenciado, Doctor... sí... temí llevar la peor con aquellos brutos...

Sentí en mí la convicción de que sería apoyado, que otros viajeros llegaban como yo al borde de la misma protesta....

Y, sin embargo, vacilé...

Temí que una grosería salpicase como un puñado de lodo a mí, hombre correcto y pulcro, y a la verdad que yo pretendía defender.

Temí, ¡qué se yo!...



En resumen: no dije nada... ¿He hecho bien?...¿He obrado mal?

* * *

La discusión entablóse a la vez en todos los lados de la mesa.

-Yo..., señor, -dijo la señora-, apruebo su conducta... Con tales brutos, no se sabe nunca cómo puede acabar la discusión...

-¡De ninguna manera!

-Cristo se ha callado ante estos insultos...

-¡Ha hablado de tal manera ante otro!...

-*¡Oportune!... ¡importune!...* decía San Pablo.

-En el fondo, usted ha sido tan cobarde como ellos... pero de otro modo ¡he ahí todo!

-Perfectamente... ¡Un⁷⁹ arma de lujo!... ¡Hágale usted un estuche de *peluche* azul celeste!

-Pero, en fin... ¡Cuando se ve de antemano que no se va a sacar nada!...

-La verdad está entre los extremos; todo depende de las circunstancias.

-¡Si los Apóstoles hubiesen discurrido así, se hubiesen echado a dormir!...

-¡La fuerza a nuestros enemigos les viene precisamente de ese nuestro tan correcto silencio!...

-¿Y si yo llevara la peor parte, allí..., delante de toda aquella gente?...

-¡Según esa cuenta, nunca lucharía uno!...

-¡El valor, a un desgraciado, honra siempre la causa que defiende!

-*Canes muti...* ¡Usted, señor mío, ha sido un perro mudo!...

* * *

⁷⁹ Una A



Y como vi a mi pobre vecino tan triste y cariacontecido, le absolví. Pero, por vía de reparación, grito yo hoy con la voz del periódico...





5.- Un caso acerca de la lectura de novelas⁸⁰.

Página | 78

Hube de tratar con cierta señora y no pude menos de conocer, por sus palabras altisonantes y poco aplomo en todo su porte, que leía novelas, y se lo dije de buenas a primeras: Señora, V. lee novelas.

-Sí, señor, pero como no paro mientes en sus ideas, ningún daño me hacen; es un pasatiempo, una mera distracción, nada más.

-¿Está V. bien segura de lo que dice?

-Completamente, Padre⁸¹ mío.

Continúe, pues, leyendo novelas, pero, como V. quiera ser piadosa, antes de abrir el libro no se olvide de rezar de rodillas y con fervor la siguiente oración: "Señor y Dios mío muy amado, ahora voy a leer esta novela para agradaros; ya sé que hallaré en ella mala doctrina, malos consejos, y malos ejemplos: no importa, yo quiero disfrutar de este pasatiempo, yo procuraré no fijarme en ella para cumplir las promesas del bautismo y procurar vuestra gloria y salvación de mi alma. Amén.

-Pero, Padre, esta oración sería una burla de Dios.

-¿Pues qué, no podemos y debemos ofrecer⁸² a⁸³ Dios los honestos pasatiempos? No ha dicho V....

-Pero, Padre...

-¡Ah, ya!; ¿que no es pasatiempo tan inocente como decía V.? Responda V. con franqueza: ¿antes de leer novelas no era V. más piadosa que ahora?

-Sí, Padre.

-¿No le gustaban entonces más que ahora las lecturas serias y los trabajos útiles?

-Sí, Padre.

⁸⁰ B.P., nº 28, 18 de mayo de 1913, *Un caso acerca de la lectura de novelas*, págs. 2-3. Se repite posteriormente en el B.P., nº 135, 24 de febrero de 1929, bajo el título: *La lectura de novelas*, pág. 2.

⁸¹ padre B 135

⁸² ofreder A

⁸³ á A



-¿No era V. más prudente y recatada, más dócil y obediente, menos apasionada por el lujo y las diversiones mundanas y menos combatida de imaginaciones, afectos y pensamientos malos y desbaratados?

-Sí, Padre.

-¿No frecuentaba V. los Sacramentos con más exactitud, devoción y gusto? ¿No era V. más mujer de su casa, y de sus deberes?

-Basta Padre; es verdad todo lo que V. dice.

-Basta, pues; V. misma comprende el daño que ocasionan las lecturas fútiles⁸⁴.

¿Qué harán las impías? ¿Qué las deshonestas? ¿Y qué a las personas más propensas al vicio que las otras y menos defendidas que ellas?

⁸⁴ fútiles A

VARIEDADES



Una clase de lectura en las Escuelas Parroquiales de Los Santos dirigida por el propio autor. Foto extraída de la obra *Organización y Procedimientos*



6.- ¡Por eso sí que no paso!⁸⁵

La mano delicada, blanca, pequeña, de la dama, se cerró y cayó enérgica, sobre la mesa. Rozó un plato que se quejó con el que estaba debajo, saltó una cucharilla, funámbula de plata, que hizo dos o tres contorsiones en el aire, y se balanceó, como un borracho, un vaso de agua.

El caballero, que iba a meterse un pedazo de carne en la boca, se quedó con ésta abierta y con el otro pinchado en el tenedor, a la vez que los ojos se le escapaban, no dando crédito a lo que veían.

-¡Pero, mujer, tú...!

La verdad que aquello era rarísimo. En veinte años de matrimonio, nunca se había dejado arrebatar su mujer hasta aquel extremo.

Las diferencias de pareceres que algunas veces, en todo aquel tiempo, se habían manifestado, siempre se resolvieron pacíficamente, venciendo ella la mayor parte de las veces, aunque él siempre se creyó vencedor; pero su mujer era inteligentísima y sabía ganar con arte.

Él era un buen señor, muy de orden. Era católico, por supuesto... Católico de los que oyen Misa todos los domingos, de los que confiesan una vez al año, de los que se casan canónicamente, de los que bautizan a sus hijos, y... nada más; es decir, que en doctrina cristiana no había profundizado gran cosa; en cambio, poseía una serie de "lugares comunes", una colección de ideas hechas, que, sin duda, influían en su propio modo de ser y que aprendió de los periódicos, muy de orden también, que eran su cotidiana lectura.

Así por ejemplo, decía que había de ser católico, "pero sin transigencias", que "el error tenía el mismo derecho que la verdad", que "los hechos consumados habían de respetarse", y así otros muchos principios, reglas de conducta que, según la lógica, para él eran artículos de fe.

Su mujer era otra cosa; era una cristiana a macha martillo.

-La fanática de mi mujer... -decía él en tono de broma.

Tenía treinta y ocho años y aún era bella a pesar de los muchos hijos que había tenido, y, más que bella, era inteligente, más que su marido... Es muy frecuente que la mujer sea más inteligente que el hombre.

⁸⁵ B.P., nº 31, 15 de junio de 1913, *¡Por eso sí que no paso!*, pág. 3. B.P., nº 32, 6 de julio de 1913, págs. 2-3.



Tenía más corazón que su esposo y siempre había hecho la felicidad de la familia.

Por eso se admiró nuestro héroe cuando su mujer dio con el puño sobre la mesa.

Y, después de todo, ¿por qué había sido aquello...? Sencillamente por que él formuló un juicio suyo de toda la vida, una de esas reglas establecidas por un doctrinarismo más egoísta que prudente, y que él tenía por verdades inconcusas.

La cosa fue porque el señor dijo:

-Me ha dicho Manuel que tú no quieres que se inscriba, como socio, en el casino de...

-Cierto. Mi hijo no puede ingresar en ese partido político.

-¡Vaya, mujer, no te creía tan avisada en cuestiones de esa índole!... A mí, después de todo, me da lo mismo; sin embargo se trata de un partido serio...

-Sí, pero la verdad, no me parece que mi hijo ganaría nada en él.

-¡Oh, sí!... perdona, pero ganaría seguramente. Sería apoyado por hombres de prestigio. Adelantaría en su carrera...

-¡Sí, en esta vida sólo se busca la ganancia material... pero ¿y la otra?

-¿Cuál?

-La espiritual.

-¡Anda, anda! ¡Ya entramos en filosofías!... Mira, mujer, ¿por qué no te dejas de esas cosas?... Después de todo "las mujeres no debéis entender de política".

Entonces fue cuando dio la dama con el puño sobre la mesa, y se tambaleó el vaso de agua y tintineó el plato y voló la cucharilla.

-¡Por eso sí que no paso!

-¡Pero, mujer, tú...!

Ella se puso encarnada. Hizo un esfuerzo sobre sí para dominar su turbación y exclamó:

-Perdona... a veces los nervios...

-Nunca te pusiste así...

-Es cierto; pero se trata de un hijo mío ¿sabes?



-Bien ¿y qué?

-No me puedes negar que tengo la obligación de estudiar cuanto pueda servirme para indicar a mis hijos la senda del deber. Debo ser muy entendida, muy ilustrada en la ciencia de guiar a mis hijos por el camino de la vida, y uno de los conocimientos fundamentales para ello, es el de la moral.

Página | 83

-⁸⁶Conforme, pero la Política...

-¿No es la Política una rama de la Moral?

El marido no supo qué contestar. Lo que decía su mujer era exacto. ¿Cómo no se le había ocurrido a él?

La dama, viendo que su marido no replicaba, continuó:

-Hoy, que tanto se ha progresado, se va cayendo en la cuenta de que la mujer es tan ciudadana como cualquier hombre.

Hasta ahora se han gobernado los países sin tener en cuenta la opinión de la mujer. Nosotros somos buenas para dirigir las casas de familia, para aumentar la población, dar pedazos de nuestras almas, que son nuestros hijos, a la Patria. Nosotras podemos pasar porque nuestra propia sangre se vierta en los campos de batalla y, en cambio -¡mira qué sarcasmo y qué injusticia!-, no podemos designar cuáles son los gobernantes que merecen nuestra confianza, aquellos que han de decidir del bienestar, con una buena administración, y de la vida, con una buena diplomacia, de nuestros hijos. Hemos de ser tan heroicas, que hemos de entregar pedazos de nuestras entrañas a gobernantes, con frecuencia ineptos: y tan estúpidas, que no podemos comprender qué es lo que conviene a nuestra Patria.

La dama se iba animando. Su rostro presentaba las rosas de la indignación y en su mirada centelleaba el rayo del entendimiento.

-Hasta ahora nos se nos permitió opinar. Nuestros cerebros, hábiles para organizar una casa y para dirigir una familia, como vosotros los hombres no sois capaces de hacerlo; nuestros cerebros, atronados por el escaso estudio que se nos da, sólo podían dedicarse a razonar sobre la forma y los colores de los vestidos, sobre los adornos de los sombreros, o los condimentos de los guisados. Y vengan hijos, y vayan hijos a la guerra. ¿Cuándo? Cuando se les antoja a unos señores que ordenan un Estado entero, cuando muchos de ellos, quizás, no han sabido poner orden en su familia. Afortunadamente, tal estado de cosas se va hundiendo.

-¿Dices que se hunde?

⁸⁶ B.P., nº 32, 6 de julio de 1913, págs. 2-3.



-En España, desgraciadamente, como nos hallamos en garras de hombres egoístas que sólo piensan en sí mismos y no en hacer la dicha de los ciudadanos; como nos vemos ahogados por un doctrinarismo fatal que no se destruye fácilmente, la intervención de la mujer en los asuntos políticos, tardará, pero fuera de España la mujer va avanzando y no habrá otro remedio que concederle los derechos que le corresponden como ciudadana, como madre y como compañera del hombre.

-¡Diantre! ¡Una sufragista!

-No... Yo no quiero que él pierda el lugar que le pertenece; yo no pretendo vestir el traje masculino ni que la mujer abandone el hogar; pero sí que la mujer se baste a sí misma y, sobre todo, que puedan designar quiénes han de ser aquellos que han de gobernarnos...

-¿A tus hijos?

-Ciertamente. ¿Quién te ha dicho que la corrupción existiría, si nosotras eligiéramos a los que habían de interpretar las leyes? Pues qué, en tesis general, ¿no somos nosotras inmensamente más morales que los hombres? Pues con las costumbres sanas, con la política sin errores nuestros hijos no se verían tan expuestos a perderse, como están ahora. Piensa que, en la actualidad, la política no es sino la máscara con que se encubren los herejes para hacer daño a la Religión. Pocas cuestiones hay meramente políticas; al contrario, puede afirmarse que toda cuestión política contiene en el fondo una cuestión religiosa. Hoy los partidos que triunfan no son otra cosa que sectas fundadas en principios que anatematiza la iglesia... ¿Y quieres tú que yo deje a un hijo mío que se inscriba en uno de esos partidos tildados de heréticos?... No, hijo mío; tengo el deber de velar por él para que no se exponga a perder su conciencia de ciudadano y su alma cristiana.

-Sin embargo, yo creo que es la obligación de padre.

-Así es, pero...

-Pero... ¿qué?

La dama se levantó de la mesa se acercó a su marido, le puso un brazo por el cuello y, acercando su rostro lindo, vivo, inteligente al de su esposo murmuró:

-Pero cuando el padre no sabe hacerlo...

-¡Mujer!

-No te incomodes..., es lo corriente, por desgracia... No se ocupan los hombres más que de ganar..., de ganar... Nosotras hemos de suplir... ¿Te incomodas? ¡No, hombre!... Si es natural. Después de todo, somos ciudadanas, amamos a la Patria, les damos nuestros hijos,



¿no habíamos de saber el modo de que éstos sean buenos patricios?... ¿No habíamos de entender de política?

Y como el marido hiciera un mohín de desagrado, exclamó ella con firmeza:

-¡Ah, no; pues por eso no paso!...





7.- La justicia de Napoleón⁸⁷.

Hoy que tantas sensiblerías circulan sobre la acción de la justicia en los que recayeron gravísimas sanciones, no está mal reproducir un episodio de la vida militar de Napoleón; y aunque no estemos conformes con algunos detalles, eso no quita para que el acto del emperador francés pueda compararse con hechos recientes.

“Al día siguiente de la batalla de Austerlitz, un ayudante de Napoleón penetró en la tienda imperial con una precipitación que demuestra en estos casos el anuncio de una noticia importante.

-¿Qué sucede? -pregunto el Emperador, que en aquel momento acababa de tomar, según su costumbre, su vasito de johanisberg.

-Señor -respondió el oficial- uno de los soldados del 4º ligero que más se distinguieron ayer, ha matado a uno de sus jefes.

-¿No le han fusilado todavía?

-El Consejo espera conocer las decisiones de Vuestra Majestad Imperial.

-Pues no me conocen los generales que lo forman.

-Es que...

-Acabad.

-Señor, el soldado estaba completamente ebrio cuando cometió el crimen.

-¡Entonces! -exclamó Napoleón después de reflexionar un instante- entonces, dejadle dormir.

Napoleón volvió la espalda al mensajero de aquella noticia, que resultaba trivial en aquellas circunstancias, y se ocupó de unos arduos e intrincados problemas; pero al día siguiente ya estaba en pie mucho antes del toque de diana.

-¡A ver! -gritó a uno de sus ayudantes- que conduzcan a mi presencia al soldado que ayer

⁸⁷ B.P., nº 39, 19 de octubre de 1913, *La justicia de Napoleón*, pág. 3.



mató a su jefe.

Un momento después en la explanada donde se erguía la tienda del Emperador, aparecieron dos soldados que daban guardia al criminal. Éste llevaba el uniforme destrozado por efecto de la batalla. Detrás seguían, un brillante grupo, una multitud de oficiales.

Página | 87

El soldado quiso caer a los pies del Emperador, que hizo un gesto apenas perceptible, ordenándole que siguiera en pie.

-¿Dicen -exclamó con aquella calma profunda que era el síntoma mayor de su cólera- que ayer has dado muerte a tu alférez?

El reo balbuceó alguna excusa.

-Dicen -prosiguió Bonaparte- que estabas ebrio.

-Así era señor.

-¿De modo que no te pudiste dar cuenta de tu acto?

-No, Señor.

-¿De qué vino bebiste?

-Del de seis sueldos.

-¿Y qué cantidad?

-Cuatro cuartillos.

Napoleón se volvió hacia uno de sus hombres.

-¡Hola! -dijo- que traigan cinco cuartillos de vino del de a seis sueldos.

Cuando volvieron con el líquido, el Emperador obligó al soldado a que apurase toda aquella cantidad del mosto y esperó que surtiera su efecto.

-¡Firme! -gritó luego.

Y el soldado se plantó y saludó militarmente.

-¡Dos pasos a la derecha!

Y el soldado, vacilante como en el último grado de la borrachera, cumplió la orden.

El Emperador miró entonces hacia una cortadura del terreno en que empezaba un abismo terrible. Las tropas, formadas, seguían todos estos detalles con terrible ansiedad porque



conocían de sobra el carácter del Emperador. Desde el sitio en que se encontraba el beodo hasta la boca del precipicio había aproximadamente doce pasos.

-¡Doce pasos al frente! –gritó Napoleón con la voz más calmosa que nunca.

Página | 88

El soldado empezó a andar, pero al llegar al precipicio se detuvo.

-¡Doce pasos he dicho!

-Señor –exclamó el soldado volviéndose- si doy un paso más me despeño.

-¿De modo –preguntó el Emperador con ironía- que te das cuenta de un peligro para ti después de haber apurado cinco cuartillos de vino de a seis sueldos, y no te la diste de que matabas a un hombre habiendo bebido cuatro cuartillos solamente? ¡Que lo fusilen en el acto!

Un momento después los ecos de los valles repetían el rumor de una descarga y el cadáver del soldado rodaba hasta el fondo de la sima.”





8.- Cuento para el día de los difuntos⁸⁸.

“Pade Nuestro”

Era muy pequeñita; seis años contaba y ya no tenía madre. ¡Pobre niña! Ángela⁸⁹ se llamaba, y un ángel parecía con sus cabellos rubios graciosamente rizados.

Sí, ¡un ángel!, pero de esos entristecidos que los escultores modelan en los sepulcros.

¡Y es que el rostro de los niños pierde su alegría cuando en ellos falta el calor de los besos de una madre!

* * *

Era el día de todos los difuntos; ese día en que los vivos visitan la mansión de los muertos para dedicarles flores y oraciones. Angelita fue también al Camposanto para rezar por su madre.

Y allí, arrodillada sobre la húmeda tierra de la fosa, con sus manecitas cruzadas sobre el pecho, entre acongojados sollozos, exclamaba: Por mi madre, “Pade Nuestro que estás en el sielo...”

¡Más de cien veces había repetido la misma oración, y siempre por su *made!* ¡El angelito no sabía más!

Vio a otras niñas de su edad depositar flores y coronas ¡muy bonitas sobre las lápidas esparcidas en el cementerio!, y esto aumentó su pena.

¡Ni una flor, ni una lucecita tenía ella para el sepulcro de su madre!

Y lloraba; ¡lloraba mucho pensando que la vería desde el cielo y creería que su Angelita, su niña, ya no la quería!

Sí; te quiero mucho ¡mucho! –decía- como respondiendo a su pensamiento; pero pade está malito desde que tú te fuiste al sielo y no tiene dinero para comprar fores, y me ha decío que te rezara muchos, muchos “Pades nuestros”, que valen más que las fores.

⁸⁸ B.P., nº 40, 2 de noviembre de 1913, *Cuento para el día de los difuntos*, pág. 3.

⁸⁹ Angela A



¿Es verdad?... ¿Valen los “Pades nuestros” más que las fores? Pues las niñas que traen fores a sus mades que están en el sielo ¿por qué se van tan pronto y no rezan? ¿Será que sus mades no las enseñó el “Pade nuestro” como tú a mí?, ¿o es que sus pades no las han decío que vale más rezar que las fores?...

Por mi made, “Pade nuestro que estás en el sielo...”.

* * *

Un señorón, acompañado de una preciosa niña, un poquito mayor que Angelita, pero muy poco, y como ella un ángel, seguido de dos lacayos que conducían una lujosísima corona y multitud de flores en un gran cesto de mimbre, se detuvo junto a un suntuoso sepulcro, próximo a donde estaba la huerfanita. Dio algunas disposiciones para la colocación de flores y coronas, y sin murmurar una oración, siquiera breve, se marchó.

Al pasar junto a Angelita, la niña rica se fijó en ella, y al verla tan triste y llorando, se acercó, preguntándola:

-¿Por qué lloras?

-Por mi made que se ha ido al sielo y *está aquí*.

-¡Anda! ¿ahí? Y ¿no la pones flores?

-No; porque mi pade está malito y no tenemos pa comparlas. Pero yo...

Seguramente iba a decir que ella rezaba muchos *Pades nuestros*, que valían más que las *fores*.

No dio tiempo a ello la rica niña. Obedeciendo a un noble impulso de su tierno corazón, corrió al suntuoso sepulcro, cogió un manojito de crisantemos y siemprevivas y los esparció sobre la humilde sepultura de la madre de Angelita.

Ésta lloraba de alegría. ¡Ya tenía también flores su madre! y ¡muy bonitas! ¡Con qué ganas se quedó de dar un beso a aquella niña tan buena! Mas se fue pronto...

¿Cómo podría ella mostrar su gratitud? ¡Era tan pobre!... ¡Ah! sí, sí; con eso pagaría a la que puso flores en el sepulcro de su madre.



Y levantándose, corrió ligera hacia el rico sepulcro y exclamó mientras se arrodillaba. –
Por la made de esa niña tan buena: “Pade nuestro...”

Y aquella oración subió mucho más alta que el perfume de las siemprevivas y
crisantemos esparcidos sobre la losa.

¡Subió hasta el cielo!



9.- No fue el frío⁹⁰.

Bien hundida en los almohadones de su berlina, arrebozada en pieles por entre las que sólo asomaba su nariz, la dama va pensando que a pesar del día gris y del tiempo invernal, la vida es hermosa, la vida es buena.

Acaso un poquito de sol...

Pero ¡bah! ¿qué importa que el invierno arrastre las hojas muertas, que la bruma invada los paseos y las calles, que la mañana sea temblorosa y mustia?... Todo eso se queda al otro lado de los vidrios del carruaje, y ella, la dama tiene sol de felicidad en su corazón y tiene en su morada chimeneas rebosantes de alegre fuego, y estancias alfombradas, y plantas de salón que están floridas como si fuera primavera.

Y ahora que ha tenido que salir a la calle para comprar unas fruslerías de regalos, tiene un coche mullido y abrigado y ricas pieles y recias blondas y suave manguito...

Sólo se le enfría la nariz... Jamás en este mundo fue completa la dicha.

* * *

Al pasar por una iglesia donde había un Cristo de su devoción, ha mandado parar el coche y ha penetrado en ella.

Alta y digna, se ha dejado caer en un reclinatorio y ha rezado un Credo por sus hijos y luego otro por ella y otro más por su marido, que santa gloria haya... Y contemplando el cuerpo desnudo y crucificado del Señor, una sensación de frío la ha hecho estremecerse y ha subido a sus labios una frase aprendida en sus autores místicos.

¡Oh!, Jesús, ¡quién pudiera cubrir con lienzos de amor fino vuestras desnudas y llagadas carnes!

Junto a la dama, de rodillas en el suelo, suspiraba una anciana, y un ciego, en pie, apoyada la mano en el hombro de un niño, oraba también. Y entraban en la capilla gentes humildes, gentes pobres, encogidas por el frío o abatidas por el hambre, mujeres míseras, hombres desechos de la vida, todos buscando en el gran abatido, el gran pobre, un poco de amparo y de calor.

⁹⁰ B.P., nº 41, 16 de noviembre de 1913, *No fue el frío*, págs. 2-3.



¡Quién pudiera cubrir con lienzos de amor fino vuestras carnes llagadas⁹¹ y desnudas!...

Y el Cristo parecía responder:

Página | 93

-Pues cúbre las... Ahí las tienes, ahí tienes a mis hermanos los enfermos y mendigos, cuerpo de mi cuerpo, por quienes yo di riquezas a los ricos y puse lumbre de caridad en los corazones... Pero ¡qué pocos me regalan y me visten en esos mis hermanos!... ¿Dónde está San Martín el que partió conmigo su capa? ¿Dónde aquella Isabel de Turingia que, leproso, me cedía su lecho? ¿Dónde San Vicente de Paúl cuyo pobre manteo me sirvió tantas veces de abrigo? ¿Dónde aquellos señores que siempre me hacían participante de su mesa?... Tengo hambre, tengo frío, tengo tristeza en mis pobres... Los ricos encerrados en sus castillos de invierno, no se acuerdan de ellos... Temen que sus manos se enfríen al posarse sobre las del pobre, temen que sus ojos se impresionen demasiado al encontrarse frente a la miseria, niegan al hermano el afecto que prodigan a un perro... Y creen y rezan y hasta se agitan, según ellos se imaginan, por mi gloria... mas la fe sin caridad ¿qué es?... ¡Por eso estoy desnudo!

¿Habrá oído la dama de las pieles la palabra misteriosa de Cristo...?

Al entrar de nuevo en su coche va pensando que acaso en este mundo no es completa la dicha. Y eso no lo piensa ya por su nariz, que además de continuar helada, está rojiza como la de una persona que ha llorado.

* * *

Es de noche.

En el cuarto de la plancha tienen su tertulia criadas y doncellas.

Rosita, viva y menuda como el grano de la pimienta, dice:

-¿Que si sudé esta tarde?... ¡Hijas, qué trotes de ropero en armario, qué subir y bajar de silla en taburete!... Estoy como para que venga a buscarme la Cruz Roja... Yo no sé qué mosca le habrá picado hoy a la señora... Me ha hecho sacar a montones ropa blanca que tenía del difunto señor... Me ha hecho descolgar todos los vejstorios de vestidos de ella, nuevecitos, eso sí, pero muy pasaditos de moda... Me ha hecho sacar trajes arrinconados de los señoritos... Me ha hecho buscar gorritas y pañales que guardaba en cajas perfumadas... Me

⁹¹ *vuestra carnes llagadas* A



ha hecho apartar sábanas y mantas y chales y medias de lana que acaso hizo su abuela... Y mientras me iba dando órdenes y hasta ella misma rebuscando, no cesaba de hablar y de decir: -Es una vergüenza que toda esta ropa esté aquí años y años almacenada sin objeto, cuando hay tantos y tantos que no tienen camisa... Con lo que aquí nos sobra y no usamos puede remediar muchas miserias... Rosa ¿no has visto a los golfos dormir medio desnudos en el hueco de una puerta en la calle? ¿no has visto a tantas pobres mujeres que con el frío que hace apenas llevan más ropa que en verano? ¿no has oído que en los Asilos todo es aprovechable para los ancianos y niños? No quiero más rincones en mi casa... No quiero más cristianismo de sólo rezar mucho... Porque la piedra de toque es el amor al prójimo y el mostrarlo con obras... Y yo quiero mostrárselo con eso y más, con eso y más...

La tertulia se anima, y todas se hacen cruces ante las sensacionales revelaciones de Rosita.

-¿Qué será?... ¿qué ángel habrá bajado del cielo? -se preguntan admiradas.

-Porque para el rumbo de su casa, para comidas y fiestas, ha sido muy espléndida la señora, pero para los pobres ha sido siempre así -dice una apretando los puños.

-Sí, así, así -repiten todas, apretándolos también.

-¿Si se habrá vuelto loca? -exclama la segunda de cuartos.

-Hijas -chilló Rosita- mucho frío se conoce que hace cuando hasta la señora se acuerda de los que van descalzos...

Y no podía imaginarse ni se imaginaría nunca que no fue el frío, sino el fuego del amor quien movió a la señora, postrada ante la llagada desnudez de un Crucifijo, de quien era devota.





10.- Gustavo Bécquer⁹².

Episodio de su vida

No recuerdo el año. Ni hace al caso.

Una noche, la del 24 de Diciembre, la noche de las consoladoras expansiones del hogar, unos cuantos literatos, desheredados por ende de la fortuna, pues rara vez el dinero y las letras emparentaban, agrupábanse en torno de una mesa del café Suizo, y en chispeante diálogo aguzaban el ingenio buscando la más desesperante de las incógnitas; los medios para dignamente celebrar, cenando, el Nacimiento del Hijo de Dios.

Lo que aquellas alborotadas cabezas idearon, no cabe en los estrechos límites de esta sencilla narración.

Tras mucho pensar y más discutir, tras mil planes, no bien expuestos desechados, uno de los literatos presentes exclamó:

-“Señores, no hay que pensar en buscar recursos que no hemos de encontrar, porque la caja de los poderosos no se abre con la llave del apetito de los bohemios. ¿Queremos cenar? Es indudable. ¿Cómo lograremos nuestro deseo? Veámoslo. Hagamos mesa común de nuestros capitales, y con tan poderosa palanca, fija en el punto de apoyo de nuestro apetito, removeremos los escaparates del mundo.”

Aceptose con júbilo la idea, vaciáronse los *repletos* bolsillos, y tras complicada suma de cuartos y ochavos, se encontraron⁹³ con el respetable capital de dos pesetas.

Entre alegres carcajadas confeccionaban aquellos opulentos capitalistas el complicado *menú* del banquete, cuando uno de ellos, Gustavo, tomó la palabra y exclamó, dirigiéndose a sus compañeros con semblante risueño:

-“Mentira parece que tengáis tan cerca de vosotros la fortuna, y no alcancéis, pobres miopes, a descubrirla. Mentira parece que pudiendo cenar besugo y pavo y sopas de almendras, os halléis resignados a la esperanza que ofrece por consoladora perspectiva una cena de callos y vino peleón. Miradme, infelices, y estremeceos. ¿Veis esta capa que me

⁹² *B.P.*, nº 43, 21 de diciembre de 1913, págs. 3-4. De nuevo hay una reimpresión de este título en el *B.P.*, nº 147, 22 de diciembre de 1929, pág. 2.

⁹³ *encontraron* B 147



defiende del frío? Pues es nueva y ha costado mil reales. No me preguntéis quién la compró: ya sabéis que yo no pude ser”.

“Pues bien, una capa que vale mil reales, es una fortuna para una sociedad de literatos como nosotros. ¿Conocéis la teoría del cambio? Pues yo os haré que os la explique⁹⁴ prácticamente un filántropo que a la vuelta de la esquina ha montado un establecimiento que en vez de titularse *Asilo de Caridad*, se llama modestamente *Casa de empeño*. Vamos, pues, allá, bohemios distinguidos: California nos ofrece sus minas, explotémoslas.”

No debo hacer mención del entusiasmo que las palabras de Gustavo produjeron, porque hay situaciones que no pueden describirse.

El gran poeta fue objeto de una magnífica ovación y en triunfo fue llevado por sus compañeros a la *Casa de empeño*, cuyo caritativo gerente entregó por la flamante capa la suma de ocho duros en relucientes monedas.

Gustavo fue por unanimidad depositario del capital, y los ocho duros, con las dos pesetas, se colocaron en un pañuelo, cuyas cuatro puntas fuertemente agarraban los crispados dedos del generoso vate.

En apretado grupo descendían por la ancha calle, alegres, decidores, ebrios de júbilo los bohemios formaban ante la magnitud de la suma reunida, los más extravagantes proyectos, cuando se oyó una estentórea voz que, dominando todas las demás, exclamó:

-¡Tierra!

Aquel Colón acababa de descubrir la puerta del restaurant *Los dos Cisnes*.

Unos cuantos pasos más, y aquellos alegres hijos de las letras pisarían la soñada tierra de promisión.

En este momento, cuando el informe grupo, redoblando la acelerada marcha y soltando por completo las riendas de su alegre entusiasmo, tocaba la inesperada realidad de sus deseos, destacose del hueco oscuro de una puerta la forma vaga de una mujer.

Con inseguro paso dirigióse a los hijos de Apolo, y con voz desfallecida y velada por los sollozos, balbuceó estas palabras:

-“¡Caballeros, mi hijo se muere de hambre! ¡Una limosna por Dios!”.

Como si el clamor de aquella madre infeliz que demandaba una limosna para el hijo de sus entrañas fuese el mandato imperioso de un soberano, los literatos detuvieron como por encanto sus pasos, y la severa figura de Gustavo acercose a la mujer. Mirola un momento,

⁹⁴ os explique B 147



contempló fugazmente aquellas descarnadas facciones en que el sufrimiento había impreso sus tristes huellas, fijó su mirada en el pobre hijo que, inerte, descansaba en los brazos de la madre, y sin vacilación de ningún género, impulsado por el sentimiento sublime de la caridad, sin pronunciar una solemne palabra, porque las palabras huelgan cuando con acelerados movimientos habla el corazón, alargó a aquella infeliz⁹⁵ desheredada el pañuelo que contenía la fortuna de los ocho bohemios. Luego secó sus ojos en el dorso de la mano, y dijo a sus compañeros:

- "Vaya, señores, buenas noches."

- "Buenas noches" -contestaron aquellos hermosos corazones; y tomando direcciones diferentes perdiéronse en la sombra.

He aquí la noche Buena⁹⁶ de Gustavo, noche que, según su propia expresión, fue la más feliz de toda su vida.



⁹⁵, *infeilz* **B 147**

⁹⁶ No aparece como Noche Buena, quizás porque juegue con el significado de la expresión y juegue con la buena acción. **B 147**, Noche Buena, sí aparece en este boletín en mayúsculas.



11.- Los siete domingos⁹⁷.

Página | 98

-San José bendito, que no gaiga sordao! ¡Que no coja er chopo! ¡San José de mi arma, que tu no sabes lo que es servir ar rey, y que lo pelen a gofetás y que me lo manden a Melilla! ¡Que mañana es er sorteo!

-¡Callasosté ya, madre, que le va usté a quitá la paciencia al Santo! ¡Sies mi sino í a serví, iré, y si no, aquí estoy pa sostené las esquinas!

-¡Cállate tú, so condena, que no lo pido por ti, porque no lo mereces! Lo que te hasía farta es que te pusieran er chopo en la mano y te jartaeen e rancho, y te pusieran esa cara como er bombo e la música, so eslenguao... so granuja, que me tienes frita...

-Entonces no pida osté ná, que yo sentaré plaza.

* * *

-¿Ave María Purísima?

-Sin pecado concebida, señá Juana.

-Po hija, yo venía a que me hiciera osté un favó: por su dinero, por suspuesto. Verá osté: Er domingo es er sorteo, y le quería escribir una carta al Santo Patriarca para que me librara a mi Manuel, hija, pa que no se lo lleven y me muera yo de jambre y de pena.

Y la licurga de aquel pueblecito sacó su libro de dictar cartas; miró todas las formas, y con la pluma en ristre, exclamó:

-Po diga usted.

-Tú pones er principio, y aluego te diré yo lo demá.

Y empezó la otra a escribir:

-*Mi apreciable San José:* Me alegraré que se halle osté bueno, yo sigo bien, a Dios gracia.

⁹⁷ B.P., nº 44, 15 de febrero de 1914, *Los siete domingos*, págs. 2-3.



-¿Qué más?

-Ponga: Po sabrá osté que el sorteo es er domingo, y que mi Manué de mi arma le va a tocá sordao, y a mí me hace más farta que la misma vía. San José bendito, te pido que se libre por el número, si no me muero de pena...

-¿La termino?

-Sí, hija, y toma tres perrillas...

* * *

-Mira tú, monaguillo, ven pa acá.

-¿Qué quiusté?

-¿Le quiés poné a San José esta carta entre las manos, y te doy una perra gorda?

El monaguillo vaciló ante aquella tentativa de soborno, miró alrededor⁹⁸, vio que no había nadie, y tomando la carta y dando un salto an⁹⁹ el altar, se la colocó sin que se viera, bajando después a recibir la perra gorda.

-¡Adiós, hijito mío! Cuida de ese Santo, que era un probe y no se ha orviao de lo que son penas.

* * *

La plaza está llena de gente. La señá Juana mira temblorosa al balcón de donde salen los números; una hija suya hace grupo con varias jóvenes, entre las que se haya la novia de Manuel, y éste, con las manos en los bolsillos, siente por primera vez incertidumbre, miedo y escalofríos.

-Pero, hija, Margarita, tú, ¿no le has hecho ná a San José pa que mi niño se libre?

-¿Qué ná? Si estoy perniquebrá de está en la iglesia, y tengo hechas má promesas... ¡San José bendito, que no se lo lleven! ¡San José mío, como salga libre, nos vamos tós a la iglesia, y se van a oí los gritos en Sevilla!

-¡Manuel Jiménez Cañete...! -grita el pregonero poniéndose la mano en la oreja.

⁹⁸ *al rededor A*

⁹⁹ Posible errata del autor, ya que el narrador en ningún momento asemeja el estilo de este igual al de los personajes.



Los interesados se echan a temblar.

-Número 130.

* * *

Página | 100

-¿Lo ves tú, Manolillo? -decía ante el altar y rodeada de toda su gente la señá Juana-. ¡Ese santazo, carpintero pa que te enteres, más probe que la jambre, ha sío el que tá librao! ¡Bendita sea su alma! Pa que seáis los hombres después malos...

-Sí, señora, tiene osté razón. Endeje hoy llevo yo tós los años las andas, y le rezo con toas mis ganas porque ma librao de cogé la carabina. ¡Y no es ná!

-¿Na más? Aunque no jumes en un año le tiés que ofrecé una vela; y tú, Margarita, le ties que hacé un podé.

-¿Yo? Escuide osté, que toa la fló que caiga en mis manos viene a pará aquí. Y ahora otros siete domingos en acción de gracias...





12.- No me la escandalice usted¹⁰⁰.

ESCENA PRIMERA

EL FRAILE Y LA MARQUESA

-Buenos días, Reverendo Padre.

-Muy buenas se las dé Dios, señora Marquesa.

-Dispéñeme usted la molestia que le ocasiono llamándole a esta su casa, pero se trata de un asunto muy serio, muy importante, trascendental...

-Explíquese usted, señora; veamos de qué se trata.

-Trátase de mi hija Pura. Quiero que haga la primera Comuni6n; ¿no le parece a usted bien, Reverendo Padre?

-¡Oh, muy bien!

-Y a fin de que la haga debidamente deseo que usted, cuya virtud y ciencia son tan conocidas, se digne encargarse de su preparaci6n... ¿quién mejor que usted?

¡Es usted tan ilustrado! ¡Tiene usted tanto don de gentes! ¡Es usted tan admirado en el púlpito! ¡Es tanto su valimiento con la alta sociedad!...

La verdad es que su Orden está de enhorabuena con la adquisici6n que ha hecho de usted... Por eso dije: llamaré al Padre y le encomendaré la preparaci6n espiritual de mi hijita... ¿qué le parece a usted, Reverendo Padre?

-Estoy a disposici6n de la señora.

-Gracias. Pero usted me permitirá hacerle algunas observaciones en orden a su conducta con mi hija.

-Si, señora.

¹⁰⁰ B.P., nº 45, 1 de marzo de 1914, *No me la escandalice usted*, pág. 3.



-Mi hija, Pura, es como su nombre, pura; un ángel de alas blancas descendido del cielo para perfumar la tierra...

-Sí, señora.

Página | 102

-Paloma inocentísima y sin hiel desconoce completamente la malicia del mundo, pues acaba de salir del colegio, como la mariposa de su capullo, y solamente trae en el alma ideas castas y pensamientos espirituales...

-Sí, señora.

-Se lo advierto a usted para que esté muy sobre aviso respecto al modo de entenderse con ella. No le hable usted de esas cosas escabrosas, que estarían en su lugar si se tratase de otra niña experimentada y corrida.

Mi Pura es la gota cristalina que gotea del peñasco; la flor no herida aún por las espinas; el rayo de luz nunca eclipsado por ninguna nube...

-Sí, señora.

-Por consiguiente, Reverendo Padre, trate usted a mi hija con exquisito cuidado: hablela con tiento; ¡ay! una sola palabra indiscreta le abriría un mundo desconocido y se escandalizaría.

-Sí, señora.

-Tratándose de ella, no es preciso que despliegue usted ese ardiente celo por la gloria de Dios, que forma su especial carácter y que tanta fama le da de santo misionero... Se lo advierto, porque, acaso, sin usted mismo quererlo, sin intentarlo, sin preverlo, podría escandalizarla... ¡Es ella tan inocente! ¡tan pura! ¡tan angelical!...

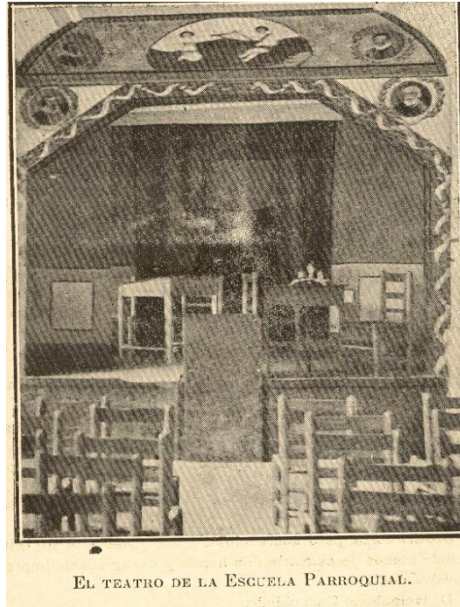
¿Comprende usted, Reverendo Padre?

-Sí, señora.

-Bueno. Pues desde ahora mismo puede usted comenzar sus lecciones. Voy a llamar a mi hija... Adiós.

-Adiós.

-Adiós.



Salón de Actos de La Escuela Parroquial y Lugar de representaciones teatrales y cinematográficas. Foto Extraída de la revista "La Escuela Parroquial".

ESCENA SEGUNDA

EL FRAILE SOLO

-Pues, señor... ¡Bueno está esto!...

-Yo soy muy docto, yo muy ilustrado, yo muy santo, pero... no me la escandalice usted... ¿Qué clase de mujer será esa niña, que se teme que un sabio y santo la escandalice?

¡A la cuenta debe ser una criatura candidísima, inocentísima, ultraterrena!... ¡Allá veremos! Entretanto, humillemos nuestro amor propio bastante maltrecho por la aristocrática y cultísima Marquesa que, después de haberme dado incienso me da con el incensario...

¡No me la escandalice usted! ¿Por quién me habrá tomado la ilustre dama?... Pero me parece que ya viene mi discípula... oigo pasos... ella es...



ESCENA TERCERA¹⁰¹

EL FRAILE Y LA DISCÍPULA

Página | 104

-Buenos días, padre.

-Venga usted con Dios, señorita. ¡Uf! ¡qué alta es usted!

-Sí, yo soy más alta que mamá. Ella quiere vestirme de largo, pero yo digo que *nones*, porque sólo tengo diecisiete¹⁰² años...

-¿Y qué estaba usted haciendo ahora? ¿rezando?

-¡Cá! Leyendo una novela...

-¿Le gustan a usted las novelas?

-Mucho. Sobre todo las francesas... ¡son tan sentimentales! ¡Me gustan tanto los diálogos de damas y galanes!... ¡Me embelesan tanto los apasionamientos del galán y los desvíos de las damas!... A veces me irrito contra ellas, porque hacen sufrir demasiado...

-Y por la noche ¿no hace usted el *cuarto de hora de meditación* de Santa Teresa?

-¡Oh!, ¡nunca! Eso es muy fastidioso... Prefiero ir al teatro con mamá... Allí me divierto mucho con las comedias, sobre todo si tienen pasajes sentimentales...

-Pero, al menos, durante el día, ¿hará usted un rato de lectura espiritual?

-No, señor, lo más frecuente es ocuparme en escribir a mi novio.

-¡Ah! ¿pero tiene usted novio?

-Sí, señor. Y la criada es quien nos trae y lleva las cartas.

-Pero ¿lo sabe mamá?

-No, ni hay para qué.

-Bien, señorita Pura; supuesto, pues, que dentro de quince días va a hacer la primera Comunción, convendría olvidar todo eso para mejor prepararse al más hermoso acto de su vida. ¿No le parece?

-Muy bien; pero pida usted a Dios que pasen pronto los quince días.

¹⁰¹ B.P., nº 47, 5 de abril de 1914, pág. 3.

¹⁰² diez y siete A



-¡...!

-Y mañana empezará usted a prepararse, ¿eh?... Pues, adiós, Padre, hasta mañana.

-Adiós.

ESCENA CUARTA

Desenlace

EL FRAILE Y LA MARQUESA

-¿Que tal, Reverendo Padre? ¿qué le ha parecido mi hijita? Un ángel, Padre, un ángel. Yo se lo tengo dicho a mi marido... No nos merecemos a Pura... Algún día nos sorprenderá con la idea de hacerse monja... ¡Como si lo viera! Porque ya ve usted, Reverendo Padre, niñas tan angelicales como ella, tan inocentes, tan piadosas, seguramente no las habrá usted visto.

¿No es verdad? Por supuesto, el mundo es para ella una región desconocida... ¿Y cómo ha dado la primera lección? Supongo que usted habrá tenido un tacto especial para tratar ese lirio de pureza... habrá puesto extremado tiento en sus palabras... nada le habrá hecho que pueda escandalizarla... ¿no es así?

-Así es, señora; ella, ella ha sido quien me ha escandalizado...





13.- Llegó a tiempo¹⁰³.

Era la víspera en que terminaba el precepto del Cumplimiento Pascual. El Sr. Dubois, alcalde¹⁰⁴ de Lillé, muellemente tendido en un sillón, se abismaba en beatífica meditación¹⁰⁵.

El alcalde de Lillé tenía buen corazón; pero no creía en Dios, ni cumplía el precepto de la confesión y comunión por Pascua. ¿Por qué su esposa había querido persuadirle a que fuese a confesarse? ¡Amigo mío, vuelve a Dios, te lo suplico -le dijo su esposa- piensa en tu alma. Si murieses así sin poder confesarte... qué desgracia! Y el señor Dubois reía beatíficamente.

* * *

La misma noche cayó como una maza en el momento que iba a descansar. Cinco minutos más tarde su cuerpo era cadáver, pero... con todos los síntomas que la muerte imprime sobre el miserable despojo humano, su cuerpo vivía, ¡vivía y oía! Lo que sucedía no era más que una catalepsia¹⁰⁶.

Y veía los preparativos de su entierro, y el Cristo de marfil que ponían entre sus manos... y que encendían las hachas benditas... y que el carpintero tomaba la medida del ataúd... ¡Oh, Dios mío! ¡si al menos pudiera pronunciar una palabra o mover un dedo! Imposible.

Y al día siguiente oyó el sonido de las campanas ¡tocaban a muerto para él... para él, que estaba vivo! y luego dos hombres colocaron su cuerpo rígido en el ataúd: y antes de cubrir su rostro con el sudario, su mujer y sus hijos se acercan a darle el último beso. ¡Piedad, Dios de misericordia, piedad para su alma! ¡Ah, si al menos se hubiera confesado su dolor sería menos atroz! ¡Qué lástima, tan bondadoso como era, y haber muerto sin confesión!

Y luego echaron el paño sobre su cuerpo, y el primer clavo comenzó el definitivo cierre del ataúd ¡Iba a morir enterrado en vida!

* * *

En aquel momento el Sr. Dubois se estremeció y lanzó un grito de dolor, abrió sus ojos, blancos de espanto, y se halló... sentado en su sillón. ¡Había tenido un sueño terrible!

¹⁰³ B.P., nº 48, 19 de abril de 1914, *Llegó a tiempo*, págs. 3-4. Repetido en B.P., nº 182, 9 de abril de 1933, págs. 8-9.

¹⁰⁴ médico de Lille **B 182**

¹⁰⁵ beatíficas meditaciones **B 182**

¹⁰⁶ catalepsia **A**



-Te he despertado amigo mío, le dijo su mujer, porque me parecía que tenías una gran pesadilla, gemías y decías palabras incoherentes sollozando. Pero ¿qué tienes?

El Sr. Dubois con los ojos bañados en lágrimas y dando un fuerte suspiro, respondió: no tengo nada; pero bendito sea Dios. Página | 107

Y con paso rápido se dirigió hacia la puerta de la casa.

-¿Pero a donde vas tan apresurado? -le gritó su mujer, sin comprender lo que hacía.

Y el marido, como presa de una gran resolución, le contestó: Voy a confesarme ¡la misericordia de Dios me llama!



14.- Como este hay muchos¹⁰⁷.

-Mira, Juan, tus condescendencias con el niño son más propias de un padre ateo que de un padre católico; y si tu eres su padre yo soy su madre y me reservo el derecho de educarlo como Dios manda.

-Yo soy tan católico como tú y como el "mismísimo" Papa; pero entiendo la religión de otro modo, como hoy la entiende la ilustración de nuestro siglo, sin apocamientos, sin fanatismos. ¡No faltaba más que mi hijo se convirtiera en un santurrón, con el rosario siempre en la mano y dándose golpes de pecho!

-No pretendo eso, y por centésima vez te lo repito; pero sábelo, prefiero que le llamen santurrón a que le llamen un mal educado, un pillo, y ese es el camino que lleva.

-Cuando llegue a ese extremo ya se tomarán otras medidas; por ahora no sé que nadie pueda decir de nuestro hijo que es un mal educado y mucho menos que es un pillo. Eres muy exagerada y deberías reconocerte.

-¿Exagerada cuando ayer me sacaron los colores a la cara y hasta me avergoncé de ser su madre? ¿Exagerada cuando apenas pasa un día que no reciba una queja de su digno profesor y una reconvención de las vecinas?

-Y ¿por qué no me lo has dicho antes?

-Porque eres tan extremado en quererle, como imprudente para castigarle; perdóname que tan claro te hable.

-Eres, hija, una purísima contradicción. Antes me tachabas de condescendiente, y te faltó muy poco para decirme que era un criminal, y ahora me llamas imprudente porque le castigo cuando y como me parece.

-¡Contradicción! es tu palabra favorita.

-Mi palabra favorita, no. Si en ella no incurrieras tantas veces la tendría más archivada.

-Es que la repites sin razón y sin venir para qué. Entre la condescendencia culpable y la imprudencia, que raya en crueldad, hay un término medio, que es en lo que consiste la virtud. Muchas cosas te comunicaría para que pusieras remedio con tu autoridad de padre, mas unas veces las desprecias porque te parecen pequeñas y travesuras propias de niños, que no merecen la pena de tomarse en cuenta, y otras, cuando realmente lo son y con sólo una

¹⁰⁷ B.P., nº 49, 3 de mayo de 1914, *Como este hay muchos*, pág. 3.



mirada, o a lo sumo una palabra, estarían corregidas, la ira te ciega y temo, con sobrada razón, que le des un golpe y me lo dejes en el sitio.

-Después de fea, doctora. He sido dos veces engañado.

-Tiempo tuviste para pensarlo. Y además ¿de qué te quejas si la elección fue tuya?

Página | 109

-Pues esa es mi pena, que ni vi lo uno ni lo otro. ¡Si volviera el tiempo sus pasos atrás!

-No sería yo la engañada.

-Y yo sería más avisado...

-¿Lo estás viendo? Todo lo tomas a broma, y con hacerme a mí rabiarte das por satisfecho.

-Si eres tú peor que yo. El otro día cuando quería sentarle bien la mano parecías una leona que le han robado sus cachorros. Estuve por darte lo que él merecía.

-¡Claro! Te has creído que yo tengo corazón de corcho, que yo no soy madre...

-Lo que me he creído es que lo tienes de mantequilla de Flandes y que se derrite de cariño.

-Bueno, te dejaré que le hagas pedazos el cinturón en el cuerpo porque inadvertidamente derrame el tintero, o te mueva la mesa, o como el otro día, le des una bofetada que esté un cuarto de hora echando sangre porque le estaba tirando de las orejas al "chucho", como si las orejas de un pachón valieran más que las orejas de mi hijo. ¿Crees que se me ha olvidado?

-¡Maria Santísima y qué trabajo haberse casado con una mujer literata! ¡Cualquiera le ata la lengua! Lo menos le sobra un palmo.

-Y la tuya debieran cogerla entre hoja y hoja las tijeras de un esquilador, grandísimo guasón. ¡Y todavía se ríe como si hubiera dicho una gracia! Mi cruz sí que es pesada en haberme casado contigo.

-¿Con qué boca dices eso? ¡Vamos! ¿Cuándo hubieses tú encontrado un mozo más guapo que yo?

-Alábate, hijo, que tu abuela se murió.

-Mírame y verás como no miento.

-Sí, rodeos para esquivar lo que no agrada oír.



-Hable V., señora doctora, hable V. y enséñeme ese modo admirable de educación que V. conoce y que yo ignoro.

-No lo ignoras, es que lo has olvidado, porque en la práctica te lo enseñó tu cristiana y santa madre, y tu padre que era un caballero.

Página | 110

-Bueno será que V. me lo recuerde.

-No, si no soy yo quien te da esa lección, es Dios quien te la da.

-Si no es muy largo, venga el sermón.

-Muy breve y lleno de sabiduría.

La joven esposa, con su sonrisa de ángel, tomó en sus manos un libro y leyó las siguientes sentencias de los libros santos:

“El caballo no acostumbrado al freno, se hace indomable, y el niño acostumbrado a sus caprichos no conoce ningún freno” (Eclesiástico 30, 8). “Halagad a vuestros hijos y no tardaréis en espantaros de él” (Eccles. 30, 9). “Doblegad su cerviz y sujetadle mientras es niño, no sea que se endurezca y os crea y os sea amargura para vuestra alma” (Eccl. 30, 12). “Castigad a vuestro hijo sin desesperar nunca de la enmienda, pero no de modo que le deseéis la muerte” (Prov. 19, 18). “Padres, no queráis provocar a ira vuestros hijos”.

-¿Qué tal te parecen?

-Muy bien, y si algo se les pudiera añadir de bondad sería el haberlas tú leído, resalada.





15.- El zapatero remendón¹⁰⁸.

No siempre los proverbios son verdades inconcusas, y a veces la excepción confirma la regla. *Nadie está contento con su suerte*, dijo el Sabio, y repetimos cuando se nos antoja los ignorantes; y lo repetimos en latín para que mejor nos entiendan. Pues bien, un zapatero remendón de cierta ciudad antiquísima, cuyo nombre no quiero escribir, desmintió con su conducta al Sabio y al proverbio.

Página | 111

Es el caso que nuestro zapatero y su mujer habitaban un sotabanco en cierto callejón de mala muerte al que caían algunas ventanas del palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros como observador y caritativo el señor Obispo su vecino; pero no fue la extremada pobreza lo que chocó al Prelado.

Levantábanse los zapateros al romper el alba, abrían la puerta de su chiribitil, y en tanto que el marido recogía y ordenaba¹⁰⁹ para el trabajo las herramientas de su oficio, la mujer barría y regaba el trozo de la calle fronterizo a su morada. Sentábanse después sobre el umbral de la puerta, y machaca que te machacarás él, y cose que te coserás ella, con tachuelas y cáñamo encerado remendaban botas y zapatos que a su dueño llevaba la zapatera presurosa, para con el producto del remiendo cubrir después los nada blancos manteles. Inútil es advertir que continuas canciones entonadas a dúo, con el monótono repiqueteo del martillo por acompañamiento, y conversaciones animadas y picantes, sazonan el trabajo del día.

Apenas el toque de oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral la hora de comer, cogían los bártulos, y, sin pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus cebollas o sardinas asadas, que con un pan moreno de a libra se repartían entre los dos amigablemente y devoraban en pocos minutos, con tanto placer como provecho. Levantados los manteles del banquete opíparo, repetíanse las canciones, la charla, el martilleo y las idas y venidas de la zapatera para el buen servicio de sus parroquianos. La cena, semejante a la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochuelo regresaba a su olivo, recogíanse nuestros zapateros en su choza, durmiendo en ella a pierna suelta el sueño de los felices.

El señor Obispo, que desde las ventanas de su palacio espiaba a sus vecinos, al ver tanta resignación unida a pobreza tanta, se compadeció del matrimonio, y llamando al zapatero le dijo:

¹⁰⁸ B.P., nº 51, 21 de junio de 1914, *El zapatero remendón*, págs. 2-3.

¹⁰⁹ ordenaza A



-Me han dicho que es usted maestro en el oficio; ¿por qué, pues, no pone zapatería de nuevo?

-Señor -respondió el zapatero- si no tenemos para comer, ¿cómo quiere Su Ilustrísima que compre los materiales necesarios?

Página | 112

-No hay que apurarse por tan poca cosa. Tome usted cien duros y empléelos en lo que tenga por conveniente.

-Pero, señor, ¿cómo he de pagar yo?...

-Ya están pagados. Con que a trabajar, continuando tan hombre de bien como hasta el presente, a ver si logra usted reunir un capitalito para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro, dio torpemente las gracias a S. I., bajó de cuatro en cuatro las escaleras de palacio y voló en busca de su mujer, la cual medio perdió el juicio al ver tanto dinero en sus manos.

Recogieron las herramientas y las botas y zapatas a medio remendar y entraron en la casa a resolver el arduo problema.

¿Qué iban a hacer con aquellos cien duros?

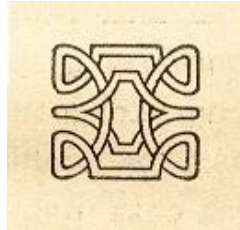
Por de pronto concluyó el trabajo, dejaron el umbral de la puerta, callaron sus gargantas y huyeron las conversaciones picantes de sus labios. Verdad es que aquel día no comieron sardinas y cebollas asadas, según inveterada costumbre; pero también es cierto que se desvelaron de tal manera pensando en que podían robarles durante la noche su tesoro, que a la postre se coló la aurora, no por las rosadas puertas del Oriente, sino por la lóbrega de la habitación zapateril, sorprendiendo al matrimonio con algunos reales más que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

Transcurrieron varios días en situación tan angustiosa y sin que ninguno de los cónyuges se atreviese a tomar una resolución definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta y obtenido el beneplácito de su mujer, tomó el dinero y se lo devolvió al Sr. Obispo diciéndole:

-Señor: cuando éramos más pobres que las ratas, sobraba en mi casa tranquilidad, alegría y buen humor. Desde que S. I. nos dio estos dos mil reales, no hemos vuelto a ver hora buena. Con que aquí los tiene S. I. y Dios premie en la gloria su caridad.



Suspense el Sr. Obispo, tomó el dinero instintivamente, y por primera vez en su vida dudó de la exactitud del proverbio salomónico arriba dicho: *Nadie está contento con su suerte.*





16.- Buscando oficio¹¹⁰.

-¡Ay, qué Dios! ¡Éste es Mamerto! ¿Ande vas, Mamerto? ¿Cuándo has venido Mamerto?

-Pues ayer himos llegao de Fuendetodos.

-¡Ay, qué moña! Bien, hombre, bien. ¿Y qué te traes tú por Madrí?

-Pues, a ver qué hago con este modrego.

-¿Éste es tu pequeño?

-Éste es el pequeño, que no le gusta nengún oficio y lo traigo a Madrí a ver qué moña de oficio quíe aprendé.

-¿Y cómo te llamas tú, pequeño?

-Celipe, pa servir a usté.

-Bien, hombre, bien. ¿Y qué es lo que quies tú ser?

-Responde, laminero, y no comas más cacagüetes, que no haces más que eso.

-Amos, dí, ¿qué es lo que tú quies ser?

-¿Yo? ¡Huéspedes!

-No, no va descaminao, porque como allí en el pueblo tenemos huéspedes a cada momento y el chico ve que les damos bien de comer y de beber y no hacemos más que agasajarlos, él calcula que ese debe ser buen oficio.

-Sí, señor, yo quió ser “huésped”.

-Amos, amos, no nos afeites más y échate a mirar a derecha y a izquierda; el oficio que te guste, ese tendrás.

-Mía que zapatería más maja. ¿No te gustaría ser zapatero?

-No, señor.

¹¹⁰ B.P., nº 52, 5 de julio de 1914, *Buscando oficio*, pág. 3.



-Mía que cerrajería más elegante; mía que un cerrajero en Madrí, ande hay tantos ladrones, gana muchos dineros; que aquí hacen falta muchas veces.

-No quio hacer llaves.

-Amos a andar un poquico más pa que veas la sastrería de Isern; ya verás qué grande y qué hermosa. ¿Quiés que te pongamos a aprender de sastre?

-¡Pa cortarme con las tijeras! No, señor; no.

-Amos a enseñarle un café. ¿Quiés ser mozo de café?

-Lo que quió yo es tomarlo sin pagarlo.

-¡Mostrenco, más que mostrenco! Eso es lo que a ti te gusta; ¡ya te daré yo pa café!

-No te enfades, Marmeto; deja al chico que escoja a su gusto. Amos, ven aquí, ésa es una cestería, y aprender a hacer cestas no es denguna cosa que te canse.

-¿Qué no? Pues si hago una tendré que hacer ciento. Mi padre lo íce, que el que hace un cesto, hace ciento; ¿no es verdad, padre?

-Te digo que este chico me va a quitar la vida con sus tonterías. Mía ahí tiés una confitería; tú, que eres tan lambroto, estarás a gusto.

-¿Y si me hacen mal y me muero de un dolor de tripas?

-¿Pues qué moña quiés ser?

El chico, señalando a los coches que pasan:

-¿Ve usted ese coche tan bajo? ¿Ve usted el coche de correos? ¿Ve usted los omnibuses? ¿Ve usted el coche grande aquel con seis caballos que viene tocando una trompeta? ¿Ve usted ese cochecico que íce "Se alquila"? ¡Pues eso!

-¡Vamos hombre, ya lo himos averiguao! ¡Lo que tu quiés ser es cochero!

-¿Y cuáles son los cocheros?

-¡Pues los que van en los pescantes!

-Bueno; ¡pues yo quió ser de los que van dentro!



17.- Igual a doce capuchinos¹¹¹.

Página | 116

-¡Hasta otro día, señor cura!

-¡Hasta otro día, mi Señora; sobre todo, me traerá usted al Coronel; hay que convertirlo!

-¡Oh! eso no es tan fácil. Acompañarme a la Misa, eso sí; pero confesarse y cumplir con¹¹² la iglesia, es otra cosa!

-¡No crea! ¡lo que la mujer se propone!...

-Así será, señor Cura; pero no con los hombres. Toda mi elocuencia caería en el agua. Serían necesarios doce capuchinos para un coronel.

* * *

En la hermosa quinta de la Señora Kermadec, Mariquita, su única hija, un ángel del cielo, no cesa de entregarse a cuanta obra¹¹³ de piedad y de caridad se le presenta.

Es que dentro de doce días, lucirá para ella el más hermoso de la vida: será convertido su pecho en sagrario de Jesús.

Felizmente que la señora envidia no penetra en los cielos. Mariquita acaba de destronar a la Virgen María que ocupaba el lugar culminante de un altarito, para colocar una pequeñita custodia que le recordará cien veces al día a Jesús, objeto de su amor y de sus piadosos ensueños, y se pone a cantarle:

Voime a morir
Si tarda sólo una hora
El bien por que me agito;
Enferma estoy de amores, me devora
La sed de lo infinito.

Del cáliz de marfil de la azucena

¹¹¹ B.P., nº 53, 19 de julio de 1914, *Igual a doce capuchinos*, pág. 3. Aparece repetido en el B.P., nº 163, 26 de abril de 1931, págs. 2-3.

¹¹² com B 163

¹¹³ cuantas obras B 163



Le he de labrar un lecho,
Y en él le he de adorar, ya toda llena
De dulce amor el pecho.

Pronto resuenan en la escalera pasos que se dirían de pies de plomo; ya no se oye la voz de Mariquita, cubierta por la del coronel que da sus órdenes al asistente. Ordinariamente habla recio, pero un fuerte catarro le ha enronquecido la voz, que parece un trueno. Abre bruscamente la puerta del cuarto de su hija y sin ningún preámbulo se arrellana en un sillón y despliega su diario.

Página | 117

A los cantos ha sucedido la oración; las cuentas del Rosario, al son¹¹⁴ del Ave-María, se deslizan por entre los dedos de la niña. Terminada la decena, Mariquita se levantó y dirigiéndose a su padre con aire de triunfo, le dijo:

-¡Y qué, papaíto! ¿No notas el cambio que he hecho en mí?

-¡Cómo no, amor mío! Ahí están lindas flores que has puesto; ¡jamas tanto a la Virgen!

-¿Y nada más? ¿No has visto bien?

-También noto el lindo encaje trabajado por ti, ¡es maravilloso, hijita mía!

-¡Pero no distingues lo principal! -Mariquita se coloca delante de su padre, arqueando los brazos, y con las manos en la cintura-. ¡No ves la linda custodia que he puesto¹¹⁵ en lugar de la Virgen Santísima!

-¿Cómo la llamas, linda mía?

-Cus-to-dia -dice la niña, articulando cada sílaba. Ciertamente que no es igual a la del Sr. Cura; tampoco está Jesús presente; la hostia de la mía es sólo de papel.

-¡Ah! ¿Y de qué es la del señor cura?

-¡Cómo es posible -exclama Mariquita escandalizada- que tú, un coronel, no sepas que la Hostia que está en el altar es el mismo y verdadero cuerpo de Jesús!... Escúchame, voy a explicártelo.

Y diciendo esto, salta sobre las rodillas de su padre (felizmente alto y robusto para sostener su peso), y acomodada allí como un predicador en el púlpito, le dice con toda la sencillez¹¹⁶ de la infancia verdades sublimes.

¹¹⁴ són A

¹¹⁵ pesto B 163

¹¹⁶ toda sencillez B 163



-Ya sabes, papaíto, que Dios es Omnipotente.

-Sí, hija mía, y si no, el mundo sería inexplicable.

-Bueno, Omnipotente quiere, pues, decir, que hace cuanto quiere.

-Estoy muy cierto, amor mío.

-También sabes, corazón mío, que Jesús, que vivió 33 años en la tierra, era Dios.

-Lo creo sin ninguna duda; nuestro gran Napoleón dijo en una ocasión:

“Bertrand, si tú no sabes que Jesucristo es Dios, he errado totalmente haciéndote general.”

-Cierto; el señor Cura nos refirió esta hermosísima frase en una de las instrucciones. Y Jesús que no podía ni quería engañarnos, dijo que cada vez que un sacerdote pronunciase las palabras de la consagración sobre la Hostia, desaparecía completamente la sustancia de ella, es decir, no había ya pan, sino su verdadero cuerpo. Así, ya ves, papá querido, que lo que tú recibes cuando *comulgas* (dijo maliciosamente) y *cuando vas a cumplir con el precepto pascual*¹¹⁷, es el mismo Dios a quien recibes.

-Es verdad, hija de mi alma, Napoleón también comulgaba; sabemos que mientras estaba en su destierro, tenía a su lado a un sacerdote que le daba la comunión.

-¿Quieres que te lea los actos con que yo me preparo para mi primera comunión? ¡Son lindos!

Por la noche mientras dormía Mariquita el sueño de la inocencia, con los labios entre abiertos como para dar con un beso las buenas noches a su amado Jesús, el coronel no dormía; un mundo entero de recuerdos pasaba y repasaba por su mente y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

Y al fin se decidió...

Ahora Mariquita os prueba que de una manera encantadora hizo el oficio de doce capuchinos, y que su querido papá comulgó a su lado el día de su primera Comunión.

¹¹⁷ esta segunda parte de la oración: *y cuando vas a cumplir con el precepto pascual*, no aparece en cursiva en la reimpresión **B 163**



18.- El abrigo de pieles¹¹⁸.

La venda que cubría los ojos de Juan, y que había empezado a aflojarse a los ocho días de casado, a los tres meses cayó del todo. ¿Querrá ello decir que ya no quería a Adela? No; lo que significa es... Pero oigamos lo que él dice para darnos cuenta, no de la tempestad que le envolviera, pero sí de la agitación que le traía desazonado.

Página | 119

-Adela es buena, pero su carácter autoritario y altanero necesita freno. Hoy me ama aún; mañana, ¡quién sabe! pues las mujeres quieren maridos de verdad, no monigotes. Cediendo continuamente a sus caprichos, corro el peligro de aumentarlos, con grave perjuicio de su carácter y de mi bolsa. Para combatir su desmesurado afán de lujo, y de diversiones, y de visitas, tendré que luchar: bueno, lucharé con arte y engaño a fin de que el condescendiente esposo de ayer no se trueque de repente a sus ojos en un tirano.

No habían transcurrido quince minutos desde este monólogo, cuando Adela, radiante de belleza y tocada con ese descuido que también sienta a las mujeres hermosas, penetraba en el cuarto de estudio de Juan, diciendo:

-¿A que no aciertas lo que pienso hacer esta tarde?

-¿Qué piensas hacer?

-Pues cité a las de Peralvillo para ir juntas a Palermo, y al regreso dar unas cuantas vueltas por la calle de la Florida.

-Tu plan es hermoso, como tuyo, pero irrealizable, pues precisamente ayer dije a mamá que iríamos a pasar la tarde con ella.

-Iremos mañana, porque lo que es hoy...

-No, hija mía, iremos hoy. Entre las de Peralvilla y mi madre, es primero mi madre.

-Mis amiguitas están avisadas, el coche irá a por ellas.

-Mamá también está avisada.

-¡Ah, no! Mi palabra es palabra. Ve tú a ver a mamá, y yo al regreso de Palermo iré a buscarte.

¹¹⁸ B.P., nº 54, 2 de agosto de 1914, *El abrigo de pieles*, pág. 3.



-Bueno; si persistes en anteponer tus amigas a mi madre, nada tengo que objetarte; obra como te plazca.

Aproximándose la hora del teatro exclamó ella mirando el reloj del comedor: -¡Las nueve y media!-. Y levantándose con gracioso movimiento añadió:

-Voy a vestirme.

-¿Para qué?

-¡Toma! Para ir a la Ópera.

-¿Piensas ir sola?

-¡Cómo! ¿No me acompañas?

-No, hija, tengo mucho dolor de cabeza, y opto por irme a la cama.

-Pero los de Gómez nos esperan...

-No, no nos esperan, y aunque así fuera, no es grave contrariedad esperar a unos amigos en el palco de éstos.

Y sin aguardar nueva réplica, temeroso de más graves consecuencias, Juan se levantó dirigiéndose a su cuarto. Aquella noche no se fue al teatro.

Así, poco a poco, fue el esposo contrariando los caprichos de Adela, notándose en el hogar un estado de melancolía y tristeza, que no se escapaba a la penetración de Juan y que intentó de quitar en la primera ocasión propicia, que no se hizo esperar.

-Buenos días.

-¿De dónde vienes tan temprano? Porque por tu doncella supe que habías salido.

-¿Alguien preguntó por mí?

-Sí, te trajeron un abrigo de pieles.

-¡Ya era hora! -dijo Adela con la faz radiante de alegría.

-Voy a verlo a la tienda.

-¿Cómo a la tienda?

-Sí, a la tienda, porque como no lo quise recibir, volvieron a llevárselo.

-¡Juan!



-Siéntate y escucha. Aún no llevamos un año de matrimonio, y, a pesar de haber entrado en esta casa, que es tuya, ricamente aderezada, vas adquiriendo cosas superfluas.

-El abrigo lo necesito, no quiero ser menos que las de Soujo, que lo llevan igual; igual no, porque el mío es más rico.

Página | 121

-Cálmate y atiéndeme bien. Este desenfrenado *sport* de lujo, a que ciertas mujeres se dedican, no sólo arruina la bolsa, sino que afloja los delicados sentimientos del alma. Santo y bueno es que vayas bien vestida...

-Pero...

-Pero no con abrigos de ochocientos pesos, sólo porque la fulana lleva otro de setecientos. Ni yo tengo fortuna para tanto, ni aún teniéndola toleraría tal derroche. De todas las hermosuras, la más simpática es la hermosura modesta.

-Lo que noto -exclamó Adela, mientras dos lágrimas resbalan por sus mejillas-, es que de cierto tiempo a esta parte te complaces en contrariarme.

-¿Sin razón?

-A veces sin razón.

-No, Adela mía, siempre con razón, aunque así no la creas.

-¡Ya no me quieres!...

-Como el día que te llevé al altar; más aún, pues ahora me he convertido de que eres una gran mujer, y aún serás más grande si dejas de ser voluntariosa; Dios y la sociedad quieren que sea el marido el jefe del hogar, ya que sobre él pesan sus responsabilidades; a vosotras os toca obedecer la voluntad marital cuando, como la mía, advierte que pueden comprometerlo irreflexiones femeniles. No llores, Adela mía, te quiero, te quiero mucho, y por esto mismo deseo que tu voluntad sea la mía, como la mía tuya.

-¡Pero qué papel ridículo me haces representar devolviendo el abrigo!

-El papel ridículo de la mujer recae siempre sobre el marido, y yo soy demasiado noble y serio para vestirme el traje del ridículo. Aun cuando no me venía bien, en tu cuarto encontrarás el abrigo de pieles.

-Gracias, Juan. ¡Cuán bueno eres!

-No hablemos del asunto. De hoy más...

-No continúes. De hoy más iré contigo a todas partes, y tú serás mi único confidente y asesor.



¿Hay hoy muchas Adelas en el mundo?





19.- Los libros que matan¹¹⁹.

I

Por tercera vez había preguntado Guillermo Vain, si Frida, su querida hija, había vuelto a casa, y por tercera vez, el ayuda de cámara le había dicho que no. Página | 123

Nerviosamente separó las cuartillas sobre las cuales iba estampando penosamente sus ideas, opacas como la oscura¹²⁰ luz que se filtraba por los ricos cortinones de seda oriental.

Dieron las seis, y su hija, que a las cuatro y media solía llegar a casa, no había llegado aún. Floy, la célebre aya inglesa, la acompañaba, pero negros presentimientos, sin poder precisar su causa, oprimían el espíritu de Vain, el célebre escritor.

II

Frida tenía dieciocho años. Rica, bella, huérfana desde muy niña, era el encanto de su padre y el tiranuelo de aquella casa; pero el tiranuelo alegre, encantador, ¡hasta bondadoso! cuya voluntad y cuyos caprichos eran ley para todos.

Todo le sonreía y ella también sonreía a todo y a todos.

Frida era en especial el sol que iluminaba el cielo de su padre, y cuando cansado de su labor buscaba reposo, ella le regocijaba con su alegría y sus encantos.

Aquella mañana, sin embargo, no se le había oído a Frida ni reír, ni cantar.

III

Enfrente de la ventana, en un fresco¹²¹ vergel, ostentaban las flores preferidas por Frida, su hermosura, despidiéndose a su modo del día, cuya luz iba huyendo como a pesar suyo.

En ese mismo jardín. Vain había recibido por la mañana el último abrazo de su hija. Un temblor nervioso estremeció su cuerpo al recordarlo.

¹¹⁹ B.P., nº 55, 16 de agosto de 1914, *Los libros que matan*, pág. 3. B.P., nº 178, 27 de noviembre de 1932, págs. 2-3.

¹²⁰ *obscura* **A**

¹²¹ frondoso **B 178**



Descubrió las cortinas como para contemplar mejor los últimos rayos del sol poniente y empezó, melancólico y pensativo, a pasearse por el rico despacho.

Un campanillazo le sacó de sus meditaciones y murmuró alegre: ¡será Frida! Y conteniéndose, esperó unos momentos, no sabiendo si mostrarse enojado con ella, para evitar tan extraña tardanza.

Voces apagadas y pasos precipitados por los pasillos de la casa, le hicieron correr a la puerta. A ella llegaba en aquel momento, pálida y convulsa, Floy, la fiel aya inglesa.

-¿Frida? -preguntó el angustiado padre.

La anciana miss levantó las manos al cielo en un transporte de desesperación, y no contestó.

IV

Sobre el blanco lecho se destacaba el cuerpo rígido de la joven. Su rostro de nieve parecía envuelto en su dorada cabellera como en una dulce aureola. Sus labios estaban amarrotados como las violetas que florecen en los últimos días de invierno. En su pecho, el vestido rasgado mostraba un agujero por donde con su sangre se había escapado su vida.

Guillermo Vain, loco de dolor se abrazaba al frío cadáver, mientras a la interrogación que dirigían sus ojos muy niña, contestaba un médico:

-¡Se ha suicidado!

Miss Floy lo contó sollozando. Por la mañana había notado la excitación de Frida. Por la tarde quiso salir al campo. "La primavera es tan dulce, decía, con sus flores y sus brisas suaves...". Se sentaron junto al lago, debajo de unos sauces llorones y cuyas ramas cortaba distraída. Hízole notar que era hora de partir y que el camino era largo, y contestó con tristeza infinita: ¡Partir ya!... ¡Largo el camino!... A mí me parece muy corto. Y después añadió: ¡Qué rincón tan tranquilo es este!... ¡dulce debe ser morir aquí...!

Y como Floy la mirara sorprendida y espantada, sonrió con una sonrisa indefinible, y sacando rápidamente del bolsillo una cosa que la miss no pudo distinguir, sonó un disparo y su cuerpo, como flor tronchada por un vendaval, rodó sobre el césped... ¡Estaba muerta!

V



Vain no quiso abandonar a su hija en aquella noche interminable, y mientras buscaba una explicación del trágico suceso, tropezó sobre el escritorio de la niña con un libro abierto. Leyó y sus pensamientos le parecieron familiares.

Era “su libro”, el que le había valido más renombre. Frida, a escondidas, había recorrido sus páginas, aquellas páginas demoledoras, inmundas, y sorprendida por su padre, en tono severo, para ella desconocido, se lo había arrebatado diciéndole: “Te prohíbo leer este libro”. Pero Frida no había aprendido a obedecer, y excitada más su curiosidad, había devorado aquella narración envenenada.

De entre las hojas del libro se deslizó un papel escrito con letra firme y elegante, la letra de Frida, y el padre leyó ansioso su contenido:

-“Tengo dieciocho años, las puertas de la vida se abren de par en par a mis aspiraciones; sin embargo, quiero morir.

Quizás pregunte V. por qué, padre querido. Porque estoy cansada ya, he vivido bastante, no creo en nada.

Un libro soberbiamente escrito, el de V., padre mío, me ha enseñado que Dios no existe. Para qué luchar y combatir. No quiero envejecer, porque eso es horrible; ni sufrir, porque es cruel. Me voy. Por usted he sabido que la muerte lleva a la nada...

Su libro es grande, es bello, pero es triste. Que no lo lean otras Fridas. Unos dicen : ¡hasta luego! yo le digo ¡adiós para siempre!”.

VI

El jefe de la policía vio llegar a su despacho a Guillermo Vain.

-Señor, le dijo, he escrito un libro... lo ha leído mi hija y se ha suicidado. ¡Yo soy el asesino de mi hija! Me entrego a la justicia.

El magistrado lo miró entre sorprendido y compasivo, y creyéndole loco le contestó:

-¡El código no tiene castigo para esa clase de delitos!

Falto de fe, desahuciado por la justicia humana, Guillermo Vain, el escritor que a tantos volvió locos, o lo que es aún peor, terminó efectivamente sus días en un manicomio.

Su locura era tranquila, pero incurable. A todos los que encontraba, deciales con aire de misterio:



-¿Ha leído V. mi libro? Es un libro hermoso, pero triste. No lo deje V. leer a sus hijos. Mi querida hija Frida lo leyó y se suicidó, no tenía aún veinte años.

Y Dios Nuestro Señor hizo que aquel hombre que estando cuerdo tantas mentiras había escrito, estando loco proclamase esta verdad tan grande: *¡Existen libros asesinos, libros criminales! ¡Ay de aquellos que los propagan! ¡Ay de aquellos que los leen!*





20.- No le gustaba la moda protestante¹²².

-¡Esto es escandaloso, inaudito!... ¡Esto clama al cielo!...

Página | 127

La voz de Margarita era la que así gritaba por el pasillo. Y al oírla, papá se levantó de la mesa de su despacho disponiéndose a salir. Más la voz de Margarita entraba ya, invadiendo la severa tranquilidad de aquel monumental cuarto de trabajo de pequeño hombre público de provincia.

-¡Inaudito, infame, escandaloso!...

-Pero ¿qué es ello, hija mía, qué es ello?... ¿Adónde vas? -añadió al verla en traje de calle.

-No voy -respondió ella- vengo ya de misa.

Margarita dejó su rosario y sus devocionarios sobre una silla, se quitó el velo, y alzando hacia papá su lindo rostro de mujer, más bien de niña, tornó a exclamar:

-¡Esto es escandaloso!... ¡Esto es hacerle burla a Dios!... ¿Quién dirá que hoy es domingo?

El padre comprendió al fin.

-¡Ah! ¿Y por eso estás así?

-¡Cómo!... ¿Te extrañas de verme airada ante un domingo, ante tantos domingos profanados?... Salgo a la calle, y lo primero que me encuentro es con la herrería de aquí cerca abierta... Menos mal que no sonaba el yunque... Luego, en una carpintería abierta a media puerta, un hombre y un aprendiz estaban trabajando... Sigo mi camino... Dos carros, de tres mulas cada uno, cargados hasta arriba, me cortan el paso... Sigo andando... Una platería abierta también, con sus escaparates llenos de rosarios, y medallas, y pilas de agua bendita... Luego, de una casa estaban sacando muebles, de otra salían unas cuantas aprendizas con cajas de sombreros... Un taller de planchado en¹²³ plena furia de trabajo... Y a todo esto, los vendedores ambulantes de quincalla, los de fósforos, en las esquinas, los de mil cosas, por todas partes...

-Ten en cuenta, hija mía...

¹²² B.P., nº 58, 4 de octubre de 1914, *No le gustaba la moda protestante*, págs. 2-3.

¹²³ es A



-¡Si aún falta lo mejor, lo más bonito!... ¡Si aún tengo que decirte que se ve humo de fábricas manchando el cielo y que... (y esto lo sabrás mejor que yo, pues eres concejal...) los empleados del ayuntamiento estaban trabajando en el empedrado de una calle!

-Correría eso prisa.

-¿Mucha, mucha?... ¿Tanta que fuera preciso profanar el día del Señor?...

-Pero, hija...

-Pero, papá, ¡si tú y los tuyos, que sois mayoría, y teniendo en vuestro favor las leyes, no sabéis hacer más en el concejo!...

Y ante la cara de humilde confusión que puso el pequeño hombre público –papá, ante los rectos principios de su hija, se encogía siempre-, Margarita calló de pronto. ¿Habría mostrando demasiada indignación?

-En principio, hija mía, pienso como tú piensas... pero no te me enfades.

* * *

¡Qué se había de enfadar ella con él, pobre rico, egoísta burgués forrado de hombre de acción, pero de una acción vana y ridícula, ente sin seso que al fin era su padre! Ella empeñada en no ver de él más que el lado bueno, el lado del padre a quien los hijos deben respetar y querer, él continuamente, insistentemente, mostrando su lado risible, faceta falsa de su cerebro, vulgaridad de su alma que era tan grande...

-Hija mía, hay que cerrar los ojos, hay que conformarse: esa es la vida.

¡Con qué dosis de ironía hubiera podido ella responder a ese necio lugar común! Mas se contentó con decir:

-Si Jesucristo se hubiera conformado con la vida, ¡bien estaríamos!

-Hasta luego, papá.

-Adiós, hija. Pero conste que aquí en esta casa no somos como los otros: aquí sabemos guardar las fiestas.

Margarita se detuvo en medio del despacho, sus ojos brillaron con una luz extraña, su frente, siempre tan tersa, se contrajo. ¿Preludios de tempestad?...



Tal vez.

Y los muebles del monumental despacho parecían temblar, el rojo de la tapicería palidecía de emoción, las risueñas acuarelas de las paredes enturbiaban sus paisajes ante el viento loco que creían oír ya; los libros, en lo alto de sus estantes, se apretaban con nueva fuerza unos a otros, encogidos de espanto...

Y sin embargo, no fue la mujer, no fue la niña vivaracha y nerviosa la que habló, fue la cristiana.

-¿Estás seguro de que aquí se guardan bien las fiestas? ¿Podemos decir un día: Señor, ni yo he profanado el domingo, ni los que me rodean lo han profanado por mi culpa?... ¡Ay! muy buenos, muy devotos, muy alegres hacia la iglesia en el día del descanso, sin fijarnos en que muchos hermanos nuestros, por servirnos a nosotros, no pueden seguir ese camino que lleva a Dios.

-Mujer, yo no sé... -murmuró él.

-¿No sabes?... Pregúntalo a la mujer que nos trae el pan por la mañana, y a los que lo hacen durante la noche, pregúntalo a la lechera, y al cartero, y al que trae los periódicos... y a veces a la planchadora, y al aprendiz del zapatero, y a la oficiala de la modista, y a tu sastre... y a tus escribientes, que los tienes aquí sujetos muchos días de fiesta por la tarde... ¿Es que sólo los ricos pueden descansar? ¿Es que santificar el día del Señor no obliga a todos?

-Sin duda quieres tú que descansemos a la moda protestante? -preguntó él, muy ufano por haber dado con tan fiero argumento.

Margarita se fue sin contestar nada. ¿Para qué?

* * *

Una hora después, la joven vuelve a entrar en el despacho.

-Papá, ahí fuera está el peluquero... Oye -añade tímidamente-, ¿quieres que le diga que no lo necesitas hoy?

-¿Por qué? -pregunta él sin acordarse ya de lo que antes hablaron.

-¡Pobre mozo! Demasiado tendrá que trabajar hoy a pesar de ser domingo... ¿Quieres que le diga que tiene libre esta media hora?... Se lo diré yo como cosa mía... Tal vez no haya podido ir a misa... Que no trabaje hoy por tu culpa... ¡Te lo agradecería él tanto... y yo también, y Dios!...



-Pero, hija...

-Además, ¿no vino anteayer? Anda, ¿le digo que se vaya?

Papá -el buen señor, que es concejal y que a veces ha cantado *redenciones obreras*-
duda un poco, un poco sólo.

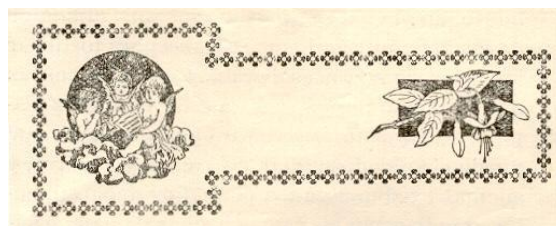
Luego exclama con bello gesto trágico:

-¡Qué sería del mundo si imperasen en él tus teorías!... Déjame en paz, hija, déjame en paz con tus elucubraciones reformistas... Acabarías por volverme tonto.

-¡Entonces le digo que pase a tu cuarto!...

-Sí. Voy allá al momento.

-Tienes razón -dice ella tristemente-; ¡me había olvidado de que en el día del Señor no te gusta la moda protestante!





21.- ¿Quién piensa en eso?¹²⁴

Quando la vida es fácil, más que fácil, alegre, y se desliza por caminos de flores, y se ve orlada de horizontes brillantes, y se siente empujada por días de placer y medidas por jornadas de calma, que son placer también... Cuando la vida es suave y dulce y fuerte y venturosa... ¿quién piensa en eso?...

Página | 131

Y así era la vida del gentil mozo Adolfo y tal la frase favorita suya:

-¿Quién piensa en eso?...

Y *eso* era la muerte.

* * *

A veces, volando vertiginosamente en su automóvil, era asaltado por la idea fatal. -¡Si me estrellase!...

Mas al punto, la frase escéptica, barría todo miedo.

-¿Quién piensa en eso?...

Otras veces, en partidas peligrosas de caza, al borde de barrancos sin fondos, le ofrecía la misma fatídica cuestión.

-¡Bah!... ¿Quién piensa en eso?...

Y cuando, a medianoche, allá de madrugada, regresaba a su casa y un ligero cansancio o el penetrante frío querían invadirle el pecho y el espíritu, él les cortaba el paso con las breves palabras de desaire¹²⁵:

-¿Quién piensa en eso?...

Y hasta si los periódicos le hablaban de catástrofes o sabía que tal o cual amigo había muerto o si en la calle se tropezaba con un entierro, siempre, siempre tenía a punto para su tranquilidad la misma frase:

-¿Quién piensa en eso?...

¹²⁴ B.P., nº 61, 15 de noviembre de 1914, *¿Quién piensa en eso?*, págs. 2-3.

¹²⁵ *desgaire A*



Era joven, era rico, era feliz, con extender la mano para dar con la copa que buscaba... ¿A qué pensar en la muerte? ¿a qué amargar la vida con la idea de su final cruel, certero, inevitable... pero que todavía estaba lejos?...

Mas los años resbalaban ligeros, con sus primaveras que se deshacían como las rosas, con sus otoños lúgubres, con sus días que tenían ocaso, con sus noches imagen de otra noche más larga...

-¿Quién piensa en eso?...

* * *

Serían como las tres de la mañana cuando el repiqueteo acelerado de un timbre —el timbre de Adolfo- puso en conmoción toda la casa.

Pasos, corridas, exclamaciones, preguntas, el desorden de lo repentino y de lo imprevisto.

-¡Es Adolfo!... ¡Adolfo llama!...

Y su madre, su abuela, sus hermanas, su tía, asustadas y a medio vestir, se lanzaron hacia el cuarto de donde partía la nerviosa llamada.

Medio incorporado en el lecho, tembloroso y pálido de espanto, esforzándose por detener la sangre que a borbotones le subía del pecho a los labios, miró Adolfo con ojos ansiosos a los que venían en su ayuda. Y en aquella mirada leyeron todas:

-Esto pasará... No es nada... No os alarméis... Pero llamad al médico para que detenga esta traidora y bárbara hemorragia... No os asustéis... ¿Veis? Ya va cediendo...

Efectivamente, el vómito de sangre, cuando salió cuanto quiso, cesó. Y Adolfo quedó inmóvil, inerte, en actitud supina, los ojos dilatados en trágico acecho, el rostro contraído en una mueca que quería ser sonriente como para tranquilizar a su madre y a su abuela y a sus hermanas y a su tía, como si les dijera sin palabras:

-Ya pasó todo... No ha sido nada...

Mas el médico no opina así.

* * *

Adolfo se muere. Lo ven todos, todos menos él.



Día tras día, desde la fatal madrugada, el mal ha ido avanzando desconcertante y artero, seguro de su victoria sobre la ciencia del médico, sobre el afán y el amor de la madre y de las otras mujeres, sobre la voluntad férrea del enfermo que a todo trance quiere curar.

-¿Qué ha dicho el médico?... Que estoy mejor ¿verdad?... Que no hay ya peligro ¿no es eso?... Vamos contéstame, dí...

Los primeros días aún le daban esperanzas; ahora ¡a qué dársela ya! ¡a qué engañarle!... Por eso callan, por eso no le contestan, por eso lo miran con miradas largas y dolorosas, mojas de lágrimas.

Adolfo, con intuición certera, comprende lo que quieren decir aquellos ojos inclinados compasivamente sobre él... Pero se revela contra lo que le dicen, se revuelve contra la idea fría y negra...

-¿Quién piensa en eso?...

No, él no quiere morir, no quiere trasponer el umbral temeroso en plena juventud, no quiere irse, cuando todavía quedan por segar tantas rosas, y tantos caminos de alegría por recorrer, y tantas horas de luz por gozar... ¡Marchar él y quedarse aquí sus amigos fuertes para la vida y el placer! ¡marcharse y dejar aquí cuanto ama!... y hasta así mismo...

-Pero... ¿quién piensa en eso?...

-¿Decías algo? -le pregunta una de sus hermanas, que vela junto a él.

-No... no decía nada... Digo, sí, que me parece que estoy mejor...

-¿Lo crees?

-Estoy seguro de ello.

La joven, ante aquella ceguedad, se decide al fin.

-Para que sea así, para que la Virgen Santísima te proteja, comulgaré mañana... ¿No quisieras tú confesarte y comulgar también con la misma intención?...

Adolfo mira a su hermana, desencajado y mudo, y ésta le contempla temerosa a través de su velo de lágrimas.

-¡No! -murmura él.

-¿El qué... no? -interroga ella.

-Que ahora no... Cuando esté bueno...



-¿Y si te mueres? -exclama ella, valiente, saltando ya por sobre toda falsa compasión.

Y él, tratando de recobrar sus bríos, fingiendo serenidad en las palabras, se acoge a su frase.

Página | 134

-¿Quién piensa en eso?... ¡Vamos!... no te acongojes, Carmen... Déjame descansar...

* * *

Cuando el sacerdote, llamado a toda prisa entraba en el cuarto del enfermo, los últimos estertores de la vida se extinguían en un tenue y fúnebre silbido... La Muerte estaba allí...

Y aún preso entre sus brazos descarnados, llevado en ellos hacia la eternidad, Adolfo, con la mueca de su boca torcida, por la que se escapaba una espuma rosácea, parecía decir:

-¿Quién piensa en eso?...





22.- El diablo vestido de máscara¹²⁶.



Dibujo realizado por Alejandro Tinoco para la publicación del cuento

El Diablo vestido de Máscara.

¹²⁶ B.P., nº 66, 7 de febrero de 1915, *El diablo vestido de máscara*, pág. 3. Se completa en el B.P., nº 67, 21 de febrero de 1915, pág. 3. Aparece repetido en el B.P., nº 149, 16 de febrero de 1930, pág. 3. También forma parte de la obra de Ezequiel Fernández Santana, *Narraciones Apologéticas*, págs. 84-90 (C).



Pues, señor, que al diablo se le ocurrió una idea, como todas las suyas, diabólica; quiso vestirse de máscara en los días de carnaval.

Pero lo que él creyó cosa tan fácil, cuando llegó el momento de ponerlo en práctica vióse con que¹²⁷ tenía tantas dificultades, que a punto estuvo de dar al traste con el proyecto, sino hubiera sido tan vehemente el deseo de Satanás de asistir a un carnaval en propia persona.

La primera dificultad fue la del disfraz. ¿Cómo se disfrazaría?

Vestirse de oso con varias pieles de carnero, le parecía¹²⁸ demasiado vulgar, a parte de que no había de abandonar él su corte del infierno, para venir al mundo a hacer el oso.

Pensó después en ese disfraz tan bonito que consiste en vestirse como quiera, siempre que sea de mamarracho, e ir tirando de un arado en compañía de otro, pero aquello le parecía demasiado bruto, y además que no se encontraba él con fuerzas bastantes para tirar tanto.

Otras varias ideas le vinieron y todas las desechó, unas por sosas y otras por ridículas.

Casi estuvo tentado de ir a darse una vueltecita por París, para ver los últimos modelos, pero desechó la idea. Ya sabía él de más que los últimos, los últimos los que ha impuesto el modisto de la guerra es el traje de penitencia, de dolor y sacrificio, teniendo por todo adorno alguna sencilla cruz, y los penúltimos¹²⁹ los de las faldas estrechísimas e indecentísimas, y las mangas y escotes de gasa tan clara como desvergonzada se los había él inspirado a un su amigo íntimo modisto de París, y a la verdad, que él no estaba dispuesto a vestirse así, primero, porque todos le conocerían, y segundo, porque no estaba él dispuesto a coger¹³⁰ un catarro, pues conocía que tenía muy fina la epidermis.

Entonces, ante el temor de que desechara la idea, su malicia le sugirió otra, vestirse como quiera, en tapándose la cara, lo demás poco importa, y lo aceptó y mandó que le¹³¹ prepararan un sencillo dominó.

La segunda dificultad surgió al establecer el plan, la manera de invertir el tiempo durante aquellos tres días.

¹²⁷ vió que **B 149 y C**

¹²⁸ le pareció **C**

¹²⁹ Ya sabía él demás que los últimos, los de las faldas estrechísimas e indecentísimas.... Por tanto, lo que falta en medio de este párrafo se ha omitido en la segunda versión **B 149**

¹³⁰ no quería coger un catarro **B 149 y C**

¹³¹ mando le prepararan **B 149**



Al principio lo vio todo fácil.

El primer día, dijo, me uniré a una comparsa o estudiantina, que cante coplas indecentes; el segundo lo pasaré en las tabernas, y allá, de cuando en cuando, escandalizaré un poco, o un mucho, en los sitios más céntricos, sin olvidarme de blasfemar, y el tercer día asistiré a los bailes de máscaras. Y el muy diablo se admiraba del bonito plan que se había trazado, y se reía en su interior pensando en lo que se iba a divertir.

¹³²Poco después empezaron las dudas. ¿Podría él impunemente realizar aquel proyecto?

Porque, ante todo, él no había de apartarse de la legalidad, y llamó¹³³ enseguida por teléfono al abogado consultor del infierno.

Acudió este presuroso acompañado de cuatro pasantes cargados de Códigos, Reales órdenes, Reales decretos y circulares, y cuando su real majestad demoníaca le expuso sus dudas y cuitas, saltó¹³⁴ el trapo y rióse a mandíbula batiente, hasta el punto de que estuvo el diablo tentado de tirar el auricular y dar por terminada la conferencia, y así lo hubiera hecho, si no le hubiera urgido tanto salir de aquellas dudas.

¿Pero esos cantares obscenos, escándalos y públicas borracheras, blasfemias y liviandades no están prohibidos por los códigos y reales decretos? ¿Pero no quedan siquiera vigentes las reales órdenes de La Cierva?

Y no es que él temiera quebrantar las leyes, por eso no preguntaba¹³⁵ si estaban prohibidos aquellos excesos por la ley divina y natural, él lo que temía era la sanción de las leyes humanas, pues maldito el gusto que tenía en vestirse de máscara, para ir a pasar el carnaval a la cárcel.

El abogado consultor lo sacó al punto de dudas citándole infinidad de sentencias del Tribunal Supremo que sentaban, por tanto, jurisprudencia, por lo que venía a deducirse que las leyes se daban para no cumplirlas.

Tranquilo con la opinión de tan notable jurisconsulto, colóse¹³⁶ el capuchón, púsose la careta, y cuando la rosada aurora del primer día de carnaval abrió sus doradas puertas, por ellas se entró en este carnavalesco mundo el príncipe de los diablos.

¹³² **B 149** aparece una división del texto mediante tres asteriscos, lo cual le sirve para omitir buena parte del mismo, pues pasa hasta: *A las doce de la noche...*, comienzo del texto en el *B.P.* nº 67 // aparece una división del texto mediante tres asteriscos pero sin omitir texto alguno **C**

¹³³ *y para asegurarse llamó enseguida* **C**

¹³⁴ *soltó* **C**

¹³⁵ *por eso preguntaba* **C**

¹³⁶ *calose* **C**



¹³⁷A las doce de la noche del último día de carnaval regresó Satanás al infierno con algunos retazos del¹³⁸ capuchón y algunos¹³⁹ restos de careta y con un humor de mil diablos.

Cancerbero empezó a ladrarle, pues tan demudado iba que no le conoció, y los diablos se echaron a temblar cuando le vieron el talante.

Y la cosa no era para menos, sino para más.

Viérase contrariedad mayor y más fundado motivo de tan sin igual disgusto.

Él que había venido al mundo, como quien dice, a poner una pica en Flandes, a hacer una que fuera sonada, y a dejar memoria sempiterna de semejante calaverada, tener que volverse al infierno casi sin ser notado.

Se agregó a una comparsa y vio que había quien cantaba más, mejor y más obscenamente que él. Quiso emborracharse, escandalizar y blasfemar, y vio que no lo tomaban sino por uno de tantos, y aún había quien se apuntaba más tantos que él. Fue al baile y no sólo no pudo llegar a donde llegaron muchos, sino que al dar las doce, hora en que empieza la cuaresma, se retiró a su domicilio¹⁴⁰, dejando aún convertido al baile en inmensa bacanal.

Y pasaban días y días y el mal humor no pasaba, antes iba en aumento, como lo indicaban las arrugas de la frente, cada vez más negras; la comisura de los labios, cada vez más honda, y la destemplanza con que su real majestad¹⁴¹ demoníaca se dignaba dar las más severas órdenes.

Como azogados temblaban los demonios sin saber en qué vendría a parar aquella tempestad, cuando un día fueron llamados a consejo.

Asustados y cariacontecidos acudieron todos puntualmente a la real cámara, y cuando estuvieron todos presentes, Satanás abrió la sesión y tomó la palabra para decirles la sentencia que había dictado en su real pecho, y que en aquella memorable ocasión promulgaba solemnemente para que nada faltare a su valor legal.

¹³⁷ B.P., nº 67, 21 de febrero de 1915, pág. 3.

¹³⁸ de A

¹³⁹ B 149 se elimina en este boletín este fragmento: *algunos retazos del capuchón y algunos*. Por lo tanto solamente se lee: *con algunos restos de careta // con algunos restos de caretas y con un humor de mil diablos* C

¹⁴⁰ A sus domicilios // sus dominios B 149 y C

¹⁴¹ magetad C



CONSIDERANDO¹⁴², dijo: Que la misión de los demonios no es otra que la de tentar a los hombres para inducirlos al pecado, y

RESULTANDO¹⁴³: Que durante los días de carnaval no necesitaban¹⁴⁴ los hombres las tentaciones del diablo para tener miles de ocasiones¹⁴⁵ de pecado, mayores y más peligrosas de lo que a vosotros ocurrirseos pudiera,

Página | 139

DECRETAMOS¹⁴⁶: Que en lo sucesivo, durante esos días, los demonios queden relevados de esa obligación, pudiendo declararse en huelga o, si mejor les pareciere, pueden ellos a su vez, para que les sirva de aprendizaje, celebrar también el carnaval en el infierno.

¹⁴² *considerando* (aparece en cursiva y minúscula) C

¹⁴³ *resultando* (aparece en cursiva y minúscula) C

¹⁴⁴ *necesitan* B 149

¹⁴⁵ *miles ocasiones* C

¹⁴⁶ *decretamos* (aparece en cursiva y minúscula) C



Otro dibujo realizado por Alejandro Tinoco para el cuento

El Diablo vestido de Máscara.



23.- ¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!¹⁴⁷

Pues señor, que Juan pensaba confesarse en aquel año¹⁴⁸ por el tiempo de Semana Santa.

Su mujer se lo decía todas las noches. Su amo se lo decía a cada momento y su conciencia le repetía sin cesar: ¡Juan, tienes que confesarte!

Y Juan pensó en confesarse, pero ¡uf! ¡qué miedo le daba de confesarse!

No sabía él muy bien qué era eso de la confesión. Se confesaba él allá cuando andaba a la escuela. Después algunos años todavía su madre lo llevó a confesar; pero después, después, cuando ya fue hombre, le daba miedo y, algo más que miedo, pavor y horror de la confesión.

Pero había de confesarse aunque se hundiera el mundo. Era año de misión. Había empeñado su palabra, y si por la boca muere el pez, el hombre muere por su palabra¹⁴⁹.

Y no le convencieron¹⁵⁰ a él mayormente los argumentos abstractos del Padre cuando decía: La Iglesia es una sociedad perfecta, luego debe tener y tiene poder¹⁵¹ para dar leyes, que obligan¹⁵² a los que a ella pertenecen, o sea, a todos los católicos. Entre estas leyes, una de las más importantes, es la que obliga a todos los que hayan llegado al uso de la razón a confesar y comulgar, a lo menos unas vez al año, por el tiempo de Pascua.

Toda ley tiene sanción, agregaba, y ésta también la tiene. El que la quebranta ofende a Dios gravemente, pierde su gracia y amistad, y si muere sin arrepentimiento se condena.

Pero cuando aquél dijo que la conciencia es una tierra hornaguera, los pecados son las malas hierbas, y la confesión es la azada que la limpia de espinas y abrojos, para que puedan¹⁵³ crecer en ella la buena semilla de las virtudes; cuando dijo que la conciencia es árbol frondoso, los pecados ramas viciosas, y la confesión la podadera que

¹⁴⁷ B.P., nº 68, 7 de marzo de 1915, ¡Uf! ¡Qué difícil es confesarse!, pág. 3. B.P., nº 69, 21 de marzo de 1915, pág. 3. Repetido en el B.P., nº 150, 23 de marzo de 1930, págs. 2-3 y en *Narraciones Apologéticas*. Los Santos, Hermanos Sánchez, 1916, págs. 69-75.

¹⁴⁸ confesarse aquel año B 150 y C

¹⁴⁹ por la palabra B 150

¹⁵⁰ No le convencieron C

¹⁵¹ debe tener poder B 150 y C

¹⁵² que obligen B 150 y C

¹⁵³ pueda C



corta las ramas malas dañadas y podridas¹⁵⁴, para que las sanas y buenas crezcan y fructifiquen, ¡vaya si comprendió él entonces que una conciencia como la suya, que llevaba ya tantos años sin cavarse ni podarse, debía tener muchas malezas que arrancar!

¹⁵⁵Y se acercaba el momento¹⁵⁶ y Juan temblaba, temblaba como un azogado.

Recordaba él que cuando andaba a la escuela, un padre¹⁵⁷ de muy mal genio le había tirado de las orejas y amenazado, ¡Oh terror!, con cortarle la punta de la lengua con unas tijeras y todo¹⁵⁸, por haberse acusado¹⁵⁹ de decir una picardihuela.

Y aún cuando entonces la cosa no pasó de la amenaza, ya se veía él ahora con la lengua un poco más corta, y se horrorizaba de ver al gato del sacristán desayunarse con tan exquisito bocado.

Y llegó¹⁶⁰ el día señalado. Juan no durmió en toda la noche, y aunque dicen que es larga una noche de insomnios, a él se le hizo corta.

Pidió al cielo que no amaneciera, y hubiera aceptado de buena gana un terremoto, aunque se lo hubiera tragado la tierra.

Levantose todo azorado. Hasta tres veces se puso los pantalones del revés¹⁶¹, cayó la palmatoria, rompió la palangana, calose la capa como pudo y, sin acordarse del sombrero, se dirigió a la parroquia para confesarse.

¹⁶²Entró Juan en la parroquia y dirigióse al lugar más apartado.

Arrodillose y empezó a decir: -Señor, que yo no sé confesarme, ayuda Tú mi impotencia. Señor, ten compasión de mí, pecador.

Y ante tanta humildad, empezó a descender la gracia de lo alto.

Por su imaginación, alumbrada por la luz de la conciencia, fueron desfilando todas las faltas de su vida pecadora: los años que había dejado de cumplir con el precepto pascual, por pereza y por el respeto humano¹⁶³, por temor a lo que los demás pudieran decir; los domingos que por apatía, por no ponerlo por la obra, había dejado de oír misa; las embriagueces con

¹⁵⁴ malas, dañosas y podridas **B 150 y C**

¹⁵⁵ aparece una división del texto mediante tres asteriscos **C**

¹⁵⁶ Se acercaba el momento **B 150 y C**

¹⁵⁷ Padre **C**

¹⁵⁸ con unas tijeras –sin y todo- **B 150 y C**

¹⁵⁹ acusarse **B 150 y C**

¹⁶⁰ Llegó el día **B 150 y C**

¹⁶¹ al revés **C**

¹⁶² **A** B.P., nº 69, 21 de marzo de 1915, pág. 3. // Aparece una división del texto mediante tres asteriscos **C**

¹⁶³ por respeto humano **C**



que¹⁶⁴ había solemnizado las fiestas, a modo de los paganos; aquellas horribles blasfemias con que había escandalizado a su prójimo; aquel abandono que había tenido en la educación cristiana de sus hijos, y muchas, y muchas más faltas fueron desfilando por su mente. Y Juan las veía con una claridad que él nunca sospechó, y ante la vista de sus muchos pecados lloró, lloró largo y tendido; lloró sin consuelo, y más hubiera llorado, si el P.¹⁶⁵ confesor no se hubiera acercado a llamarlo, sacándolo de su ensimismamiento.

Llegó Juan a los pies del confesor, persignose, rezó el acto de contrición, y dijo:

-Acúsame, Padre, de que no sé confesarme.

Mas el Padre, ducho en achaques de conciencia, pues había¹⁶⁶ observado la actitud humilde de Juan y las lágrimas que de sus ojos corrían, le dijo con grande¹⁶⁷ dulzura y extraordinario cariño:

-Bien, hombre, bien. Dime: Hace muchos años que no te confiesas ¿verdad?

-Muchos, Padre.

-¿Y has hecho examen de conciencia?

-Yo no sé lo que es eso, Padre.

-¿Has recordado, has traído a tu mente los pecados cometidos?

-Sí, Padre.

-¿Tienes dolor de corazón?

-Yo, no, Padre.

-Bien; pero dime, hijo: ¿Sientes tú mucho haber ofendido a Dios con tus pecados?

-Muchísimo, Padre.

-¿Y estás dispuesto a no ofender más a Dios en adelante?

-Sí, Padre.

-Pues bien, dime esas tus culpas y pecados, todas esas faltas que tú has visto ahora con la luz de la conciencia.

¹⁶⁴ con las que **B 150**

¹⁶⁵ desarrolla la abreviatura P. = Padre **B 150**

¹⁶⁶ y que había **B 150 y C**

¹⁶⁷ gran **B 150 y C**



Y Juan relató, contó a su modo, con sencillez, con ingenuidad y con dolor todos sus pecados; aquellos años sin cumplir con el precepto pascual; aquellos domingos profanados; aquellas embriagueces y aquellas blasfemias.

Y cuando hubo concluido, y asustado, temeroso y temblando, esperaba paciente el sermón, la filípica, y algo más, de aquel Padre, entre cariñoso y severo. Severo¹⁶⁸ para el pecado, y cariñoso para el pecador; de aquel Padre, que anatematizaba la culpa y se condolía de Juan. Vio entonces que el Padre empezó¹⁶⁹ a mover las manos y sospechó que era para buscar las temidas tijeras que amenguaran su blasfema lengua¹⁷⁰.

Un frío sudor corrió por todo su cuerpo; pero como era más el dolor de sus pecados que el de la amputación que esperaba, no se movió.

Mientras tanto, el Padre, con la mano alzada, le decía, aunque en latín que él no entendía:

Dios misericordioso se apiade de ti: Indulgencia, absolución y remisión de tus pecados te conceda Dios Omnipotente: Yo te absuelvo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¹⁷¹Y cuando besó la mano que le había absuelto, y cumplió la penitencia que el confesor le impuso, y recibió la Sagrada Comuni3n, y dio rendidas gracias, y volvió a su casa, fueron sus primeras palabras: ¿Sabes, Juana, que no es tan difícil confesarse?



¹⁶⁸ *severo, severo para C*

¹⁶⁹ Juan, vio que empezó C

¹⁷⁰ Esta estrofa tiene sustituido los puntos seguidos por comas en B 150

¹⁷¹ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C



24.- ¿Resucitaré Yo?¹⁷²

No eran las cuatro de la mañana cuando una horrible pesadilla hizo saltar de la blanda y regalada cama al beatífico D. Cosme. Página | 145

Dio luz maquinalmente, vistiose con precipitación, envolviase en un amplio y confortable gabán, se caló las gafas, encendió un cigarro, dejose caer en una poltrona, que estaba junto a la cama y empezó a coordinar sus ideas.

¿Qué había sido todo aquello?

Desde luego un sueño.

Un sueño, y una fantasía de su mente. Acaso principio de calentura y desde luego sueño, sin pizca de realidad.

Y sin embargo temblaba. Temblaba como debe temblar un africano en la Siberia o como tiembla el enfermo a quien se le inicia una fiebre de cuarenta grados.

Realmente no se encontraba bien.

Se levantó para mirarse en el espejo del lavabo, que cerca de sí tenía, y al ver su rostro lívido, sus ojos desencajados y su semblante todo descompuesto, a punto estuvo de apretar el botón del timbre eléctrico para llamar a su ayuda de cámara.

Pero no. Ante todo D. Cosme era un espíritu fuerte, hombre de su siglo, como él decía a cada paso oportuno e inoportuno¹⁷³, y no podía tolerar que su pusilanimidad se dejara traslucir ante sus criados.

¹⁷⁴Pasado el periodo de las convulsiones, empezó el período de la reflexión.

D. Cosme creía siempre en Dios. Creía también en la Iglesia; pero no siempre, sino sólo cuando los preceptos de ésta no se oponían a sus malas inclinaciones y peores hábitos, y aún había artículos de la fe¹⁷⁵ en los cuales no creía nunca, y entre estos estaba el de la resurrección de la carne.

¹⁷² B.P., nº 71, 11 de abril de 1915, ¿Resucitaré Yo?, pág. 3. B.P., nº 72, 18 de abril de 1915, págs. 3-4, y formando parte de la obra *Narraciones Apologéticas*, págs. 51-58.

¹⁷³ *importunamente* A y C

¹⁷⁴ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

¹⁷⁵ *artículos de fe* C



Sin embargo, D. Cosme ni se tenía, ni era tenido por mal cristiano, sino, al contrario, por un pío varón.

Pertenecía a todas las hermandades de la parroquia; asistía a misa los domingos, siempre que el tiempo desapacible o algún pasatiempo no se lo impedía, se confesaba casi todos los años y, sobre todo, asistía puntualmente a las procesiones más solemnes y a los Oficios de Semana Santa, en cuyos actos lucía sus veneras, fajas, bandas y condecoraciones.

Quiso la pícara casualidad que, asistiendo a los Oficios del Sábado Santo con el semanero de rica encuadernación y broches de oro, vinieran a pararse sus ojos pecadores en aquellas palabras del Profeta Ezequiel: *El señor extendió su mano sobre mí; me transportó en espíritu; me dejó en medio de un campo lleno de huesos: eran muchos los que había sobre la faz de la tierra y muy secos. Díjome: Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Yo haré entrar espíritu en vosotros y viviréis: Haré nacer nervios sobre vosotros, os revestiré de carne, os cubriré de piel, os daré espíritu y viviréis.*

Y mientras profeticé, se oyó un gran ruido, y una gran conmoción, y unos huesos se llegaron a otros, cada uno a su coyuntura.

Y vi crecer sobre ellos nervios y carne, y cubrirse de piel, y entró el espíritu en ellos y vivieron.

Como si hubieran sido de fuego quedaron grabadas en su mente estas sublimes palabras del profeta.

Se aferraron a su imaginación sin poder arrancarlas por más esfuerzos que hizo.

Durante todo el día hubo de meditarlas contra su voluntad, y durmióse a altas horas de la noche bajo la impresión de las mismas.

Vio en sueños el dilatadísimo campo, los innumerables huesos secos y áridos; oyó la voz de Dios que hablaba al profeta, y la voz del profeta que mandaba a los huesos; vio que éstos adquirirían movimiento, y al chocar unos con otros con espantoso e indefinible ruido, fue cuando despertó sobresaltado.

¿Pero será posible? ¿Resucitaré yo algún día? Preguntose angustiado cuando pasado el estupor empezó a obrar la reflexión.



¹⁷⁶La del alba sería la hora cuando un vocinglero¹⁷⁷ repique de campanas de la próxima parroquia sacó de su abstracción al honorable D. Cosme.

Mas por un muy explicable contraste de la vida, aquellas alegres y retozonas campanas que, entonando el “aleluya” alegraban a todos, vinieron a aumentar el temor y las congojas de D. Cosme.

En sus largas reflexiones llegó a asentar varias premisas que creía él evidentes; pero no llegó a deducir una conclusión cierta, que aquietara su ánimo.

Comprendió él que el alma no muere, porque es simple, y sólo muere lo que es compuesto de partes; porque es espiritual, y los espíritus no mueren, porque no pueden corromperse; porque tiene una aspiración innata a la inmortalidad, y Dios no puede dar a las almas este deseo para que quedara frustrado.

Conoció que nada de materia se destruye¹⁷⁸ ni se aniquila, sino que solamente se transforma y modifica.

Comprendió que no era necesario que se reuniera toda la materia, que había pertenecido al cuerpo, para que éste pudiera ser considerado como el mismo sujeto, siendo la misma el alma a la que había de unirse, sino que bastaría que se uniera parte de ella, pues en las renovaciones sucesivas se va cambiando la materia del cuerpo humano sin que deje éste de ser el mismo.

¿Pero cómo se haría esto?

Después de corrompido el cuerpo, ¿cómo podría resucitar?

Como la semilla que arrojada en el surco por el sembrador se corrompe y después germina, nace y crece lozana, le respondía una voz interior.

Y después de dispersos los átomos, y entrados éstos a formar parte de otros seres ¿quién lo¹⁷⁹ reunirá?

¿Quién? Dios, que pudo crearlos, puede más fácilmente reunirlos, le respondía la misma voz.

Don Cosme se revolvía furioso contra sí mismo. Se llenaba de ira contra aquella luz interior, que Dios ha dado a todo hombre que viene a este mundo, y que con tanta claridad le hacía ver lo que con tanta fuerza él rechazaba.

¹⁷⁶ A B.P., nº 72, 18 de abril de 1915, págs. 3-4 // aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

¹⁷⁷ cuando un prolongado y vocinglero C

¹⁷⁸ Destuye A

¹⁷⁹ los C



De buena gana hubiera intentado apagarla, como intentó Viviani hacer con las luces del cielo; pero vista la imposibilidad, se decidió a negarle toda certeza para no reformar su vida.

¹⁸⁰A esta altura se hallaba Don Cosme en sus reflexiones, cuando el repique de campanas vino a aportarle un nuevo elemento de prueba.

¿Qué significaba aquel alegre repique? ¿Qué decían aquellas parleras campanas, sino que Cristo había resucitado?

Y si Cristo había resucitado por virtud propia, volviéndose a juntar su alma y su cuerpo separados por la muerte ¿no podía ser él mismo causa de la resurrección de los otros?

Y si Cristo había resucitado el primero ¿no podía su resurrección influir de una manera eficiente en la resurrección de todos?

La resurrección de Cristo arrojaba de sí una luz vivísima que disipaba las tinieblas, que envolvía¹⁸¹ la mente de D. Cosme.

Vio entonces éste claramente la posibilidad de la resurrección de todos los hombres en el día del juicio universal, verificada por la omnipotencia divina y causada por la resurrección de Cristo, primicia de todos los que dormían y causa eficiente de la resurrección de todos los hombres.

Y cuando D. Cosme se ajustaba la entallada levita de irreprochable corte, y se ajustaba los sedosos guantes, y se envolvía en el amplio y confortable gabán de ricas pieles para dirigirse a la parroquia, llevando un firme propósito¹⁸² de enmendar todos sus extravíos, y dispuesto a hacer una sincera y dolorosa confesión, no cesaba de repetir:

Creo, creo¹⁸³ firmemente que yo resucitaré algún día.



¹⁸⁰ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

¹⁸¹ envolvían C

¹⁸² llevando el propósito C

¹⁸³ Creo, Creo C



25.- ¿Comulga V. todos los días?¹⁸⁴

El salto más limpio, que había dado gato alguno desde que en el mundo hay gatos, era aquel que acababa de dar “Sili”, el gato mimado de la casa.

Como pluma agitada por el viento, o como balón arrojado por fuerte mano, pasó de uno a otro lado de la elegante mesa de roble tallado del despacho de D. Abundio.

Y la cosa no era para menos.

Había motivo no sólo para saltar, sino hasta enloquecer, si un gato fuera susceptible de volverse loco.

¡Mire usted, que a él, a “Sili”, el gato favorito de la casa, que sólo comía bizcochos con leche y tenía su abrigo para los días de frío y hasta macfarlán¹⁸⁵ para los días de lluvia¹⁸⁶, cuando había salido más zalamero que nunca con el espinazo arqueado y el rabo en alto y esponjado a saludar a su señor, haberle éste propinado semejante puntapié!

¡Fíese usted de las botas de charol y de las veleidades de la fortuna!

Y no sólo al gato, sino a su misma ama y señora hubiera sido capaz D. Abundio de regalarle en su arrebató alguna caricia semejante.

Porque aquello era insoportable. ¡Insoportable!, ¡insoportable!, como decía D. Abundio, al plegarse la bata mañanera y dejarse caer en la cómoda poltrona, que junto a la mesa había.

Él era cristiano. Él era algo más de lo que puede decirse simple cristiano. Él era hasta devoto.

Él oía misa casi todos los domingos y, por supuesto, todos los días de fiesta, y hasta cumplía todos los años con el precepto pascual; pero él no podía tolerar los excesos, los arrebatos míticos¹⁸⁷ de la beata de su mujer y de la beatona de su hija.

¡Mire usted que comulgar todos los días!

¹⁸⁴ B.P., nº 73, 2 de mayo de 1915, ¿Comulga V. todos los días?, págs. 3-4. B.P., nº 75, 16 de mayo de 1915, págs. 3-4. Repetido en B.P., nº 164, 31 de mayo de 1931, págs. 2-3. También formando parte de la obra *Narraciones Apologéticas*, págs. 76-83.

¹⁸⁵ mafferlan C

¹⁸⁶ Elimina frío y hasta macfarlan para los días de B 164

¹⁸⁷ místicos C



¿Qué entenderían ellas de lo que era una preparación digna para recibir tan gran misterio?

¿No decían los mandamientos de la ley de Dios que debía confesarse y comulgar una vez al año?

¿No era esto ser más papista que el Papa?

Y luego abandonar aquella casa a las ocho de la mañana, y sobre todo abandonarlo a él, que debía haber tomado el chocolate hacía más de una hora para ponerse a leer los diarios de la mañana.

¡Qué no! ¡qué no! y...¡qué no!

Que él, ni quería, ni podía, ni debía tolerar semejante desafuero.

Y tan sólidas le parecieron aquellas razones, que tomó buena nota de ellas en su mente, para dispararlas como bala rasa en la batalla monstruo, que estaba dispuesto a entablar aquel mismo día.

Y a esta altura de su paroxismo estaba D. Abundio cuando "Sili" quiso hacerle una zalema.

Pero, ¡zás! Para zalamerías estaba entonces D. Abundio.

¹⁸⁸No había leído aún la primera columna de su diario favorito "La Época" cuando radiante de alegría¹⁸⁹ entraba Lolita en el despacho para saludar a su papá.

-Buenos días, papá.

Pero ¡qué si quieres! D. Abundio se había vuelto sordo y mudo. Estaba ya en la trinchera dispuesto a romper las hostilidades y aun a principiar las escaramuzas, así es que recibió a Lolita con una descarga cerrada de morteros de cuarenta y dos.

-Yo quiero, Lolita, que me digas por qué comulgas todos los días ¿Tú no sabes los mandamientos de la ley de Dios?

-Sí, papá.

-¿Y no dicen éstos que debe comulgarse una vez al año por pascua florida?

-No, papá. Si no son los mandamientos de la Ley de Dios los que dicen eso, sino los de nuestra Santa Madre Iglesia¹⁹⁰.

¹⁸⁸ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

¹⁸⁹ algria C



-¿Y qué más da? Doctora¹⁹¹ en Teología.

- ¹⁹²Pero, papá, ¡si tampoco los mandamientos de la Iglesia dicen que se deba comulgar una sola vez al año, sino que no se debe dejar de comulgar, por lo menos una vez!

Y como la risa retozara maliciosa en los rosados labios de aquel diablillo de quince años, hubo D. Abundio de acudir a la suprema razón de todas sus polémicas religiosas.

-Atiende, Lolita, a lo que te digo: Tú eres más papista que el Papa.

-¡Pero si el Papa es el que quiere que los cristianos comulguen todos los días!

“Jesucristo y la Iglesia desean que todos los fieles cristianos se acerquen diariamente al sagrado convite” ha dicho recientemente el Papa de la Eucaristía.

Desconcertado quedó D. Abundio ante los disparos certeros de la lógica inflexible de aquel Aristóteles con faldas, y contrariado hasta llegar a los límites del furor:

¡Anda! ¡Descanse V. confiado en las buenas palabras de la hipocritona de la Madre Vicenta!

¡Despréndase V. de una hija y llévela a un colegio de fama para que se la entreguen sabiendo cuatro latines y más teología mística que un Santo Padre!

¡Ah! Si él coge entonces cerca de sí a aquella Madre Vicenta, causa de su ridículo, seguro es que vuelve al colegio por lo menos sin las tocas.

-¡Más valiera, Lola, que en vez de tantas cosas inútiles, hubieras aprendido música y francés, como yo quería y encargué a las Madres!

-¡Pero si yo sé música, papá! ¡Si yo sé francés! ¿Quieres que continuemos la conversación en francés?

¿En francés? ¡Diablo de muchacha aquella!

¿Hablar en francés D. Abundio, que todo el bagaje de lengua francesa que conservaba de sus buenos años de bachillerato era “Monsiur Merci” y hasta media docena de palabras más?

¹⁹⁰ de Nuestra Santa Madre la Iglesia C

¹⁹¹ doctora C

¹⁹² B.P., nº 74, 16 de mayo de 1915, págs. 3-4. B.P., nº 75, 16 de mayo de 1915, págs. 3-4. También aparece en B.P., nº 164, 31 de mayo de 1931: *Varietades, ¿Comulga V. todos los días?*, págs. 2-4, pero en esta ocasión en un solo boletín.



¿En francés? Si en vez de ser la disputa con Lolita, la única y mimada hija, hubiera sido con "Sili" ¡con qué buena gana hubiera él continuado la conversación francesa en aquella forma tan poco suave y aristocrática en que la había empezado antes!

D. Abundio se consideraba realmente vencido, pero su amor propio, herido, le impedía confesar su derrota.

Antes mártir que confesor.

¡Viérase cosa igual! Él, D. Abundio, con su título de abogado sobre la mesa del despacho, con sus veinte años de práctica caciquil, y su fama de pequeño hombre sabio y de oráculo a quien se consultaban¹⁹³ todas las cuestiones arduas, que surgían en diez leguas a la redonda, ¡venir a morir, como Holofernes, a manos de una doncella!

Golpeábase la frente buscando una puerta para salir de aquel atolladero en que se había metido en mal¹⁹⁴ hora.

-Yo te concedo de buen grado, Lola, que seas doctora, y estoy resuelto a traerte el birrete la primera vez que vaya a Madrid, pero no me afirmarás que además eres santa, y no siendo santa, ¿cómo comulgas todos los días?

-¡Si yo no comulgo diariamente por ser santa, sino que comulgo¹⁹⁵ para serlo!

"Dos clases de personas deben comulgar a menudo -dice San Francisco de Sales en aquel hermoso libro de la *Introducción a la Vida Devota*, que me regaló¹⁹⁶ el día de mi santo: los perfectos, porque, estando dispuestos, harían mal, si no llegasen al manantial de la perfección; y los imperfectos, para poder justamente pretender la perfección.

Los que no tienen muchos negocios mundanos, porque tienen la comodidad, y los que tratan negocios de la tierra, porque tienen necesidad."

-Mas no me negarás que para comulgar diariamente se necesitan extraordinarias disposiciones difícilísimas de reunir.

-No, papá. ¿Sabes cuál es la última palabra de la Iglesia en esta materia? "Que a nadie, que esté en estado de gracia, y tenga recta y piadosa intención, se le niegue la comunión diaria."

-Pues yo no estoy conforme con eso.

¹⁹³ a quien consultaban **B 164**

¹⁹⁴ mala **B 164** y **C**

¹⁹⁵ sino para serlo **B 164** y **C**

¹⁹⁶ me regalaste **C**



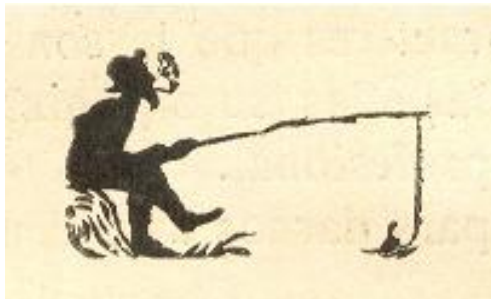
-Pues entonces tú sí que eres más papista que el Papa.

No habían pasado aún seis meses, cuando uno de sus más íntimos amigos decía con extrañeza a D. Abundio:

-¿Pero comulga usted todos los días?

Página | 153

-Sí, señor; todos los días.





26.- Creo que existe Dios¹⁹⁷.

Más de media hora llevaba ya el tío *Peliche* sentado bajo un frondoso árbol a la vera de una fuente engullendo torreznos de tocino y mendrugos de pan, y no tenía trazas de dar fin aún a su sabrosa tarea.

Tío *Peliche* era también conocido en el pueblo por el sobrenombre de *Tragaldabas*.

Y a la verdad que no sólo las aldabas, sino hasta las puertas se hubiera él tragado si las puertas y las aldabas hubieran sido de queso o de tocino.

Cómete la cuchara, arrastrao¹⁹⁸, le decía su mujer cuando, después de haber engullido la cena ordinaria, lo veía con la cuchara en alto, dispuesto a hincarle el diente a lo que encontrara.

¡Si aprendieras a comer tierra como los lagartos, qué dichoso ibas a ser el día que te enterraran!

¹⁹⁹El tío *Peliche* era manijero²⁰⁰ de la casa grande del pueblo, en cuyo cargo había sucedido a su padre, como éste al suyo, en una serie no interrumpida de *Peliches* manijeros.

Con el realce que le daba el cargo entre el común de los braceros, y la lectura asidua del periódico impío de la próxima capital, creyóse ya un prohombre capaz de resolver todas las cuestiones divinas y humanas, y de disipar todas las tinieblas que envolvieron siempre a los más arduos problemas de la vida.

Mas el tío *Peliche*, aunque incrédulo, era prudente.

Temía que su incredulidad traspasara los umbrales de la casa grande, y se le obligaría a renunciar²⁰¹ a aquel cargo heredado de su padre, y por ende se le cerraría la puerta de la despensa, que para él era mucho más que cerrársele la puerta de la Gloria.

Aquel día, no obstante, sea que el exceso del vino aflojara el freno que la prudencia ponía en su lengua, sea que la reciente lectura del periódico excitara su impiedad, es lo cierto

¹⁹⁷ B.P., nº 75, 6 de junio de 1915, *Creo que existe Dios*, pág. 3. B.P., nº 76, 20 de junio de 1915, págs. 3-4. En *Narraciones Apologéticas*, págs. 26-32.

¹⁹⁸ *arrastrao* (en cursiva) C

¹⁹⁹ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

²⁰⁰ *manijero* C

²⁰¹ *casa grande, que se le obligara a renunciar* C



que se atrevió a decir ante la numerosa cuadrilla de trabajadores, que dirigía, esta solemne blasfemia: “¿Sabéis lo que os digo?... ¡Que no existe Dios!”.

Desconcertados y estupefactos quedaron los obreros, que escucharon el osado atrevimiento del tío *Peliche*, pues aun cuando hombres rudos e ignorantes, eran sencillos creyentes de las verdades religiosas, y entre ellas, de la que es el fundamento de la religión, la existencia de Dios.

-¿Y sabéis por qué no hay Dios? -continuó el tío *Peliche* con cinismo- porque, si hubiera Dios, no habría ricos y pobres; no habría buenos que sufren, y malos que gozan; no estaría el mundo lleno de sufrimientos y de dolores.

-Me parece a mí, tío *Peliche*, dijo uno, y de los más jóvenes de la cuadrilla, que V.²⁰² debe entender más de tragar pan y tocino que de estas cosas de la existencia de Dios, como yo entiendo también más de meter la hoz en el trigo, y de echar una llave en lo segado que de estas cuestiones, que V. trae hoy entre manos.

Pero yo creo que de lo que V. dice se sigue todo lo contrario de lo que pretende.

Yo entiendo que, porque hay Dios, hay ricos y pobres; hay buenos que sufren, y malos que disfrutan, y hay dolores y sufrimientos en el mundo.

Ni una bomba Orsini, que hubiera estallado entre sus pies, hubiera hecho al tío *Peliche* el efecto de la rotunda y razonada negativa de aquel joven imberbe.

-Mira, muchacho, cuando tú tengas cincuenta años, hayas leído los papeles, que yo he leído, y oído los discursos, que yo he escuchado, entonces podrás hablar.

-²⁰³Si V. no hubiera leído tanto, hubiera oído menos y hubiera pensado por su cuenta un poco más, acaso no hablara V. como ha hablado, tío *Peliche*.

Y ha de saber V. que no hace falta leer periódicos, que es todo lo que V. ha leído, para comprender que, si no hubiera Dios, no había en el mundo ricos y pobres, sino que el mundo sería una Babel.

¿Quién hace que el pobre, en medio de sus necesidades, respete el derecho de los ricos? Dios.

¿Cuál es el fundamento del derecho de propiedad? Dios.

-No, Rafaelillo, no, le dijo el tío *Peliche* rojo de ira. El derecho y la ley son la guardia civil y la cárcel.

²⁰² Todas las abreviaturas “V.” se desarrollan en *usted C*

²⁰³ *B.P.*, nº 76, 20 de junio de 1915, págs. 3-4.



-¿Y quién da la autoridad a la guardia civil y al juez sino Dios?

Si así no fuera, evadiendo la justicia humana se podría robar cuanto se quisiera²⁰⁴ sin que la conciencia protestara, y esto todos sabemos que no es cierto.

-Y si Dios existe y en el mundo hay buenos y malos, ¿por qué los buenos sufren y los malos gozan de todas las delicias?

-Pues ahí verá V., tío *Peliche*. Precisamente por eso hay Dios, porque hay en el mundo buenos que sufren y malos que gozan.

Porque sucede esto en el mundo debe haber otro mundo donde pase todo lo contrario, o no habrá justicia, ni equidad, ni orden. Y como sólo Dios puede premiar y castigar en la otra vida, vea V. por dónde venimos a deducir que existe Dios.

-Ya veo, Rafael, que has nacido para fraile, dijo el tío *Peliche* con marcada sorna y sin saber ya qué decir.

-No, tío *Peliche*, V. sabe que no nací para fraile, pero así como V., sin corona se mete a predicar contra Dios, yo también, sin cerquillo y para imitarlo, me he metido a fraile predicador.

-Pues ya puedes meterte a fraile. Porque²⁰⁵ lo que es a trabajar con la cuadrilla de la casa grande no vuelves más en tu vida mientras *Peliche* sea manijero, y con otra ya veremos.

Esta amenaza bastó, para que la cuadrilla se alzara airada como un solo hombre.

Pusiéronse de parte del tío *Peliche* sus hijos y yernos, y de parte de Rafael los restantes, y a punto estuvo de convertirse el campo en Campo de Agramante, si la oportuna llegada del señorito no hubiera puesto paz.

²⁰⁶-¿Puede saberse, tío *Peliche*, dijo Pepito con manifiesta contrariedad, si mi padre os ha buscado hoy para pelear en los Dardanelos, o para que seguéis en este campo?

El tío *Peliche* creyó desmayarse al oír la voz del señorito.

No era su presencia, sino las consecuencias que de ella pudieran seguirse lo que él temía. Y así, lívido²⁰⁷ y tembloroso, acudió a una disculpa diciendo con timidez:

²⁰⁴ *Pudiera C*

²⁰⁵ *a fraile, porque C*

²⁰⁶ aparece una división del texto mediante tres asteriscos **C**

²⁰⁷ *lívido C*



-Era una broma, señorito.

Diez, veinte voces se levantaron airadas contra el hipócrita y a un tiempo afirmaron: no²⁰⁸ es una broma, señorito.

El tío *Peliche* ha afirmado que no hay Dios y ha amenazado con despedir del trabajo a éste: No volverás a trabajar con la cuadrilla de la casa grande mientras el tío *Peliche* sea manijero, y en otra, ya veremos, le dijo, porque le ha afirmado lo contrario, y esto nos sublevó y nos llenó de ira.

-Yo, señorito, entendía que en esta ocasión no debía callar, aun tratándose del manijero, pero²⁰⁹ antes es Dios que los hombres, y porque podía peligrar la fe de treinta hombres buenos, que escucharon sus palabras.

-Obraste bien, respondió Pepito, y acertó el tío *Peliche* al decir que no volverías a trabajar con la cuadrilla de la casa grande mientras el tío *Peliche* fuera el manijero, pues desde este momento queda destituido y te nombro a ti para que le sustituyas.

Yo no quiero en mi casa criados que no crean en Dios.

El que no cree en Dios menos creará en el amo.



²⁰⁸ afirmaron: No es C

²⁰⁹ porque C



27.- El tercero santificar las fiestas (I)²¹⁰.

Era D^a Tadea de González de Sánchez, viuda de Rodríguez, la dueña y señora del capital más boyante y más saneado de Tabares y de diez leguas a la redonda.

Era viuda de un buen médico y mejor usurero, el cual, con uno y otro empleo, tomando el pulso a los vecinos y a lo de los vecinos, había llegado a reunir un inmenso capital, consistente en relucientes onzas de oro y extensas, fértiles y bien situadas posesiones.

De aquí nacían los pujos aristocráticos y la monomanía de grandeza de D^a. Tadea.

Sus pergaminos eran más dorados que rancios.

Antes de casarse con Juan²¹¹ Rodríguez se llamaba Tadea a secas. Cuando se casó con el médico se llamaba D^a. Tadea González y Sánchez de Rodríguez, y cuando fue rica D^a. Tadea de González de Sánchez, etc.

No era ella muy propicia a gastos superfluos, pero si el Gobierno hubiera llevado a cabo la contribución, que proyectó sobre las “defurtivas” de los apellidos, la hubiera pagado de buen grado.

De allí arrancaba también sus aires de independencia “vere nulus”, su vanidad, sus caprichos y sus veleidades.

Toda esta balumba se asentaba sobre pilares tan firmes como sus talegos de peluconas y sus escrituras de propiedad.

Y no es que fuera mala D^a. Tadea, no.

Llevaba una vida ordenada y cumplía con los principales deberes del buen cristiano, pero no se ocupaba en que los cumplieran los que de ella dependían.

Leyendo un día al azar un libro²¹² piadoso, tropezó con esta sentencia, que se le quedó grabada en la mente más de lo que ella hubiera querido: ²¹³No basta para salvarte que tú

²¹⁰ B.P., nº 79, 1 de agosto de 1915, *El tercero santificar las fiestas*, pág. 3. B.P., nº 80, 15 de agosto de 1915, págs. 2-3. Se repite en B.P., nº 169, 6 de diciembre de 1931, págs. 3-4) y continúa en B.P., nº 170, 6 de enero de 1932, págs. 2-3. Existe otro cuento con este mismo título pero diferente contenido, editado en el B.P., nº 153, 22 de junio de 1930, págs. 2-3), editado en esta misma colección con el número 53. También aparece este cuento en *Narraciones Apologéticas*, págs.59-68.

²¹¹ D. Juan C

²¹² Libreto B 169



cumplas con el precepto de santificar la fiesta, es preciso, además, que procures que lo cumplan cuantos de tí dependan, llegando hasta donde la conciencia dicte y la prudencia aconseje que debe llegarse.

Ni podía, ni quería apartar de sí la idea, que aquellas palabras encerraban, ni entendía todo el alcance de las mismas.

Dedujo de todo ello que era un asunto grave de conciencia y determinó consultarlo con el cura párroco.

²¹⁴En alto tenía ya D. Sebastián la primera sopa que había de mojar en el humeante chocolate cuando entró la criada con una muy perfumada y pulcra esquela: “Hoy a las diez para tratar un asunto grave de conciencia”.

Desde entonces no volvió D. Sebastián a pensar más ni en el chocolate, ni en los picatostes, ni en ninguna otra cosa del mundo más que en aquella incógnita que entre sus manos tenía.

¿Qué sería aquello? Terminó el desayuno más a prisa que de ordinario, y con gran disgusto del gato favorito de D. Sebastián, que por más que tiraba de la sotana no recibió su cotidiana golosina.

¿Qué será? Repitió²¹⁵ por centésima vez, mientras se ponía los zapatos de terciopelo, que sólo se calzaba el Jueves Santo, y la sotana, que él llamaba nueva, sin duda porque las otras eran más viejas, pero su edad podía contarse ya por²¹⁶ lustros.

Iba ya a calarse aquella verdadera canoa, en la que podía atravesarse navegando, si no el Mediterráneo, por lo menos el estrecho de Gibraltar, y visto que nada podía deducir de lo que sería, para calmar su curiosidad acudió a lo que él creía que no debía ser, y terminó diciendo: Yo creo que para entrarse monja no ha de ser.

²¹⁷Recibiólo la señora con mucha cortesía en el saloncito verde de la derecha de la que ella llamaba casa solariega.

Expúsole las dudas, contestóle D. Sebastián. Volvió a insistir D^a. Tadea, y tan larga y tan oscura²¹⁸ iba siendo la discusión que D. Sebastián creyó llegado el momento de concretar todo lo dicho.

²¹³ La sentencia completa aparece en cursiva C

²¹⁴ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

²¹⁵ repitió C

²¹⁶ contarse por lustros B 169 y C

²¹⁷ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

²¹⁸ oscura C



-Es indudable, señora, que todo fiel cristiano desde que llega al uso de la razón está obligado a santificar las fiestas.

Acuérdate de santificar el día del Sábado, dice la Escritura Santa, y para nosotros el día del Sábado es el domingo y todo otro día declarado de precepto por la Iglesia.

Página | 160

Quiso Dios reservarse para sí mismo, para su gloria, el día séptimo de cada semana, como pudo haberse reservado el cuarto o tercero²¹⁹ o cuantos hubiera querido, porque es el dueño de todo tiempo, y como supremo Legislador dicta leyes, que a todos obligan, y como Criador²²⁰ pudo reservarse cuanto hubiera querido de la creación.

Ha querido, además de señalar los días que se reserva, determinar la forma²²¹ cómo se le han de consagrar: oyendo misa entera, absteniéndose de trabajar y empleando el día en buenas y santas obras.

Es indudable también, que V.²²², personalmente cumple con el precepto de santificar la fiesta²²³, pero he dicho a V. y le repito, que como señora de su casa no cumple con el precepto, y que con su manera de obrar da un grave escándalo al pueblo.

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡D. Sebastián! ¿Y así me habla V. en mi misma cara y en mi propia casa?

-²²⁴No hay en ello descomedimiento alguno, señora. Advierta, además, que he sido consultado por V. sobre un asunto grave de conciencia, y que en estas circunstancias yo no puedo hablar de otra manera.

-¡Qué! ¿quiere V. formar una conciencia dudosa sobre una contestación mía perpleja para seguir engañándose a sí misma?

-Le advierto a V., señor cura, que a mí nadie me ha hablado en esa forma, y que V. es el menos llamado a ello.

¡Bien lo decía el pobre de mi marido, que era un santo! Los curas ¡oh! como les des el pie se toman la mano.

Y aquella pobre mujer, medio fatua y medio prudente, después que en su misma casa, a la que le había llamado para consultarle, denuesta e injuria así al pobre párroco, se echa a llorar convertida en un mar sin orillas de compungidas lágrimas.

²¹⁹ o el tercero **C**

²²⁰ Aunque podría referirse al Creador y no Criador.

²²¹ *determinar por la iglesia la forma* **B 169** y **C**

²²² Todas las abreviaturas "V." se desarrollan en *usted* **C**

²²³ *las fiestas* **C**

²²⁴ *B.P.*, nº 80, 15 de agosto de 1915, págs. 2-3.



-Pero, señora, ¿esto es una consulta o es un entierro? -díjola el cura con marcada impaciencia.

¿No me ha llamado V.? ¿No quiere oír mi opinión? ¿Qué culpa tengo yo de que alrededor de los ricos sólo se asiente la insinceridad y la adulación?

Página | 161

-Pero V. dice que yo escandalizo al pueblo.

-Efectivamente, señora, y el escándalo es mayor por ser V. rica y piadosa, pero déjeme hablar y verá si tengo o no razón.

Acaba V. de leerme en ese piadoso libro, que aún tiene entre sus manos, estas admirables palabras:²²⁵No basta para salvarte que cumplas con el precepto, es preciso, además, que procures que lo cumplan cuantos de ti dependan.

Dígame V. con toda ingenuidad, ¿sus criados oyen misa todos los domingos y días de precepto?

-Ya comprenderá V., señor cura, que esto es cosa del mayordomo.

-Señora, si éstas son cosas del mayordomo, ¿cuáles son las cosas de los amos?

Procure V., señora, que cuando se muera le acompañe su mayordomo para que, al pedirle V. Dios cuenta estrechísima de tan grave obligación, pueda V. decirle: Señor, esas cosas aquí a éste.

-Ya ve V. ¡pero como la misa se dice tan tarde y han de irse temprano a trabajar!

-¿Pero desde cuándo es lícito que los criados trabajen en los días de precepto?

-Mire V., ¡cómo luego pasan el día en la taberna!

-Es que el precepto, que obliga a V. gravemente a que sus criados no trabajen, no la obliga a que inquiere en qué invierten el día, así es que, si lo invierten en la taberna, o lo emplean mal, ellos y no V. serán los responsables ante Dios.

Crea V. que además²²⁶ eso de la taberna es una frase hecha de marcada exageración.

La mayor parte de sus criados no habían de invertir el día en la taberna.

Muchos tienen graves asuntos de familia a que dedicarse; tienen hijos que educar; tienen negocios que resolver, y todos tienen una crasísima ignorancia religiosa y una grave obligación de salir de ella.

²²⁵ En cursiva C

²²⁶ que, además, C



-¿Pretende V., señor cura, que dé ejercicios espirituales en mi casa?

-Haría V. una gran obra de caridad con ello, pero ni yo pretendo tal cosa, ni creo que esté V. obligada a ello.

Sin embargo, yo conozco señoras aristocráticas, sólidamente piadosas, que aprovechando esos días en que sus criados no trabajan y, sin menoscabo de su alcurnia ni de su dignidad, dedican las horas que aquéllos están reunidos a rezar con ellos el Rosario y a leerles el Año Cristiano, con mucha gloria para Dios y no poco provecho espiritual para sus criados.

Si V.²²⁷ no se encuentra con fuerzas para obra tan meritoria, ¿no tendría una persona piadosa, que se encargara de tan delicada y santa ocupación? ¿No podría V. por lo menos aconsejarles que asistieran a la plática doctrinal que hay en esos días en la parroquia?

-Mire V., señor cura, yo ante todo quiero salvarme.

-Me parece muy bien y creo que es un deseo santo y necesario²²⁸, porque ha de saber V. que una sola cosa es necesaria y ésta es la salvación.

-Quiero, pues, informarme bien de este asunto, para obrar conforme a la ley de Dios y evitar todo escándalo a mi prójimo.

-Hace V. admirablemente, y así debe obrar en todas sus cosas.

-Dígame V. ¿no se puede mandar a trabajar a los criados, después²²⁹ de haber oído misa, aunque sea muy grande la necesidad que exista?

-Sí señora, toda ley eclesiástica puede dispensarse en caso de grave necesidad.

Bastará que acuda V. al párroco exponiéndole la necesidad y, si estima justa la causa, dispensará en aquel caso concreto, y para evitar el escándalo en todos aquéllos que no sepan que existe la dispensa, aconsejará a V. que en el sitio del trabajo se coloque un cartel que diga: Se trabaja con permiso del cura párroco.

-Quedo perfectamente enterada y altamente reconocida al favor que V. me ha dispensado, y sobre todo estoy firmemente resuelta a cumplir con el precepto de santificar las fiestas, aun en aquellos que de mí dependan, llegando hasta donde la conciencia dicte y la

²²⁷ a partir de este párrafo y, hasta el final del cuento, se mantiene la abreviatura "V.".

²²⁸ *deseo santo necesario* C

²²⁹ *criados después* C



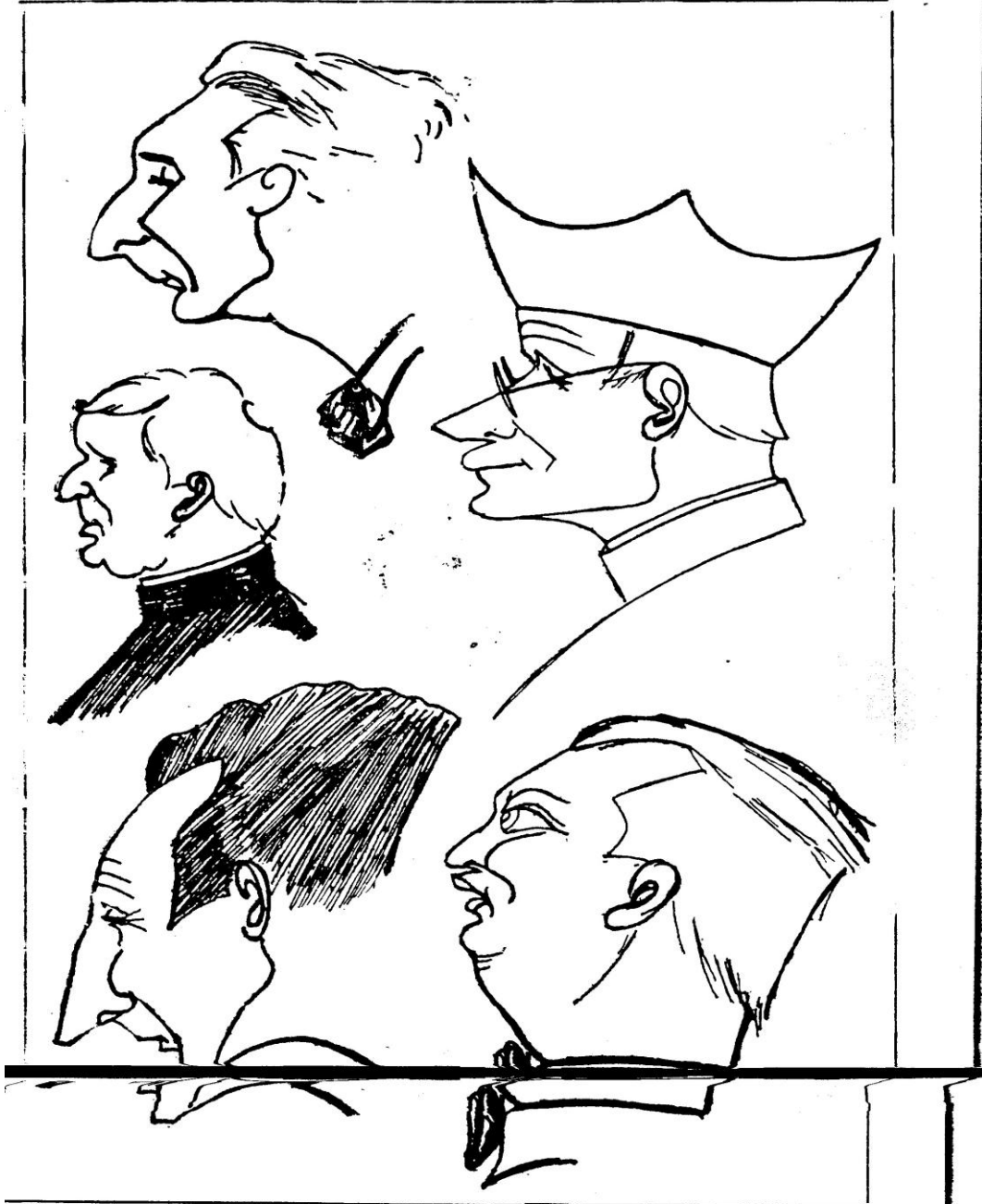
prudencia aconseje. Quiero ante todo asegurar mi salvación y evitar el escándalo de mi prójimo.

Y cuando D. Sebastián bajaba la calle más a prisa que de ordinario, admirado de que hubiera durado tanto tiempo la conferencia, y dudoso de que pudiera rezar ya horas²³⁰ menores antes de las doce, decía para sí: Ya suponía yo que para entrarse monja no había de ser, pero si cumple fielmente lo que promete, acaso haga más bien al pueblo que toda una comunidad de monjas carmelitas.



²³⁰ Horas C

Boletín
especial, 1929
(Fiestas parroquiales)



ALGUNOS COLABORADORES DE ESTA REVISTA VISTOS POR LLERENA

Foto extraída de la edición especial del "Boletín Parroquial" en su edición de 1929.



28.- Que madre nuestra es²³¹.

Eran las ocho y aún no había emprendido la marcha el expreso, que salía de Barcelona a las siete y cuarenta y nueve.

En uno de los lujosos y confortables departamentos se habían instalado el conde de Gibrals y su hija, y dos extranjeros.

Eran estos altos, secos, rígidos y estaban estrafalariamente vestidos.

El monóculo, la máquina fotográfica, el “kepís” y un pesado y amplio macfarlán de estrambótico corte y de rica tela a grandes y llamativos cuadros, completaban su indumentaria.

Hubiera sido esto bastante para conocer que eran ingleses; pero no dejaba lugar a duda alguna la altiva y enfática superioridad que querían demostrar en todos sus actos.

Cada minuto que pasaba aumentaba su impaciencia, repitiendo sin cesar que aquello sólo pasaba en España.

¡Oh si esto hubiera sucedido en Inglaterra!

Un movimiento casi imperceptible, primero; un prolongado resoplido, después; un crujir estridente de hierro sobre las múltiples plataformas, luego, y el gigantesco y esbelto expreso volaba por los campos catalanes.

Calmadlos los nervios de los impacientes extranjeros con la salida del tren, el imprescindible cigarrillo hizo de introductor de embajadores y siguió la autopresentación.

²³²Sir Henry y Mister Reclán, turistas ingleses, el conde y la condesita de Gibrals.

A Sir Henry no le gustaba Barcelona. Las plazas eran demasiado uniformes y las calles demasiado variadas.

²³¹ B.P., nº 81, 5 de septiembre de 1915, *Que madre nuestra es*, pág. 3. B.P., nº 82, 19 de septiembre de 1915, págs. 3-4. También aparece este cuento en *Narraciones Apologéticas*, págs. 42-50.

²³² aparece una división del texto mediante tres asteriscos C



¡Oh Londres...! Sí. ¡Oh Londres...! -decía Mister Reclán.

El puerto era de poco abrigo, de poca profundidad, de poca extensión.

¡Oh el Támesis...! Sí. ¡Oh el Támesis...! -repetía Mister Reclán.

Los campos estaban mal cultivados; las aguas mal aprovechadas; las carreteras intransitables. ¡Oh Inglaterra!

El conde de Gibrales disputaba con los extranjeros haciéndoles ver que sus apreciaciones eran poco exactas, debido, sin duda, al incompleto conocimiento adquirido en su breve estancia en Barcelona y a lo mal informados que estaban a cerca de las cosas de España.

La condesita permanecía silenciosa y contrariada por el fatuo endiosamiento de los ingleses, y hacía firmes propósitos de no tomar parte en la conversación, pues sabía que, de hablar, no podría hacerlo con la medida y reflexión con que hablaba su padre.

Una frase dicha en inglés por Sir Henry, dirigiéndose a Mister Reclán, colmó la medida de su paciencia e hizo que ésta, llena de justo enojo, y herida en su fibra más delicada, saliese de su mutismo.

-Eso, Sir Henry, dijo, no puede decirse en parte alguna sin grave injuria para la Virgen, ni puede afirmarse en España sin grave ofensa para los españoles, y menos en Aragón, y menos en Zaragoza.

-Dispense la condesita. Yo ignoraba que supiese el inglés.

-No, Sir Henry. Si la ofensa no está en que yo lo entienda. La ofensa consiste en esas palabras, que serían siempre injuriosas, aunque yo no las entendiera.

Un movimiento brusco, producido por la parada en firme del tren, que marchaba a toda velocidad, y la potente voz de un mozo de estación, que decía: Zaragoza, cinco minutos, interrumpió aquel acalorado diálogo.

Mas, apenas se hubo puesto de nuevo en marcha, como si el agitado movimiento de aquel monstruo de acero excitara a su imaginación y aguijoneara a su entendimiento, volvió la condesita a la lucha con nuevos bríos y dispuesta a dar la batalla.

-Sí, Sir Henry, Madre de Dios y Madre nuestra.

-Yo no puedo creer que una mujer sea madre de Dios.

-¿Cree V., Sir, que María es Madre de Cristo?



-Sí.

-¿Cree V. que Cristo es Dios y hombre y que en Él las dos naturalezas se han unido en una sola persona?

-Sí.

-Luego María, que es Madre de Cristo, es Madre de Dios.

²³³Madre de Dios y Madre nuestra, porque Cristo tiene nuestra misma naturaleza: un cuerpo como el nuestro y un alma como la nuestra.

Es el Hijo del hombre, el Primogénito de todos los nacidos y, por tanto, su Madre es Madre nuestra.

La irrefutable fuerza del lógico argumento de la condesita desconcertó e hizo enmudecer a Sir Henry.

-Lady, Sir Henry tiene razón -dijo Mister Reclán con tan poca fortuna como galantería.

-Razón ¿en qué?, Mister, porque hasta ahora no ha dado todavía razón alguna.

-Veo, señorita, y no con poca sorpresa²³⁴, que está más instruida en teología²³⁵ de lo que yo podía suponer.

-Hizo mal en no suponerlo, Sir, pues siempre se dijo que cualquier vieja rezona de España sabía más teología que muchos sabios teólogos de otras naciones.

-Pues con todas vuestras teologías, no llegaréis a convencerme. Vuestras exaltadas teorías de engrandecimiento de la Virgen empañan la grandeza de Cristo y empequeñecen su obra de la Redención.

-No son teorías exaltadas, sino profundísimas razones teológicas fundadas en los libros santos.

Nosotros damos a María el engrandecimiento que le corresponde, porque es Madre de Dios. "María, de la que nació Jesús, que es llamado Cristo".

²³³ B.P., nº 82, 19 de septiembre de 1915, págs. 3-4.

²³⁴, y con no poca sorpresa, C

²³⁵ Teología C



Y este culto, este honor no empaña sino que realza la grandeza de Cristo, pues honor del hijo, el honor que se atributa a su madre.

Sin empedecer la obra de Cristo, María es Corredentora del hombre.

Página | 168

-Eso, Lady, y os repito vuestras mismas palabras, no puede decirse en parte alguna sin grave injuria para Cristo.

-Esto puede decirse en todas partes sin ofensa para nadie.

Yo no ignoro que los dolores de la Virgen, como operaciones de una pura criatura, eran de un valor finito, insuficientes, por tanto, para causar la Redención.

Por eso no la llamo Redentora, sino Corredentora, y lo es en cuanto que Dios admitió su consentimiento en la Pasión de su Hijo, y sus dolores al pie de la cruz como meritorios para el hombre.

-Para la redención del pecado es imposible admitir la corredención de aquella que fue en pecado concebida.

-No hablemos de eso, Sir, no hablemos de eso. Asunto es ya resuelto hace más de sesenta años.

María, desde el primer instante de su Concepción, fue inmaculada, pura, sin mancha alguna y llena de gracia.

-Veo, señorita, que si está fuerte en teología no lo está en lógica.

¿Pudo obrar antes de ser? ¿Pudo merecer antes de existir?

-No, no fue libre del pecado original por sus propios méritos, sino por los méritos preventivos de su Hijo.

El que santificó al bautista antes de nacer, y por cuyos méritos se santificaron los antiguos Patriarcas, preservó del pecado y santificó a su Madre en el instante mismo de su Concepción.

-Ya lo he dicho, Lady, Sir Henry tiene la razón -dijo Mister Reclán.

-Entiendo -dijo el conde- que debe darse por terminada esta larga discusión. Yo creo firmemente cuanto ha expuesto mi hija con el ardimiento propio de mujer, joven y española, pero respeto las creencias de los demás.

-Yo también respeto las creencias de todos, pero no me conformo con eso. Yo sé ciertamente que mi doctrina es la verdadera y que la verdad es una sola y quiero que todos la conozcan.



-La verdad, Lady, la verdad, ¿qué es la verdad? -dijo Sir Henry.

-Como Cristo no quiso responder cuando Pilatos le dirigió esta pregunta, así tampoco yo quiero ahora responder²³⁶, Sir.

Rezad con frecuencia a la Virgen y ésta os dará a conocer la verdad.

Página | 169

-¿Y creéis que pueda la Virgen darme a conocer la verdad?

-¿Qué duda cabe en esto? Sir.

Al mérito de Corredentora en la tierra corresponde a la Virgen en la gloria el privilegio de medianera²³⁷ entre su Hijo y los hombres.

¡La verdad! ¡la verdad! repetía Sir Henry, lleno de graves y hondas preocupaciones.

²³⁸El tren en su vertiginosa carrera había atravesado las rientes y siempre verdes márgenes del Jalón y se internaba por las pardas y ondulantes llanuras de Castilla: Sigüenza, Guadalajara, Alcalá de Henares, Madrid.

Llegó a la estación de Atocha con notable retraso sin que Sir Henry protestara.

El conde de Gibrales ofreció a los extranjeros su hotel en la Castellana, y los extranjeros su casa en Londres.

-Lady, dijo a la condesita Sir Henry al despedirse: no sé, pero bien pudiera suceder que este viaje haya sido providencial.

Yo buscaba la verdad y ahora dudo de si la habré encontrado.

-No olvidéis, Sir, lo que os he dicho. Acudid a la Virgen y desaparecerán las dudas.

Acuérdese de que Madre nuestra es.



²³⁶ responderos C

²³⁷ Medianera C

²³⁸ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C



29.- Padre, ¡he perdido la fe!²³⁹

Cuando Rodriguito López Amaya²⁴⁰ y Pie de Concha atravesó el amplio portalón que daba acceso al patio exterior del colegio sintió una gran conmoción, como si hubiera recibido una fuerte corriente²⁴¹ eléctrica.

Un mundo de recuerdos vino a su mente.

Su primera llegada al colegio, acompañado de su santa madre, hacía ya... ¡cuánto...! ¡cuánto...! ¡Unos quince años!

Los buenos consejos de su madre al despedirse de él para siempre, como si presintiera que la muerte le acechaba: Rodrigo, que seas obediente, que seas bueno, que seas aplicado, y aquel beso de ardiente cariño que aún le quemaba las mejillas.

Su visita al P. Rector y la desagradable impresión que le produjeron las breves y secas palabras de aquel bondadosísimo Padre, al que, conociéndolo ya mejor, había él mismo bautizado con el sobrenombre de “el Padre Almendrita”, porque como las almendras era pequeño de cuerpo, brusco y seco al exterior, pero de un corazón grande, dulce y tierno.

Y sobre todo, su vida, que durante seis años se había deslizado tranquila y plácida, como cristalino arroyuelo entre flores, a la sombra tutelar de aquella bendita casa y bajo la égida protectora de aquellos santos Padres.

Aquellos recuerdos le impresionaron vivamente, hasta el punto de preguntarle el hermano portero si se encontraba enfermo.

No, hermano. Tenga la bondad de pasar esta tarjeta al P. Rector.

²⁴²Ni un rayo que hubiera caído a sus pies hubiera hecho mayor impresión en el ánimo del P. Rector que la tarjeta que puso en sus manos el hermano portero.

²³⁹ B.P., nº 85, 7 de noviembre de 1915, *Padre, ¡he perdido la fe!*, págs. 3-4. B.P., nº 86, 21 de noviembre de 1915, págs. 3-4. Repetido en B.P., nº 165, 28 de junio de 1931, págs. 2-4, en un único boletín. También forma parte de la obra *Narraciones Apologéticas*, págs. 10-16.

²⁴⁰ Anaya B 165, pero en la tarjeta que entrega más adelante se lee Anaya, lo que demuestra que se trata de una errata.

²⁴¹ Descarga B 165

²⁴² aparece una división del texto mediante tres asteriscos C



“Rodrigo López Amaya y Pie de Concha.- Ingeniero”.

¿Será posible? ¿Volverá, acaso, arrepentida al redil la oveja descarriada? ¿Este hombre perverso, que con su palabra ardiente y su pluma envenenada tanto daño ha causado, habrá sido tocado de la gracia?

Página | 171

Dios mío, ¿será un nuevo pródigo?

Si lo es en el arrepentimiento, lo es también en el cariño que aquí le profesábamos²⁴³.

El hermano portero habíase apartado, discreto, a uno de los ángulos de la estancia y allí esperaba paciente la respuesta del P. Rector.

Dudoso ante lo que él creía perplejidades del Padre, se atrevió a insinuar:

-¿Qué contesto, Padre?

-Que pase, que pase inmediatamente.

²⁴⁴En el dintel mismo de la puerta de la estancia esperaba impaciente el P. Rector la llegada del nuevo pródigo, pues él no dudaba de que Rodrigo volvía arrepentido de sus pasados extravíos.

Rodrigo arrojose a los brazos que amante le tendía el padre²⁴⁵, besó su mano, y con entrecortados sollozos dijo al Padre estas tristes palabras:

-Padre, ¡he perdido la fe!

-Gran daño te ha ocurrido en la vida, hijo mío. No ha podido ocasionársete mayor mal. Pero, si tú quieres, puedes recuperar la fe perdida.

-Padre, es que yo quiero creer y no puedo.

-Pide a Dios que ayude tu incredulidad.

El P. Rector lo había suavemente conducido a una de las butacas que en la sala había y ocupado él otra próxima.

Dejole llorar largamente amargas lágrimas de hondo arrepentimiento.

Cuando hubo terminado, díjole el Padre sentenciosamente:

²⁴³ *profesamos* B 165

²⁴⁴ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

²⁴⁵ *Padre* C



-Rodrigo, tú has perdido la fe porque has manchado el corazón. Límpiale con el dolor y el arrepentimiento y recuperarás la fe perdida.

-²⁴⁶Padre, ¡cuán dichoso era yo cuando creía!

-¿Y por qué no has de volver a serlo? ¿Por qué no has de creer de nuevo?

-¿Cómo puede el hombre creer las verdades que no comprende?

-Debe empezar por creer que existen verdades, que no puede comprender.

Cualquier hombre conoce fácilmente que en la Religión debe haber verdades incomprensibles, porque su inteligencia es limitada y la sabiduría de Dios es infinita.

-Y suponiendo que existan esas verdades ¿Por dónde las conoce el hombre?

-Por la revelación. Dios se ha dignado manifestar al mundo alguna de esas verdades sobrenaturales, que, por superar a la razón humana, jamás hubiera conocido el hombre, y otras que no están sobre la humana inteligencia, pero que no hubieran sido conocidas sino por muy pocos, con gran trabajo, con peligro de errar y expuestos a perderlas de nuevo por la debilidad de la inteligencia o por la influencia de las pasiones.

-¿Pero es posible la revelación, Padre?

-Sí, hijo, sí. No existe imposibilidad ni por parte de Dios que revela, ni por parte del hombre a quien revela²⁴⁷, ni de las verdades reveladas.

¿No va a poder Dios, siendo Omnipotente, revelar al hombre la verdad, cuando vemos diariamente que el hombre, sin serlo, comunica sus secretos a otros hombres?

¿No es el aprendizaje por medio del magisterio el medio más usual de conocer la verdad para el hombre²⁴⁸?

¿Y por parte de las verdades reveladas dónde está la dificultad?

Si son las naturales, es evidente, y de las sobrenaturales, como el entendimiento del hombre es apto para conocer toda verdad²⁴⁹, podrá seguramente conocer la existencia aun de las más abstrusas, como son los misterios, ya que no conozca su naturaleza.

-¡Ah, Padre! ¡Padre mío! ¡Cuánto consuelo derraman sobre mí sus palabras!

²⁴⁶ B.P., nº 86, 21 de noviembre de 1915, págs. 3-4.

²⁴⁷ Elimina: *ni por parte del hombre al quien revela* **B 165** y **C**

²⁴⁸ *el medio más usual para el hombre de conocer la verdad?* **C**

²⁴⁹ *conocer la verdad* **C**



¿Volverán para mí los días felices de fe firme y tranquila?

¿Y esas verdades que la fe nos enseña, son ciertas, firmemente seguras?

-Pero, Rodrigo, ¿no te acuerdas ya del catecismo? ¿No sabes que, como verdades dichas por Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, debemos asentir a ellas por la autoridad de Dios que las revela, con más seguridad que las verdades evidentes que comprende nuestra razón, la cual ciertamente puede engañarse y engañarnos?

-Si me dais, Padre, una prueba de que efectivamente Dios ha revelado las verdades, que la fe nos enseña, volvería ya nuevamente a creerlas.

-¿Quién podrá dudar de ello puesto que la Iglesia nos da pruebas auténticas de ello?

Estas pruebas son los testimonios de prodigios²⁵⁰ sólo posibles al poder de Dios: los milagros y las profecías.

-Padre, ya creo. Vuestros argumentos me han convencido.

-No, hijo mío. No son mis argumentos los que te han convencido. Es Dios²⁵¹ que ha ayudado a tu incredulidad. Es la súplica²⁵² constante de tu madre, cerca del trono del Altísimo²⁵³, que ha conquistado para ti esta gracia.

Sí, Rodrigo, ya crees. Lo dice tu semblante, antes triste y abatido, y ahora alegre y risueño. Lo he conocido en el imperceptible rumor que han producido al juntarse para sellar tu fe las alas²⁵⁴ de tu ángel custodio.

Sí, cree. Cree, pero no peques más, no sea que te suceda algo peor, la pérdida irremediable de la fe recuperada.

Y cuando Rodrigo Pérez Amaya y Pie de Concha saludó alegre y risueño al hermano portero, quedó éste perplejo y diciendo entre sí: ¿Pero entenderá acaso²⁵⁵ de medicina el P. Rector?

Y es que no sabía el hermano portero que hay también médicos espirituales para curar las enfermedades del alma.

²⁵⁰de los prodigios C

²⁵¹, es Dios C

²⁵², es la súplica C

²⁵³ altísimo C

²⁵⁴ tu fe, las alas C

²⁵⁵, acaso, C



30.- Uno y tres²⁵⁶.

Juanillón estaba aquel día de un humor detestable.

Y la cosa era para más, para mucho más²⁵⁷. Juanillón quería casarse. Era cosa ya resuelta entre las familias de los dos contrayentes, y hasta se había fijado la fecha para el día de la fiesta de la Patrona de la aldea en que había nacido.

Decidido y resuelto, tomó un día los papeles y dirigióse a la parroquia²⁵⁸ más cercana.

Allí le dijeron que no podía ser en aquella parroquia, sino en la de San Pedro.

¿Qué más dará?, decía él; y allá se encaminó.

-Señor Cura, yo quiero casarme, le dijo al párroco, cuando estuvo en su presencia.

-Bien, hombre. ¿Traes ahí los documentos?²⁵⁹

-No señor. Yo no traigo documentos ningunos.

-¿Pues qué papeles son esos?

-Estos son la fe de vida y la fe de mozo.

-¿La fe de qué?

-La fe de nacimiento y la fe de soldao²⁶⁰.

-¡Ya! Trae.

-¿Tienes padre?

-Lo tuve, pero se murió cuando era yo así -y puso la mano levantada a un

palmo del suelo.

²⁵⁶ B.P., nº 87, 5 de diciembre de 1915, *Uno y tres*, págs. 3-4. B.P., nº 88, 19 de diciembre de 1915, págs. 3-4. De nuevo aparece en el B.P., nº 168, 11 de octubre de 1931, págs. 2-3. También forma parte de la obra *Narraciones Apologéticas*, págs. 17-25.

²⁵⁷ Punto y aparte C

²⁵⁸ Se elimina de: *a la parroquia (...)* y continúa en el diálogo *-Señor Cura, yo quiero casarme...* B 168

²⁵⁹ Se elimina desde el final de esta frase hasta continuar en: *¿Tú sabes la doctrina?* B 168

²⁶⁰ "soldao" (en cursiva) C



-Entonces es preciso que traigas certificado de su defunción.

-¿Y cómo va mi padre a certificar si está muerto?

-No, hombre. El que habrá de certificar es el párroco en cuya parroquia haya muerto.

¿Madre tienes?

-Sí, señor.

-Pues es preciso que ésta dé su consentimiento.

-¡Pero si no es ella la que se va a casar, padre²⁶¹!

-¿Y qué importa? Esto es un requisito legal indispensable. Asimismo deberán presentarse los padres de la novia, para entregar los mismos papeles y entregar²⁶² iguales requisitos. Después tienen ustedes que examinarse de doctrina cristiana.

¿Tú sabes la doctrina?

-Yo no, padre. ¡Como no sé leer!

- Pero has podido aprenderla de palabra. Mejor dicho. Tienes que aprenderla de palabra, porque saber los principales misterios de la fe es tan necesario que nadie puede sin ese conocimiento ni salvarse, ni casarse.

Tómate, pues, unos días. Busca quien te enseñe lo que es indispensable saber, las principales oraciones, los sacramentos y los mandamientos, que hay un solo Dios, el misterio de la Santísima Trinidad, y a dónde van después que mueren los buenos y los malos.

Cuando sepas todo esto bien sabido, entonces vienes para examinarte.

-¿Y todo eso hay que aprenderse, Sr. Cura?

-Sí, todo eso.

²⁶³Así estaba Juanillón aquel día de un humor detestable.

Si le hubiera mandado trasladar una montaña, Juan hubiera empezado aquella misma tarde a cavar tierra, pero ¡mandarle aprender la doctrina!

¿Y por dónde empezaba? Había, no obstante, que empezar²⁶⁴, porque había ya decidido casarse y no había que pensar en dejar pasar la fecha señalada.

²⁶¹ Padre C

²⁶² llevar C

²⁶³ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C



Ocurriósele entonces una idea salvadora y a ella se acogió como el náufrago a una tabla.

Frente a la casa, que él habitaba allí en la ciudad, vivía un seminarista, que estudiaba ya uno de los últimos años de la carrera, que era casi cura, decía Juanillón.

Había trabado alguna amistad con él por ser ambos originarios de la misma aldea y a él pensó Juan acudir con sus cuitas.

Prestóse de buen grado el seminarista a hacer la obra de misericordia y hasta quiso meterse en perfiles de catequista para enseñar a Juan.

En poco tiempo recordó Juan las principales oraciones: el Padrenuestro, el Credo y la Salve.

Al cabo de diez días de clases dobles, ya se atrevió Luis, el seminarista, a explorar los conocimientos adquiridos por Juan.

-Con que ya sabes, Juan, que los mandamientos de la ley de Dios son diez, mejor dicho, son muchos; pero diez son los principales; que estos mandamientos fueron impresos por Dios en el corazón de todo hombre, pues sin haberlo²⁶⁵ estudiado, sabe que debe amarse a Dios y honrar a los padres; que fueron publicados por Dios en el monte Sinaí, y escritos en dos tablas de piedra, ¿no es verdad?

-Sí, Luis, sí.

-Y podrías tú decirlos ¿no es cierto?

-Sí. El primero: Amar a Dios sobre todas las cosas. El...

-Basta, hombre. ¡Pero si yo estoy seguro de que tú lo²⁶⁶ sabes!²⁶⁷

Y también sabes que los sacramentos son unas señales exteriores que sanan y justifican al alma, y que todos fueron establecidos por Nuestro Señor Jesucristo, pues sólo Él, como Dios que es, podía unir la gracia, que es sobrenatural, a una cosa sensible.

-²⁶⁸¿Cuántos son los Sacramentos, Juan?

-Siete. El primero...

²⁶⁴ Era preciso, *no obstante, empezar* C

²⁶⁵ *haberlos* C

²⁶⁶ *los* C

²⁶⁷ aparece entre signo de interrogación en todas las ediciones, aunque suponemos que se trata de una errata.

²⁶⁸ *B.P.*, nº 88, 19 de diciembre de 1915, págs. 3-4.



-No, hombre, no. No dudo de que los sabes y, además, ¿tú estás cierto y convencido de que existe Dios, y de que éste es Uno en esencias²⁶⁹ y Trino en personas, y de que premia a los buenos y castiga a los malos en la otra vida?

-Mira, Luis. Que Dios existe lo dice cualquiera de las cosas que vemos en el mundo, porque solas no se iban a hacer, que es Uno lo entiende cualquiera, porque, si fueran dos y ambos dioses, sobraba uno; que premia²⁷⁰ a los buenos y castiga a los malos, lo mismo, pues para hacer eso no es preciso ser Dios, porque eso lo hace todo el que sea justo; pero que sea “uno y tres”, que sean tres personas, personas completas cada una, y sea un solo Dios, ¡vaya, que eso no pasa!

-¿Pero por qué, Juan? Si yo dijera que un Dios son tres dioses, o que tres personas son una persona, sería entonces absurdo, pero no lo es que tres personas sean un solo Dios; no lo es que una misma naturaleza, sin dejar de ser una, se comunique a tres personas, siendo éstas totalmente distintas, porque una cosa es la naturaleza que hace a Dios Uno, y otra cosa las personas que hacen que Dios esté en tres.

-¿Y quieres decirme lo que es naturaleza y es persona²⁷¹? porque yo lo que sé es que donde hay uno no hay tres, y si hay tres ya no hay uno solo.

-Pues mira, Juan. Aunque tú no lo entiendas, te digo que naturaleza es la esencia de cada cosa, es la forma de su ser y por lo que se distingue de otras naturalezas, y persona es un ser²⁷² inteligente, que forma él solo un todo completo e incommunicable.

Bástate a ti saber que una cosa no es otra, y que²⁷³ el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y que no son tres dioses.

El Padre ha engendrado al Hijo, y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo.

-Pues entonces el Padre será Dios, pero el Hijo y el Espíritu Santo me parece que no deben serlo.

-Pero hombre, Juan, no digas disparates.

-¿Pues no decíamos antes que si hubiera dos Dioses²⁷⁴ uno de los dos sobraría?

Pero si aunque el Hijo es Dios, porque, sin duda ninguna lo es, puesto que el Padre entiende y entiende principalmente su propia naturaleza, y al entender forma una idea, que es

²⁶⁹ *esencia* C

²⁷⁰ *premie* C

²⁷¹ *¿Y lo que es naturaleza y persona?* C

²⁷² *sér* A

²⁷³ *otra, que* C

²⁷⁴ *dioses* C



sustancial, y que es indistinta de Dios, idéntica al mismo Dios; y aunque el Espíritu Santo también lo es, porque el Padre ama al Hijo, que engendra, y el Hijo ama al Padre, y ese amor es también una sustancia indistinta de Dios, idéntica a Dios, no son tres Dioses²⁷⁵, sino uno solo.

Dime, Juan: ¿No tienes tú memoria, entendimiento y voluntad?

-Yo creo que sí.

-¿Y cuántas²⁷⁶ almas tienes?

-Pues una.

-Ya ves como en el alma hay *uno* y *tres* a un tiempo.

¿Y un árbol no tiene raíz, tronco y copa. Es uno, y tiene tres cosas distintas que forman una sola?

-Verdad.

-¿Y el agua no es la misma en la fuente, en el estanque o²⁷⁷ en el río, y ni la fuente es el estanque ni el estanque es el río, ni hay más que un agua?

No es la misma en el hielo, en el arroyo y en las nubes y...

-No sigas, Luis, no sigas, que ya lo iba viendo claro y se va a enturbiar.

²⁷⁸Aquella misma noche fue Juan a examinarse acompañado del futuro padrino de boda.

-¿Y qué, Juan, sabes ya bien la doctrina? Preguntóle el Sr.Cura.

-Sí, señor. Capaz soy yo ahora hasta de predicar.

-Bien, hombre. Así me gusta. ¿Quién te la ha enseñado?

-Un paisano mío que se llama Luis y que va para Cura.

-¡Ah, ya! Luisito Cañizares, ¿Verdad?

-Sí, señor.

-Pues vamos a ver. Dime los Sacramentos.

²⁷⁵ *dioses* C

²⁷⁶ *cuánta* A

²⁷⁷ y C

²⁷⁸ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C



• • • • •

-Bien. ¿Cuántos dioses hay, Juan?

-Uno.

-¿Y personas?

-Tres.

-¿Estás tú cierto?

-Eso dice mi paisano.





31.- Sí, Jesús es el Mesías²⁷⁹.

Serían las cinco de la tarde cuando el magnífico automóvil de D. Rosendo Escabel y Perezarca, conde de Pinofies hacía su entrada en la plaza de Pedrales entre la rechifla general de todos los vecinos arrastrado por dos borricos, que guiaba un labriego²⁸⁰.

No hacía media hora que había pasado a toda velocidad por la carretera que atraviesa la aldea, poniendo en peligro la vida de los pacíficos vecinos, que ataviados ya con la ropa dominguera cantaban villancicos y bailaban al son de las panderetas, rabeles y zambombas.

Una vuelta mal tomada por el Chauffer lanzó el vehículo por la tangente cayendo en un despeñadero, sin graves consecuencias para los que lo montaban, pero imposibilitándolo para continuar la marcha.

Acomodose D. Rosendo en una modestísima habitación del único mesón de Pedrales, en el que se veía obligado, muy a pesar suyo, a pasar la Nochebuena, lejos de los suyos, que moraban en una ciudad próxima, a la cual se dirigía después de pasar unos días en el campo.

En la solitaria y tétrica estancia oía continuamente el alegre estruendo de la zambra y algazara con que todo el pueblo festejaba la Nochebuena.

Aquella ingenua, rebosante y sana alegría de la aldea, tan distinta de la fingida y acibarada²⁸¹ de las grandes ciudades, trajo a su mente un mundo de recuerdos de antiguos y olvidados hechos.

¡Cuántos años! ¡Cuántos!

Muchos, muchísimos que habían ocurrido y muchos que no habían cruzado por su mente, pero que por asociación de ideas se le representaban ahora con toda claridad.

Era él entonces un niño y habitaba con sus padres el grandioso palacio situado en una villa de la Serranía de Ronda, que fue la casa solariega de sus ilustres antepasados.

Entonces había celebrado él la Nochebuena con la sencillez²⁸² e ingenuidad que entonces²⁸³ observaba en el pueblo.

²⁷⁹ B.P., nº 89, 9 de enero de 1916, *Sí, Jesús es el Mesías*, págs. 2-4. Repetido en B.P., nº 111, 24 de diciembre de 1916, págs. 2-4. B.P., nº 159, 21 de diciembre de 1930, págs. 2-3. También forma parte de la obra *Narraciones Apologéticas*, págs. 33-41.

²⁸⁰ hacía su entrada en la plaza de Pedrales, arrastrado por dos borricos, que guiaba un labriego, entre la rechifla general de todos los vecinos C

²⁸¹ fingida y almibarada C

²⁸² con sencillez B 159

²⁸³ ahora C



Después, cuando quedó dueño de aquel inmenso patrimonio, también él, desoyendo los reiterados consejos de su santa madre, y dejándose llevar de la nueva orientación de los nobles de su tiempo, abandonó el puesto de padre de sus colonos con el que Dios²⁸⁴ le había honrado, y se trasladó a la corte, entregando su patrimonio en manos de administradores sin conciencia y sin entrañas.

En la corte los placeres y devaneos encenagaronle el corazón, la asidua lectura de los enciclopedistas franceses pervirtiéronle la inteligencia, y el trato continuo con hombres perversos y descreídos acabaron por arrancarle la fe.

Hacia muchos años que nada creía ni nada practicaba, pasando entre sus conocidos como el prototipo del hombre descreído y despreocupado.

Y sin embargo aquella situación y aquella noche, aquella algaraza y aquellos recuerdos impresionaronle hondamente y por primera vez, después de muchos años, hallose inquieto, y conmovido.

²⁸⁵Un retozón y alegre repique de campanas sacolo de su abstracción.

Era aquél el llamamiento que las campanas hacían a los fieles para que se reunieran en el templo a celebrar la conmemoración del misterio del nacimiento del Mesías y Redentor, el Deseado de las generaciones, y como nunca eran sus lenguas parleras y ladinas.

Don Rosendo estuvo dudando entre acostarse o ir al templo. Entre acostarse²⁸⁶ para no dormir, o ir al templo por curiosidad, optó por lo segundo.

Tomó el amplio y confortable gabán de pieles y, seguido del ayuda de cámara y del chauffer, dirigióse a la iglesia parroquial.

El conde llegó a la iglesia cuando aún no había empezado la Santa Misa y sin que su presencia causara extrañeza alguna ocupó un asiento, confundido entre los labriegos.

Dos cosas llamaron poderosamente su atención: la pobreza, la miseria de aquel templo desvencijado y húmedo, expuesto a todas las inclemencias, y el silencio, el recogimiento y el fervor de todo el pueblo allí congregado.

A las doce en punto, en medio del silencio y de la majestad de la noche, empezó la Santa Misa.

El pueblo en masa, formando un coro compacto, nutridísimo y armónico, la²⁸⁷ oficiaba.

²⁸⁴ con que Dios **C**

²⁸⁵ aparece una división del texto mediante tres asteriscos **C**

²⁸⁶ templo, y entre acostarse **C**



D. Rosendo estaba estupefacto.

Él no conocía más piedad que la fingida, dulzona y acomodaticia de la corte, ni había asistido a otros actos de culto más que a alguna misa de una en las Calatravas, y esto por compromiso o por bien parecer.

Página | 182

Al entonar el párroco el *Gloria in excelsis Deo*, rasgose un tupido velo y dejó ver tras sí un portal que representaba al de Belén, en el que naciera el Salvador.

El ruido de las campanas y de los timbales, zambombas y rabeles, hízole ensordecen. El coro continuó el *Gloria* con suave melodía y afinación, todos los asistentes rebosaban una santa e inefable alegría y D. Rosendo tuvo que acudir presuroso a enjugar sus ojos que lloraban, sin que pudiera explicarse si era suave emoción, o contrición honda y sincera.

Después de cantado el Santo Evangelio, empezó el párroco a explicarlo a los fieles.

“Y aconteció en aquellos días que salió un edicto del César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo... E iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad... Y estando allí en *Bethlehem María y José*, aconteció que se cumplieron los días en que había de dar a luz... Y dio a luz a su Hijo Primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre...”

“Y había unos pastores en aquella comarca que estaban velando y guardando las velas de la noche sobre su ganado... Y les dijo el ángel: No temáis, porque he aquí que os anuncio un grande gozo, que será a todo el pueblo: Que hoy es nacido el Salvador, que es Cristo, Señor, en la ciudad de David.”

Sí, Jesús es el Salvador y Mesías esperado con ansiedad durante cuatro mil años por la humanidad doliente; el rocío divino enviado por las nubes del cielo para calmar la ansiedad de la humanidad pecadora, y la bella flor de las anhelantes esperanzas brotadas²⁸⁸ de la tierra, decía el anciano párroco, arrobado de celestial inspiración y grandemente conmovido al exponer el pasaje evangélico.

Sí, Jesús es el Mesías y Salvador prometido en la Ley anunciada por los Profetas.

Dios constituyó a Adán y a Eva, continuaba, en estado de santidad, y les adornó de dones preternaturales, y les señaló como castigo, si faltaban a sus mandatos, la pérdida de esa gracia y la muerte temporal y eterna.

²⁸⁷ omite ese la B 159

²⁸⁸ brotada C



Pecó Adán, y en él todos pecamos, porque Dios incluiría en la voluntad de Adán la voluntad de todos sus descendientes, pero movido Dios a misericordia, dispuso la Redención.

Para redimir al hombre del pecado, el Verbo divino se unió a la humana naturaleza en unidad de persona, sin confundirse las dos naturalezas.

Tomó un cuerpo y un alma como los nuestros, a que unió su Persona Divina, quedando Dios y hombre verdadero, porque siendo infinita la gravedad de la ofensa hecha a Dios, sólo un hombre que tuviera dignidad infinita podía dar una satisfacción proporcionada.

Adán y Eva tuvieron conocimiento de las promesas de la Redención por boca del mismo Dios, promesa que a través de los siglos fue determinándose por los Profetas.

Jacob había profetizado, que no nacería el Mesías hasta que no faltara el cetro de la casa de Judá. Isaías, que nacería de una Madre Virgen. Miqueas, que nacería en Belén. Daniel, profetizando sus semanas, fijó el año en que había de nacer.

Y así el año 4000 de la creación del mundo, el 25 de diciembre del año anterior al primero de nuestra Era, de una Madre Virgen, en Belén de Judá y siendo rey Herodes, nació el Redentor del Mundo.

Don Rosendo estaba estático ante aquella sencillísima y apostólica exposición de las más sublimes verdades.

Él, que abroquelado tras la coraza de su incredulidad había escuchado impávido en diversas ocasiones notabilísimos sermones de los oradores de moda en la corte, no sabía explicarse²⁸⁹ cómo aquella palabra sencilla, aunque llena de unción evangélica, había podido penetrar como dardo inflamado en su corazón sin que hubiera sido

obstáculo su impiedad, y es que no sabía que Dios, cuya misericordia es infinita y cuyos juicios son inescrutables, había querido entonces prevenirlo con su gracia.

²⁹⁰Dos horas llevaba D. Rosendo en la cama intentando inútilmente conciliar el sueño.

Convulso y agitado en su cuerpo y aún más agitado y convulso en su espíritu²⁹¹, sentíase en un estado indefinible, mezcla de temor y de esperanza.

Su conciencia, tantos años²⁹² adormecida por la más fría indiferencia, despertaba entonces súbitamente, temerosa y alarmada de aquella vida gastada en el vicio y en la incredulidad, lejos de Dios y apartada de toda justicia y rectitud.

²⁸⁹ explicar C

²⁹⁰ aparece una división del texto mediante tres asteriscos C

²⁹¹ y aún más en su espíritu C



Claramente, como nunca, veía entonces todos sus crímenes y extravíos.

La luz de su conciencia, avivada por la gracia, se los presentaba en toda su deformidad, y lloró amargamente, largamente, todos sus pasados yerros.

Página | 184

Un alegre repique de campanas dado al amanecer hízolo saltar del lecho.

Dirigióse presuroso al templo y rogó con mucha humildad al párroco que tuviera la bondad de oírlo en confesión.

Fue esta larga, detallada, sincera y dolorosa.

No quiso marcharse sin despedirse del señor Cura, al que saludó efusivamente, besando respetuosamente su mano.

Señor Cura, le dijo al marcharse, Dios se ha apiadado hoy de mí²⁹³ y V.²⁹⁴ ha sido el instrumento de su misericordia.

Una hora después montaba en el soberbio automóvil, que desde la ciudad le habían mandado. Y al pasar por la curva en la cual se despeñaron, dijo muy conmovido: Verdaderamente éste es el sitio en que Saulo fue derribado de su caballo.



²⁹² tantas veces **B 159**

²⁹³ marcharse, se ha apiadado de mí **C**

²⁹⁴ usted **C**



32.- El tío “Candelas”²⁹⁵.

(Cuentos para pequeños y... grandes)

Página | 185

Pues, señor -así principian los cuentos- el tío *Candelas* era un buen hombre a carta cabal, honrado, trabajador, sobrio, amante de su familia, buen cristiano, esposo modelo y padre bonachón. Nunca se le vio en la taberna, pues del campo a casa y de casa a la iglesia, no tenía tiempo para más.

Sucedió un día... ¿Sabéis lo que sucedió? Que el tío *Candelas*, como sucede a cada hijo de vecino, y si no sucede sucederá, dejó de existir, es decir, se murió. Y allá se fue el tío *Candelas* derecho al cielo, sólo que al llegar a la puerta la halló cerrada y al Santo Portero con cara de pocos amigos.

-Hola, San Pedro. ¿Haría usted el favor de abrir?

-No, señor.

-¡Hombre!, digo ¡Santo!

-No hay hombre ni santo que valga; yo no abro a nadie únicamente porque sí; es necesario que vea antes si usted trae la documentación en regla.

-¡Pues no he de traerla!

Y entregó un rollo de papeles a San Pedro.

Mientras el Santo Portero los examinaba el tío *Candelas* decía:

-¡Pues si yo he sido el hombre más de bien de todo el mundo! Todos los días a misa; todas las noches al rosario; todos los domingos a confesar y comulgar; nunca he reñido con la suegra, ni he pegado a mi mujer; jamás he leído un periódico malo ni he dicho malas palabras; no he ido a cafés, ni a teatros, ni he trabajado en días de fiesta; he observado los ayunos y abstinencias, y no hay mortal que pueda decir que le debo un tanto así. ¡Claro que voy al cielo! Lo que me extraña es que el Señor San Pedro no haya tenido noticia de mi llegada y tuviera las puertas de par en par.

²⁹⁵ B.P., nº 91, 7 de febrero de 1916, *El tío “Candelas”*, págs. 2-3.



-Pues, hijo, a mí no me extraña tanto: lo que sí me extraña es tu extrañeza, pues me parece que habrás de marchar de aquí a la ligera²⁹⁶.

-¡Cómo!

-Como lo oyes, pues tus cuentas están muy defectuosas.

-¡Pero, San Pedro...!

-Sí, ya lo sé; has sido muy bueno para ti; pero, dime, ¿y tus hijos?

-Todos bien, gracias a Dios, menos el pequeño, que está con el sarampión.

-No, no pregunto por su salud, sino por su educación, ¿Qué cuidado has tenido de ellos? Tú ibas a misa; pero ¿y ellos? Tú rezabas, mas ellos se iban de parranda; tú ayunabas, tú leías buenas lecturas; pero ellos han salido unos perdidos de marca mayor, sólo porque no has tenido cuidado de educarlos como Dios manda.

-¡Pero señor San Pedro, si yo no podía con ellos!

-No podías a buenas, pero ya hubieras podido con una buena tranca. No has evitado que fueran con malos compañeros, ni que blasfemaran, ni que fueran al café, ni que leyeran aquellos periódicos que les han emponzoñado el corazón y quitado la fe.

¡Ah *Candelas, Candelas!* Tú has sido muy bueno, pero no has procurado que los tuyos lo fueran, y así, en castigo, quedas condenado a permanecer a la puerta de fuera del cielo, hasta que tus hijos se conviertan y hagan penitencia.

Y colorín, colorado

¡Cuántos padres por ser unos *Candelas* se quedarán sin entrar en el cielo!



²⁹⁶ *Ijera A*



33.- Domine, non sum dignus²⁹⁷.

D. Rosendo, el nuevo párroco de Cumbrales, había amanecido aquel día de humor detestable. Página | 187

No eran aún las cinco de la mañana y ya estaba ensartando un largo sermón a la mesilla de su cuarto tratando de convencer a un auditorio invisible.

Tú, viejo recalcitrante, no quieres recibir en tu casa a Cristo Sacramentado, a pesar de que estás impedido, y lo estarás por mucho tiempo, no porque no seas digno, que eso es ya sabido, sino por no perder tu puesto de hombre fuerte entre tus admiradores.

Tú, vieja pertinaz, que estás impedida hace muchos años no quieres que venga a ti el Señor, no por el pretexto que tú pones de tu casa, tu cama y tu ropa, sino porque el miedo que tienes a la muerte hace que te figures que, si va Jesús a casa, Él, que es la Vida, te vaya a llevar la muerte.

Tú, mujeruca, que llevas seis meses en esa cama, te niegas bajo el pretexto de que no estás para eso, cuando para recibir la comunión en casa y cumplir así con el precepto de la Iglesia no es preciso enfermedad alguna, sino que basta el tener una causa, cualquiera que ésta sea y que impida trasladarse a la iglesia.

¿Que ya lo haréis en la parroquia cuando podáis? ¡Si no es eso! ¡Si es preciso que podáis antes que termine el tiempo prefijado, y esto bajo pecado mortal, sin que os valgan las excusas de los achaques, ya que podéis hacerlo en vuestra casa!

¿Puede darse descortesía mayor, Jesús del alma? ¡Vos estáis dispuesto a ir a todas las casas, por pobres, viejas y ruinosas que sean, a visitar a todas las personas, de cualquier clase y condición siempre que os quieran recibir con las debidas disposiciones, y ellas obstinadas en cerraros las puertas de su casa y de su corazón! ¿Puede darse mayor ingratitud?

Cuando acabó el improvisado sermón, dirigióse a la parroquia a disponer lo necesario para la gran solemnidad.

Ordenó la carrera de la procesión según el trazado exigido por el número de impedidos, dio aviso para que exornaran los vecinos sus casas, fijó la hora, y particularmente invitó a todos para que asistieran a aquella procesión, a la cual, como él afirmaba, todos tenían una obligación especial, pues por lo mismo que Jesús sale de su casa para visitar a los impedidos, deber es de los que no lo están el acompañarle.

²⁹⁷ B.P., nº 96, 30 de abril de 1916, *Dómine, non sum dignus*, págs. 3-4.



Pero llegó y pasó la hora prefijada, las campanas tocaban llamando a los fieles con sus más sonoras tocatas, y los fieles no aparecían por ninguna parte.

Él, recién salido del seminario, con todas las ilusiones de la juventud ardorosa, con la falta de práctica consiguiente, y no entrenado en la despiadada lucha del diario batallar, sentía angustias mortales ante lo que creía un gran desacato al Salvador.

Organizose la procesión entre la general indiferencia.

Algunas piadosas mujeres y no pocos niños la formaban, y así, modestamente, fue recorriendo Jesús piadoso, Jesús Eucaristía, las casas de los pobres impedidos, buscando uno a uno, como buscó un día a la oveja perdida, llamando a sus puertas, a veces remiso, como el pobre, que pide una limosna, siempre lleno de misericordia y dando a todo su Cuerpo y Sangre en aliento de vida eterna.

El pobre párroco, desilusionado, triste y lleno de mortal congoja, entre versículo y versículo de los salmos litúrgicos, iba haciendo reflexiones, sin poder contener su imaginación.

No fue así como entró en Jerusalén, en donde salieron todos a recibirle con palmas, ramos y melodiosos cantos.

No a una o a dos calles, sino a algunas leguas fue el Centurión a buscarlo para llevarlo a su casa, y con grande humildad le dijo: "Señor, yo no soy digno de que entréis bajo mi morada, decid sola una palabra vuestra, *que es palabra de vida*, y mi criado será salvo".

¡Ah! decía lleno de santa indignación, ¡si se tratara de un gran personaje cómo habían de ir todos para recibirlo y acompañarlo aunque fuera lejos del pueblo!





34.- Venid y vamos todos...²⁹⁸

María, en el horizonte, el sol abrasador...

Página | 189

La brisa empezaba a mover con sus caricias las hojas de los árboles.

El crepúsculo brindaba un atardecer plácido, presagio de noche reparadora.

Por el camino cruza un hombre en cuya faz se retratan a lo vivo preocupaciones indefinibles. Las campanas de cercana iglesia, como si dieran al día un sincero adiós, vibran, alegres, con sus lenguas de metal.

El viajero sigue su camino, silencioso, recogido, tal vez interiormente agitado...

A sus oídos llega un eco seductor. Y el eco ha penetrado hasta su alma. Es la voz de la vida, el eco del amor. Es la niñez que ríe, la inocencia que canta el optimismo de sencilla y candorosa fe.

El viajero se ha detenido... Él ha oído algún día esa canción de ingenuidad y de entusiasmo. Hasta cree que la cantó, no sabe cuándo, pero, desde luego, en tiempos lejanos, en día que se esfumaron en irrecordable ayer.

Y la voz infantil llega de nuevo hasta el corazón del transeúnte...

*Venid y vamos todos
Con flores a María...*

La noche, en sus comienzos, prolonga en el horizonte de sus calmas, el aire angelical de esa canción de piedad y de amor.

El transeúnte ha entrado en la iglesia... Ha entrado sin querer, sin pensarlo, por esa inconsciente sugestión que nos mueve a veces a ir adonde menos pensábamos, sugestión que se reparten el pecado y la Providencia, que en ocasiones nos lanza al precipicio, y nos redime otras, porque es lazo tendido por Dios... ¿No conocéis en vosotros mismos esta historia?

-Venid... ya estoy, -se dijo a sí mismo el transeúnte- ya estoy aquí...

²⁹⁸ B.P., nº 97, 14 de mayo de 1916, *Venid y vamos todos...*, págs. 3-4.



...y vamos todos

con flores a Maía

Página | 190

-Con flores, con flores, -repitió él. Y sus ojos se llenaron de lágrimas... Miró a su alma, al huerto de su corazón... y se asustó de sí mismo... Su alma era un erial. Erial y yermo, y páramo sin planta lozana... Las tuvo un día, cuando cantó esa canción, cuando de sus labios salió esa plegaria; pero las dejó secar, pero las dejó sin el riego de la fe, y murieron, murieron agostadas por el calor de la pasión que quema, de la indiferencia religiosa que es muerte, la muerte de la fe y de la piedad...

No tenía flores... porque en su alma ni había fe, ni había esperanza, ni había amor... Era uno de tantos hombres que se pasean por el mundo, vivos, siendo cadáveres; moviéndose, sin tener dentro de sí el principio del movimiento... que dignifica, que engrandece, que hace progresos de verdad ¡sin tener a Dios! Lector, ¿eres tú de ellos?

Los niños seguían cantando... Y el altar de la Virgen se convirtió en un pénsil. Las flores le cubrían por completo.

El transeúnte miró a su Madre... Miró a la Virgen. Y la Virgen sonrió...

Venid y vamos todos

Con flores a porfía.

-Sí, sí -dijo él- todos, todos... Y volvió a llorar... Con flores a María...

Vosotros, niños, con las flores de vuestro candor y de vuestra pureza...

Yo... con las flores de mis lágrimas... con las flores de mi dolor y de mi contrición...

Y repitió el coro:

Con flores a María

Que Madre nuestra es.

Y la Madre volvió a sonreír...

Y es que a la Virgen le agradan las flores de los niños... Pero le agradaban también las flores del transeúnte... Las lágrimas del hombre que brotaban ingenuas y fervorosas del corazón...

La penitencia también da flores... porque la penitencia es dolor, dolor de haber pecado. Y ese dolor sabe a Cielo, sabe a amor de Dios...



¡Ay! ¡Si no fuera por esas flores de penitencia habría tan pocos corazones floridos...!

¿Verdad, lector amado, que sí?

Si no las flores de los niños, la inocencia y el candor, ¿no ofreces si quiera, como ese transeúnte, en este mes de Mayo a la Virgen las flores del dolor? ¿Ni esas siquiera?





35.- La Ascensión del Señor²⁹⁹.

Juanín era un niño aplicado, bueno y piadoso.

Había oído hablar de la Ascensión del Señor, de los ángeles que le acompañaban, de los justos que le seguían, de las vestiduras resplandecientes del Salvador y de aquellas puertas eternas hechas pedazos y saltando de sus quicios de oro al aproximarse el Señor.

Y él, entusiasmado con la lectura del libro piadoso en que acostumbraba a recitar sus oraciones, y principalmente con el diálogo que los ángeles entablaron al acercarse el Salvador dentro y fuera del dintel del cielo, esperaba el momento sublime de la Ascensión del Señor.

-Quitad las puertas eternas y entrará el rey de la gloria, ¡Oh príncipes celestes!

-¿Y quién es el rey de la gloria? -respondían desde dentro.

-El Señor de todas las Virtudes, ése es el Rey de la gloria. El Señor poderoso en la guerra.

Desde el día anterior se preparaba para tan sublime acontecimiento.

Él había seguido paso a paso la pasión del Salvador.

Le vio preso por los judíos, abofeteado en casa de Caifás, coronado de espinas en el Pretorio, muerto en el Calvario, enterrado por José y Nicodemos y resucitado glorioso.

Él, en su inocencia, había tomado la representación de los misterios por los misterios mismos, y por eso esperaba impaciente el momento de ver subir a los cielos a Cristo Jesús.

Su piadosa madre alimentaba estos deseos haciéndole concebir esperanzas de verlos realizados, así es que desde el día anterior estaba como nunca, alegre y entusiasmado, esperando el gran momento.

Habíale dicho su buena madre que era la hora escogida la de las doce de la mañana, y el sitio designado el de la parroquia.

Asegurábale su madre que para ver ascender al Salvador debía purificarse con una buena confesión y una fervorosa comunión, pues sólo las almas puras y limpias de todo pecado podrían ver la Ascensión del Señor a los cielos.

²⁹⁹ B.P., nº 98, 28 de mayo de 1916, *La Ascensión del Señor*, pág. 3. Repetido en B.P., nº 173, 1 de mayo de 1932, págs. 2-3.



Juanín confesó muy contrito y comulgó fervorosísimamente para estar bien dispuesto.

Toda la mañana estuvo impaciente esperando la hora deseada, y durante sus continuas visitas a la iglesia, insensiblemente se le iban los ojos a la preciosa imagen del Señor resucitado, que estaba al lado del evangelio en la parte superior de la parroquia.

Página | 193

A las once y media fuese a la parroquia en compañía de su madre a ver por sus propios ojos el gran acontecimiento.

A las doce en punto dio principio el ejercicio de la Hora Santa, que en las parroquias suele celebrarse.

La profusión de luces, la melodía del órgano y de las voces que formaban el coro, las nubes del incienso, los resplandores del tabernáculo al quedar expuesto el Santísimo, y el recogimiento y unción santa de todos los asistentes, arrebataron la fantasía de Juanín, el cual en su inocencia vio con toda claridad al Salvador subir por su propia virtud envuelto entre las nubes de incienso, rasgar la bóveda de la iglesia, ascender acompañado de ángeles y perderse en la inmensidad.

Oyó las voces angélicas y los cánticos celestiales, y aún le pareció escuchar el crujir de las puertas de bronce de la gloria al saltar hechas pedazos cuando se acercaba el Salvador.

Ensimismado y abstraído con tan dulces pensamientos, transportado y arrobado por completo de las cosas que le rodeaban, no vio siquiera la imagen que seguía³⁰⁰ en el mismo sitio y salió de la iglesia afirmando y asegurando con toda firmeza, que él, Juanín, había visto al Salvador subir por su propia virtud a los cielos.

Su madre le confirmaba en su piadosa creencia asegurándole que ciertamente los niños buenos siempre ven al Salvador cuando sube a los cielos y les sonríe con una especial dulzura para mostrarles el camino que Él lleva y por el que estos deben subir, primero con sus fervorosas oraciones, después con sus almas, muriendo en el Señor, y últimamente con cuerpo y alma resucitados³⁰¹ gloriosos después del juicio final.



³⁰⁰ siguió **B 173**

³⁰¹ resucitando **B 173**



36.- La Cigarra³⁰².

Jamás se había visto en Villaseca de Abajo una época de mayor alegría y bienestar.

Era el tiempo del año en que se recogían las cosechas, que habían sido abundantes y se vendían a exorbitantes precios, y los villasecanos alegres y resueltos gastaban sin tasa ni medida en fiestas y pasatiempos.

Había que disfrutar, decían, porque el mundo es así, y disfrutar, no sólo atendiendo a los honestos esparcimientos, a la satisfacción justa de moderados deseos, había que derrochar en inútiles, vanos y costosos caprichos. Había, además, que esforzarse, para salir cada cual de su esfera, en lujos desproporcionados. Después... ¡Ah! Después ya se verá el modo de capear las épocas tristes y calamitosas del año.

Ahorrar en la época de la abundancia, prevenirse en el tiempo en que sobra para el tiempo de la escasez, quizás, quizás fuera bueno; pero... ¿Quién pensaba en eso?

Sí, quién pensaba en eso; porque ellos ni sabían, ni querían, ni tenían donde depositar los ahorros, que pudieran haber hecho.

Juanillón era el prototipo de los villasecanos.

Joven, fuerte, buen trabajador, con jornal siempre seguro y pocas atenciones, porque era soltero, podía y debía mirar al porvenir y disponerse para afrontarlo.

Sus amos le repetían con frecuencia: Juan, mira por el día de mañana, Juan, piensa en el porvenir.

Pero... Juan no sabía ahorrar. Nadie lo había enseñado, y como la del ahorro es una virtud moral no infusa, no llegó a aprenderla.

Juan no quería ahorrar, limitándose a contestar siempre ¡mañana! ¿quién ha visto el día de mañana?

Juan no tenía tampoco donde depositar aquellos pequeños ahorros, que él hubiera podido ir haciendo, porque nadie habíase preocupado de establecer una caja salvadora, que recogiera de sus manos aquellas monedas sobrantes, que de sus manos pródigas pasaban irremisibles y fatalmente a la francachela.

³⁰² B.P., nº 102, 23 de julio de 1916, *La Cigarra*, págs. 3-4. De nuevo aparece repetido en el B.P., nº 116, 27 de mayo de 1917, págs. 3-4.



Y sucedió lo³⁰³ que había de suceder, lo que es casi seguro que le suceda al padre, que imitando a la cigarra, pasa la juventud sin pensar en el invierno, que ha de llegar.

Juanillón se casó. Cargose de obligaciones. En el continuo batallar del trabajo rudo iba dejando jirones de su vida.

Vino la falta de fuerzas y el inevitable paro forzoso.

Vinieron las enfermedades propias y de los suyos, y como cortejo final asomó sus sangrientas y afiladas garras la despiadada usura y consumió con su hábito de fuego lo poco que Juan había heredado de los suyos, una desmantelada³⁰⁴ casilla y un rincón de cortinal.

Y llegaron, por fin, las interminables arideces de una triste ancianidad.

Sorprendió a Juan la vejez con el hogar deshecho y aventados sus restos por el infortunio.

Solo, triste, abandonado hasta de sus propios hijos, el pobre Juan vivía la última etapa de su vida mendigando de puerta en puerta.

En aquellas noches heladas y eternas del invierno, que pasaba sin dormir, aterido de frío en aquel rincón donde la caridad pública le daba albergue, Juan pensaba muchas veces en las palabras que sus amos le repitieran sin cesar: Juan, mira por el día de mañana; Juan, piensa en el porvenir.

Comprendió entonces que recapacitaba tardíamente aquellos consejos que la loca fantasía de los pocos años y la irreflexión de la juventud no le dejaban conocer, y lloraba inútilmente y sin remedio el mal, que a sí mismo se hizo y el bien que dejó de conquistarse.

Algunas veces entraba dentro de sí, y sintiéndose moralista y sociólogo, decía: ¿pero es que mis años, mis padres, mis maestros, la sociedad, en fin, no tenían más misión que la de advertirme que ahorrara, que mirara al porvenir? ¿no tenían ellos obligación y obligación estricta de enseñarme a adquirir esta virtud del ahorro, a darme medios para ahorrar, a establecer donde se facilitara el ejercicio de esta virtud?

Sí, ciertamente, yo soy culpable ¿pero lo soy yo solo?

Y en verdad que como moralista y como sociólogo no iba muy descaminado Juanillón.

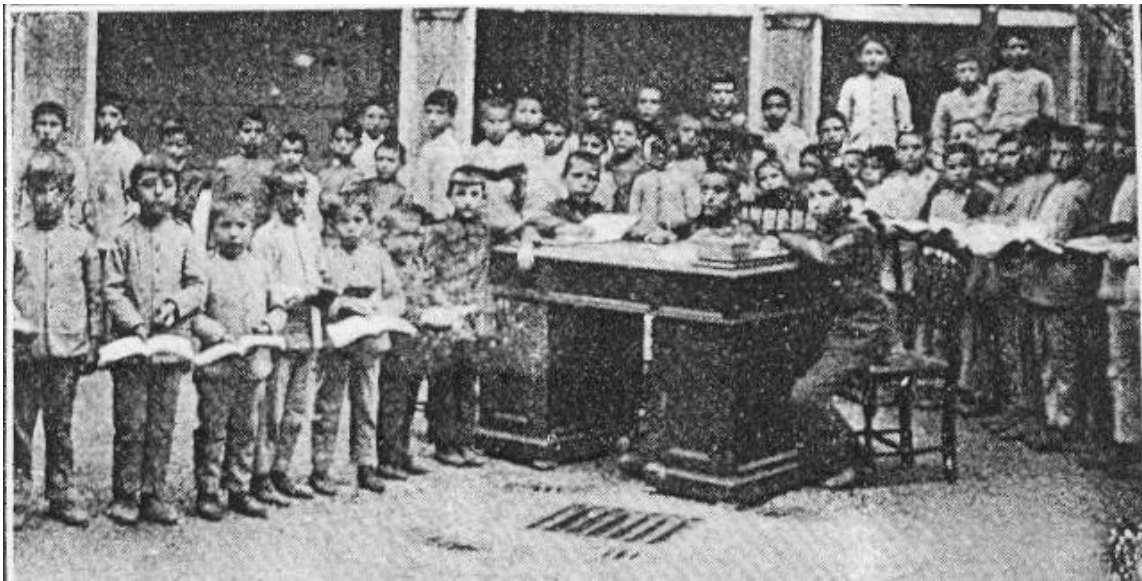
³⁰³ *le* B 116

³⁰⁴ *desmantelada* A

VARIEDADES

Él era la cigarra, que había consumido la juventud en cantos y orgías, y los demás eran el verano que no habían impedido aquel desgaste derrochador abandonándolo a sus propias inclinaciones y contribuyendo a su defectuosa formación.

Página | 196



Caja de Ahorros de la Escuela Infantil de las Escuelas Parroquiales de Los Santos de Maimona. Foto extraída de *Organización y Procedimientos de las Escuelas Parroquiales de Los Santos de Maimona*.



37.- Yo tres y tú dos³⁰⁵.

Mucho tiempo hacía que se habían casado. Él era un buen viejo, pacífico y bonachón, incapaz de hacer mal ni a una mosca, aunque le picara la calva. Ella era aún fuerte y robusta, más tiesa que una vara de cortina, y más terca y taruga que una burra vieja. En su casa llevaba la batuta, y él, único músico, tocaba siempre al compás que ella quería.

Una noche, sentados al amor de la lumbre, dijo él:

-¿Cenamos?

-Mira –respondió ella-; aquí tengo cinco huevos: los haré fritos, y nos los comeremos en amor y compañía.

Efectivamente; puso la sartén al fuego, se frieron los huevos, y en un mismo plato, como siempre, se prepararon a cenar.

-Tú -dijo ella- te comerás dos y yo tres.

-Mujer –replicó él sonriéndose-; yo soy el hombre; soy el cabeza de la casa; tú eres la mujer, la hembra...

-Sí, y tú el macho.

-Bueno, yo el macho; por eso precisamente yo me comeré tres, y tu dos.

Y esto lo dijo sin intención de llevar a efecto su amenaza.

Pero la vieja, que necesitaba poco para enseñar los dientes de su terquedad, replicó, ya amoscada:

-He dicho que yo tres y tú dos, y así será.

-Pues yo digo –gritó el viejo, sosteniendo su opinión contra la de su mujer por primera vez en su vida-, que tú dos y yo tres.

-Eso será lo que tase un sastre, o una sastra. Ya me conoces, y sabes que no cedo nunca: yo tres y tú dos.

³⁰⁵ B.P., nº 103, 13 de agosto de 1916, *Yo tres y tú dos*, págs. 3-4. B.P., nº 104, 27 de agosto de 1916, pág. 3.



-Pues aunque te murieras, -dijo él con desusado acento de autoridad-, tú dos y yo tres.

-Pues me muero.

-Pues muérete.

-Ahora verás.

Y la terca vieja extiende en tierra una manta, se tiende boca arriba, y cruza las manos.

-Vamos mujer, no juegues, levántate.

-¿Tú dos y yo tres?

-No -dijo él- yo tres y tú dos.

-Pues, muerta me quedo, y ya puedes ir a que me hagan la caja.

-Bueno; pues a ello voy.

Y el viejo, después de titubear un poco, fue a llamar a un carpintero vecino.

-Hombre -dijo éste cuando vio a la vieja-: ¡que natural está! Nadie diría que es un cadáver.

-Sí -dijo el viejo apretando los puños-: nadie lo diría.

Tomó el carpintero la medida del ataúd y se marchó.

-Mujer -dijo poco después el viejo-; ¡mira que ya te están haciendo la caja! ¿Tú dos y yo tres?

-No; yo tres y tú dos.

Y vuelta otra vez a repetir uno y otro la cantinela... y entre tanto los huevos, causa inocente de aquel sainetesco drama, fríos y quietos en el plato.

³⁰⁶Al fin, el viejo fue a dar parte a la Vicaría de la muerte de su costilla. Y no tardó en oírse la salmodia del clero parroquial.

-¡Mujer, que ya cantan!

-Pues, más que lloren. ¿Yo tres y tú dos?

-No -contestó con los dientes apretados el viejo-; tú dos y yo tres.

³⁰⁶ B.P., nº 104, 27 de agosto de 1916, pág. 3.



Y el sacristán, que era amigo de la casa, dio al viejo la mano de pésame.

-¡Qué color tiene la difunta! ¡Parece que está viva!

-Sí –dijo el viejo, ya enternecido-; cualquiera diría que está viva.

-¡Y era tan buena mujer! –añadió el sacristán-: no tenía más sino que era un poco terca.

-Si, es verdad –afirmó el viejo, dando un suspiro que le arrancaba de los talones-;era un poco terca... un poco terca.

Y entraba gente en la habitación de la difunta... y la vieja taimada quieta que quieta.

Iban ya los sepultureros a cargarla en hombros, cuando el marido se arrodilló como para besar a su esposa y derramar sobre ella unas lágrimas postreras.

-Mira que te llevan –le dijo al oído-; mira que te llevan. ¿Tú dos y yo tres?

-No –respondió ella imperceptiblemente-; yo tres y tú dos.

Y decían los presentes: ¡Cuánto quería a su mujer!

Echó a andar el cortejo, y el viejo presidiendo.

Concluyeron los cantos y preces funerales, y antes de poner la tapa al ataúd, el viejo volvió a arrodillarse junto a él, y muy quedo dijo:

-Mira que vamos camino del cementerio, y aún es tiempo. ¿Tú dos y yo tres?

-¡Qué no, y qué no!

-Adelante –dijo el marido sollozando.

El cementerio no estaba lejos, llegaron; gimió el viejo:

-Dejádmela ver por última vez.

Destaparon la caja, se apartaron los cuatro que la llevaban y otro que tenía la tapa, y los cinco se quedaron mirando al viejo lloroso, y condoliéndose al ver que con tanto sentimiento se despedía para siempre de su querida esposa.

Y él, acercando su boca a la nariz de la gran taruga, díjole quedito:



-Mira que está abierta la fosa y te van a meter en ella: te los suplico llorando ¿tú dos y yo tres?

-No, cien veces no; yo tres y tu dos.

Los cinco hombres miraban conmovidos.

-¡Por última vez! ¿Tú dos y yo tres?

-¡No: renó y recontra no! Yo tres y tú dos.

-Pues, pues... –gritó el viejo sin poder aguantar más y echando cada lágrima como un dátil-; ¡cómete los cinco!

Y la vieja como movida por un resorte, se levanta y se sienta en el ataúd. Los cinco enterradores, que oyeron decir: “¡Cómete los cinco!” y vieron a la muerta levantarse de pronto, creyeron que eran ellos cinco los aludidos, y echaron a correr tan desesperadamente, que los talones les tocaban en las posaderas. Entre tanto la vieja salió del ataúd, se agarró del brazo de su viejo, y ambos muy satisfechos, poco a poco llegaron a casa. Fueron por el plato, y halláronlo sin los huevos... El gato se los había comido.





38.- Santificado sea el tu nombre³⁰⁷.

-¡Jesús! ¡¡Jesús!! ¡¡¡Jesús!!!... ¡Qué horror y qué vergüenza y qué desacato!

Página | 201

-¿Qué te pasa, hija? ¿Qué ocurre? ¿Por qué hablas así? –preguntaba D. Juan Salinas y Reverber a su hija Conchita que, sin darse cuenta de la presencia de su padre, atravesaba el despacho de éste desprendiéndose la mantilla.

-¿Que qué pasa, qué ocurre, y que por qué hablo así? Porque sí; porque me sobran las razones para ello; porque vengo llena de rabia, y de coraje, y de indignación, y de vergüenza...

-¡Pero, Conchita, por Dios que me tienes impaciente y lleno de perplejidades! ¿Quién te ha ofendido? ¿Quién te ha injuriado? ¿Quién ha manchado tu honor?

-No uno, padre, sino varios, y en poco tiempo, y en el corto espacio que media entre esta casa y la parroquia.

-¿Pero te han ofendido de verdad?

-Sí, padre, y mucho, y en aquello que es para mí más sagrado.

-Voto a tal, que los que ese desafuero han cometido, llevarán su justo castigo; pagarán su osadía con el máximun de la pena que la ley imponga y con algo más, pues no en balde la ofendida eres tú, y yo tu padre, que aquí hago y deshago, que lo mismo quito a un alcalde que pongo a un juez.

Sí, lo pagarán. La cárcel, el patíbulo, si posible fuera. Todo, en fin, lo que sea necesario para conseguir que en lo sucesivo te tengan como cosa sagrada, contra la que nadie ose levantarse.

-Sí, padre. La cárcel, el patíbulo, si posible fuera. Todo lo que sea preciso para que en adelante nadie ose en levantarse contra cosa tan sagrada.

-Pero, Conchita, ¿quieres explicarte y contarme lo sucedido, porque hiervo en impaciencia, y cada momento que pasa sin que reciban el castigo, paréceme que aumenta el desacato?

-Sí, papá, voy a contártelo.

³⁰⁷ B.P., nº 105, 10 de septiembre de 1916, *Santificado sea el tu nombre*, págs. 3-4. B.P., nº 106, 24 de septiembre de 1916, pág. 3.



Salía yo de la iglesia hace un momento, y apenas había dado algunos pasos, cuando en un sitio en que, aunque hubiera estado en el sagrario lo hubiera escuchado, oigo una horrible blasfemia.

¡Jesús! ¡Jesús! Dije llena de horror.

No atiendas, señor, a su maldad, porque no saben lo que hacen.

Unos pasos más adelante vuelvo a oír otra aún más horrible.

¡Dios mío! Dije dentro de mí.

No atiendas a la malicia de estos hombres. ¡Santificado sea el tu santo Nombre!

Y todavía más, papá; todavía más.

Aquí, junto a la misma puerta de casa, he oído otra aún más satánica. He vuelto la cara para buscar al blasfemo e increparlo como merece y he visto con horror, que era un niño que apenas media siete palmos y que esos dos bigardos de municipales, que como cacique máximo tienes en la puerta para que te den corte, han permanecido impasibles como si tal cosa hubieran oído.

He increpado, no con la dureza que merecían, al blasfemo y a esos que vosotros llamáis agentes de la autoridad y que ven impasibles cómo se ultraja el Nombre de Dios, a pesar de todas las disposiciones legales que lo prohíben.

-³⁰⁸Bueno, Conchita. ¿Pero qué más te ha pasado? ¿Qué otra cosa te ha sucedido?

-Nada; nada más que esto ha sucedido. ¿Qué? ¿Le parece a V. poco?

-Acabáramos, hija. Acabáramos. Me has hecho pasar un mal rato. Me has tenido impaciente y perplejo. Yo creí que te habían ofendido a ti.

-¿Pero no me han ofendido a mí? ¿Acaso el que ofende al Padre no ofende asimismo al hijo de este?

¿Crees tú, acaso, que no me sentiría yo ofendida con las afrentas que a ti te hicieran?

¿Es posible, pues, que yo, como cristiana y como hija de Dios, no he de ofenderme con las injurias que se hagan a Dios que es mi Padre?

³⁰⁸ B.P., nº 106, 24 de septiembre de 1916, pág. 3.



Y, además, como ciudadana de un estado católico, tengo derecho a que no se ultrajen mis creencias, y se me ofende cuando así no se hace. Y aún más; como simple ciudadana tengo derecho a que todos cumplan las leyes de la nación, y cuando éstas no se cumplen, causándome³⁰⁹ a mí una molestia, se me ofende y se me injuria, pues tengo derecho a exigir que todos cumplan las leyes establecidas, sobre todo, aquellas de las que a los demás se les siguen molestias y perjuicios.

-Bueno, mujer. No te sofoques. No te sulfures. Yo creí que se trataba de otra cosa.

-¿Que no me sofoque? ¿Que no me sulfure?

¿Pero cómo quieres que no me sulfure si veo que para ti es más grave la injuria que a mí me hicieran, que la injuria hecha a Dios y por hacérsela a Dios a mí también?

¿Cómo quieres que no sufra? ¿Cómo quieres que no llore, cuando veo ese tu catolicismo de nuevo cuño, por el que te quedas impasible ante la ofensa de Dios, y pudiendo impedirla no la impides?

Tú, que haces alcaldes, y deshaces jueces; tú, que hubieras aplicado el máximo de la pena de la ley, y algo más del máximo, según dejabas entender, a mi ofensor ¿quedas impasible ante el ofensor de Dios?

¿No ves que con tal conducta tú te haces responsable de todas esas blasfemias, que puedes evitar y no evitas?

¿No ves que así ha de venir necesariamente sobre ti la justa ira de Dios, que te hará pagar en la otra vida la pena a que te haces acreedor y que acaso en esta misma te haga pagar, y nos haga pagar a todos nosotros, a esta casa, sobre la cual se va acumulando el merecido castigo a tu pasividad inconcebible?

Y Conchita rompió a llorar hecha un mar de lágrimas.

Don Juan se paseaba a grandes pasos por la estancia, entre confuso y malhumorado.

Por fin halló una salida a sus cavilaciones y, dirigiéndose a Conchita, le dijo:

-Pero mira, Conchita, ¿qué entendéis vosotras las mujeres del gobierno de los pueblos?

¡Éstas son las consecuencias de dejarte yo que practicaras hace poco los ejercicios espirituales!

³⁰⁹ cansándome A



No te quepa duda, esto no se te ha podido ocurrir a ti, ésas son cosas que sólo se le ocurren a los padres Jesuitas.





39.- Menudencias³¹⁰.

Estaba el pueblo hecho una lástima. Había entrado en él la política, y donde entra la política, ya se sabe, sale danzando todo lo que forma la delicia de un pueblo: la paz, la concordia, la confianza, el tranquilo vivir entre hermanos.

Y entró la política con unas elecciones a diputados a Cortes. Luchaban un conservador y un liberal, unos seguían al liberal y otros al conservador.

Y nacieron dos partidos separados por hondos rencores, que el tiempo, en vez de cubrir, fue ahondando cada vez más.

Vinieron después las elecciones municipales, y cada partido pugnó por sacar de su seno el Alcalde y la *Justicia*. Hubo palos y tiros; que la pasión política arrastra a eso y a mucho más. En la empeñada contienda luchaban³¹¹ padres contra hijos y hermanos contra hermanos. Si un partido alcanzaba el bastón del alcalde y el mayor número de miembros en el Concejo, nombraba entre los suyos al alguacil, al *boyero*, al guarda, todos los cargos *municipales*, y enseguida el partido derrotado nombraba por su parte otro *Boyero*, otro guarda... etcétera, y los pagaba de su peculio particular. Cada partido tenía su taberna, su juego de calva o de pelota, su baile con tamborilero y todo, frente por frente, desafiándose; y día hubo en que los bailes se confundieron y se armó la de San Quintín, por si los de uno habían silbado a una moza del otro, al pasar delante de ellos.

Y sucedió, que un mozo, hijo del jefe de uno de los partidos, se enamoró de una hija del jefe de la otra banda.

Era el mozo alto, bien proporcionado, amén de rico, y a la muchacha no le parecía del todo mal; es decir, Inés y Enrique se querían. Pero tenía la moza un hermano, llamado Manuel, y como el odio de los padres ardía en la sangre de los hijos, dicho se está que Enrique y Manuel se odiaban. Enteróse este de los amores de su hermana, y un día llegose a ella y le dijo:

-Mira, Inés, la primera vez que te vea hablar con Enrique, vais a saber él y tú quién soy yo.

Y no le dijo más. Inés se lo contó a Enrique, que la oyó sin pestañear, diciendo para sus adentros al separarse:

-¡Veremos quién es más guapo!

³¹⁰ B.P., nº 109, 12 de noviembre de 1916, *Menudencias*, págs. 3-4.

³¹¹ *luchaba* A



* * *

Llegó la festividad de Todos los Santos. En la plaza se formaron dos bailes como de costumbre. Y hete aquí que, cuando más animados estaban, de uno de ellos se destaca un mozo que a paso firme y con la cabeza erguida se dirige al otro baile.

Página | 206

Aquel mozo era Enrique. Encaminose a la fila de las mozas y sacó a Inés a bailar, pero aún no habían terminado de hacerlo, cuando se sintió bruscamente sacudido por un brazo vigoroso que le hizo retroceder. Era Manuel que con voz ronca le decía:

-¡Tú quieres que te beba la sangre!

-¡La tuya es poca pa la sed que te tengo! –le contestó Enrique, y se fue a él como un torbellino.

La plaza se convirtió en campo de Agramante. Corrían las mozas dando gritos. Inés se desmayó. Los mozos de los dos bailes se mezclaron en confuso remolino y empezó la batalla a palos, patadas y puñetazos. Llegó el alcalde y la justicia cuando ya relucían navajas y pistolas, y a duras penas y con la ayuda de los padres y las madres de los mozos, lograron poner fin a la lucha, sin más consecuencias que alguna blusa rota y alguna muela fuera de su sitio. Pero los ánimos estaban encendidos.

Y llegó la noche. Era costumbre en aquel pueblo que la Noche de Todos los Santos doblasen los mozos las campanas, por ser el día siguiente la Conmemoración de los fieles difuntos. El señor cura les daba bodigos, ellos compraban castañas que tostaban al fuego de una gran hoguera, y el Ayuntamiento *ponía* el vino.

Era el alcalde aquel año el padre de Enrique; por consiguiente, éste y los suyos tuvieron vino y hoguera.

Sería cerca de la media noche. Alrededor de la fogata los mozos comían castañas y bebían vino.

-¿Se ve por ahí algún *Morodes*? (motejaban así a los del otro partido) –preguntó Enrique.

-Ni medio.

-¡Pues ea! Muchachos; dos a tocar las campanas, los demás a buscar leña a la *tená* del tío *Rumbas* (el padre de Manuel), yo me quedo aquí asando castañas pa cuando volváis.

Así lo hicieron. Enrique se sentó junto a la inmensa hoguera, en la que ardía un carro de leña, tiñendo la plaza de matices rojos y proyectando las negras sombras de la iglesia. Arriba las campanas tocaban a muerto.



De la oscuridad³¹² avanzó un hombre hacia Enrique; llegose a él y dándole un golpecito en el hombro le dijo:

-¿Sabes por quién doblan las campanas?

Enrique dio un salto, porque conoció la voz de Manuel.

-¡Por ti! -dijo y blandió una navaja. Manuel empuñó la suya y lucharon al pie de la hoguera.

Las campanas seguían tocando a muerto. Fue corta la lucha, porque las luchas a navaja son cortas siempre.

Enrique, de un viaje alcanzó a Manuel en un muslo, y Manuel, al sentirse herido, se encogió como un leopardo al acometer, dio un salto y cayó sobre Enrique, hundiéndole la navaja en el corazón. Abrió Enrique los brazos, soltó la navaja y se desplomó sin decir ¡Jesús me valga!; y Manuel, con la misma violencia del salto, perdió el equilibrio, se enredaron sus pies con los del muerto, y cayó en medio de la encendida hoguera.

.

El entierro de los dos mozos se verificó en el mismo día y a la misma hora; y al caer la última paletada de tierra sobre el cadáver de Enrique, su padre, con los ojos arrasados en lágrimas, se dirigió al padre de Manuel y le dijo:

-Nuestra pasión política nos ha hecho desgraciaos a nosotros aquí, y a nuestros hijos tal vez por toda la eternidad: ¡maldita sea!

-¡Maldita sea! -repitió el tío *Rumbas* como un eco.

El padre de Enrique prosiguió:

-Ahí en esta sepultura quedan enterraos pa siempre mis rencores políticos, ¿quieres que seamos amigos desde hoy?

El tío *Rumbas*, por toda respuesta lo abrazó, y la fúnebre comitiva salió del cementerio.

³¹² *obscuridad* A



40.- Contrasentidos³¹³.

-¡Jesús, hija! Todo se vuelve dar. ¡Me voy a borrar de todo!

-¿Qué te pasa, mamá?

-Que acabo de pagar un recibo del Carmen, y ayer pagué otro de las Ánimas. Todo son socialiñas.

-Ya, ya; lo que debes hacer es borrarte.

-Es lo que voy a hacer. Porque un poco de aquí y dos pocos de allí, se van los cuartos sin sentir. Tenemos demasiadas cosas, y yo no puedo con tanto, y los tiempos están muy malos.

-Y luego que hay que atender a otras muchas cosas. ¿De qué te parece que nos borremos? Mira, tenemos el Carmen, que se da *dos reales* al año; el Apostolado que damos *diez céntimos* todos los meses; a las Ánimas *un real* cada trimestre; *quince céntimos* a la Adoración cada mes, y otro *real* a las Conferencias.

-Pues ahí tienes, entre unas cosas y otras, casi son tres reales cada mes.

-Así se encuentra una, sin dinero siempre.

* * *

-Dí mamá: ¿cuánto dijiste que costó la tela para el baile?

-Veinticuatro duros, hija mía.

-Algo cara es; pero es muy bonita.

-Para las ocasiones es el dinero, y yo lo que quiero es que ocupes el lugar que te corresponde.

-Me gusta más que la del año pasado.

-Pues, duro más, duro menos, ha costado lo mismo.

³¹³ B.P., nº 110, 26 de noviembre de 1916, *Contrasentidos*, págs. 3-4.



-Luego la modista te va a llevar un dineral.

-¡Qué se va a hacer! A mí en estas cosas no me importa gastar el dinero.

II

Página | 209

-Mañana es domingo.

-¿Y qué?

-Que hay que ir a misa.

-Tú no puedes, hija mía. La iglesia está muy fría y tú muy delicada, y te puedes constipar; acuérdate de la última vez que fuiste, Estuviste luego tose que tose más de ocho días, y yo no quiero esos sonos en mi casa.

-Pero también quedarse sin Misa...

-Mira, no seas fanática. Dios no quiere esas cosas; Dios lo que quiere es el corazón. A religiosa no me gana nadie, ni tú ni otras muchas santurronas que andan siempre por las iglesias; y ya ves me quedo sin Misa con la mayor tranquilidad.

* * *

-¡Qué pesada tengo la cabeza! De buena gana me acostaba ahora mismo.

-No hagas caso, eso te pasa enseguida. Tomarás una tacita de té con rón y te quedas como un reloj.

-¿Qué tal esta la noche?

-Muy buena.

-¿Llueve?

-Un poco.

-¿Hace frío?

-Apenas.

-¡Ay, Jesús! Y ahora el baile.



-No hay más remedio, hija. Allí te esperan Lolita y Juanita, las de Viñaspri, las de Latosa y algunas más, a las que les he dicho que no faltarás.

-¿Y si me pongo peor?

Página | 210

-¡Quia! Ya iremos bien abrigadas. Y, además, no hay más remedio que hacer algún sacrificio en estos casos.

III

-¡Hija, ya has estornudado tres veces!

-Un pequeño resfriado.

-No digas un pequeño, sino un grande. Te empeñas, con estas mañanas tan frías, en ir a la Comunción general. ¡Si Dios no quiere eso!

-Pero algún sacrificio hemos de hacer también por Dios.

-Cuando se puede, hija, cuando se puede; no sabes lo que me haces sufrir con tus exageraciones.

-Pero una vez al mes...

-Ni eso. Sois unas exageradas y Dios os castiga; y ese resfriado que tienes es un castigo.

* * *

-Tiene una fiebre altísima.

-¡Por Dios, doctor!

-Por Dios, no; quizás por usted.

-¿Por mí?

-Quizás. ¿No llevó usted al baile a su hija el jueves pasado?

-Sí, pero fue con todo género de cuidados.



-Sería con todo lo que usted quisiera, pero ustedes no saben los peligros que eso encierra; esas transiciones bruscas de temperatura, esa agitación de los salones, aquel ambiente tan denso...

-¿Y qué quiere usted que haga? ¿Qué meta a mi hija a monja? Pues no estudia para eso.

Página | 211

-Usted haga lo que quiera, señora; yo no hago más que dar a usted explicaciones sobre el origen de la enfermedad.





41.- El examen de novios³¹⁴.

Sabido es que uno de los huesos, quizá el más duro que tienen que roer los que se van a casar es el examen de doctrina cristiana que se les hace "sufrir". Y sin embargo, a fe que no puede ser ni más sencillo ni más familiar ni más benigno; con decir que hasta la fecha no ha llevado ningún novio "calabazas" esta dicho todo, y eso que ha habido algunos que las merecían; y ¡qué gordas, Dios mío, qué gordas que las debieran haber llevado! Bien pudiera suceder que Dios nos la dé a muchos curas, por esas injusticias, cuando comparezcamos ante su divino Tribunal.

A algunos mozos intriga saber lo que pregunta el cura en esos casos, por aquello de que cuando las barbas de tu vecino veas pelar...

En obsequio a estos mozos casaderos, les vamos poner un examen como botón de muestra, para que no tengan necesidad de preguntar a nadie para saber lo que se guisa en estas ocasiones.

Vienen los novios por la noche para que no les vea la gente, ni más ni menos que si fueran a hacer una cosa mala, y vienen con otro que hace las veces de "cirineo" que les ayuda a llevar la cruz. Algunos ponen especial cuidado en escoger a este "cirineo". De ordinario buscan a uno que tenga bastante confianza con el cura, o que tenga muchas palabras; o por lo menos que sepa lo que se "pesca" en estas cosas, por haber ya "pescado" antes.

Se juntan, vienen, y resueltos del todo, y salga lo que salga, llaman.

-¿Se puede? –dice muy campechanamente desde la puerta del despacho el "cirineo". Y el cura, que los ha "calado" ya, responde aún más campechano desde adentro:

-Adelante, adelante, entrad. Algún novio ¿Verdad?.

-Sí, señor; aquí le traigo a éste, pero no lo pregunte usted mucho, porque...

-No, hombre, no. ¡Qué le he de preguntar! Sentaos aquí cerca, y no tengas miedo.

-Ya puede usted dispensar, mosén, si no respondo a todo, porque nosotros...

-Sí, hombre, si; ¡no he de dispensar! ¿Te acuerdas algo de la doctrina?

-Como desde pequeño ya me llevaban al campo mis padres...

³¹⁴ B.P., nº 118, 15 de julio de 1917, *El examen de novios*, pág. 3. B.P., nº 119, 19 de agosto de 1917, pág. 3.



-Bien, pero aunque fueras al campo, también te enseñarían doctrina, porque no quita lo uno lo otro.

Entonces tercia en el debate el “cirineo” haciendo de las suyas; y mientras el novio saca unos “puricos” que ofrece al cura, sin duda para que no se ponga fosco y se le ablande el corazón, dice aquel muy solemnemente:

Página | 213

-Mire usted, mosén, éste es el más honrao del pueblo, me puede usted creer, porque le conozco desde que éramos chicos. Él no ha pensado más que en trabajar sin meterse con nadie. Pero ya ve usted; primero estuvo en un caserío, después le pusieron a trabajar, y estas cosas si no se aprenden de pequeño, después ya no vienen nunca bien.

-Pero, hombre, las oraciones ya las sabrá, ¿no es verdad?

-Si supiera usted qué bien las decía todas de pequeño.

-¿Y de mayor ya no las dices?

-Si se olvida uno de todo. No ve usted que no “te” queda tiempo “pa” nada.

-Si para eso no hace falta tiempo. Lo que hace falta son ganas.

-Tiene usted razón, mosén, tiene usted razón, que si quisiéramos todos se podría hacer.

-Os parece a vosotros que en este mundo todo se debe reducir a trabajar y a no hacer mal a nadie, y a la religión la dejáis a un lado como cosa de poco más o menos; o a lo sumo, os parece que hacéis bastante con llevar paso en Semana Santa, o venir alguna vez que otra a la iglesia al cabo del año ¿Has pensado tú alguna vez para qué estás en este mundo?

-“Pa” trabajar, sí, señor.

-¿Para trabajar, ni más ni menos que si fueras una caballería?

-A veces más, si, señor; porque hay días que te levantas antes de salir el sol, y casi no te queda tiempo más que para comer, y al día siguiente “tres cuartos de lo mismo”.

-¡Qué desgraciados sois!

-¡Y qué lo diga!

-³¹⁵No lo digo porque trabajéis mucho, porque el que más y el que menos también tiene que trabajar, cada cual a su manera. ¡Cuántas veces mientras estáis gozando en el café o cantando en el *cuartico*, estoy yo atormentando mi cabeza y exprimiendo, por decirlo así, mi

³¹⁵ B.P., nº 119, 19 de agosto de 1917, pág. 3.



entendimiento para sacar algunas ideas! Todos hemos de trabajar, pero repito que no os llamo desgraciados por eso, sino porque no sabéis para qué estáis en este mundo, ni sabéis como arreglaros para sacar partido de esta vida. Aunque os parece que tenéis los ojos muy abiertos, los lleváis vendados y pasáis por el mundo a ciegas, ignorando lo más necesario.

-¡Ya lo puede usted decir, ya!

-La religión, que es lo único que os puede valer para esto, es de lo que menos sabéis, ni os preocupa siquiera. Si supierais la doctrina, sabríais que ha sido Dios el que nos ha criado, sabríais que nos ha³¹⁶ criado para darnos otra vida mejor; sabríais que para alcanzar esa otra vida mejor, hay que practicar la religión como nos la enseña la Iglesia, pues no basta ser honrado, y sabríais cuánto ha hecho Dios por nosotros.

-Pues no crea usted que no tengo envidia a los que saben.

-Lo creo. Pues, mira, no seas tú como muchos que ni se acercan a la iglesia, ni dan señales de tener religión más que cuando se encuentran en un apuro. Los domingos y días de fiesta, sin dejar uno siquiera, a misa y a descansar, porque no nos ha criado Dios como si fuéramos bestias. Sólo cuando hay necesidad se ha de trabajar en día de fiesta, pero aun entonces, primero a misa. ¿Lo entiendes?

-Sí, señor, sí.

-Pero ¿lo harás así?

-Sí, señor; le doy palabra.

-Ojalá sea verdad. Pues ahora vamos a ver si sabes las oraciones.

-Déjelo estar ya, mosén –dice el *cirineo*.

-No, no, no. ¿No ves que no le he preguntado aún? A ver cómo dices el *credo*.

-No sé si me acordaré del todo.

-Pues yo te ayudaré, si no te acuerdas.

Hay bastantes que lo dicen bien, pero hay quien tropieza y cae, y vuelve a tropezar y a caer, y hay quien, sin tropezar y sin saber cómo ni cómo no, se encuentra en lo último del *credo* sin pasar el medio.

³¹⁶ has A



Después pasa *tres cuartos de lo mismo* con las demás oraciones, pero a puro de repetir, las aprenden, porque eso sí, son listos como ellos solos y quieren ganar en velocidad a última hora lo que perdieron en los años pasados.

Dichas las oraciones³¹⁷ se les explica en pocas palabras lo más indispensable para recibir los Sacramentos, y al *avío*.

Mientras tanto el *cirineo* suele estar con la boca abierta, atendiendo con religiosa atención; y también de vez en cuando suelen *meter la pata* si apuntan al novio, porque hay quien suelta cada disparate que tiembla el misterio ¿Cuántos dioses hay? Preguntaba una vez a un novio.

-Cinco -contestó éste impertérrito, y quedándose más descansado que si le hubieran quitado un burro de encima. Y el *cirineo* le enmendó la plana diciéndole:

-Tres, hombre. ¿No te acuerdas que te lo he dicho antes de entrar?

Si antes de venir repasaran bien las oraciones, cuánto ganarían los simpáticos novios. Y si vinieran desde el primer día de las amonestaciones, entonces miel sobre hojuelas. ¿Quién mejor que el cura se las podría enseñar?

³¹⁷ oraciones A



42.- Siete, y no más que siete³¹⁸.

Media tarde sería cuando el “Padre predicador” precedido y seguido de toda la chiquillería hampante del barrio, hizo su entrada solemne en el Corral del Lino.

El numeroso corro de vecinas, que a la sombra de una frondosa parra mataban el tiempo y despellejaban al prójimo, corrió a su encuentro con manifiestas señales de gran contento.

-Pase usted, doña Mariquita. Venga usted con Dios, señora.

Porque es el caso que aquella doña Mariquita, tan popular en todo el barrio de la Puerta de la Carne, era la que había sido rebautizada con el sobrenombre de el “Padre predicador”.

Era doña Mariquita ya entrada en años, sin ser vieja; pesada de carnes, sin ser gorda; baja aunque no exageradamente, y simpática y agradable, aunque no eran grandes los favores que debía a las Gracias. Vestía invariablemente un sencillo traje de color carmelitano, y tocaba su cabeza con una ligera mantilla, que malas lenguas decían que jamás se quitaba, ni aún siquiera para acostarse.

Era hija única de un alto empleado de ultramar, y cobraba una no pequeña pensión, que le permitía vivir con cierta holgura, amén de cubrir las más perentorias necesidades de los vecinos pobres del barrio, y de regalar algunas golosinas a los mocosos del Corral del Lino y sus cercanías.

Así se explica lo solemne del recibimiento y los agasajos de las comadres. Doña Mariquita no hacía más que dos oficios, y por cierto ambos provechosos y laudables.

Por las mañanas recorría las parroquias, ermitas y conventos, en los que se predicara algún sermón, fuere del Santo³¹⁹ que fuere, y predicáralo el Padre que lo predicare, y por las tardes, visitaba los corrales, casas de vecinos y resolanas en las que hubiere concurso, y repetía los sermones escuchados. Claro que con algún que otro *lapsus* teológico o error exegético.

Su mayor tormento era que coincidieran dos sermones a un mismo tiempo, tormento que subía de punto, si los dos predicadores eran de campanitas, y su mayor placer reunir auditorios numerosos en sus pláticas catequísticas.

³¹⁸ B.P., nº 120, 23 de septiembre de 1917, *Siete, y no más que siete*, págs. 3-4. Aparece repetido en B.P., nº 171, 28 de febrero de 1932, págs. 3-4.

³¹⁹ fuere al Santo **B 171**



Tan pronto pasaron los primeros saludos y las preguntas de ritual, doña Mariquita subió al púlpito, que se³²⁰ acomodó en una de las pocas sillas sanas que había, y se dispuso a empezar su habitual tarea.

-¿De qué va a ser hoy, doña Mariquita? No nos hable usted de cosas tristes.

-Predíquenos usted de cosas entretenidas y agradables.

-¿Se acuerda usted de aquel día que nos habló de un pan que caía del cielo y que se cogía con gran facilidad y en mucha abundancia, y luego sabía a todo lo que uno quería? Pues predíquenos de eso, porque mire usted que ahora no viene, sino que se ha subido al cielo, y pronto no nos va a saber ni a pan, porque no vamos a comer ni para tomarle el gusto.

Pero doña Mariquita no podía hablarles del pan del cielo, ni del de la tierra. Doña Mariquita era³²¹ un disco de gramófono, y tenía que repetir lo que se había impresionado en su memoria.

-No, no; de ninguna manera. Hoy voy a hablar de un asunto mucho más interesante, de un asunto trascendental, del que puede depender vuestra salvación eterna o vuestra eterna condenación. Os voy a hablar de los Sacramentos de Ntra. Sta. Madre la Iglesia.

-Pues oiga usted, doña Mariquita, uno solo he recibido yo, el del Matrimonio, cuando me casé con Quico, y me estará pesando toda mi vida, así es que no le veo la importancia.

-No haga usted caso, doña Mariquita, porque yo he recibido ya veinte y tan bien como me va.

-¿Pero quieren ustedes callar, o me marchó al corral de enfrente?

-Sí, señora; callamos todas.

-¿Ahora resulta que no saben ustedes ni cuántos son los Sacramentos?

-Sí, señora, yo los sé. Son cinco. El primero, oír misa...

-No, señor, que son más; son catorce, que me lo ha dicho un sobrino mío, que es amigo de un monaguillo de Sta. María.

³²⁰ esto esse **B 171**

³²¹, Mariquita que era **B 171**



-Callen ustedes, por Dios, pues de lo contrario no pasaremos del principio. Los Sacramentos son siete y nada más que siete.

-Pues yo creí que eran más. ¡Como son cosas tan buenas!

En todo Sacramento hay un elemento sensible, que es el signo que se llama materia, uno espiritual, que son las palabras, que se llama forma, y uno que aplica la materia al mismo tiempo que pronuncia las palabras que se llama ministro.

-Entonces vea V., doña Mariquita, por qué llaman ministros de Dios a los curas, porque administran los Sacramentos.

-Así es en efecto. Principalmente por esto se llaman los sacerdotes ministros de Dios, porque en su nombre causan la gracia por medio de los Sacramentos.

Para recibir debidamente los Sacramentos hay que tener la capacidad o sea las condiciones necesarias, y la intención o voluntad conveniente.

El hombre está obligado a recibirlos, unos u otros, según sus circunstancias, pues son los medios que Dios le ha señalado para alcanzar su fin, que es salvarse.

Y por eso ustedes se deben esforzar en disponerse dignamente para recibir aquellos que pueden y tienen obligación, que son principalmente la Confesión y Comunión anual por tiempo de Pascua, la Penitencia y Comunión por Viático en peligro de muerte y, finalmente, cuando es mayor la gravedad y aún tengan sentido la Extrema-Unción.

-¡Cuánto sabe usted, doña Mariquita! Yo creo que sabe usted tanto como Santa Teresa, de la que dicen que hasta daba clase en los colegios.

-¡Yo qué he de saber, criaturitas! Yo no sé nada. Yo no hago más que repetir lo que decía el Padre esta mañana.

-Mire usted, doña Mariquita, si nosotros hubiéramos tenido en nuestros tiempos quien nos hubiera enseñado estas cosas³²² ¡cuánto nos hubiera valido!

Pero bien puede estar usted satisfecha, pues a la chiquillería del barrio la tiene V. cambiada.

Yo creo que por lo menos la mitad va camino del convento.

³²² cosa A



Doña Mariquita, terminado el sermón, empezaba las obras de misericordia. Distribuía socorros a los más necesitados, aconsejaba a los descarriados, consolaba a los tristes y visitaba a los enfermos.

Lo último que hacía era distribuir entre los mocosos algunas golosinas, como premio, por su silencio durante la plática, con lo que conseguía que la acompañaran entre cabriolas bastante más allá de la jurisdicción del Corral del Lino³²³.

¡Qué buena es! Decían entonces las comadres. ¡Es una santa!

-Oye, Rocío, tú ¿qué recuerdas del sermón?³²⁴

-Yo, casi todo; pero lo que no se me olvidará más en la vida es que los Sacramentos son siete, y no más que siete.



³²³ Lirio A

³²⁴ ¿Tú que recuerdas del sermón? B 171



43.- El Rosario del centinela³²⁵.

Quando estalló la guerra franco-prusiana se hallaba mi regimiento en Roma. Llamados a Francia, formamos el núcleo del 13º Cuerpo de Ejército, mandado por el general Vinoy.

Después de numerosos combates, mi batallón fue enviado a Vitry. El enemigo nos hostilizaba constantemente³²⁶. Los más hábiles tiradores prusianos y bávaros, deslizábanse por las sinuosidades del terreno y disparaban sobre seguro.

Nuestro comandante quería oponer a esta tenebrosa táctica lo que él llamaba una contramina, para lo cual escogió algunos tiradores de los más experimentados y despreciadores de su vida. Yo fui uno de tantos. Un poco antes de amanecer me metí por el cruce³²⁷ de un arroyo poco ha desecado.

Cavé la tierra con la bayoneta y coronando el hoyo con una empalizada de yerbas secas, pude, por entre algunas rendijas que dejé, observar sin ser visto.

En los fuertes del Ivry y Chrenton se oía tronar el cañón, la fusilería por la parte del de Moulin-Saguet, y sobre mi cabeza oíase el siniestro silbido de las granadas que estallaban aquí y allá. Pasó una hora y después otra, y ya empezaba a desesperar de mi misión, cuando me pareció ver en el camino mencionado y detrás de un árbol una mano que aparecía y desaparecía alternativamente. Pronto me convencí que el enemigo estaba cerca. Tomé el catalejo y vi no sin emoción la cabeza y las manos de un hombre tan cerca, que instintivamente hice un movimiento hacia atrás.

El hombre sin duda no me veía, por cuanto estaba tranquilamente cavando la tierra con un palo. Sentose con las piernas estiradas y la cabeza apoyada sobre el brazo izquierdo, su fisonomía era honrada. Bajo aquel uniforme se descubría al joven campesino que estaba sin duda soñando con su hogar. Sentí verme en la precisión de matar a aquel simpático joven. No obstante, me preparé. Con el fusil en las manos, la rodilla en tierra y la culata en el hombro, esperé que el joven soldado quedase al descubierto. Quería herirle en el pecho para abreviarle el sufrimiento. El bávaro asomó la cabeza y paseó una mirada en torno suyo sin dirigirla al punto que yo ocupaba. No viendo a nadie sacó un bolsito³²⁸ de cuero que puso sobre sus rodillas y sacó de él un objeto que no pude distinguir. Deje el fusil y tomé el catalejo.

³²⁵ B.P., nº 121, 21 de octubre de 1917, *El Rosario del centinela*, pág. 3. Aparece en el B.P., nº 157, 5 de octubre de 1930, pág. 4.

³²⁶ *contantemente* B 157

³²⁷ *cauce* B 157

³²⁸ *bolsillo* B 157



El bavaro tenía en sus manos un Rosario; se levantó para ponerse de rodillas, hizo la señal de la cruz y quedó todo su cuerpo al descubierto para mí.

El instinto de la guerra me hizo tomar de nuevo el fusil y apunté al joven. Le vi al extremo del cañón inmóvil, un poco inclinada la cabeza y los ojos mirando al cielo. Sus labios se movían y entre sus dedos se deslizaban las cuentas del Rosario.

¿Qué paso por mí?; no lo sé. Toda mi sangre de cristiano se estremeció en mis venas; me pareció ver descender del cielo, sobre aquel hombre, rayos de luz misteriosa, y el fusil cayó de mis manos. Aquel joven volvería sin duda a su país sin saber siquiera que el Rosario de la Virgen le había salvado la vida.

Cuando yo me retiraba, las balas silbaban en mi derredor, no me llegaron³²⁹; la oración del joven me protegió sin duda.



³²⁹ no llegaron **B 157**



44.- Hermosa lección³³⁰.

En una ciudad de poca importancia, por cierto, y tal vez, sin lugar en el mapa, se presentó en cierta ocasión una Comisión que tenía por fin qué sé yo cuáles asuntos agronómicos.

De ella formaba parte un joven ingeniero que, por desgracia hoy harto común, había perdido toda creencia religiosa.

Recibió hospitalidad la tal Comisión en la casa de la más acomodada familia del pueblo, en la que había una joven de simpática figura, de no vulgar ingenio, y, sobre todo, de gran piedad y resolución.

Es achaque común de los incrédulos modernos, ignorar nuestra Religión y burlarse, sin embargo, de ella; no parezca, pues, raro que el ingeniero de que hablamos, al día siguiente de su llegada, escandalizara a aquella buena gente con burlas más o menos veladas de las verdades y prácticas religiosas.

La consternación de la familia era general, y sólo se oían las soeces risotadas de los acompañantes del ingeniero.

La joven inclinó el rostro, encendido como la grana, y no dijo palabra.

Pasaron muchos días y casi siempre, a la hora de la mesa, se repetía la anterior escena con variantes ligerísimas.

Concluyó al fin su trabajo el ingeniero; él lo creía maravilloso, y envanecido de ser su autor desplegaba sus planos con aire de triunfo ante sus amigos y familia; aquéllos los alababan y felicitaban al ingeniero por tan buen éxito. De pronto, entre aquel concierto de alabanzas brotó una carcajada sonora, estridente, juvenil; volvieron todos los ojos al sitio de donde salía y vieron a la joven que, doblemente encendida por la risa y el rubor, señalaba con el dedo los planos y hacía graciosos gestos de disgusto.

La miraban todos con asombro, y su padre, entre sorprendido e irritado, exclamó con energía:

-¿Sabremos de qué ríes, niña?

³³⁰ B.P., nº 124, 17 de febrero de 1918, *Hermosa lección*, págs. 3-4.



Ella continuaba riéndose, y su implacable dedo apuntaba siempre a los planos. El ingeniero palidecía a veces, sus labios temblaban, y daba señales de grande ira, que aumentaba por la persistente risa de la muchacha. Dominándose al fin cuanto pudo, le dijo en tono seco y brusco:

-¿Qué ha notado usted en mis planos, señorita, que le causa tanta gracia?

Página | 223

Haciendo poderosos esfuerzos para contener la risa, contestó la joven:

-¡Están tan feos!... ¡Esas rayas tan rectas, esos picos tan mal hechos! Y luego los colores...¡Vaya, vaya!, exclamó dirigiéndose a los amigos del ingeniero, no sé por qué aplauden y admiran ustedes esas figuras.

Y volvió a sonar su estrepitosa carcajada. El ingeniero que veía poner en ridículo sus trabajos, y esto por una muchacha ignorante, no pudo contener, y exclamó:

-¿Sabe usted topografía, señorita?

-¡Nada! -contestó ella sonriendo aún.

-¿Y dibujo?

-Tampoco.

-¿Y ha visto usted muchos planos?

-¡Son los primeros!

-Me admira entonces, señorita, su risa de usted, y me parece altamente tonto y ridículo burlarse uno de lo que no entiende.

Irguióse entonces ella, y altiva y majestuosa como una reina, le preguntó:

-¿Conoce usted a fondo la Religión Católica?

-¡No! -contestó el joven.

-¿Ha leído usted el evangelio?

-¡No!

-¿Y el Catecismo, caballero?

-Tampoco.

-¿Recuerda siquiera las enseñanzas que sin duda puso en el corazón de usted su buena madre?



-Las he olvidado, dijo el joven inclinando la cabeza.

-Pues entonces, caballero, estuvo usted *soberanamente tonto y ridículo* cuando en días pasados se burló de lo que no entiende.

Página | 224

Aquel día la mesa estuvo en paz, y al día siguiente el ingeniero y sus amigos, corridos y avergonzados, se despedían de aquella casa donde tan terrible lección habían recibido.

El hecho que sirve de base al anterior relato es estrictamente histórico.



45.- Murió sin asustarse...³³¹

En la alcoba se habla quedo, muy quedo: el enfermo está grave, el enfermo se muere.

Todos lo saben.

El médico ha pronunciado la sentencia fatal: es cuestión de días, quizás de horas.

Una respetable anciana que es amiga íntima de la familia, insinúa tímidamente la idea de que es preciso que el enfermo reciba los Santos Sacramentos.

La familia no se opone a ello. Nada de eso.

Todos sus³³² miembros son católicos, apostólicos y romanos.

La señora pertenece a seis Sociedades caritativas, a ocho Congregaciones religiosas y lleva encima más de un escapulario.

La señorita es piadosísima: precisamente está andando el treinta y tres para obtener del Cielo la curación de su padre.

El hijo jamás falta a Misa³³³ los domingos, y fue educado en un colegio católico. Sin embargo, tener que decir al jefe de la familia: “prepárate, porque vas a morir”, sobrecoge a todos aquellos pobres de espíritu.

La discusión comienza

-Háblale tú.

-No, mejor tú: eres la llamada a ello.

-No, mejor que no sea ninguno de la familia.

-Llamemos al Padre Fulano, que tiene tanto *modo* con los enfermos.

-Llamemos al Padre Zitano, que predica tan bien y que siempre ha sido amigo de papá.

³³¹ B.P., nº 126, 7 de abril de 1918, *Murió sin asustarse*, pág. 3. Se repite este mismo cuento en B.P., nº 143, 28 de julio de 1929, págs. 2-3.

³³² los **B 143**

³³³ Tanto “sociedades”, como “congregaciones” y “misa” aparecen en mayúscula en el B.P. de 1918, y en el de 1929 están en minúscula.



No logran ponerse de acuerdo más que en una sola cosa: en que es preciso no *asustar*³³⁴ al enfermo.

La resolución se aplaza para el día siguiente: lo pensarán con calma a fin de encontrar el medio de que el enfermo no vaya a asustarse...

Página | 226

A media noche fallece aquel hombre.

Su alma va al tremendo tribunal de Jesucristo cubierta con la lepra del pecado; pero ¡gran fortuna! El enfermo murió *sin asustarse*.



³³⁴ no aparece en cursiva "asustar" ni "asustarse" B 143



46.- El Santo Rosario³³⁵.

El hecho ocurrió en 1825 en la diligencia de Mancon-Lyon.

Un caballero muy acicalado cantaba las coplas de Beránger y hablaba con sus más inmediatos compañeros de viaje en estos términos:

-¡Yo soy empleado, pero independiente, caramba! Tengo derecho a ello – y, señalando a un sacerdote y a otros dos señores muy graves que iban en el rincón opuesto, agrego: - Apostemos cien *sous* a que en la primera parada hago yo que bajen del coche ese sotana y esos dos jesuitas disfrazados –y siguió cantando sus canciones anticlericales.

El sacerdote, aburrido, había cerrado su breviario.

En esto sonó el toque del *Angelus* en los pueblos de los alrededores. Los dos caballeros se santiguaron y se pusieron a rezar. Hubo una explosión de risa, y por orden del cantor de las coplas, se aplaudió irónicamente a los dos “beatos”. Uno de estos, sacando tranquilamente el rosario, dijo a su camarada:

-Mi querido conde: es la hora de mi rosario: ¿quiere usted acompañarme?

-Perfectamente, amigo vizconde: lo rezaremos juntos.

-Si ustedes permiten –dijo el sacerdote saludando sonriente-, lo rezaremos los tres.

Nadie se sonrió más. Solo se oía el ruido de la diligencia, que no impedía a los tres cristianos recitar a voz las *Ave Marías* de la corona virginal.

Se acabó el rosario y llegó la primera parada del vehículo. Allí (en Trebous) bajó el sacerdote, y al despedirse de los dos desconocidos³³⁶, les preguntó cortésmente si podía saber sus nombres antes de separarse:

-Con mucho gusto, señor Cura –le respondió el más viejo-. El vizconde de Montmorency, ministro de Negocios extranjeros.

El sacerdote se quedó estupefacto mientras el otro señor se nombra a su vez diciendo:

³³⁵ B.P., nº 134, 9 de octubre de 1921, *El Santo Rosario*, págs. 2-3. Segunda época del B.P. que salta desde el 1-12-1918 hasta el 9-10-1921.

³³⁶ A, desconocido



-El conde de Villele, presidente del Consejo, y ministro de Hacienda.

Nadie salía de su asombro. Mr de Villele llamó al gendarme de servicio, se le dio a conocer, señalando al de los cánticos, que ya no chistaba, le dijo: "Gendarme este señor desea cambiar de departamento, porque aquí hay dos personas que harán una denuncia contra él si continúa aquí."

El aludido no esperó aviso dos veces, y salió a escape del coche. Pero Mr. de Villele le llamó para decirle:

-Un momento caballero... ¿Y la apuesta? Nos debe usted cinco francos: los viajeros son testigo de ello... Nosotros no nos bajamos del coche... Todo lo contrario...

El hombre cada vez más atortolado, pagó la apuesta, entre las risas generales, y escurrió el bulto. Mr de Villele dio los cinco francos al sacerdote, con estas palabras:

-Para los difuntos de su parroquia, Sr. Cura.

Aprended de aquí, mis queridos niños a practicar todos los días, y sin miedo ni respeto humano, la dulcísima devoción del santo Rosario. Es invención bendita de un glorioso español con ella se han vencido y aniquilado multitud de herejías, se han salvado innumerables almas, se ganan muchísimas indulgencias y con ella lograréis que la Santísima Virgen os coloque bajo su manto de madre y os lleve al cielo. Estamos en el mes del Rosario; prometed a la Virgen que lo rezaréis todos los días de vuestra vida³³⁷.



³³⁷ *ivda A*



47.- Polito³³⁸.

Y con la fuerza brutal de una lógica contundente, y la clarividencia de una razón despierta e ilustrada la conciencia le argüía, le estrechaba cada vez más en un callejón sin salida.

-Polito, llevas una vida inútil e insustancial.

No está llena de crímenes, pero si de frivolidades; es una vida incompatible con las obligaciones, que te impone la sociedad de que formas parte, la patria a que perteneces, la iglesia de la que eres hijo.

-Pues yo no lesiono el derecho de ninguno. Yo cumplo fielmente las leyes del Estado. Yo no quebranto las disposiciones de la Iglesia.

-Dices la verdad, pero en el mundo hay algo más que obligaciones estrictas.

Tú vives en la sociedad, y ves en torno tuyo muchas necesidades, que remediar. Tú que eres ilustrado, habitas en medio de una turba de ignorantes.

Tú que eres rico, estás entre gran número de necesitados. Tú, que sientes la necesidad del orden, te hayas rodeado de un sin número de rebeldes, cegados por falsas teorías y no haces nada por remediar esas necesidades. Ni enseñas, ni socorres, ni aconsejas. Ni lo haces, ni apoyas a los hombres, ni a las entidades, que procuran remediar esos males ¿y dices que cumples tus obligaciones sociales?

Tú eres miembro de una patria grande y gloriosa, que necesita el mayor rendimiento posible de la actividad de sus hijos al fin de conseguir la transformación de las industrias, el mejoramiento de los cultivos, para su mayor engrandecimiento y prosperidad, y tú no contribuyes a ello con tu vida huera de casino y deportes. Tú eres hijo de la Iglesia, y la Iglesia hoy más que nunca necesita para sus hijos una piedad sólida, ilustrada y de espíritu y ardores eucarísticos, necesita que sus hijos se fundamenten en el estudio de los dogmas con conocimientos apologeticos; necesita y pide de todos el apostolado de la acción católica, como supremo y máximo deber de los católicos y tú ni tienes esa piedad, ni adquieres esos conocimientos, ni emprendes esa acción, que hoy se exige a los seglares.

-Yo hago lo que hacen los demás.

³³⁸ B.P., nº 144, 29 de septiembre de 1929, *Polito*, págs. 2-3.



-Donosa razón. Dime que los demás cumplen con sus deberes, que obran bien. Dime que los aplaudes, que te entusiasma su conducta porque los crees fieles servidores de la sociedad, de la patria, y de la Iglesia entonces podrás vanagloriarte de ser semejante a ellos.

- Es que yo soy hombre de mi tiempo y tengo que acomodarme a él.

- Te equivocas. Ni tú eres hombre de tu tiempo, ni vives como tu tiempo exige. Tu tiempo es el tiempo de las mayores necesidades y de las más grandes exigencias.

Desde la conversación del mundo pagano, máxima y grandiosa empresa de los católicos de nuestros días, hasta la educación cristiana de las masas populares hay una gradación casi infinita de grandes necesidades, que exigen de todos los que a un tiempo quieran acomodarse, un derroche de actividad, de energía, de sacrificio, y de desprendimiento.

-Pero...yo...Ahora... en mi juventud...

-No busques disculpas. Precisamente tu juventud es tu mayor acusador. La empresa es de actividad, de heroísmo, y arranques generosos, y la juventud es la edad de las grandes y heroicas empresas. La juventud no es la edad de las ilusiones, como engañosamente se dice, sino le edad de forjar las grandes realidades.

La juventud es la edad de la formación de los nobles ideales, de la adaptación a los problemas palpitantes, del adiestramiento para la lucha.

La juventud es la edad de las máximas responsabilidades ante Dios y ante los hombres, porque en su corazón lleva la semilla del porvenir y en su mano la llave del éxito.

-Basta. Basta, conciencia. No quiero que me sigas hablando.

-Es inútil. Si no me atiendes seré ahora tu tormento, y después tu acusador.

Y Polito, el pobre Polito, el joven del día, no malo, pero inútil, no vicioso, pero insustancial, no descreído, pero hueco, pasó muchos días intranquilo y desasosegado, pensando en el diálogo tenido con su propia conciencia.

Pensó, meditó. Pesó razones. Y al cabo de algunos días, iluminado por la gracia, se levantó y lleno de generosidad y resuelto y decidido dijo a Dios como el Apóstol: "Señor, ¿qué queréis que haga?".





48.- Un caso de conciencia³³⁹.

¿Obró bien? ¿obró mal? Yo no me atrevo a decirlo. Juzgue el lector por sí mismo.

Página | 231

Carolina. La pequeña Carolina, la de los ojos grandes y negros como un abismo, la del cabello rubio y enortijado, la del cutis aterciopelado, boca de rosa y nariz perfecta; la pequeña Carolina, que parecía un querubín escapado de un cuadro de Murillo, estaba inconsolable. Sentada ante la tarima que le servía de mesa, rechazaba con energía el frugal desayuno que su madre le ofrecía, y lloraba, lloraba sin límite y sin consuelo.

¿Qué le había pasado a aquella florecilla silvestre, transportada hacia pocos meses de la placidez de la aldea al bullicio madrileño?

Su padre, Juanillón, el más robusto, honrado y trabajador de la aldea, como tantos otros, se dejó seducir por el espejismo tentador de la ciudad y abandonó su seguro y tranquilo porvenir, para lanzarse a la conquista de lo difícil e incierto. Llegó a la corte con su familia, lleno de esperanzas y corto de recursos, y se instaló en una buhardilla de un sexto piso, en un apartado barrio.

Carolina, la pequeña Carolina, la mayor de los hijos de Juanillón, a los pocos días de instalada en Madrid, empezó a hacer cortas excursiones por el barrio, alejándose más cada día.

Y dio la casualidad, ¡pícara casualidad! Que un día, sin que ella soñara con tan feliz encuentro, se vio ante el lujoso y repleto escaparate de un gran bazar de juguetes.

Desde entonces, siempre que salía, dirigía sus pasos hacia aquellos escaparates, que se habían convertido en un imán de su voluntad y palacio encantado de su fantasía.

Allí, con la nariz pegada a la luna y los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba extática aquella infinidad de juguetes, finos y raros, de formas caprichosas y brillantes coloridos, a los que hacía resaltar sus encantos una luz cegadora e insolente.

Y había en el escaparate central y en medio de infinidad de juguetes, presidiéndolos a todos como una reina en su trono, una muy grande y lujosa muñeca articulada, de tez sonrosada y ojos verdes, que delataban su procedencia alemana, de orillas del Rhin y era, la que sobre todos los demás juguetes, constituía el encanto de Carolina.

³³⁹ B.P., nº 145, 20 de octubre de 1929, *Un caso de conciencia*, págs. 3-4.



Tal era la atracción que sobre ella ejercía, que ni siquiera miraba para los lujosos escaparates de brillantes y costosas joyas, ni para los trajes elegantes y llamativos ante los que había de pasar, para llegar al jardín de su soñada dicha.

Sobre todo cuando se acercaba el dependiente, y ponía en marcha el mecanismo y la veía ella abrir y cerrar los ojos, levantarse de las sillas y saludar, y hasta cantar una canción, que ella no entendía pero que le sonaba a melodía celestial, ya podía llover y tener sus pies encharcados, ya podía nevar y cubrir la nieve sus ligeros y pobres vestidos, que Carolina permanecía horas y horas junto al cristal, como si estuviera petrificada.

Un día, aciago y feliz día, vio detenerse junto al bazar a un lujoso automóvil y descender del mismo a una señora y a una niña de su edad, lujosamente ataviadas.

Observó como uno de los dependientes cogía la muñeca suya, su ídolo, y la colocó sobre el mostrador; dio movimiento al mecanismo y la muñeca repitió una vez más los movimientos, que a ella encantaban y que entusiasmaron a la otra niña.

Vio por último, casi sin ver, porque las lágrimas le empañaban los ojos, cómo la depositaban en un lujoso estuche de piel, enguatado de raso azul, y la recogía un lacayo, que acompañaba a la señora.

Ni un trueno, ni un terremoto, ni el aniquilamiento total del mundo hubieran hecho en el ánimo de la pequeña Carolina la impresión, el dolor, la desolación, que le produjo la venta de la muñeca, de su muñeca de la que creía puesta allí sólo para solaz suyo, y que había comprado a costa de anhelos y de paciencia, y así desolada y llorosa dirigióse hacia la puerta del bazar.

Salía entonces la señora, y Carolina, con la inconsciencia de los pocos años, arrojose a sus pies, y cogió entre las suyas las manos de la niña y con lágrimas y entrecortados sollozos les rogaba, que le dejaran ver por última vez a su muñeca, y depositar un beso en sus sonrosadas mejillas.

La señora sorprendida por el hecho, conmovida por las lágrimas y subyugada por la inocencia y la belleza de la niña, miró a su hija como saben mirar las madres, y a la niña tomando el estuche de manos del lacayo lo puso en las de Carolina diciendo: tómala. Yo ya no la quiero. Para mí eres tú ahora el pequeño Jesús en cuyas manos la deposito.



* * *

Todavía no hacía dos meses que trabajaba en una fábrica Juanillón, y ya se hallaba envuelto en una huelga estúpida y sin finalidad.

Página | 233

Se había gastado los últimos recursos. Se había empeñado todo lo que podía dar algunas monedas. Hasta se había visto obligado aquel día Juanillón a pedir limosna, que no le dio nadie, y cuando volvió a su desolada buhardilla, llegaba su hija radiante de alegría con su preciado tesoro.

Abrió el estuche, la contempló, la besó una y mil veces, y sin acordarse de pedir pan, se quedó dormida, abrazada al estuche de su muñeca.

Entonces surgió en la mente de Juanillón una idea, que él consideró al principio absurda, pero que la necesidad fue haciendo realizable.

Tembloroso y avergonzado como el que comete un crimen, acercose a la camita de Carolina, que dormía con esa risa que tienen los niños que duermen cuando ven a los ángeles, abrazada al estuche de la muñeca, y tomándolo cauteloso lo llevó a la casa de empeño.

Por eso Carolina, la pequeña Carolina, rechazaba con energía el frugal desayuno, que su madre le ofrecía, y lloraba, lloraba sin límite y sin consuelo.

¿Obró bien? ¿obró mal Juanillón? Yo no me atrevo a decidirlo. Que lo decida el lector.





49.- Tiene V. razón, señor Cura³⁴⁰.

-Madre, ¿a qué hora tocaran?

-Muy temprano, Perico.

-Si me duermo, me llama V. No se vaya V. a ir sola. V. me espera.

-Sí, hijo, sí; descuida. Tú duermes a pierna suelta.

Era la noche del día primero de noviembre, y Perico, el sencillote Perico, aquel mocetón fuerte como un roble y sano como un pero; aquel angelote de veintiséis años; de costumbres honestas y vida ordenada, aquel buen Perico, que se creía nacido sólo para trabajar, y que el rayar del alba lo alcanzaba siempre camino de la besana, tan preocupado estaba con el día de Difuntos, tanto interés tenía en asistir a las misas de aquella mañana, que rogaba con insistencia a su madre, que lo llamara, porque temía quedarse dormido.

¿Dormido? ¿Dormido él? ¿El madrugador Perico? ¿Dormido; y en toda la noche pudo pegar los ojos?

Cuando las campanas empezaron a sonar con ese lúgubre tañido, que sólo tienen el día de Difuntos, ya estaba Perico vestido y en espera de los primeros grupos que pasaran, para dirigirse con su madre a la Iglesia.

Allá fue Perico a oír las misas, todas las misas que pudiera. Era o no era el día de Difuntos.

Y terminadas las misas, volvió a su casa, cogió la yunta y hasta otro año el día de Difuntos no volvería a vérselo por la iglesia.

* * *

Andaba por aquellos días Perico, metido en calzas prietas y lleno de preocupaciones. Perico se iba a casar.

Cinco años llevaba ya de relaciones formales con su vecina Rosa, una rolliza y trajinadora moza, no mal parecida, de mano no muy blanca, pero fuerte, capaz de derribar un toro y de lavar la ropa de un pueblo.

³⁴⁰ B.P., nº 146, 24 de noviembre de 1929, *Tiene V. razón, señor Cura*, págs. 2-3.



Tan adelantado estaba el asunto, que habían terminado las proclamas y estaba fijada la fecha del casamiento para mediados de mes.

Por eso Perico estaba inquieto y preocupado. Por eso y... porque tenía que ir a examinarse.

Llegó al despacho del Cura, corto y encogido y el Cura le animó.

-Vamos Perico. Tú sabrás la doctrina.

-Mire V. señor Cura, como uno anda siempre al campo.

-Pero, hombre, ya habrás ido a la escuela, siquiera por la noche. Y tu madre te habrá enseñado algo.

-Mire V. no hay tiempo para nada.

-¿Pero es que tú no rezas nunca? ¿ni al levantarte y al acostarte siquiera?

-Le diré a V. Cuando me levanto me voy atando las botas camino de la cuadra, para pensar la yunta y cuando me acuesto caigo como una piedra en un pozo.

-Pero entonces, ¿tú no cumples con la Iglesia?

-Si señor, yo ya cumplí el día de los Difuntos.

-¿Es que te confesaste aquel día?

-No señor. Aquel día oí seis misas.

-Y tendrás misas para tiempo, ¿verdad?

-Sí señor; para todo el año.

-Perico, pobre Perico. ¿Y esa vida de cristianos? Sin oración, sin sacrificio, sin purificar la conciencia, siquiera una vez al año, sin fortalecer el alma con el Pan de los Ángeles, el Cuerpo y Sangre de Cristo, ¿crees tú que puede llenarse el fin, para el que Dios crió al hombre, que es servirle y amarle en este mundo y gozarle en el otro? ¿Es que tú has llegado a creer que el trabajo es el fin del hombre, como el de las máquinas?

-No señor, pero es necesario trabajar.

-Necesario y santo es el trabajo, pero ordenado, con medida, después de cumplir con las obligaciones, que tenemos como hombres, y como cristianos.



Tú, Perico, como tantos otros, que te imitan eres ilógico. Asistiendo a las misas el día de los Difuntos, demuestras que crees en la inmortalidad del alma, en la resurrección de la carne, en el valor de los sufragios aplicados por las almas del purgatorio.

Página | 236

Y sin embargo, vives completamente apartado de toda práctica religiosa, aún de las más graves, urgentes y perentorias obligaciones.

Para tí no hay mandamientos que obliguen, ni sacramentos que urjan. Perico, créeme. Esa vida es una vida triste y miserable; una vida sin consuelo y sin esperanza.

-Tiene V. razón señor Cura.





50.- El cabrerillo³⁴¹.

Luisillo era muy devoto de la Virgen ¿Qué quién era Luis, decís?

Página | 237

¿Pero es que hay alguno de vosotros, que no lo haya conocido?

Luis era aquel cabrerillo ingenuo, sencillo y piadoso, de ojos grandes, negros y parleros, de cabellos rubios crespos y ensortijados, que todas las mañanas salía al campo con el zurrón a la espalda y el garrote en la mano, conduciendo su hatillo de cabras.

Salía por Mariaño, en invierno aterido de frío, descalzo y casi desnudo, abrigándose con una bufanda deshilachada y rota, pero contento y risueño, y en verano con la blusilla listada y el sombrero de paja desvaída, que adornaba con una plumilla de pavo real.

¡Cuántas veces os lo habéis encontrado en el camino de la Virgen, vosotras que como alondras mañaneras, tenéis la devoción de saludarla todos los días con el primer rayo de sol, que entra por la ventana del camarín!

¿Todavía no sabéis quien era Luis?

Luis era aquel niño tan piadoso y devoto, que veíamos pasar diariamente junto al Santuario de la Virgen con su piarilla de cabritas y chivos retozones.

¡Cuántas veces le contemplasteis descubierta y arrodillado junto al árbol grande arrobado en éxtasis y rezando fervoroso, cuando no podía abandonar a las inquietas cabras, y cuantas le visteis ensimismado junto a la verja del presbiterio, queriendo entrar su cabecilla de querubín por entre los hierros, para acercarse más a la Virgen!

Luisillo marchaba todas las mañanas al campo con su hatillo de cabras, pero su corazón quedaba bajo el manto de la Virgen, y su pensamiento revoloteando entre los puentes de su corona.

¿Todavía no os acordáis de él? ¿No os acordáis de aquel cabrerillo vivaracho y candoroso, que al regresar del campo, depositaba todos los días una florecilla silvestre a los pies de la Virgen?

Vosotras, las que os despedíais de la Virgen cuando ya el sol ha traspuesto las altas sierras ¿no habéis visto la flor que todas las tardes invariablemente ofrecía Luis a la Virgen, arrojándola por entre los hierros de la verja cerca de las gradas del presbiterio?

³⁴¹ B.P., nº 152, 26 de mayo de 1930, *El cabrerillo*, págs. 2-3.



Acaso no siempre la veréis, porque algunas veces era una florecilla sin brillantes colores, ni delicado aroma, pero otras eran grandes ramos de olorosas madreselvas o pintada de clavellinas.

Página | 238

Algunos días, en lo mas riguroso del invierno, cuando el cierzo y las heladas arrasan el campo, miraba yo con insistencia y desconfianza, esperando no encontrar la flor del cabrerillo.

Pero siempre la vi en el mismo sitio. A veces eran unas florecillas de romero o una humilde flor de tomillo, pero nunca faltó aquella prueba de devoción del inocente cabrerillo.

Un día, en el que la tierra estaba cubierta de espesa capa de nieve, quedé admirado al ver, como siempre, la flor ofrecida por Luis y hube de preguntarle, como pudo llevarla. Él me respondió ingenuamente: Para la Virgen, señor cura, siempre hay flores.

En lo más florido de la primavera dejé de ver un día el ramillete. Miré a la Virgen y parecía estar triste.

Pregunté por Luis, y supe que estaba enfermo.

Fui a visitarle, y le hallé tendido en un pobre camastro, rendido por alta fiebre. Deliraba, pero en su delirio sólo hablaba de la Virgen.

¡Pobre Luisillo! A los pocos días lo rindió la enfermedad.

Veía a los ángeles, que llegaban, para llevárselo con ellos. Llamaba a la Virgen que venía a su encuentro. Alzaba los brazos para echarlos al cuello de la Virgen que se acercaba.

Lo vi expirar risueño y con los ojos fijos en el cielo.

Entonces, acordándome yo de la inveterada costumbre de su piedad filial, le puse entre los dedos una blanca y olorosa azucena, última flor, que ofreció a la Virgen en este mundo y primera que ofreció en la gloria.

¡Pobre Luisillo! ¡Qué bueno era!





51.- El tercero santificar la fiesta (II)³⁴².

Juan, el hijo de la tía Tomasa, la del barrio alto era, como lo fue su padre y lo había sido su abuelo, un sujeto excelente, honrado a carta cabal, obediente a su madre, que mandaba en su casa como capitán en compañía, y trabajador como pocos.

Tenía un mediano pasar, unas tierras, ni buenas, ni malas, más bien pocas que muchas, una canga de mulillas tordas avispadas y vivarachas, y una salud a prueba de bomba.

Juan, que era hijo único de la tía Tomasa, viuda hacía muchos años, bebía a los vientos por una vecina suya, la Rafaela, la nieta del tío Felipe, como él de mediano pasar, sana y rolliza, activa y trabajadora, previsora, no mal parecida y muy recogida y piadosa.

Estaban las relaciones más que formalizadas, y ambos habían pasado ya la edad de las ilusiones, pero la tía Tomasa no veía el momento oportuno de que se realizara el matrimonio. ¡Había que gastar tanto!

Juan trabajaba. Trabajaba sin descanso, sin hacer caso de los días santos, poniendo todo su empeño en el propio esfuerzo.

-¿Por qué no oyes misa, Juan? -le decía muchas veces Rafaela.

-Porque hay que trabajar –contestaba.

-¿Por qué trabajas los domingos?

-Porque hay que ahorrar.

Y resuelto y decidido como si él solo fuera el único factor de la producción, Juan como si fuera una máquina, trabajaba y trabajaba sin levantar la vista al cielo, de donde ha de venir el incremento y la santificación del trabajo del hombre.

Rafaela insistía cada vez más con más tesón y aprovechaba los desencuentros de Juan, cuando al recoger las cosechas lo veía descorazonado por la escasez, por las plagas, que surgieron, por la helada que arrasó la viña, por el granizo, que destruyó las mieses, para hacerle ver la insuficiencia del esfuerzo humano.

-¿Ves, Juan, cómo hay algo más que tu trabajo que influya en la producción y aumento de la cosecha?

³⁴² B.P., nº 153, 22 de junio de 1930, *El tercero santificar la fiesta*, págs. 2-3.



¿Y cómo quieres que el Cielo te sea propicio, si ofendes a Dios con tu aire de suficiencia, con tu confianza en el trabajo? ¿Cómo puedes pretender que Dios te ayude si empiezas por despreciar su ley, no cumpliendo sus preceptos?

Hazme caso, Juan. Trabaja y ora. Cumple como buen cristiano y confía.

Página | 240

Y Juan al fin, ante los reiterados ruegos de Rafaela, confió en Dios y oró, cumplió con los preceptos divinos, santificó el día del Señor y pudo comprobar por propia experiencia: “que ni el que planta ni el que riega hace nada, sino el que da el crecimiento, Dios”.





52.- Joselín³⁴³.

¡Qué listo era Joselín! Bravo mozo de ocho años, raquítico, mal empelado, flacucho, y ya andaba en el trabajo, muchas veces en un trabajo impropio de sus años, en un trabajo agotador e inhumano.

No era por necesidad; el padre tenía un mediano pasar y otros hijos mayores que le ayudaban en sus faenas agrícolas.

¿Por qué, pues, aquel niño enclenque por los exagerados esfuerzos retardado en su desarrollo natural por el trabajo abrumador hacía aquella vida impropia de un niño y se exponía a no ser nunca hombre, por el afán de serlo antes de tiempo?

¿Por qué en los años en que los niños más cuidados necesitan, aquel pobre niño sufría las inclemencias del riguroso invierno, volviendo muchas noches a casa aterrado de frío y calado hasta los huesos? ¿Por qué sufría los insoportables calores del sol asfixiante de agosto³⁴⁴ sentado en el trillo, envuelto en una nube de polvo y de fuego?

Un día, no hace mucho, me encontré al padre en uno de los caminos y hube de preguntarle, por qué consentía tamaño abuso, por qué no se preocupaba del porvenir del mismo, por qué no cumplía la grave obligación, que tenía respecto de él y me respondió sin inmutarse, sin dar importancia al asunto, como si aquello fuera la cosa más natural del mundo:

-Sabe V., señor cura, que en la escuela no aprende...; que su madre quiere que me lo lleve al campo para que no ande por las calles...; que está deseando de venirse conmigo...

-¿Pero es que crees tú que éstas son razones poderosas para faltar, como estás faltando a tus deberes de padre? ¿Qué no aprende en la escuela? Y cómo quieres que aprenda, si va de ciento una vez y cuando va, va sin interés ni entusiasmo, deseando volver a su libertad? ¿Que anda por las calles? ¿Y qué malo es que ande por las calles las horas que tuviera libres de la escuela y las que tuviera libres de la preparación de las lecciones que debe hacer en casa?

El andar por las calles, esto es, el andar libre y suelto de ocupaciones y trabajos, es una necesidad, en el niño; el correr y saltar, retozar y hacer las miles diabluras propias de la edad, es esencial al desarrollo, a la alegría, a la transformación del carácter, a la constitución misma del hombre.

³⁴³ B.P., nº 154, 27 de julio de 1930, *Joselín*, págs. 2-3.

³⁴⁴ Agosto A



¿Que él quiere irse? Es natural.

¿Cómo no ha de querer irse al campo si el campo es la libertad, es la vida sin sujeción, sin disciplina? Irse al campo es correr tras de los pájaros y de las mariposas, pero es también correr tras de los peligros, es sobre todo dejar inculto el talento que Dios le dio y es más que nada incapacitarse para la vida en unos tiempos como estos, en los que sólo los que se capaciten y sepan, podrán triunfar.

Algún día llorarán este abandono y culparán muy injustamente a los padres que no han querido o no han sabido cumplir con ellos lo dispuesto por la ley de Dios y por la ley civil.





53.- ¿Quién piensa en eso, Señor Cura?³⁴⁵

Alto, robusto, con todas las proporciones de un cachalote, vestido estrafalariamente como un indiano, paseaba por la desmantelada plaza del lugar su abultado abdomen y anchas espaldas, caminando con gran prosopopeya el famoso D. Filipón.

¿Qué no lo conocéis? ¡Bah! Pensad un poco, refrescar la memoria y aunque³⁴⁶ no hayais vivido en Matalapuerca, basta que seáis de veinte leguas a la redonda, para conocer la historia, vida y milagros de D. Filipón.

Llegó a Matalapuerca sin saber de dónde, con un traje raído, sucio y viejo, como el más desmedrado mendigo, y con un puñado de monedas, que nadie supo de donde procedían, pero que suponemos legítimamente adquiridas, mientras no nos conste lo contrario.

Entonces nadie lo sospechó, pero después, que empezó a maniobrar, todos convenían, en que si no era judío, debía serlo.

Llegó y empezó a tender sus redes de mallas irrompibles, que se convertían en dogales.

Empezó a prestar a real por duro al mes. Una insignificancia. Pasó al pacto de retro al veinticinco por ciento, al plazo de un año. Después, a la hipoteca con el quince por ciento, y en pocos años, en tres años calamitosos, se quedó con todas las propiedades rústicas del pueblo. Acaparó después todas las urbanas, y terminó por hipotecar la voluntad, la libertad y la dignidad de todos los habitantes.

D. Filipón ponía jueces y alcaldes. Las elecciones se verificaban en su despacho y acabó por constituirse en señor de vidas y haciendas, en señor de horca y cuchillo, que el pueblo soportaba paciente y resignadamente, porque adelantó artero a sumergirlo en la ignorancia y en la desunión.

Hasta tal punto llegó su ambición y su crueldad, que los obreros enfermos morían de necesidad y las viudas y huérfanos gemían en la miseria.

Más de una vez, el cura, aquel pobre cura, que hacía poco había llegado a Matalapuerca lleno de ilusiones, cargado de tesis teológicas, y con no pocos conocimientos teóricos de sociología; que se había encontrado con una casa parroquial indigna de ser habitada por un sacerdote, y con una iglesia desmantelada y expuesta a

³⁴⁵ B.P., nº 155, 17 de agosto de 1930, *¿Quién piensa en eso, Señor Cura?*, pág. 3.

³⁴⁶ aun que A



todas las indigencias, y sobre todo, con unos feligreses pobres y miserables, ignorantes y aherrojados, más de una vez se acercó a D. Filipón, para implorar clemencia en favor de sus feligreses y siempre fue rechazado.

Página | 244

En una ocasión se atrevió a decirle el Cura para moverle a piedad: Piense V. en que ha de morir.

¿Quién piensa en eso Sr. Cura? Se atrevió a decir muy ufano el impertérrito D.³⁴⁷ Filipón.

Pero como sin pensarlo también se muere, llególe a D.³⁴⁸ Filipón su hora, y una noche, abandonado de todos, lleno de rabia y furor, entre espantosos dolores y aullidos, rechazando los auxilios espirituales que el párroco le ofrecía, murió apretando entre las crispadas manos las llaves de la caja de caudales, que atesoraba las lágrimas y el sudor de todo el pueblo.

Así murió, y bajó al sepulcro maldecido por todos, aquel que en vida no practicó ninguna obra buena.



³⁴⁷ Dn. A

³⁴⁸ Dn. A



54.- Hombres de antaño³⁴⁹.

Ya no queda ni rastro de aquella raza sana, fuerte, sencilla y creyente, que aún no hace cincuenta años formaba el núcleo principal del pueblo. Página | 245

Se rompió el molde, como dicen las gentes, y no van descaminadas.

Prototipo de aquellos hombres de antaño era el tío Perico, aquel hombre alto y huesudo, un poco encorvado por los años, pero fuerte y robusto como un roble que veíamos todos, hace poco tiempo bajar por las tardes a la Virgen, para tomar parte en las deliberaciones del “senado”, que allí se reúne.

Era el tío Perico un hombre de bien a carta cabal, nunca tuvo que ver nada con la justicia, un trabajador honrado, que en setenta años sólo sirvió a dos amos; y un creyente convencido. Jamás dejó de oír misa los domingos sin causa grave, ni omitió el cumplimiento pascual. Era frase suya favorita: a Dios hay que dar, lo que es de Dios.

El tío Perico era un gran patriota. Lo era de palabra y de obra. Para él no había nada como España. Sus campos eran los más fértiles, su cielo el más puro, sus soldados los más valientes, su historia la más limpia. España era sobre todo.

Más de una vez vertió su sangre por la patria.

Todavía recordaba él con fruición y narraba con frecuencia los episodios de la guerra con el moro en la que tomara parte, y en la que ganó la medalla, que alguna vez lucía y la pensión que disfrutaba.

¡Cuántas veces le oí yo repetir aquellas famosas palabras, que Alarcón pone en boca de Prim en la batalla de los Castillejos, palabras, que quizás Prim no pronunció y que seguramente el tío Perico no se las había oído a él: “Soldados esas mochilas podéis abandonarlas, porque son vuestras, pero no podéis abandonar esta bandera porque es de la Patria”.

Fue el tío Perico un buen padre de familia, que educó a sus numerosos hijos en el amor al trabajo, a la honradez y en el santo temor de Dios.

Antes de irse a la guerra tenía ya relaciones formales con una vecina suya con la Juana, la hija del tío Lorenzo, el Tachuela.

Era la Juana una moza sana y robusta, trabajadora y agenciosa, bien parecida y parlera, pero recatada y honesta y tan firme en sus amores y guardadora de la palabra

³⁴⁹ B.P., nº 156, 7 de septiembre de 1930, *Hombres de antaño*, págs. 2-4.



empeñada, que no quiso nunca oír durante la ausencia de Perico las pláticas amorosas de los numerosos galanteadores, que buscaba la no muy blanca, pero sí fuerte mano, de la Juana y la modesta, pero saneada hacienda del tío Lorenzo, de quien aquella era única hija.

Esperó confiada y cuando volvió Perico formaron aquel hogar, que Dios bendijo.

El tío Perico cumplió al pie de la letra las palabras, que muchos años después inmortalizó un famoso novelista español: “En la vida del hombre sólo dos mujeres tienen cabida legítima, la madre y la madre de sus hijos. Todo lo demás, son peligrosos devaneos o culpables extravíos”.

Pero sobre todas sus virtudes resplandecía en él una fe acendrada, y un profundo sentimiento religioso, que concentraba y casi personificaba en su ardiente devoción a la Virgen de la Estrella.

¡Cómo había él de levantarse una mañana ni acostarse una noche sin rezarle a la Virgen, cuya estampa rodeada de rústico marco, hecho por las propias manos de su madre, tuvo siempre sobre la cabecera de su cama! ¿Cómo estar él un día en casa sin ir a visitarla! ¡Cómo tener una aflicción, sin acudir a ella, o una alegría sin comunicársela!

Cada hijo que le nacía se lo ofrecía a la Virgen. En cuanto tenía algunos días, hacía que lo llevaran al Santuario para presentárselo y procuraba con gran interés que la primera palabra, que pronunciaran sus tiernos labios fuera el dulcísimo nombre de la Virgen de la Estrella.

Pero había un día sobre todos los días, el más claro y alegre del año, en el que su devoción se desbordaba, y era el día de hoy, víspera de la festividad de Ntra. Señora³⁵⁰.

¡Cuánto disfrutaba en esta noche el tío Perico!

Apenas la noche extendía³⁵¹ su negro manto, vestido de media gala, bajaba al santuario acompañado de su mujer y de su numerosa prole.

La primera visita al llegar era siempre para la Virgen, a la que miraba extático esa noche, al contemplarla más hermosa cada año, rodeada de luces y flores, adornada con valiosas alhajas y realzada su belleza por la estrella de pedrería, de la que la luz arrancaba brillantes y cegadores reflejos.

³⁵⁰ Cuento aparecido el día 7 de septiembre de 1930, víspera de la festividad de Ntra. Sra. de la Estrella, Patrona de Los Santos de Maimona.

³⁵¹ *extendida A*



El tío Perico afirmaba que la Virgen concede esta noche todas las gracias que se le piden.

Decía que en esta noche la había visto unas veces reír, otras llorar, y que más de una vez había llegado hasta sus oídos el eco dulcísimo de su voz.

Después ocupaban una o dos mesas de cualquier puesto y tomaban jeringos y café sin tasa, sin número, sin medida y sin cuento, porque el tío Perico era esa noche verdaderamente rumboso.

Luego empezaban las indispensables vueltas de noria, para comprar las golosinas y juguetes que los hijos querían y que aquél nunca les negaba.

José quería avellanas, Manuel caramelos, Antonio magdalenas, Teresa dátiles, Rosa turrón, el más pequeño un chupador y el mayor gaseosa; respectivamente una pelota, un carro, un caballo, un costurero, un bastidor, una corneta y un sable, todo lo cual, no sin regateo por parte de la tía Juana, compraba el tío Perico.

Luego llegaba el momento más feliz de la noche, el momento de quemar los fuegos artificiales, que él y los suyos veían con la boca abierta contemplando aquellos cohetes voladores, lacrimosos y estridentes, aquellas complicadas ruedas giratorias, que vertían perlas, aquellas cascadas de luz irisada y deslumbrante.

Cuando los hijos eran pequeños, se les dormían tres o cuatro, que él y la tía Juana cogían en brazos. Pero pronto se separaba él de allí embelesado con la melodía de la música, el griterío de las gentes, los pregones de los vendedores, el chirrido de los tíos vivos, los toques de campana de los columpios, el ruido de las trompetas, los pitidos de las vejigas, la música de las armónicas y las estridencias de los birumbados.

Allí estaba el tío Perico embriagado con el olor de la pólvora, el humo de los peroles, el vaho de la muchedumbre, y el polvo de la atmósfera, hasta que sonando el trueno gordo del Castillo caía el cuadro y daba con todas las fuerzas de sus pulmones un estentóreo viva a la Virgen de la Estrella.

El día de la Virgen aparecía endomingado con el traje de paño de Torrejoncillo, que estrenó para casarse, que sólo se ponía el Jueves Santo para cumplir con la Iglesia y el día de la Virgen, y con el que le habían de amortajar.

Todos los años se le veía indefectiblemente durante la función, sentado en el banco, que hay frente al púlpito.

Mientras los hijos estuvieron bajo su potestad, con estos y la tía Juana, que aquel día lucía su basquiña de negra estameña y su mantilla de paño ribeteada de terciopelo.



Cuando los hijos se emanciparon, acudía con la tía Juana, y cuando ésta murió, solo; pero nunca dejó de asistir.

Un año, no hace muchos aún, pocos días después de la Virgen, dentro todavía del octavario, cayó el tío Perico gravemente enfermo, porque grave es cualquier enfermedad en un viejo de más de noventa años.

Me avisaron y le administré los últimos sacramentos, que recibió con extraordinaria devoción, rodeado de todos sus hijos y nietos, que llenaban la amplia habitación.

Quiso bendecirlos antes de morir, para lo cual se incorporó con trabajo, pero con entereza. Exhortolos a ser siempre trabajadores, honrados y piadosos y dioles su paternal bendición, que atrajo seguramente la bendición de Dios. Fue lentamente extinguiéndose con una dulce agonía. Sus últimas palabras, fueron: Madre mía de la Estrella.

Entonces cogí yo aquel tosco cuadro, que tantos años tuvo colocado sobre la cabecera de su cama, y se lo di a besar, y besándolo repetidas veces murió, con la muerte de los justos.

Tales eran los hombres de antaño, de los cuales se dice con razón que ya no existen y no faltan quienes aseguren, que es porque se rompió el molde, lo que acaso sea cierto.





55.- ¿Quién se lo había de figurar?³⁵²

Todos vosotros conocisteis, como yo, a Juana, aquella jovenzuela vivaracha y pizpireta, bien parecida y mejor trajeada, que era siempre la primera en todas las exhibiciones, donde quiera que había que lucir o que disfrutar allí estaba Juana.

No había baile al que no asistiera, paseo que no frecuentara, feria que no viera, ni gira que ella no animara.

Donde menos se le veía era en la iglesia y cuando iba, era más para lucir los trapos que para cumplir los preceptos.

Huérfana desde hacia muchos años, crecía sin rienda siguiendo los impulsos de su propia voluntad.

No faltó, no obstante, quien le llamara la atención algunas veces, haciéndola ver lo desacertado de su conducta, pero ella siempre respondía que, era aquella la edad de divertirse y que a esto sólo debía atender.

Así pasó los años de su juventud, sin preocuparse de adquirir aquellos tesoros, que forman el caudal de una joven y con los que puede contribuir a hacer la felicidad de su esposo y de sus hijos, la modestia, el sacrificio, el trabajo, la previsión, el ahorro y la fuerza que da la práctica de las virtudes cristianas para endulzar la vida y cumplir fielmente las obligaciones de cada estado.

Pasaron los años, y todo fue cambiando en ella menos el lujo y el afán de divertirse, de bailar, de exhibirse en todas partes. Ya no era la joven pizpireta, ni bien parecida, aunque ella forzara los movimientos y retocara el rostro con afeites. Ya era la mujer, que decae en sus dotes naturales, y como de las morales carecía, era la mujer inútil en la vida, que tenía seco el corazón por falta de amor y rojiza la vista por exceso de llanto.

Se había equivocado, como tantas otras que cifran su mérito en los trapos y las diversiones, creyendo que así conquistan y rinden a los hombres, para llevarlos al matrimonio.

Error grave y tardío desengaño.

Cuando los hombres buscan la diversión y el pasatiempo, entonces acuden a los bailes y se enredan en los encajes y cintas de las mujeres casquivanas, pero cuando los hombres formales y reflexivos tratan de buscar a una mujer, con la que compartir las delicias y los

³⁵² B.P., nº 158, 16 de noviembre de 1930, *¿Quién se lo había de figurar?*, págs. 2-3.



sinsabores del hogar, cuando buscan a la que ha de ser madre de sus hijos, entonces no es a esos sitios donde acuden a buscarla, no se enredan en las cintas y los encajes, sino que miden y pesan y escudriñan no tanto la belleza, que el tiempo roba, como la virtud que el tiempo acrisola.

Página | 250

Se había equivocado. Pasó su vida brillando como las mariposas, y gracias que como aquellas no se abrasó en las llamas del amor, cosa no difícil, pero al fin de su juventud se encontró despreciada por todos, y la que creyó tener pretendientes por docenas, no halló un hombre, que quisiera compartir con ella la vida del matrimonio.

Por eso se lamentaba, aunque tardíamente y sin remedio, por eso con desilusión y llanto repetía muchas veces ¿Quién se lo había de figurar?





56.- ¿Pero no vas al baile?³⁵³

-¡Mira que no ir esta noche al baile!

Página | 251

Por simple, pazguata y retrógrada merecías no sé lo que. Yo hace más de un mes que sólo pienso en eso.

-Pues yo pienso en cosas muy distintas y te repito, que nunca me ilusionaron los bailes, en los que, realmente, puede no ofenderse a Dios, pero donde verdaderamente y tú convendrías conmigo, puesta la mano sobre el corazón, que son innumerables los peligros, y frecuentísimas las ocasiones próximas de pecar.

-Tú, María, siempre sermoneando. Debiste nacer fraile.

-No hija. Que monja pudiera ser y en ello no pienso.

-Pues si monja no piensas ser ¿por qué no te diviertes cuando llega la ocasión?

-Mucho habría que discutir sobre las diversiones, que para todas no son iguales. Tú llamas diversión a estar dando saltos ridículos hasta altas horas de la noche en un local cerrado y en una atmósfera viciada e infecta. Tú crees una diversión, y quizás la crearás inocente, danzar al compás de una música voluptuosa y oyendo frases, acaso dudosas, acaso atrevidas, lo que es muy propio de un baile y más de un baile de máscaras. Tú, allá, con tu conciencia. Pero yo puedo decirte que sobre esos placeres están los placeres del espíritu, que son más nobles, más elevados, más puros.

-No María. No extremes. Hay tiempo para todo y cada cosa a su tiempo. ¿Tú no has oído decir que a la ocasión la pintan calva?

-Precisamente iba a eso. No sé como dices que estamos en ocasión de diversiones mundanas, y peligrosas.

Primero estamos en la Cuaresma, tiempo santo de recogimiento y penitencia, pues no creo que ignores, que empezó ya el miércoles pasado. Pase pues ese afán de diversiones pecaminosas, para la gente mundana, que en nada creen y si creen no practican, pero éste no es el caso tuyo ni el mío, porque, gracias a Dios, creemos, practicamos y nos preciamos de piadosas.

³⁵³ B.P., nº 161, 22 de febrero de 1931, ¿Pero no vas al baile?, págs. 2-3.



Pero además no sé como dices que estamos en ocasión de divertirnos.

¿Divertirse en este año calamitoso, cuando tantas gentes hay que carecen del necesario sustento?

Página | 252

¿Entregarse a fiestas ruidosas, que son realmente ahora una provocación, para tanto ser indigente, que no tiene ni vestido, con que preservarse del frío?

No hija, no. Por mucho que te esfuerces no llegarás a convencerme de la oportunidad de ninguna orgía, ni de ningún derroche en estos momentos tristes, en que si aquí, gracias a Dios, no ha ocurrido, ocurre en España y en otras muchas naciones, que mueren de hambre no pocos hermanos nuestros.

Y si de este plano pasamos a otro más elevado, que aunque en él no nos movamos nosotras, tampoco nos está vedado; si pasamos a contemplar el triste panorama de España, nuestra querida patria, fácilmente comprenderemos la inoportunidad de esas fiestas ruidosas y alegres.

Como ya sabes tú, Lola, que jamás estuvo más comprometido que ahora el porvenir de España; que atravesamos momentos muy críticos, que estamos sobre un volcán, que puede estallar en cualquier momento.

¿Y a esta llamas ocasión propicia para divertirse?

-Es que yo... ya tú ves...

-Sí. Ya veo. Veo que tú, como muchas, quieres compaginarlo todo y todo no puede compaginarse, porque hay cosas que se repelen.

-No mujer, es que la juventud tiene sus exigencias.

-Desde luego. ¿Quién se las niega? ¿Tú no sabes cuales son las exigencias de la juventud en estos tiempos? Primero formarse bien y capacitarse con la lectura de libros apropiados y después actuar en la vida privada, defendiendo en la familia el espíritu cristiano, y en la vida pública, cuando preciso sea, los ineludibles derechos de la mujer cristiana ahora, y otro día a los de esposa y los de madre.

Mira si hay campo extenso y largo camino, que andar.

-No hay quien pueda contigo, mujer.

-Lo que no hay son razones, que oponer a estas razones.

-¿Pero podrás negar que son las diversiones propias de la juventud?



-Te diré. Las recreaciones honestas, sin peligro, con medida y con oportunidad no lo niego y aún lo creo justo y a veces necesario.

Si te atreves a decirme, que dentro de la Cuaresma, cuando una inmensa multitud carece del necesario sustento y vivimos, lo que sin exageración puede afirmarse, en una verdadera y grave calamidad pública, a la que no se le ve el fin, cuando la patria pelagra, es una recreación honesta, sin peligros, comedida y oportuna, un baile de máscaras; si puesta la mano sobre el corazón, con la conciencia puesta en Dios y atendiendo a los que se mueren de hambre y a las nubes que ensombrecen el horizonte de España me dices, que llenas tus deberes de mujer cristiana y española en el baile de máscaras, capaz soy de acompañarte.

Página | 253

-Mira, María. Yo no había pensado en esto. Veo que tienes razón, que te sobra. No seré yo la que vaya.

-Nada perderás con ello y no será poco lo que ganarás no asistiendo.



57.- Quien da, se enriquece³⁵⁴.

El Sr. Nicolás Paquerón, coronel de artillería en el Ejército francés, tomó el retiro en 1852.

-¿Qué va a hacer usted lleno todavía de vida y de energía? –le preguntó Monseñor Villecout al recibir su primera visita de despedida.

-Me retiro del servicio militar –contestó el coronel-; pero voy a entrar en seguida Monseñor. Al servicio de Dios.

En efecto, desde aquel día se consagró por entero al servicio de los pobres.

Durante algunos años ocupó en París, con interés y celo extraordinarios, en una humilde pero gran empresa de caridad, llamada “Obra de los zapatos”. El objeto era recoger los zapatos viejos, remendarlos, limpiarlos y regalarlos a los pobres necesitados. –Hubo día –se complacía en decir el coronel– que llegué a reunir de este modo mil quinientos zapatos.

Ésta era la extraña y caritativa tarea que había tomado a su cargo el coronel Paquerón.

Un día que se encontraba en la casa de una familia indigente, a la cual se le estaba muriendo un niño, se pudo de rodillas al pie del lecho donde la tierna criatura agonizaba, y así permaneció largo rato, hasta que una Hermana de la Caridad que asistía al moribundo le hizo señas de que el enfermo acababa de expirar y nada quedaba que hacer; pero el noble anciano contestó:

-Dejadme ganar aquí alguna gracia más, pues tengo también en Angulema una hija enferma.

Y pasó la noche socorriendo a aquella pobre familia y consolando a la pobre madre.

Otro día un amigo suyo, que desempeñaba un elevado cargo en el Ejército, lo invitó a que le acompañase al teatro.

-Con mucho gusto –contestó el coronel. Solamente os voy a pedir un favor, y es que antes vengáis conmigo a una casa donde tengo ocupación por sólo cinco minutos.

El camarada aceptó, y el coronel le condujo a una pobre casita de la calle Pot de Fer, donde una miserable familia, compuesta de la madre y cinco pequeñuelos, lloraba junto al lecho del padre, enfermo hacía mucho tiempo.

³⁵⁴ B.P., nº 166, 26 de julio de 1931, *Quien da, se enriquece*, págs. 2-3.



La escena era conmovedora.

-Si dejásemos aquí el dinero que nos hemos de gastar en el teatro... -dijo el coronel al oído de su amigo.

-¡Vamos! Tenéis, camarada, una manera tal de hacer las cosas... -contestó el otro. Ahora, ¿quién va a decirnos que no? Página | 255

Y así diciendo, le puso en la mano tres monedas de oro.

-Ahora -añadió el coronel- en saliendo de aquí podríamos ir a la iglesia de Nuestra Señora y contar a la Virgen lo que nos ha ocurrido...

En efecto, al poco rato estaban ambos a los pies de la Santa Imagen.

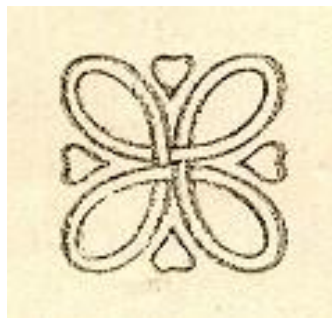
Aquel compañero del coronel que, como he dicho, desempeñaba un cargo importante en la milicia, era el general Negro, que falleció poco después de la fecha a que nos referimos. Con seguridad que la limosna que hizo aquella noche le serviría ante Dios de más mérito que le hubiere servido el billete del teatro.

A pesar de la severa economía con que realizaba el coronel Paquerón sus planes de caridad. Los ingresos que obtenía apenas bastaban a las muchísimas necesidades a que atendía.

-“Quien da, se enriquece” -decía. Tal era su máxima favorita.

Y añadía, además, esta otra:

-“El hombre que no sabe aprovechar el tiempo y sus fuerzas para hacerse mejor y hacer el bien a los que le rodean, es completamente indigno de vivir”.





58.- Juanillón³⁵⁵.

Juanillón ¿no sabéis quien era Juanillón? Sí lo sabéis. ¿Quién habrá en el pueblo que no lo conozca?

Juanillón es un muchacho alto y robusto con más fuerza que un toro y una salud a prueba de bomba.

Era pastor de oficio, de sanas creencias, de natural rectitud y enjuiciaba bien todas las cuestiones.

Durante muchos años apenas si vino al pueblo de la apartada dehesa donde cuidaba los rebaños. Apenas venía al pueblo fuera de la Semana Santa para cumplir con la Iglesia deber que nunca omitió y en la Virgen de la Estrella, cuya fiesta no perdió nunca.

Era devotísimo³⁵⁶ de la Virgen y en una ocasión en que hablé con él en el Santuario, me exponía las razones que tenía para serlo.

Mire V., señor cura, me decía, esta devoción la mamé de mi madre que era una santa, con la leche misma que me daba. Fue su nombre el primero que me enseñó. Cuando pequeño me mandaba todos los días al Santuario y cuando mayor jamás me dejaba ir a la dehesa sin que rezara con ella una salve: Para que la Virgen te libre del mal, me decía.

También me he visto en peligro varias veces y a la Virgen le debí el remedio.

Estando en una ocasión en el campo, se desencadenó una horrorosa tormenta; arrodillado en la choza ante la medalla de la Virgen, que nunca abandono, sentí la conmoción del rayo, vi morir a dos mastines que me acompañaban y por su intercesión salí ileso.

Otra vez, estando en África, caí herido en el campo de batalla y quedé oculto entre unos matorrales, no pudiendo seguir a mi compañía al retirarse. Era ya de noche y una sed abrasadora, causada por la sangre que brotaban de mis heridas y la fiebre que me quemaba las entrañas me hizo clamar a la Virgen y encomendarme a sus favores. Vi aparecer a una gran señora resplandeciente de luz y al acercarme quedé admirado. ¡Era la Virgen de la Estrella, que apagó mi ardiente sed y curó mis heridas!

³⁵⁵ B.P., nº 167, 6 de septiembre de 1931, *Juanillón*, págs. 3-4.

³⁵⁶ *devotísimo* A



Como ya verá V. señor cura, si yo tengo motivos para ser devoto de la Virgen.

Pasaron algunos años y un día de la Virgen volví a encontrarlo en el camino; pero no ya solo sino con la Antonia, su mujer, y tres hijos pequeños.

¿Dónde vas, Juan –le pregunté- con tanta gente? –Y él me respondió. –Donde siempre, señor cura. Mientras yo viva, antes faltará en este día el sol, que dejar de ir al Santuario.

¿Y cómo llevas tantos muchachos chicos? Tantos señor cura porque no hay más.

Y chicos porque chico me enseñó a mí mi madre la devoción a la Virgen y chicos se la he de enseñar yo a ellos. Este mayor ya reza algo, este segundo habla ya, y aunque nosotros no entendemos lo que dice, la Virgen bien lo entiende, y este tercero que aún no habla, hablaré yo por él.

La impresión que esta conversación me hizo jamás podré olvidarla y me hacía y me hace repetir aún ahora ¡Si todos fueran así! ¡Si todas las madres fueran como la madre de Juanillón!





59.- Un milagro ruidoso³⁵⁷.

Había en Jerusalén un ciego de nacimiento, a quién como es natural, nadie decía nunca: *buenos ojos tienes*.

Pasó Cristo por allí y viendo al infeliz ciego, moviéndose a compasión de él, y acordándose de que era Médico y Medicina, dijo para sus adentros.

¡Pobre hombre! Voy a curarle, y haciendo barro con la saliva le mojó los ojos, le envió a que se lavara en una fuente de Siloe, y cate V. al ciego repentinamente curado.

¡Qué cosa tiene el Hombre-Dios!

Cosas que maravillan a los ángeles del Cielo, que alegran a los justos de la tierra y que sirvan de perpetua desesperación a los incrédulos.

Este milagro produjo un ruido inmenso, colosal. Fue un movimiento encrespado de todos los enemigos de Cristo. Lo que pudiéramos llamar un escándalo sonado.

El escándalo empezó por los vecinos y conocidos del exciego, entre los cuales había de todo. Creían unos a pies juntilla, negaban otros a puño cerrado y otros permanecían en el aire, como el alma de Garibay, sin saber qué carta quedarse.

Entre tanto, cundía rápidamente la noticia levantando en todas partes increíble revuelo.

En estos casos extremos, en que unos dicen que sí y otros que no, y cada cual se mantiene en sus treces, sin dar su brazo a torcer, porque cada cual tiene su alma en su almarico y sabe muy bien dónde le aprieta su zapato, hácese necesaria la intervención de una autoridad, que defina *excatedra*, y sosiegue los alterados mares.

Me cogen en efecto, al favorecido de Cristo y lo conducen a presencia de los fariseos; como si dijéramos, ante los miembros de las doctas Academias, de los cultos Ateneos, de las Universidades científicas.

-Ven tú acá, pillastre, pobre ignorante, le dicen: ¿A tí quién te ha curado?

-Jesús de Nazaret.

³⁵⁷ B.P., nº 172, 20 de marzo de 1932, *Un milagro ruidoso*, págs. 2-3.



-¡Hum!... Tú debes ser un fanático.

-¿Y cómo te ha curado?

-Sencillamente; con un poquito de barro, que él mismo hizo con su saliva.

-¿Y tú ves bien ahora?

-¡Qué si veo! Como que estuve ciego, cieguísimo del todo, y ahora veo más que un Argos.

Señores racionalistas. ¿Qué harán los fariseos en este caso?... ¿Negarán la realidad de la curación?... ¡Ojalá hubieran podido! Pero había muchos testigos, y no tenían más remedio que tragarla, aunque se les atorase... ¿La atribuirían a fuerzas ocultas de la naturaleza?... Les pareció este recurso una niñería, porque ellos no sabían, es cierto, hasta donde puede llegar la Naturaleza, pero también sabían hasta donde no puede llegar.

¿Sonreirán desdeñosamente, despreciando aquel hecho milagroso?... No; era el caso demasiado serio... ¿Qué hacer entonces?

Ya que el milagro saltaba a la vista, ya que resplandecía con la luz meridiana, aun cuando ellos se empeñasen en no verlo, lo mejor, lo más hacedero, lo más expeditivo para salir de apuros era no negarlo, pues era innegable, sino desprestigiar a Cristo, para que el pueblo no le siguiese.

Como Jesús hizo la curación en sábado, que era el día festivo para los judíos, dijeron ellos:

-Este hombre no puede ser un enviado de Dios, porque no guarda los días festivos.

De donde se seguía la siguiente conclusión: Luego el pretendido milagro no ha sido obra de Dios, sino del diablo, o del hipnotismo, que dirían ahora.

Claro que los discípulos de Cristo no se conformaron con el dictamen de aquellos hombres, llenos de ciencia y vacíos de sabiduría.

-Vosotros, les replicaron, no podéis explicar de un modo natural ese hecho milagroso. Luego debe explicarse de un modo sobrenatural... ¿Quién será el misterioso agente, que en el hecho ha intervenido?... ¿Será el Diablo?

No. Porque el Diablo no puede hacer milagros, para probar la Divinidad de Cristo. Luego el agente que ha intervenido es Dios, y Dios no hace milagros a favor de la mentira. Luego Jesús de Nazaret es la Verdad y no puede ser pecador, como vosotros decís. Argumento incontestable, que sólo puede dar lugar a réplicas sofisticadas, valientemente rechazadas con razones de sentido común.



Et schisma erat inter eos, dice el Evangelio. Lo que significa, que se armó entre ellos una disputa de dos mil a caballo.

Temperamentos fogosos y apasionados, enseñaríanse los dientes, amenazaríanse con los puños sin dar sus brazos a torcer y sin sacrificar un ápice su manera de pensar.

Página | 260

-Pero, y tú ¿qué dices? ¿Qué opinión es la tuya? ¿Qué piensas del hombre que te ha curado? Preguntaron los fariseos al exciego, replegándose en retirada.

-¡Qué me va a parecer! –contestó-. ¡Pues que es un Profeta!

¡Magnífica profesión de fe!

Y cada vez era más acalorada la disputa entre ellos.

¿Estuvo de veras ciego el que ahora tenía vista?

He aquí la pregunta alarmante, que empezó a flotar inesperadamente sobre aquel mar de turbulentas pasiones.

Tenía origen esta pregunta en el dicho de algunos que aseguraban, no ser el individuo en cuestión el ciego auténtico, sino alguien que se le parecía mucho, y entonces mandaron llamar a los padres.

Llegaron los pobretes, temblando como azogados, porque temían a los poderosos fariseos.

Vamos a ver, preguntaron. ¿Es este vuestro hijo?

-Sí, señores.

-¿Estuvo ciego?

-Sí, señores.

-¿Cómo tiene vista ahora?

-No lo sabemos. Preguntádselo a él, que edad tiene.

¡Sí lo sabían! Sabían que Cristo les había sanado a su hijo... y no confesaron públicamente a Cristo, temiendo que los echasen de la Sinagoga. Como quien dice; de la comunión política, del empleo honroso, del plato suculento, de la sociedad brillante, de la amistad con el personaje...

Lector, no tires piedras a ese tejado.





60.- El tío Farruco³⁵⁸.

Era el tío Farruco ¿pero es que algunos de vosotros no sabe quien era el tío Farruco?

Página | 261

El tío Farruco era aquel viejecito, que veíamos hasta hace poco bajar todas las tardes al Santuario, alto como un Sansón, delgado como D. Quijote, sarmentoso como San Pedro de Alcántara y que había sido valiente como Hernán Cortes, humorista como un bufón de corte y tan buen trabajador y entendido en el replanteo de una carretera como un ingeniero.

Cuando yo conocí al tío Farruco tenía más de ochenta años, y aunque un poco encorvado conservaba la agilidad y destreza de un joven, unida a la experiencia de un viejo, que por añadidura había recorrido media España, porque había trabajado en la mitad de las carreteras, que en su tiempo se habían hecho, y había tratado con las gentes más dispares en ideas y categoría social.

La edad, la mucha experiencia y el gran talento práctico, de que Dios le dotó, le hicieron un maestro en la vida y un filósofo a la antigua, que, como los de Grecia, derramaba su sabiduría bajo el pórtico abierto, que precede al santuario de la Estrella, donde pasaba las tardes entre el grupo de amigos, que le rodeaban.

De sus sentencias, dignas muchas de ellas de ser esculpidas en mármoles y bronces, recogí ya algunas, que como oro en paño conservo: *Para la vida honesta y cristiana de un honrado trabajador, decía, bastan dos cosas; un poco de pan para el cuerpo y un poco de fe para el alma, lo primero lo pedí siempre al trabajo, lo segundo lo pedí a la Virgen de la Estrella y nunca me faltaron.* Hermosa sentencia de admirable sentido práctico, como fundada en la palabra de Dios, que nos mandó pedir en la oración solamente: *El pan nuestro de cada día*, y nos advirtió: *que no solo de pan vive el hombre sino de la palabra de Dios* o de la fe.

Sólo dos cosas deseo al morir. No dejar ningún enemigo sobre la tierra y morir entre los brazos de la Virgen de la Estrella, cerrando los ojos en su mirada, para abrirlos a su presencia en la gloria.

Este hombre chapado a la antigua, de fe firme y arraigada esperanza tenía depositado en la Virgen de la Estrella una confianza ciega, y no en balde porque ella por ser Madre de Dios, es como la llaman los Santos Padres la omnipotencia suplicante, o sea que tal es su poder, que siempre consigue de Dios lo que le pide; por ser Madre de

³⁵⁸ B.P., nº 176, 8 de septiembre de 1932, *El tío Farruco*, págs. 2-3.



todas las gracias, las posee sin tasa, y por ser Mediadora entre Dios y el hombre es el canal por donde bajan desde el corazón de Dios al nuestro.

Un día entraba yo en el templo de la Estrella y me dio el agua bendita. Estaba la iglesia invadida por una turba multa de muchachos, que formaban gran algarabía y observó, que me había alterado un poco. Entonces me dijo: *No le preocupe a V., señor cura, son pájaros que cantan a la Virgen. ¡Ay de Los Santos el día que los niños dejaran de amar a la Virgen de la Estrella!* Sentencia tan profunda como terrible, que durante varios días no pude desechar de mi imaginación.

Tal era la sabiduría de aquel hombre tosco e iliterato, a quien la experiencia de los años y el trato de las gentes habían convertido en un gran maestro de la vida.

Y como según es la vida así es la muerte, aquel hombre, modelo de trabajador honrado y de cristiano verdadero, murió hace poco tiempo rodeado de los suyos, que lloraban como a padre, acompañado de las alabanzas sinceras de todos sus convecinos, que exaltaban sus virtudes, confortado con los sacramentos de la Iglesia, que él mismo pidió y recibió con extraordinario fervor, y apretando contra su corazón la medalla de la Virgen de la Estrella, que su madre le colgó al cuello cuando fue a servir a la patria en las inhospitalarias tierras de África, y que nunca más se separó de sí, y cerró sus labios con la dulce expresión: ¡Madre mía de la Estrella!





61.- La camisa de Manolín³⁵⁹.

Todos vosotros conocéis a Manolín. Lo conocéis seguramente, porque él visita todos los días todas las casas del pueblo. Página | 263

Manolín, con su tez que debió ser blanca, pero la tiene atezada por los soles, todos los aires y todas las aguas a las que está siempre expuesto; con sus grandes y negros ojos y sus cabellos rubios y ensortijados, que forman inextricable maraña; con su risa parlotera y su agilidad de gato montés, está siempre en todas partes en busca de la manutención diaria, que sin duda en su casa no encuentra.

A Manolín no solo lo conocéis vosotros, lo conocen también todos los gatos y perros del pueblo, a los que no deja parar. Lo conocen las cabras callejeras a las que suele ordeñar al menor descuido del cabrero. Lo conocen los árboles de las carreteras, a los que no deja de apedrear, y los tejados de los vecinos con sus goteras dan fe de vida de las travesuras de Manolín.

Manolín cuya vestimenta es igual en invierno que en verano; unos calzones, que publican bien a las claras, que el difunto era mayor, cogidos con un solo tirante, una camisilla, que fue blanca *in illo tempore*, un tiempo bastante remoto y a lo sumo tal cual chaleco no hecho a su medida y que le sirve de abrigo; de despensa y de toalla, es al decir de las gentes la piel del diablo, con lo cual acreditan que de limpio tiene poco Satanás, pero tiene en cambio una buena condición: jamás falta a la catequesis.

Cierto que la misa no la oye con devoción y que en el grupo a que está adscrito hace rabiar a más de uno de los asistentes, pero constante y puntual a la catequesis, sí que lo es Manolín.

Pero hay sobretudo una época del año, y de esa época unos días en los que jamás falta Manolín de la iglesia, y son aquellos en los que se pone el portal y todos los días que está puesto.

Mientras se pone el portal él acarrea musgo, lleva tablas, transporta la corcha para las montañas, carga con las palmas, que le adornan y conduce las figuras.

Él hace a todo y está dispuesto para todo, va por algodón, por romero, por ramos de naranjo, por pintura, por todo lo necesario.

³⁵⁹ B.P., nº 179, 1 de enero de 1933, *La camisa de Manolín*, págs. 3-4.



Es el indispensable ayudante en la gran obra de la construcción del portal. Y después de puesto es el guarda y centinela constante, el espectador asiduo, que pasa ante él horas y horas, y el devoto fervoroso, que no deja de rezar y pedir al Niño del portal algo, que sólo él sabe.

Página | 264

En estas navidades, y en uno de los días más fríos del año se presentó una mañana en la parroquia, después de terminados los cultos y en ocasión en que yo estaba solo examinando un libro del archivo. Sin que me extrañara³⁶⁰ mucho verle entrar dada su afición a contemplar el portal, si me extrañó el aire receloso y de cautela, que observé en él y también que en vez de dirigirse a la iglesia para contemplar el portal a su sabor, su intención decidida era entrarse por la puerta de la sacristía que da al altar mayor.

Intrigado por la insistencia y temiéndolo todo de su travesura, desde perniquebrar un buey hasta cargar con alguna de aquellas ovejas de la red, encanto de los rapaces, prudentemente alejadas de la orilla, pero no muy lejanas por el otro lado, lo contuve a raya un gran rato, pero al ir a recoger el libro en el archivo, me distraje un poco y al volver ya Manolín no estaba en la sacristía y la puerta del altar mayor estaba entreabierta señal evidente de que por allí se había entrado el travieso rapaz.

Entro rápido tras él, aunque con cautelas y oculto tras el parapeto de corcho y follaje le observo atentamente y le veo en el centro del altar mayor subido en un taburete, muy próximo a la cunita del Niño Jesús.

Veo con curiosidad que desabrocha el botón, que por rareza conserva el chaleco, deja al descubierto el pecho curtido por los temporales y observo con asombro, que sacando de debajo del chaleco una cosa blanca, limpia pero rota por todas partes, la coloca sobre el Niño Jesús desnudito procurando arroparlo bien.

Me retiré rápidamente no sin que una lágrima de emoción surcara mis mejillas y abordé a Manolín que salía con intención de huir, apretando con las manos el amplio chaleco, para hallar algún abrigo.

Le detuve más emocionado que severo y le pregunté: ¿Qué has hecho Manolín?

-Na malo, señor cura.

-¿Nada malo? ¿Pero qué hacías allí junto a la cunita del Niño Jesús?

-Po mire V. que esta mañana me dio mi mare la camisa limpia y no me la quise poné y me la guardé debajo del chaleco pa traersela al Niño Jesús que estará muerto de frío y lo estaba arropando.

³⁶⁰ extrañera A



-¿Pero, y tú no tienes frío?

-No señó, me decía temblando, porque yo estoy acostumbrao y el Niño Jesús está recién nació, y además porque yo tengo el chaleco y Él no tiene ná puesto.

Admirado de la ingenuidad y candidez de Manolín y más de su desprendimiento y caridad fui a recoger la camisilla, para entregársela y cuando volví iba corriendo cuanto podía la calle abajo, vaciando los helados charcos con los pies descalzos y el chaleco, que debía abrigarle, desplegado al viento, saltando como un cervatillo hacia su casa.

Página | 265

Desde ese día tiene la parroquia una joya más, la camisa de Manolín.





62.- La ascensión de la Virgen³⁶¹.

Llena, rebosante, estaba la iglesia en aquel día de extraordinaria solemnidad: la de la Asunción gloriosa de Nuestra Señora a los cielos.

Allá en lo más bajo y medio oculta con una de las columnas del templo, Luisita, la niña buena, sencilla e ingenua, con su carita de ángel de Murillo, retenidos los rubios y alborotados cabellos con un velillo roto y desteñido, vestida con un pobre, limpio y remendado baberillo, arrodillada y cruzada las manos sobre el pecho estaba absorta, con sus hermosos ojos puestos en la bella imagen de la Asunción.

¿Qué le ocurrió? ¿Fue sueño? ¿Fue éxtasis? ¿Fue alucinación? No podría ella misma decirlo, pero es lo cierto que al terminar la santa misa, la pequeña, la buena y virtuosa Luisita, quedó como dormida y con el asombro de los que la rodeaban empezó a hablar despacio y bajo, pero no tanto que no pudiera ser escuchada de los más próximos.

Una lluvia de rosas cae sobre la Virgen, decía. ¡No las veis! Son rosas del cielo, hermosísimas y variadas. Las hay blancas y rojas, símbolos de la inocencia y de la compunción. Entre las rosas aparecen blancas azucenas, rojos claveles y hermosos lirios.

¡Oh! ¡Cuántas rosas! Cubren casi la imagen de la Virgen y llenan la parte superior del templo. El aroma, que despiden casi embriaga. Huelen a cosa santa. Huelen a cielo.

Las niñas con quienes había ido al templo trataron entonces de despertarla, pero inútil.

Cada vez levantaba más la voz, hasta atraer la atención de muchas personas piadosas, que la rodeaban

De pronto dio un grito. Tendía las manos hacia el altar y los ojos abiertos grandemente e inmóviles los dirigía al cielo. ¡Qué hermosos son los ángeles que bajan! ¡Cuántos! No se pueden contar. Los del centro, decía, no dejan de arrojar hermosas flores. Unos tocan variados instrumentos y otros cantan melodías divinas.

¡No los veis cómo bajan presurosos, cómo rodean a la Virgen, cómo tocan las fimbrias de su manto, cómo la adoran!

³⁶¹ B.P., nº 184, 13 de agosto de 1933, *La ascensión de la Virgen*, pág. 2-3.



¡Salve! Reina de los ángeles. Emperatriz de la Gloria. ¡Salve! Reina y Madre Nuestra, decía la niña con lenguaje para ella desconocido y con tan dulce y armonioso acento, que causaba la admiración de los oyentes.

Luego dio un grito y exclamó como pobre mortal abandonado en este valle de lágrimas. ¡Te vas y nos dejas Madre mía! Ya los ángeles se acercan a la Virgen, con uno de esos dedos tocan la peana, sobre la que descansan los pies de la Virgen y la elevan, la elevan hasta lo más alto del templo.

Ya se rasgó la bóveda y por la abertura entre un raudal de luz celestial, más resplandeciente que la del sol. La Virgen sigue elevándose más y más por el espacio infinito. Aumentan la claridad de la luz, crece el número de los ángeles. Cada vez es la melodía más armoniosa.

¿Qué veo? Es una puerta grande y fuerte recubierta de diamantes deslumbradores. Ésta debe ser la puerta de la gloria.

Abrid, dicen los ángeles, que rodean a la Virgen. Abrid estas puertas eternas. ¿Pues quien viene? Dicen desde dentro, los custodios de la entrada del cielo.

¿Que quién viene? La Reina de la gloria. La señora, que posee todas las virtudes. La madre de Cristo. Corredentora del hombre. La madre de Dios y Madre nuestra.

Abrid pues las puertas y dad paso a la Señora.

Ya las puertas se alzan para dar paso al cortejo celestial e irrumpen por unos prados floridos de margaritas y azucenas.

Del cielo empíreo se adelanta un cortejo de majestad y grandeza inenarrable. Es que Cristo, nuestro bien, acompañado de los apóstoles, mártires y vírgenes mas encumbrados sale al encuentro de su Santísima Madre.

Ahora se encuentran los dos cortejos. Cristo abraza y besa la purísima frente de su bendita Madre, mientras los ángeles y Santos la adoran postrados en tierra. Se forma un solo cortejo. Cristo coloca a su Madre a su diestra y así suben hasta el mismo trono de Dios, donde el Espíritu Santo la bendice, y Dios Padre la corona con corona de gloria y de honor.

Así terminó la visión de Luisita.

Mas de un cuarto de hora estuvo después como traspuesta, primero, y como ensimismada, después. No quería hablar. No podía apenas abrir los ojos que tales cosas vieron. Hubo que llevarla a su casa, pues apenas podía andar y en su casa estuvo varios días recluida, sin hablar con nadie. Cuando después se le hablaba de ello decía sólo breves y entrecortadas

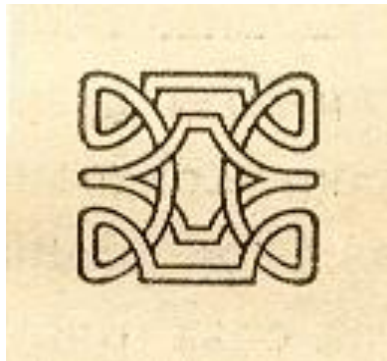


palabras, que indicaban que no quería comunicar a nadie el favor que Dios le había hecho con la revelación que le comunicara.

Así quiso Dios premiar la humildad, la obediencia, la piedad de aquella niña modelo, que se crió entre vosotras, mis amadas niñas, y con vosotras compartió los juegos infantiles.

Página | 268

Los pocos años, que vivió después, estuvo siempre triste y con desabrimiento de las cosas naturales, hasta que Dios se la llevó a su seno y seguramente al penetrar en el cielo reconoció aquellas puertas eternas cubiertas de brillantísimos diamantes, que un día viera y recorrió los prados de margaritas y azucenas al atravesar el cielo para llegar al cielo.





63.- El tío Gregorio³⁶².

Cuando hace pocos años murió el tío Gregorio, lo sentí en extremo y hasta lo lloré como cosa propia, porque pareciome que con él desaparecía el último individuo de una especie; que se desdibujaban los postreros rasgos de una generación, que se hundía. El tío Gregorio era el último representante auténtico del antiguo hombre de pueblo extremeño.

¿Que quién era el tío Gregorio? Esto solo podrán preguntarlo algunos jóvenes, que no alcanzaran a conocerlo, porque para los demás el tío Gregorio a secas, sin apellidos, sin apodo, era más conocido, que el camino de la Virgen.

Cuando yo lo conocí era ya un hombre de avanzada edad, pero sano y ágil; vestía pobremente, pero con aseo, casi pulcritud, chistoso y ocurrente, con una conversación, que entretenía y embobaba, sobre todo como enhebrara la conversación por la guerra carlista, en la que sirvió y en la que luchó como un héroe, haciéndose mencionar varias veces en la orden del día y obtenido diversas medallas pensionadas.

El tío Gregorio era conocido de los demás, porque fue siempre el primero en todo. Con la hoz en la mano segaba como dos de los mejores segadores y cargaba media fanega de grano más que el primer cargador. Cuando jugaba a la barra la lanzaba dos metros por delante del que más la avanzara y arrayaba en el salto medio metro sobre el que más saltara.

Y como era en lo material era en lo moral.

Era el tío Gregorio piadoso y cumplidor de sus deberes religiosos, como pocos. Vivía no lejos de Mariaño, y cuando yo lo conocí, que ya era viejo y estaba desocupado, ni un solo domingo dejó de vérsese en la misa del hospital, ni un solo Jueves Santo dejó de encontrarse a las primeras horas de la mañana en la parroquia, para cumplir con la iglesia.

Era trabajador y honrado a carta cabal. Él se enorgullecía de no haber servido más que a un solo amo, pues estuvo cuarenta años de manijero en la misma casa.

Para él aquella casa era como la casa propia los amos aun lo recuerdan con cariño y casi con veneración.

Era recogido y honesto. Para él, como me decía un día no había en el pueblo más que tres casas; la de Dios, la de sus amos y la suya.

³⁶² B.P., nº 185, 8 de septiembre de 1933, *El tío Gregorio*, págs. 3-4.



Yo, señor cura, me decía en una ocasión, jamás he pisado una taberna, ni sé lo que es eso, que en mis tiempos no existía y llaman casinos. Y esto no lo decía en propia alabanza, pues no conoció la vanidad, sino porque vino como anillo al dedo a la conversación, que sosteníamos.

Era solícito para su casa, amante de su familia y severo educador de sus hijos.

Todos sus afanes eran para los suyos, para su mujer, la tía Rosa, mujer a él muy parecida y para los hijos que Dios le dio, que eran siete, todos varones, de los que aún viven seis.

En la educación de sus hijos tenía dos principios inconcusos: El temor de Dios y la obediencia a los padres y en esto no toleraba la más mínima claudicación.

Si se pudieran reunir todas las máximas, que arrancando de estos dos principios inculcaba él a sus hijos y que yo le oí algunas veces, se podría formar con ellas un tratado excelente de filosofía cristiana.

No es el temor servil, el que yo les he inculcado a mis hijos, me decía en una ocasión, sino el fundado en el amor, que los lleva a temer la ofensa a Dios, no por temor al castigo sino por ser Dios quien es.

Sin una obediencia decidida y ciega, que no discuta la orden dada, ni se puede ganar una batalla, ni tener una casa bien ordenada. A los hijos les toca obedecer a los padres, porque los quieren bien y conocen mejor que ellos mismos lo que les conviene más.

Entre todas sus buenas cualidades había una que brillaba con especial resplandor en él, aunque era común a todos los hijos de este pueblo, su acendrado amor y sólida devoción a Ntra. Sra. de la Estrella.

La mamá con la leche y el ejemplo de mi madre, me decía, aumentó en mi juventud, creció más entre los peligros de las balas, se hizo más profunda en mis súplicas por mis hijos y mis nietos y es más firme y más sólida cuando más me acerco a la muerte, hasta que la vea viva y gloriosa con estos mismos ojos.

Por cierto que me contó una ocurrencia suya que me hizo reír bastante.

El primer día de la Virgen de la Estrella, que yo pasé por allá en los seis años de servicio, estaba de guarnición en Alcalá de Henares y llevaba pocos meses fuera de casa, me dijo. Al levantarme aquella mañana me vestí de gran gala, y al tocar a formación salí así a filas. Yo noté que todos me miraban y se reían sin sospechar yo la causa de las risas ni los aspavientos del sargento. Me trajo al medio del patio entre la admiración de todos y me presentó al capitán. A la orden, mi capitán, le dije, y él muy serio me preguntó. ¿Porqué se ha vestido V, hoy de gala? Mi capitán, le contesté, porque hoy es el día de la Virgen de la Estrella.



Como estaba me llevaron al calabozo y fue el único día de la Virgen que pasé tan contento, vestido de gran gala. Y lo decía satisfecho y riendo a más no poder.

Tal era la devoción sólida y arraigada, la conducta ejemplar y las instructivas enseñanzas de aquel hombre de pueblo, de aquel laborioso y prudente, esforzado y discreto pueblo extremeño, del que quedan pocos ejemplares en Extremadura.

Tal era el tío Gregorio.





64.- Julita la hortelana³⁶³.

Julita era una niña muy bonita y muy buena. ¡Qué simpática era aquella pequeña hortelana!

Era toda candor e inocencia, discreción y actividad.

Todavía no había cumplido los diez años y ya trabajaba, como mujer en los oficios domésticos, y aún algunas horas del día en el cultivo de la huerta.

Cautivaba verla tan activa y hacendosa, ya cuidando a sus hermanos menores, ya con el pequeño escardillo regando las tablas de hortalizas, o cuidando los macizos de hermosas flores, que constituían su encanto.

Pero entre todas y sobre todas estas buenas cualidades resplandecía en ella una inocencia candorosa, una pureza angelical y una devoción sólida y profunda a la Virgen Inmaculada.

A pesar de hallarse a más de un kilómetro el caserío de la huerta, jamás dejó de asistir, desde que tuvo la edad competente, un solo domingo a la santa misa y a la catequesis.

Su presencia en la iglesia cautivaba, porque lejos de estar, como es tan frecuente en las niñas poco piadosas, distraída o hablando, a ella se le veía siempre, ya arrobada y como en éxtasis ante la capilla del sagrario con los brazos cruzados, la mirada fija en el tabernáculo, ya postrada ante el altar de la Purísima, leyendo muy devota en el pequeño devocionario, que le habían regalado en el día de su primera comunión.

Más de una vez tuve en mis manos por curiosidad el pequeño libro de Julita, y observé con complacencia, que las páginas más holladas eran las que contenían las oraciones de preparación y acción de gracias, para comulgar, y aquella donde estaba la hermosísima oración de St. Bernardo: *Acordaos piadosísima Virgen que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido etc.*

Su mayor encanto era adornar el altar de la Inmaculada con las flores de su huerta. Cómo se las arreglaba la pequeña y bondadosa niña para adornar todos los domingos del año el altar de la Virgen con algún ramo de flores, no era fácil averiguarlo. Aun en lo más crudo del invierno se veían sobre el altar fragantes y delicadas rosas blancas, o inmaculadas azucenas.

³⁶³ B.P., nº 186, 3 de diciembre de 1933, *Julita la hortelana*, págs. 2-3.

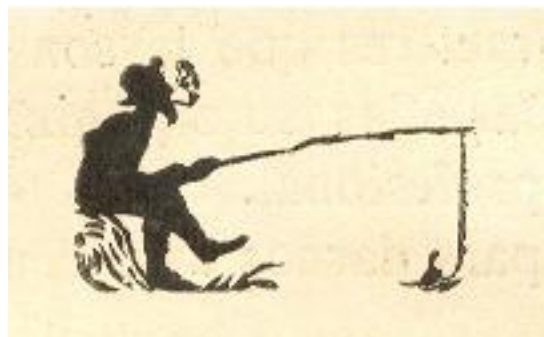


Jamás pude descubrir el secreto, ni sus padres tampoco lo sabían. Era un arte y habilidad que sólo ella sabía, pues en su huerta no se disponía de estufas ni invernaderos.

Página | 273

En una ocasión le pregunté por qué prefería a todas las demás esas dos clases de flores, y me dio una respuesta digna de Sta. Teresa, y que me dejó desconcertado: Las prefiero, Señor Cura, porque las rosas blancas representan la inocencia y las azucenas la pureza, y yo solo aspiro en este mundo a conservar la inocencia bautismal y la pureza que debe tener una hija de María.

Cuando la pequeña Julia la hortelana tenía unos doce años dejé yo aquella parroquia, y no sé después que ha sido de aquella niña de alma tan pura y candorosa. Confié siempre en que la Virgen Inmaculada de la que tan devota era la preservaría de todo escándalo que pudiera pervertirla y seguiría protegiéndola con una gracia especial como correspondía a la fineza del amor que a la Virgen profesaba y a la firmeza de su devoción, y que si durante todos los días de su vida siguió rezando, como en aquella oración de St. Bernardo: *Acordaos o piadosísima Virgen etc.* No hay duda, que con su protección y amparo habrá triunfado en las asechanzas de todos sus enemigos, porque la Virgen siempre protege, como Madre, a aquellos, que la veneran como hijo.





IV.- Bibliografía:

- Aldea Vaquero, Quintín. García Granda, Joaquín. Martín Tejedor, Jesús. *Iglesia y Sociedad en la España del Siglo XX. Catolicismo Social (1909-1940)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos, departamento Enrique Flórez. Madrid 1987.
- Aniceto Samino León. *Actas Capitulares del Ayuntamiento de Los Santos de Maimona*. Los Santos de Maimona, inédito.
- Archivo Histórico de la Universidad de Sevilla. Expediente Académico 1896-37-557.
- Archivo Histórico de Granada. Expediente Académico 432-21, nº 9. Legajo nº 7.
- Archivo Municipal de Los Santos de Maimona, Actas Capitulares del Excmo. Ayuntamiento de Los Santos de Maimona.
- Benavides, Domingo. *El fracaso social del catolicismo español*. Colección "El sentido de la Historia", nº 6. Ed. Nova Terra. Barcelona. 1973.
- Blecua, Alberto. *Manual de Crítica Textual*. Castalia. Madrid. 1983.
- Capitán Díaz, Alfonso. *Los Humanismos pedagógicos de Francisco Giner de los Ríos y Andrés Manjón*. Universidad de Granada. Granada. 1980.
- Entrevistas con Casimiro Pachón y Andrés Gutiérrez. Los Santos de Maimona, Mayo de 2000. Los Santos de Maimona, 2002-2003.
- Fernández Ezequiel Santana. "Organización y Procedimientos Pedagógicos de las Escuelas Parroquiales de Los Santos". Editorial Reus (S.A.). Madrid. 1920.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Catecismo Social*. Muñoz Imprenta-papelería. S.R.C. Huelva. 1947.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Nuestra Escuela*. 3ª Edición. Tip. De Sánchez Hermanos. Los Santos. 1919.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Narraciones Apologéticas*. Hermanos Sánchez. Los Santos. 1916.
- Fernández Santana, Ezequiel. "Boletín Parroquial". Primera y Segunda Época 1912-1915, Los Santos.
- Fernández Santana, Ezequiel. *¿Escuelas o Sindicatos?* Hermanos Sánchez. Los Santos. 1917.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Pedagogía Deportiva*. Joaquín Sánchez. Badajoz. 1922.
- Fernández Santana, Ezequiel. *La Cuestión Social en Extremadura*. Imp. Boletín Parroquial. Los Santos. 1935.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Conferencia pronunciada en la Semana Agrícola de Badajoz*. Vicente Rodríguez. Badajoz. 1912.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Las Cajas Rurales extremeñas*. Hermanos Sánchez. Los Santos. 1917.
- Fernández Santana, Ezequiel. *Las Escuelas Parroquiales*. "Boletín Parroquial". Los Santos. 1915.
- Fernández Santana, Ezequiel. *La Cuestión Política en España a la Luz de las Encíclicas*. Págs. 20-21 y 27-27. Inédito.
- Fernández Santana, Ezequiel. "La Escuela Parroquial". Los Santos de Maimona. 1912-19...



- Gallego, José Andrés. *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*. Espasa-Calpe. Madrid. 1984.
- García Berrió, Antonio. Huerta Calvo, Javier. *Los géneros literarios. Sistema e Historia*. Cátedra. Madrid. 1992.
- García Pérez, Juan. Sánchez Marroyo, Francisco. Merinero Martín, María Jesús. *Historia de Extremadura*. Tomo IV. "Los Tiempos Actuales". Universitas Editorial, Badajoz. 1985.
- González y Gómez, Juan José. *El Obrero*, Tip. "La Económica" de A. Merino. Badajoz. 1898.
- Gómez Rey, Miguel. Gallego Lozano, Jacinto. "Datos de Archivo". Excmo. Ayuntamiento de Los Santos de Maimona.
- Gordillo Luna, Juan Manuel. Soto Vázquez, José. "Breve análisis de la Pedagogía Deportiva utilizada en las Escuelas Parroquiales de Los Santos de Maimona (1909-1922)". *Libro de Actas del I Congreso Hispano-Luso de Educación Física en Enseñanza no Reglada*. CSI-CSIF Extremadura. Badajoz. 2002. Págs. 43-49.
- Hidalgo Durán, Diego. *Misión del Cura en el siglo XX*. Conferencia en las Escuelas Parroquiales de Los Santos. 1917.
- *Libro de Matrículas del Seminario de Badajoz*. Periodo 1865-1905. Archivos del Seminario Diocesano San Atón de Badajoz.
- *Libro de Expedientes Personales de los Señores Profesores del Seminario Conciliar de San Atón, Badajoz*. Archivos del Seminario Diocesano San Atón de Badajoz.
- Libro de Bautismos y confirmaciones. B/ Tomo 21. Parroquia de San Blas. Bodonal de la Sierra. 1898-1907.
- Libro de defunciones. Vol. II. Parroquia de San Blas. Bodonal de la Sierra.
- López, Elsa. Álvarez Junco, José. Espadas Burgos, Manuel. Muñoz Tinoco, Concha. "Diego Hidalgo. Memoria de un Tiempo Difícil". Alianza Editorial. Madrid. 1986.
- Luna Candelario, Juan. *Discurso homenaje a D. Ezequiel Fernández Santana*. Hogar del Pensionista. Los Santos de Maimona. 1977. Sin impresión.
- Manjón, Andrés. *Las Escuelas Manjón del Ave María*. Imprenta-Escuela del Ave María.- Granada. 1930.
- Manjón, Andrés. *Hojas Históricas del Ave María*. Imprenta-Escuela del Ave María. Granada. 1915.
- Manjón, Andrés. *Hojas Cronológicas del Ave-María*. Imp. Escuelas del Ave-María. Granada. 1921.
- Manzano Garías, Antonio. "Boletín Parroquial". nº 218, 15 de septiembre de 1946. Los Santos. Tercera época.
- Marcos Suárez Murillo. "Extremadura y sus Hombres. Las Escuelas Parroquiales de Los Santos". Tip. De Sánchez Hermanos. Los Santos. 1914.
- Mariano F. Engüita "Educar en tiempos Inciertos". Ediciones Morata. Madrid. 2001.
- Montero García, Feliciano. *El primer Catolicismo Social y la "Rerum Novarum" en España (1889-1902)*. CSIC. Madrid. 1983.
- Montero Vives, José. *Manjón, precursor de la escuela activa*. Publicaciones del C.E.P.A.M. Granada. 1958.
- Montero Vives, José. *Las visitas a las Escuelas del Ave María, en tiempos de D. Andrés Manjón*. Escuelas del Ave María. Granada. 1999.



- Muñoz Rubio, José. *El Estado de Capilla*. Grafisur. Los Santos de Maimona. 1985.
- Pérez González, Fernando T. *España sin sus colonias*. Cición Ediciones. Cáceres. 1999.
- Prellezo García, José Manuel. *Diario del P. Manjón 1895-1905*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1973.
- Revista "Homenaje de Gratitud". Tipografía Artística Cervantes. Madrid. 1917.
- Sánchez Pascua, Felicidad. *Capítulos de la Historia de la Educación en Extremadura*, UEX, Badajoz, 1998.
- Sánchez Pascua, Felicidad. "La Obra Socio-educativa de Ezequiel Fernández Santana. Universitas Editorial. Badajoz. 1994.
- VVAA. *Homenaje de Gratitud*. Tipografía Artística Cervantes. Madrid, 1917
- VVAA. "Gran Enciclopedia Extremeña". Ediciones Extremeñas, S.A. Edex. Mérida. 1989.



Este libro se acabó de imprimir el 8 de septiembre de 2008.

Festividad de Nuestra Señora de la Estrella.

En Los Santos de Maimona.

j. s.

j. l.

